

70 AÑOS
INEHRM

CON **MUCHOS RIESGOS**

HISTORIAS DEL PERIODISMO

MEXICALENSE 1914-1964

Gabriel Trujillo Muñoz

BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM



BIBLIOTECA INEHRM

CON **MUCHOS RIESGOS**

HISTORIAS DEL PERIODISMO

MEXICALENSE 1914-1964

BIBLIOTECA **INEHRM**

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

CON MUCHOS RIESGOS

HISTORIAS DEL PERIODISMO

MEXICALENSE 1914-1964

Gabriel Trujillo Muñoz

MÉXICO 2023

Foto de portada: portada de *La Vanguardia*, número especial, 1918.
Fotografía proporcionada por el autor.

Las imágenes utilizadas en los interiores del libro,
fueron proporcionadas por el autor.

Ediciones en formato electrónico
Primera edición, INEHRM, 2023.

D. R. © Gabriel Trujillo Muñoz.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-452-4

HECHO EN MÉXICO

*Para José Salvador Ruiz Méndez,
María Luisa Rivera,
David Piñera Ramírez,
Gabriel Rivera
y Óscar Hernández,
por darme rumbo entre
los documentos de la historia.*

En memoria de Francisco Lizárraga, periodista.

*Ante la avalancha que se nos viene,
tenemos detrás al pueblo de Mexicali,
el del Estado que sabe de nuestra lucha,
que es precisamente por su causa,
por defenderlo, por reclamar a lo que
su condición ciudadana le da derecho.*

GUILLERMO MANZANO

*Los reporteros eran muy pobres
y con muchos riesgos.*

AURELIO ACEVES

*El mejor correctivo de la imprenta
es la misma imprenta.*

JULIO DUNN

*En esta reseña forjada a vuela máquina,
con la premura por causas de oportunidad
que exige todo trabajo periodístico en el diarismo,
escaparán a mi memoria muchos nombres.*

ADOLFO WILHELMY

| | |
|--|-----|
| A la moda del norte: la prensa hablando de la prensa | 11 |
| De <i>The Harpoon</i> a <i>La Vanguardia</i> : | |
| orígenes del periodismo mexicalense | 23 |
| La prensa en marcha: insultos, injurias y tiroteos..... | 67 |
| Bajo la sombra del gobernador: periodismo, racismo y palizas..... | 125 |
| Libertad bajo fianza o la difamación como una bella arte | 157 |
| La prensa en tiempos cardenistas: entre el agrarismo y los duelos a muerte..... | 211 |
| A paso redoblado: el periodismo en la Segunda Guerra Mundial y más allá | 259 |
| Prensa y poder: con sangre, sudor y huelgas | 301 |
| 1964: la llegada del periodismo maquilador, empresarial | 343 |
| Anexos | 355 |
| Prensa y propaganda: | |
| la edición especial de <i>La Vanguardia</i> | 357 |
| El coronel sí tiene quien le escriba: | |
| Cantú según Aceves y González | 375 |
| Prensa y publicidad: el género infomercial fronterizo | 395 |

| | |
|--|-----|
| Wilhelmy, Zaldívar, Castanedo: retrato de una generación periodística | 407 |
| Las bodas de oro de Mexicali: hacer historia desde el periodismo | 435 |
| Conclusiones y lecciones | 457 |
| Fuentes consultadas | 467 |



A LA MODA DEL NORTE:
LA PRENSA HABLANDO
DE LA PRENSA



Tal vez quien mejor comprendió el legado de la prensa escrita mexicalense, del periodismo en general y del desarrollo de la prensa bajacaliforniana en particular fue Pedro F. Pérez y Ramírez (Peritus), el primer cronista oficial de Mexicali, quien en su libro *Hombres, hechos y cosas* (1991) expuso que el periodismo en esta ciudad fronteriza:

Fue la respuesta a una necesidad o a muchas necesidades, y nada tuvo, por lo mismo, de extraordinario. Surgió dentro de las dimensiones exactas, políticas, económicas y sociales de una comunidad cercana al millar de habitantes y que deseaba, ante la enorme influencia del idioma inglés, contar con órganos periodísticos en español.

Este libro trata sobre algunos de los periodistas y periódicos que se hicieron célebres entre 1914 y 1964. Su fuente informativa principal, aunque no la única, es lo dicho y expresado por el *Calexico Chronicle*, cuyos editores mantuvieron, a lo largo del siglo XX, un interés por sus colegas del otro lado de la frontera que hoy nos permite hacernos una idea sobre las peripecias del oficio periodístico. Pero también cito otros medios californianos y mexicalenses. Como Peritus lo sentenciaba:

El periodismo mexicalense, y creemos que el de toda la entidad, nació adecuado no solamente a un ritmo sino también

a un estilo de vida un tanto diferente al contexto de la generalidad de la provincia mexicana, que en algunos lugares lo fue y lo sigue siendo substancialmente pacífico, sedentario y devoto... mientras que en estas tierras la existencia del hombre surgió entre retos y sorpresas, entre nostalgias y empeños... Por una parte, la distancia al macizo de la patria y el olvido en que se le tenía por las autoridades del centro y así como los elementos naturales que resultaban extremosos y agresivos y en no pocas veces mortales, tendría[n] que influir indudablemente en la palabra y la acción, y consecuentemente en el trazo y planteamiento y el concepto final de los primeros periódicos, como en los que se están haciendo hoy y los que se harán en el futuro en este nuestro ambiente periodístico: con el atributo de claridad y franqueza: “a la moda del norte”.

Esa “moda del norte” que nos legaran los pioneros del ejercicio periodístico en nuestra región, ahora la podemos observar desde sus inicios como parte de un mito fundacional: el de la ciudad capital de Baja California, el del Mexicali que, fundado a principios del siglo XX, fue construyendo una red informativa a la usanza de cada época. *Con muchos riesgos* contribuye al estudio de los medios de comunicación de nuestra entidad, ofreciéndonos una travesía por sus más controversiales periodistas (Billy Silver, Ricardo Covarrubias, Héctor González, José S. Castillo, Ángel Zaldívar y José Castanedo, entre muchos otros), por sus periódicos sumisos o críticos a los gobiernos en turno, por sus escaramuzas con los funcionarios públicos, la ley y la justicia. Al ir leyendo las situaciones que vivieron, encontramos que los periodistas mexicalenses pasaron tanto tiempo en la cárcel o ante los tribunales defendiendo sus causas, como en la mesa de redacción de sus respectivas publicaciones. La historia que en estas páginas se relata es una crónica de luchas y cortesías, de agendas políticas al servicio de tal o cual

facción, de campañas siniestras contra los revolucionarios o los chinos, de momentos de dignidad y de oprobio que no podemos pasar por alto. La figura del periodista no es siempre la del héroe inmaculado que busca difundir la verdad. En muchas ocasiones lo que descubrimos es la corrupción del “cuarto poder”, su uso para obtener prebendas, para extorsionar, para zaherir al adversario ideológico sin medir las consecuencias. Y éstas iban desde palizas a duelos a muerte, desde lograr un puesto político hasta acabar en prisión. A veces los periodistas fueron las víctimas, pero en varias ocasiones también fueron cómplices en la represión de sus colegas, tal y como sucedió en 1924 y en 1955, cuando las ligas periodísticas actuaron no como defensoras del gremio, sino como instrumentos del poder en turno.

No hay que olvidar, entonces, que el periodismo pionero, el que surgió en publicaciones como *The Harpoon*, *The Rounder*, *La Vanguardia*, *El Monitor*, *Mercurio*, *El Regional*, *El Tecolote*, *Minerva*, *Momo*, *ABC* o *Nuevo Mundo*, es fiel reflejo de sus respectivas épocas, de sus métodos de trabajo. En el caso de Mexicali, su prensa original fue representada por publicaciones en inglés y español que buscaban como lectores a los residentes de ambos lados de la frontera, la mayoría de los cuales sabían leer y escribir en ambos idiomas. Para los años treinta y cuarenta del siglo XX, las publicaciones escritas exclusivamente en español ya dominaban el mercado editorial de la capital del Distrito Norte. Sus lectores ya no eran sólo las capas privilegiadas de la sociedad fronteriza, sino la población en general, lo que incluía jornaleros, obreros y migrantes recién llegados de todos los rumbos de México. En 1964, cuando este recuento termina, Mexicali ya era una urbe moderna con un periodismo a la altura de sus necesidades cosmopolitas. Esta crónica breve sobre un oficio mayor busca contar los cambios de los que la prensa mexicalense dio testimonio, examinando los desafíos y batallas



en que se vio envuelta a lo largo de sus primeros 50 años de trabajo público.

A esta breve historia del periodismo fronterizo se agregan cinco ensayos: el primero es sobre la edición especial de *La Vanguardia*, publicada el 16 de junio de 1918, donde periodismo y propaganda se dan la mano, así como otros textos sobre lo que periodistas como Héctor González e Isaac Aceves escribieron acerca de Esteban Cantú; la reunión de la prensa, la literatura y la publicidad en la pluma de Facundo Bernal López hacia los años veinte del siglo XX y dos ensayos más dedicados a José Castanedo, uno que relata la trayectoria de la generación de periodistas que fue la suya, conformada por gente como Adolfo Wilhelmy, Ángel Zaldívar y él mismo, mientras que el otro se centra en la celebración, en 1952, de las bodas de oro de Mexicali, tal y como apareció en un número extraordinario de su *Revista Minerva*. Aquí vemos, de nuevo, el vínculo creativo entre prensa y crónica histórica, entre contar los acontecimientos diarios y relatar la historia de la región como parte del oficio periodístico, como parte de la memoria personal.

En conjunto, estos textos nos permiten comprobar que el ejercicio de la historia bajacaliforniana siempre ha tenido como base el trabajo periodístico, la práctica literaria de muchos de sus oficiantes, quienes lo mismo escribían artículos de opinión, reportajes y poemas que hoy son fuente imprescindible para conocer el pasado de esta población fronteriza, y que ahora podemos ver como retratos de cuerpo entero de una prensa decidida a dar la noticia frente, contra y a favor de los poderes en turno. Este libro es un homenaje a los logros y tropiezos, a las pérdidas y ganancias que esas generaciones de periodistas experimentaron. Ya Francisco Bernal los definió como “una plaga de necios que por aquí abunda”. Como se quiera definirlos, a este grupo de buscadores de

noticias hay que tenerlos presentes como relatores de nuestro desarrollo como sociedad fronteriza.

En la historiografía bajacaliforniana, y especialmente mexicalense, pocas investigaciones hay que puedan ayudar a contar la historia del periodismo regional. Las fuentes bibliográficas no pasan de unas cuantas. Entre las más conocidas está el folleto del periodista Armando Ives Lelevier, *Historia del periodismo y la imprenta en el Territorio Norte de la Baja California*, publicado en 1943 y que, con sus escasas 30 páginas, es un listado de periódicos y sus respectivos directores, abarcando de mediados del siglo XIX a la fecha de su publicación. En 1979, José Jesús Cueva Pelayo publicó *Periodistas y periódicos en Baja California*, un recuento de periodistas veteranos, especialmente de Tijuana. En 1990 coordiné el libro *Tiempo de cambios (La prensa en Baja California)*, que reunía una serie de ensayos y entrevistas a los más connotados periodistas de aquella época, como Francisco Lizárraga, Jesús Blancornelas y Arturo Casillas. En 1991 se publicó póstumamente *Hombres, hechos y cosas* de Pedro F. Pérez y Ramírez, periodista de Mexicali que en esa obra reunió artículos sobre sus colegas periodistas. En el año 2000 saqué a la luz *La canción del progreso. Vida y milagros del periodismo en Baja California*, donde intenté hacer la crónica de los periódicos de nuestra entidad desde 1873 a las postrimerías del siglo XX. Desde entonces se han publicado libros académicos que indagan los procesos mediáticos en temas contemporáneos como la migración o el Covid-19, pero acercamientos a la historia de la prensa mexicalense apenas pueden mencionarse dos: *Los medios de comunicación en Baja California* (2006), coordinado por Manuel Ortiz Marín, y *La historia de los medios de comunicación. La evolución del periodismo y sus protagonistas* (2017), de Miguel Ángel Torres. Ambas publicaciones van más allá de la prensa escrita (incluyen la radio, la televisión y el Internet) y la mayoría toca, como



antecedentes, el periodo que este libro engloba. A ellos se agregarían artículos dispersos del propio Ortiz Marín y del historiador Víctor Gruel.

Un punto a tomar en cuenta: debido a la falta de ejemplares de los periódicos mexicalenses publicados en la primera mitad del siglo XX, de los que han sobrevivido algunos en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) en Tijuana, en el Instituto de Estudios Culturales-Museo UABC en Mexicali, en el Archivo Histórico del Estado, en el Archivo Histórico del Municipio de Mexicali y en el archivo del periódico *La Voz de la Frontera*, se puede afirmar que la historia del periodismo local tiene huecos enormes por solventar. Por eso mismo, las investigaciones sobre la prensa mexicalense del periodo que este libro estudia son escasas y eso repercute en la bibliografía al final de esta obra.

De ahí que la aparición del proyecto de la Universidad de California en Riverside, donde se reúnen los acervos digitalizados de muchos de los periódicos que se publicaron en California, desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días, me haya servido para exponer un panorama inédito sobre la actuación de periódicos y periodistas en la franja fronteriza. Destaca aquí el *Calexico Chronicle*, fundado en 1904 en la población vecina a Mexicali, cuyos periodistas tuvieron el propósito, desde un principio, de atisbar lo que ocurría al otro lado de la línea internacional, en ese México que a la vez los atraía, sorprendía y horrorizaba. Junto con periódicos como el *Imperial Valley Press* y *La Opinión*, diario en español de Los Ángeles, el *Calexico Chronicle* supo aquilatar que una parte de sus lectores se localizaban al otro lado, al sur de la frontera, y por ello sacó, en forma intermitente, una sección en español para este público, alimentando así sus ansias informativas con el registro de sucesos que ocurrían en Mexicali y sitios circunvecinos. Por tales circuns-

tancias, buena parte de las notas que aquí aparecen están basadas en este medio periodístico. Ahora bien, los editores del *Calexico Chronicle* representaban a un poder local y a una visión política muy específicos. En lo nacional eran fervientes defensores de los intereses de Estados Unidos —sin estar ciegos a sus pifias y desmanes en relación con sus vecinos mexicanos—, a la vez que eran voceros, a nivel local, de los empresarios, comerciantes y rancheros del Valle Imperial. Esto hay que precisarlo: pretendían que hubiera estabilidad para sus inversiones en Baja California y a la vez querían que hubiera un sistema más justo y menos autoritario en nuestro país. Respetaban a México, pero si les tocaban sus inversiones estadounidenses en Mexicali ponían el grito en el cielo. Contaban con los prejuicios de su nación: veían a los mexicanos como un pueblo atrasado al que había que guiar para que se convirtiera en una copia al carbón del pueblo americano en gustos, costumbres y sistema social, económico y político. Esto es visible en la forma en que se sentían aturdidos por la manera de hacer periodismo de sus colegas mexicanos.

Para ellos, la mezcla de periodismo agresivo, de periodistas que se ponían la doble camisa de la prensa y del funcionario público, era una contradicción que los sacaba de equilibrio a la hora de juzgar la relación incestuosa entre poder político y el cuarto poder. Cuando cubrían los acontecimientos fronterizos donde estaban involucrados los representantes de la prensa de nuestro país, discernían que era difícil saber quién era la víctima y quién el victimario, dónde estaba la frontera entre dar la noticia y manipularla para los intereses de los periodistas en la arena local. Pero también hay que señalar que el *Calexico Chronicle*, por más crítico que se mostrara con sus colegas del sur, no cantaba mal las rancheras. En la época del gobierno del coronel Esteban Cantú (1915-1920), éste pagaba al *Chronicle* páginas



enteras de propaganda a favor de su régimen y en enero de 1919 pagó por un suplemento especial que celebraba la inauguración del camino nacional. En ese sentido, el *Chronicle* y *La Vanguardia* poco se diferenciaban a la hora de alabar al coronel por su obra pública. Y lo mismo sucedería en el gobierno del general Abelardo L. Rodríguez (1923-1930), en el que los intereses de los comerciantes y rancheros estadounidenses estuvieron en clara sintonía con los de dicho general-empresario y esto se vio reflejado en la prensa de la época.

La importancia de utilizar el *Chronicle*, sin olvidar las aportaciones de otros diarios californianos como *La Opinión* de Los Ángeles, para discernir la vida, percances y escándalos de la prensa mexicalense, es que nos proporciona una visión única del acontecer fronterizo, de la dinámica social entre ambas poblaciones (Mexicali y Calexico) y nos abre una ventana a los detalles cotidianos en la forma en que se experimentaron las noticias que, por ser de interés regional, llegaron a impactar en ambos lados de la línea divisoria. Hasta ahora, gran parte de los cronistas bajacalifornianos se han decantado por contar una visión glorificadora de los pioneros de las diferentes actividades fronterizas, entre ellas las del propio trabajo periodístico. Ahora, con esta nueva perspectiva mediática, podemos acercarnos al desarrollo de la parte norte peninsular desde un ángulo más rico en detalles, menos centrado en los fastos del poder y más interesado en los periodistas mismos, en sus batallas, negocios, luchas e infortunios. Y gracias a ello podemos asomarnos a los entretelones de la sociedad de frontera en sus luces y sombras, en sus portentos y cegueras. Tal es la novedad que este libro contiene.

Al leer estas páginas se podrá comprobar lo viva, lo vivaz, lo pertinente que fue la labor del periodismo para constituir la identidad comunitaria en esta zona de la fron-

tera norte mexicana, para construir un carácter social que persiste hasta la fecha como sinónimo de lo mexicalense, de lo cachanilla. Una aventura hecha con papel y tinta, con persistencia y temeridad, con orgullo y cinismo. Una travesía por nuestro pasado en común a golpe de máquina de escribir, con libreta en mano y ante una ruidosa máquina impresora. La tarea de cubrir lo trágico y lo ridículo, lo oficial y lo opositor, lo habitual y lo extraordinario, con el fin de mantener informada a la comunidad fronteriza, de moldear la opinión pública, de hacer de la vida, a ambos lados de la línea internacional, el santo y seña de nuestro progreso, el escenario de los triunfos y tropiezos que dieron origen a lo que hoy somos.

GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

*Mexicali, ciudad capital del estado
de Baja California, 2023.*



DE *THE HARPOON* A *LA VANGUARDIA*:
ORÍGENES DEL PERIODISMO
MEXICALENSE



El periodismo en la franja fronteriza, entre los valles de Imperial y de Mexicali, fue una actividad que nació siguiendo la ruta de la explotación agrícola de esta región que, a principios del siglo XX, se abría al capitalismo en bienes raíces, bancos, comercios e industrias de todo tipo. Los primeros periódicos surgieron del lado estadounidense: en 1901 se fundó el *Imperial Valley Press* en El Centro, California, y en 1904 se estableció el *Calexico Chronicle*, en unas oficinas que estaban a unos pasos de la línea internacional. La propuesta de cubrir ambos valles, de dar noticias tanto de Mexicali como de Calexico, fue una encomienda que el propio *Chronicle* se autoimpuso y que continuaría a lo largo del siglo XX. Buena parte de este libro está dedicada a sus artículos, reseñas, crónicas, semblanzas y críticas a la vida comunitaria de ambos lados de la frontera, aunque también se utilizan fuentes documentales basadas en el periodismo publicado en Mexicali, entendiéndose que esta es una crónica de las andanzas de los periodistas pioneros y sus empresas que pretende iluminar sus trabajos, peripecias, escándalos, percances y tragedias.

En el caso del ejercicio periodístico, el *Chronicle* fue un testigo tenaz, que siempre tuvo interés en observar el actuar de la prensa californiana y mexicalense, que no dudó en mencionar a los pioneros de esta profesión tan riesgosa y vapuleada entonces como ahora. Pero antes de entrar en materia, es necesario entender la opinión de los editores de esta publicación sobre su propio oficio. El 19 de febrero de

1910, cuando Calexico apenas tenía unos mil habitantes y Mexicali unos cuantos centenares, exponía, ante el jurado de la opinión pública que el deber de un periódico, “para ser un verdadero periódico, tiene que imprimir a veces cosas que duelen”. Este editorial surgía de que informaron sobre un joven americano que se embriagó en Mexicali y fue a hacer destrozos del lado estadounidense, para que después de acabada su borrachera se arrepintiera de sus actos:

Probablemente ahora se da cuenta de la fuerza de los consejos de su madre, hermanas y amigos: deja el alcohol en paz. Ahora, si el acto se hubiera cometido en Los Ángeles, los periódicos locales lo habrían publicado como un asunto ordinario de noticias criminales, lo mismo que hizo el *Chronicle*.¹ No habría sido competencia de un periódico omitir tal noticia, por justicia a sus lectores.

Pero muchos amigos del muchacho se quejaron al periódico por haber mencionado su conducta criminal. De ahí que se concluía diciendo:

Somos de la opinión de que la crítica amable pero severa al joven Billings tendrá un mejor efecto en él que si todo el mundo le diera palmaditas en la espalda y le dijera que no debería ser un chico tan travieso. Lamentamos que el *Chronicle* haya tenido que publicar el artículo, pero no podemos negarnos a publicar la noticia sólo porque hiera los sentimientos de alguien.

¹ Con el propósito de evitar el uso excesivo de comillas y hacer más ágil la lectura, en las transcripciones o bandos hemos actualizado en cursivas los nombres de las publicaciones periódicas. En todo lo demás se ha respetado la redacción original de los textos. N. del E.

Y esta postura no hay que olvidarla cuando sigamos la crónica de los acontecimientos periodísticos que en Mexicali tuvieron lugar y que el *Calexico Chronicle* reportara a lo largo de las décadas.

Según el folleto *Historia del periodismo y la imprenta en el Territorio Norte de la Baja California*, escrito y publicado por Armando Ives Lelevier en 1943, los primeros periódicos en español de Mexicali fueron *El Noticioso del Distrito* de Erl Wa, publicado en Imperial, California, y con el apoyo del tipógrafo Gustavo Becerra; y la revista *Tricolor* de Juan Galarza. El primero surgió en 1915 y era apenas una hoja que salió unas cuantas veces y desapareció sin dejar rastro excepto en la memoria de aquellos que tuvieron la fortuna de leerlo, mientras que el segundo sólo fue un número especial para conmemorar las fiestas patrias de septiembre de 1916. El problema es que el folleto de Lelevier contenía muchos errores en nombres, fechas y títulos. El *Calexico Chronicle*, tan dado a hablar de las empresas periodísticas de sus colegas mexicalenses, no llegó a mencionarlos. En cambio, estableció, a partir de mediados de la segunda década del siglo XX, la presencia de dos periodistas con sus respectivos medios: Billy Silver y Ricardo Becerra.

La primera alusión a Billy Silver, el 31 de julio de 1914, decía que éste era “un conocido hombre de prensa que ahora sería réferi en las peleas de box” en el teatro *Empress del Valle Imperial*. A fines de ese año ya hacía lo mismo en la arena de boxeo de Mexicali. En ese mismo año publicó su primer periódico mexicalense, aunque de corta duración: *The Harpoon*, que por su título indicaría una publicación de combate, de lucha a muerte. Para 1916, Silver era agente de beisbolistas y mánager de toreros mexicanoamericanos. Pero su labor en la creación de la prensa en Mexicali es la de un auténtico pionero. En el *Chronicle* del 15 de marzo de 1917 se notificaba que el sábado 17 de marzo era la fecha



de inicio de una nueva aventura periodística en la ciudad capital del Distrito Norte:

The Rounder es el nombre de una nueva publicación que se publicará por primera vez el día de San Patricio. El periódico está siendo publicado por Billie Silver, y estará dedicado a la vida en Mexicali. La nueva publicación se publicará en papel rosa y en el inimitable estilo de Silver. El editor de *The Rounder* publicó *The Harpoon*, otro periódico de Mexicali, hace unos tres años, que era muy buscado por los buscadores de lo inusual. *The Rounder*, aunque de naturaleza similar a *The Harpoon*, promete ser más duradero que el anterior periódico. *The Rounder* se imprimirá en la imprenta del *Chronicle*, la más equipada del Valle Imperial para grandes pedidos de impresión.

El 19 de marzo de 1917, el periódico de Calexico daba a conocer que:

William Silver, editor del *Rounder* de Mexicali, ya empieza a experimentar las pruebas y tribulaciones que acosan a las personas filantrópicas y de espíritu público que consagran su vida al bien de la comunidad y dedican sus esfuerzos a editar periódicos en los que sólo un porcentaje muy pequeño de la población aprecia el esfuerzo. Billy no tiene pelos en la lengua ni es desconfiado, y probablemente por esta razón alguien se suscribió a *The Rounder* por dos años de antelación. Esto hizo que el editor se sintiera tan bien que fue a una tienda de cigarrillos a comprarse un cigarrillo con el dinero ganado y descubrió que sus bolsillos estaban llenos de medios dólares falsos. No sabe dónde se los metieron, ni quién los hizo, pero los guardó con ternura junto a un montón de cheques

sin fondos y otras evidencias de confianza equivocada que ha acumulado en los últimos años.

He aquí el primer retrato de un periodista pionero según el *Chronicle*: un hombre que, insensato e idealista, se mete a una empresa que da pocos beneficios económicos pero muchas satisfacciones personales. Silver era conocido como gerente de lugares de diversión y promotor deportivo, especialmente de peleas de boxeo con contendientes mexicanos y estadounidenses de todos los pesos. Para el 5 de abril de 1917, el *Chronicle* anunciaba nuevos cambios en *The Rounder* (o *The Mexicali Rounder*, como a veces la llamaban), empresa periodística que

ha establecido una oficina en el vestíbulo del edificio de la oficina de correos de Calexico, y el Editor Billy Silver y asociados han tomado posesión, y ahora están ocupados sacando el número de Pascua. Se ofrecieron varios locales al Sr. Silver, quien explica que la elección se basó en que era mucho más conveniente estar cerca de la ventanilla de giros postales cuando se trataba de cobrar los pedidos recibidos para las suscripciones.

Unos días después, el 21 de abril de 1917, el *Imperial Valley Press* sacaba como nota interesante que el domingo, mientras la gente iba a la iglesia de su preferencia, Billy Silver y su editor asociado, Sidney Wire, se la pasaron distribuyendo su periódico en las poblaciones del Valle Imperial y en Mexicali. Silver, Wire y John Meek eran los editores de la nueva publicación. Los tres eran promotores deportivos y periodistas que utilizaban su publicación para dar a conocer peleas próximas y eventos deportivos en ambos lados de la frontera. Junto con ser el director del *Harpoon* (1914),



probablemente el primer periódico de Mexicali, y del *Rounder*, Silver podía jactarse de ser parte integral del Club Atlético de Mexicali, mánager de peleadores y promotor de boxeo, además que si estaba de modo la hacía de réferi. Con estos antecedentes podemos descubrir la figura pintoresca que fue Billy Silver para sus contemporáneos. Muchos años después, en el *Chronicle* del 19 de junio de 1950, se recordaba, aunque en forma incompleta, la saga de este periodista fronterizo, quien acababa de morir en diciembre de 1949:

El cruzado Billy Silver de Calexico-Mexicali y de las estaciones de paso, que murió en National City la semana de navidad, se está convirtiendo rápidamente en un personaje legendario entre los periodistas. La primera de las publicaciones de Silver, que le valió al fabuloso Billy su reputación nacional, se publicó en la calle Primera, en el lugar donde se encontraba el Hotel Los Ángeles, hace 25 años, donde José Castillo tenía una imprenta. Los nombres de las primeras publicaciones periódicas fueron *The Mexicali Rounder & the Tijuana Rounder*. Fue uno de los periódicos más controvertidos que se publicaron en ese agitado paraíso periodístico de Baja California, donde casi todo vale, y donde un editor llevaba una pistola suelta en su funda. El padre de Silver fue cónsul estadounidense en La Paz, Baja California, y se dice que la península está hoy “llena de descendientes del mayor de los Silver y de historias de sus hazañas”. Billy era uno de los 15 hijos que su padre tuvo de su esposa hispano-escocesa. Billy aprendió español antes de aprender inglés. A los 13 años se convirtió en artista de vodevil, recorrió América y Europa como bailarín de tap. A los 22 años empezó a trabajar en periódicos, primero en Providence, luego en el *New York Journal y Buffalo*. Con Jack London como socio, Silver publicó el Santa Rosa Bee, y luego, en 1913, Silver llegó a Mexicali, en un intermedio de capa y espada.

El padre de Silver sospechaba de un complot japonés contra los Estados Unidos, y pidió a Billy que investigara al coronel Juan Lojero, comandante del distrito de Mexicali. Había tres cruceros japoneses en Bahía de Tortugas, sus oficiales en el Hotel Coronado. Silver consiguió un trabajo como pianista en un salón de baile de Mexicali, según cuenta la historia. No descubrió ningún acto ilícito de Lojero. Cuando el presidente Huerta huyó de México, la historia de la vida de Silver se centró en el trabajo periodístico en la frontera.

Y digo que es una información incompleta porque el periódico de Calexico, en su obituario de Silver de 1950, confundía el *Rounder* original con el *Mexicali Rounder* que resurgiera, con apoyo del general Abelardo L. Rodríguez, el 10 de noviembre de 1923. El *Rounder* original nació en marzo de 1917 y debería ser considerado, junto con *The Harpoon* (publicado en 1914), uno de los primeros periódicos de Mexicali que traía información en inglés y en español, ya que para Billy el español era su primera lengua, su lengua materna, por lo que dominaba ambos idiomas. Y el *Rounder* se mantuvo por varios años: no fue una hoja suelta con unas cuantas ediciones, como *El Noticioso del Distrito*. Además, ambas publicaciones se imprimían en el Valle Imperial.

El 3 de octubre de 1917, el *Chronicle* anunciaba:

Ricardo Becerra, antiguo director del periódico local *El Monitor*, pero que esta semana estaba trabajando en la publicación de otro periódico, que será el suyo, se puso muy enfermo anoche al ser atacado por una apendicitis. Hoy se informa que su estado es bastante crítico. Sin embargo, su periódico no se retrasará, ya que el abogado A. Horcasitas se ha hecho cargo del nuevo periódico durante la enfermedad del Sr. Becerra y lo editará mientras tanto.



Becerra tuvo mala suerte y no sólo por enfermedad. En noviembre de 1918 fue encarcelado por tratar de librarse del servicio militar. Aquí tenemos otro misterio: el único Becerra mencionado por el *Chronicle* no era Gustavo Becerra, el supuesto tipógrafo de *El Noticioso del Distrito*, según Lelevier, sino Ricardo Becerra, el editor de *El Monitor*, en su primera etapa, cuando aún no lo tomaba el temperamental Ricardo Covarrubias. Y para 1917, *El Monitor* ya era un periódico que llevaba tiempo publicándose. Aurelio Aceves, que décadas más tarde sería un columnista del *Calexico Chronicle*, recordaría el 9 de junio de 1955 sus experiencias de niño periodiquero en esos años, entre 1917 y 1922:

La historia del periódico en la ciudad de Mexicali es prácticamente nueva. Según recuerdo el primer periódico para el público lector español fue *El Monitor*, impreso aquí en Calexico. La imprenta estaba ubicada donde los hermanos Cauhlin tienen su oficina de algodón. El editor era un ardiente tal por cual, y siempre estaba en problemas con los gobiernos de ambas Californias. Fue aquí donde muchos de los grandes hombres de prensa que hay hoy en México, recibieron su bautismo de tinta de imprenta. Muchos de los muchachos que vendían el periódico en las calles son hoy empresarios muy exitosos en Mexicali. Hablando de periódicos, recuerdo que cuando íbamos a Mexicali a vender *El Monitor* nos deteníamos en otra pequeña imprenta a una cuadra del edificio del periódico mexicano y recogíamos otro periódico para venderlo a los estadounidenses. Este se llamaba *The Rounder*. Lo imprimía un antiguo periodista llamado Billy Silver. Muchos de los viejos residentes de esta comunidad aún recuerdan a Billy. Era todo un personaje. Mientras se alejaba de sus tareas como periodista, también era promotor de boxeo y lucha libre.

Para 1915, el coronel Esteban Cantú, el caudillo que había tomado control del Distrito Norte de la Baja California, cambió de Ensenada a Mexicali la capital de la entidad. Si los primeros medios periodísticos comenzaron a circular hacia 1873 en la zona costa, Cantú, como viejo porfirista y huertista, buscando limpiar su imagen pública y hacerse ver como un gobernante que sólo quería la paz y no la guerra, se vio en la necesidad de contar con un medio de prensa a su disposición y tuvo que crear su propia maquinaria de propaganda. Para ello, como lo informó el *Chronicle* del 26 de octubre de 1915, sacó un manifiesto donde explicaba los logros de su administración, pero olvidaba mencionar las exigencias del gobierno carrancista con respecto a que el dinero de las aduanas, que por tanto tiempo Cantú había usado para aceitar su gobierno, ahora le era requerido enviarlo a las autoridades carrancistas:

Si la supremacía de Mexicali se va a determinar a través de una batalla de manifiestos, el Coronel Esteban Cantú gana el primer round, ya que ha emitido un manifiesto que fue distribuido el domingo en Mexicali. El documento es de tamaño regular de periódico y fue impreso por la prensa *El Correo de México* de Los Ángeles. Las firmas adjuntas son las siguientes: Coronel Esteban Cantú, jefe político y comandante militar del Distrito Norte de la Baja California. También el Teniente Coronel Agustín Macías y el Liuet. Coronel Hipólito Barranco del Vigésimo Quinto Regimiento de Infantería. Coronel Justino Mendieta de las tropas montadas del regimiento; Francisco L. Montejano, presidente del municipio; Lic. José F. Guajardo, juez de Primera Instancia, y el alcalde Francisco Magallanes. El manifiesto se dirige a los ciudadanos del distrito de Cantú y recita la historia relativa a la perturbación interna de su país, recordando al pueblo que en todo momento Cantú se



había negado a unirse a diversas facciones. Se refiere en particular a la conferencia de Agua Prieta y declara que en ese momento los líderes patriotas se negaron a consolidarse, cada uno de ellos golpeando de forma independiente mientras que él (Cantú) permaneció neutral como antes. Cantú recita las mejoras que se han realizado en su territorio y aprovecha la ocasión para explotar con un orgullo perdonable que su único esfuerzo ha sido el de progresar y no el de retrasar las actividades comerciales e industriales. La distribución se hizo en todos los hogares de Mexicali y del territorio circundante.

Pero una cosa era emitir manifiestos públicos y otra era contar con una prensa a su servicio. Cuando Cantú estableció la capital en Mexicali en 1915, con ello transformó completamente el equilibrio de fuerza de esta zona del país, haciendo de los enseñadenses sus principales opositores. Toda una serie de negocios adyacentes al poder se resistieron a cambiar de población. Entre estos negocios estaba la prensa oficial que se dedicaba a la publicación de los edictos oficiales y las proclamas del gobierno, lo que ocasionó un vacío informativo en la recién nombrada capital del Distrito Norte. Ante esta situación incómoda, el propio Cantú apoyó a un grupo de jóvenes intelectuales de todas sus confianzas, donde destacarían Héctor González, Ignacio Roel y Ricardo Covarrubias, para impulsar las reformas políticas a nivel municipal y para darle voz a sus políticas de gobierno desde Mexicali. Este grupo, proveniente del estado natal del propio coronel Cantú, esto es, de Nuevo León, estaba conformado por abogados y médicos que lo apoyaran para dar a conocer el programa político y social de su gobierno. Así, el *Chronicle* del 13 de agosto de 1917 afirmaba:

Se ha suscrito el capital y se han completado los arreglos para la publicación de un periódico en Mexicali, consumando los

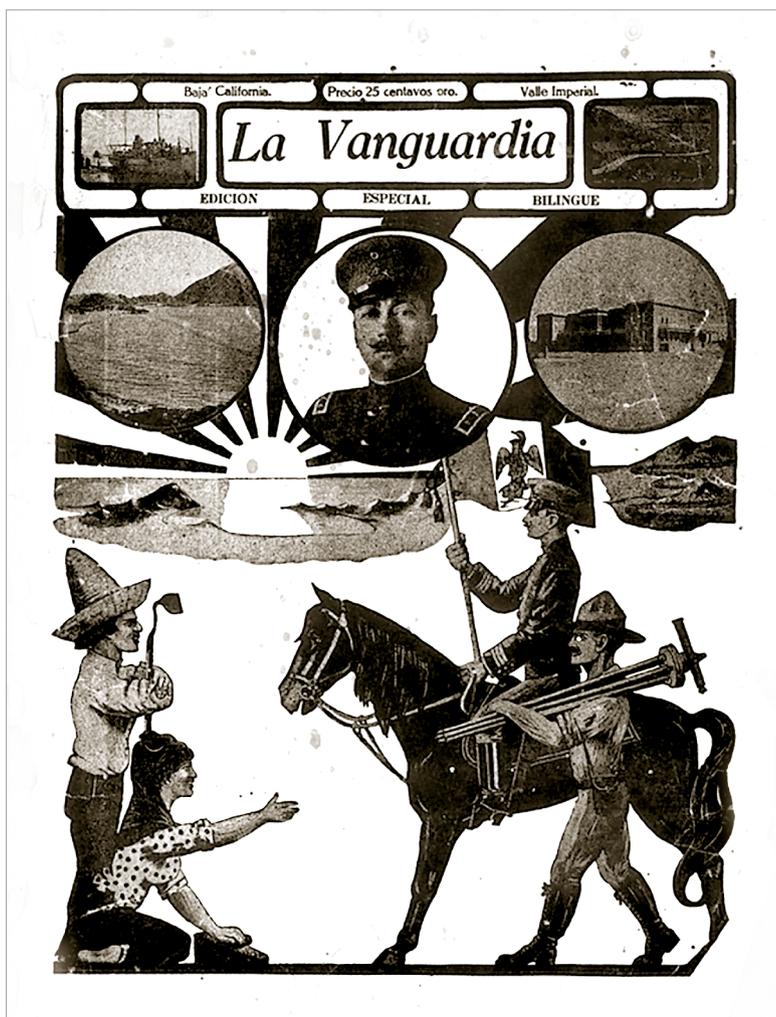
planes que se han estado considerando durante varias semanas. El primer número, se dice, saldrá la víspera de la fiesta nacional mexicana que celebra la independencia de México. Los planes para el periódico se han establecido “con gran cuidado”. En un principio, se entiende que será quincenal y que más tarde se convertirá en diario. El nombre, se dice, será *La Vanguardia*, y se imprimirá mitad en español y mitad en inglés. Con el dinero suscrito, los promotores han comprado una planta completa, incluyendo una máquina de linotipia. El viejo edificio del Tecolote, en la calle principal, ha sido asegurado como sede del nuevo periódico, y será remodelado para convertirlo en una oficina y salas de trabajo modernas y bien arregladas. La empresa, se anuncia, la encabeza Héctor González, ex juez de primera instancia, en Tijuana, y el Dr. Ignacio Roel, de Mexicali. Se insinúa que funcionarios del gobierno están involucrados en la empresa.

Pero había otra clase de periodistas, menos dados a convertir la información en propaganda para el régimen cantuista, como se reveló el 8 de septiembre de 1917, cuando el periódico de Calexico avisaba que la prensa opositora se mantenía del lado americano:

Un periódico publicado en favor de los intereses de Carranza y opuesto al gobernador Cantú ha hecho su aparición en San Diego, donde se publicará “hasta que podamos trasladarnos a Ensenada”, según un aviso en sus columnas. El *San Diego Sun*, al reportar el inicio del periódico, dice: “Haciendo una predicción velada de que el gobernador Esteban Cantú será derrocado en un futuro cercano, y su dominio, la Baja California, pasará a ser controlado por Carranza, *El Demócrata del Norte*, un periódico carrancista publicado en español, hizo su debut en San Diego hoy. El periódico se publicará semanal-



mente. Grupos de mexicanos gesticulantes discuten con entusiasmo su contenido. El editor es S. C. Mata. Las oficinas del periódico están en el 345 de la calle Trece. Que este es el primer paso para excitar un movimiento aquí para derrocar al gobierno de Cantú es reconocido por los mexicanos[“]. Las columnas del primer número arraigan a Cantú en términos candentes. Abundan los signos de exclamación. Un grupo de preguntas son dirigidas a Cantú. Algunas de ellas, traducidas son: “¿Puede dar cuenta de los 3.500.000 dólares gastados en la Baja California? ¿Por qué mantiene en el distrito norte a huertistas como funcionarios públicos? ¿Por qué mantiene usted cargos militares en contra de la Constitución y del gobierno? ¿Por qué su hermano, José Cantú, se hace llamar diputado, cuando no es reconocido como tal? ¿Por qué permites que un extranjero sea jefe de tu gobierno?” A Tijuana se le llama un pueblo de “vicio, licor y juegos” y se dice: “Cantú afirma que está trayendo a Tijuana a un gran número de las 285 prostitutas de Mexicali, y que va a construir allí cuarteles para ellas, y a aumentar las instalaciones de juego. Mexicali se presenta como “el mayor centro de vicio del mundo. Más de 6,000 trabajadores del Valle Imperial dejan sus ganancias ahí cada semana”. Se dice que El Tecolote, el casino más grande de Mexicali, rinde “25.000 dólares cada mes en concepto de impuestos por concesiones”. Los asuntos de carácter político llenan las columnas del periódico. Sobre el encabezado está el siguiente en español: “San Diego, Cal. (hasta que podamos trasladarnos a Ensenada)”.



La Vanguardia, número especial, 1918.



Las preguntas que hacía *El Demócrata del Norte* no sólo eran válidas sino pertinentes para fiscalizar los gastos del gobierno de Cantú, para comprender el régimen de nepotismo que usaba el coronel metiendo a sus parientes en la nómina del Distrito Norte, para fincarle responsabilidades por la corrupción a partir de los centros de vicio que subsidiaban a su administración y llenaban los bolsillos de sus funcionarios. El propio Esteban Cantú, desde las alturas de su poder militar, en vez de responder a tales cuestionamientos, prefirió crear un periódico que sirviera como cortina de humo a tales alegaciones y que se dedicara a alabar-lo a él y a sus obras públicas para, así, ocultar el verdadero rostro de su gobierno. Pero por más prisas que se dieron para sacarlo como un instrumento noticioso favorable a su régimen, *La Vanguardia* no debutó en septiembre sino hasta el 13 de octubre de 1917, como periódico semanario y con un precio de 10 centavos oro americano. *La Vanguardia* era un semanario ilustrado que incluía páginas de anuncios a color. Héctor González (1882-1948), un joven intelectual nuevoleonés traído a Baja California por Cantú, era su director general.

Como Mexicali no contaba con imprenta en territorio nacional, *La Vanguardia* se imprimía en la vecina ciudad de Calexico, California, y por lo mismo su dirección era un apartado postal (el 472) en esta población californiana. Su agente de anuncios era William Clay Silver, Billy Silver, experto en *advertising* y veterano periodista fronterizo. Quienes hacían este semanario sabían bien que su publicación era un órgano de gobierno apenas disfrazado. Por eso, aunque en su página frontal aparecía una viñeta con dos revolucionarios armados y a caballo, los lemas que se mostraban al calce de esta página exponían desde: “cooperar no es aplaudir. También coopera el que censura y a veces sirve mejor que el que aplaude”, hasta “sólo un gobierno fuerte

y apoyado en la opinión puede arrostrar la verdad y aún buscarla. Inseparable compañero de ella, no teme la expresión de las ideas, porque indaga las mejores y las más sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible". Lo cierto es que este periódico, financiado por el propio coronel Cantú, servía como gaceta oficial, donde se aplaudía sin escrúpulos al gobierno y en él se daban a conocer los proyectos y proclamas que éste ofrecía a la opinión pública. Héctor González, según Alfonso Rangel Guerra en *Siglo y medio de cultura nuevoleonesa* (1993), estando en San Antonio, Texas:

Recibió invitación del licenciado José F. Guajardo (el que siendo estudiante se opuso al general Bernardo Reyes y se vio obligado a dejar Nuevo León) para trasladarse a la ciudad de Mexicali, en el territorio de Baja California. El licenciado Guajardo desempeñaba en ese lugar el cargo de secretario de gobierno, siendo gobernador el coronel Esteban Cantú, originario de Linares, Nuevo León. Héctor González se trasladó a Baja California, donde fue juez de primera instancia. En Mexicali se mantuvo muy activo. Fundó *La Vanguardia*, primera publicación aparecida en lengua española en el territorio de Baja California. Este periódico lo fundó con dos sonorenses, Francisco Bohórquez y Ambrosio I. Lelevier, el propio gobernador coronel Esteban Cantú y el doctor Roel, también de Nuevo León. Después fundó *El Monitor*, que se imprimía en las prensas de *La Vanguardia* y donde escribió los primeros editoriales. Participó en la política local, siendo candidato a la presidencia municipal de Mexicali y después candidato a diputado para la XXIX Legislatura al Congreso de la Unión.





La Vanguardia

Publicación Semanaria.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

Núm. 6
Año Primero

Noviembre 18 de 1917.

Precio 10
Drs. americanos

Asesinatos, Suicidios y Matrimonios. [Originalidades Estadísticas.]

Entrevista de los Gobernadores Campbell y Cantú.

La Mano. Novelita de Guy de Maupassant.

La Caja de Cigarros. [Lectura Mexicana, de Rejupiter.]

Crónica final de la Fiesta de la Amistad.

Otros artículos importantes.



Cooperar no es aplaudir. También coopera el que censura y a veces sirve mejor que el que aplaude.

ANTONIO MAURA.

La Vanguardia. Publicación Semanaria,
No. 6, Año Primero, Noviembre 18 de 1917.

Como todo periódico que se precie de realizar una labor de cronista de su comunidad, *La Vanguardia* fue, gracias a Héctor González, un escaparate de la sociedad fronteriza de su tiempo en temas culturales, anuncios de comercios o avisos de gobierno. Otro tema que era tocado semanalmente por este periódico eran noticias locales de tipo policiaco, de sociales, de transportes y comunicaciones e incluso personales. Así se mencionaba que el propio agente de anuncios de *La Vanguardia*, el señor William Clay Silver, “está en el hospital St. Thomas de El Centro, curándose de las fracturas que sufrió en el accidente automovilístico, pero va de mejoría y tal vez pronto pueda dejar la cama”. El mismo año de 1917, cuando fundó *La Vanguardia*, el joven Héctor ingresó a la política local apoyando a un paisano suyo, el doctor Ignacio Roel, quien fungía como director del periódico, en la búsqueda de un puesto de elección popular, creando para ello el club político Benito Juárez, club que logró —con el obvio espaldarazo del coronel Cantú, que se hacía pasar por demócrata sin serlo— que la planilla de Roel fuera la triunfadora ese año y los siguientes.

Para 1918, don Héctor ya no era sólo un periodista, sino que también ejercía como regidor del ayuntamiento de Mexicali y más tarde fue nombrado consultor del mismo ayuntamiento e intervino, con sus conocimientos jurídicos, en el estudio que consideraba la elevación del recién fundado puerto de San Felipe a la categoría de Delegación. En ese mismo año de 1918, Héctor González formó parte, como secretario, de la comisión reguladora de precios; en 1920 participó en otra comisión para ampliar las vialidades de Mexicali y, además, aprobó la creación de un escudo de la ciudad, proyecto que no llegó a realizarse ante el colapso del régimen cantuista en 1920.

Por otro lado, toda esta mezcolanza de actividades —jurídicas, periodísticas y políticas— dan noticia de que el



periodismo era, para aquellos que lo practicaban en la segunda década del siglo XX, una plataforma para brincar a otras actividades más prestigiosas o productivas. Ser periodista era una manera más de ser político, es decir, de ser una figura pública, respetada o temida, pero figura pública al fin en los círculos del poder en la Baja California de aquellos tiempos. En una región donde los mexicanos, en su mayor parte, eran soldados pagados por los impuestos que cobraba el régimen cantuista a la industria del vicio (cantinas, hoteles, casinos, fumaderos de opio y burdeles), funcionarios públicos y jornaleros al servicio de ranchos de estadounidenses, chinos y japoneses, los representantes de las profesiones liberales (abogados, médicos, ingenieros y periodistas, entre otros) servían como representantes de una capa privilegiada de la sociedad: la que realmente contaba, la que se reunía para bailes, festejos, celebraciones de postín.

El periódico de Roel y González no sólo era esencial para la cohesión de los que usufructuaban el poder regional: también servía como plataforma propagandista del grupo dominante, ya fuera como pasarela de sus triunfos en el campo de las relaciones públicas, como noticia de sus negocios fronterizos, como exponente de sus viajes de placer. Pero, sobre todo, como lección del discurso oficial para repetirse a los recién llegados, a los vecinos del otro lado. En el Distrito Norte de la Baja California, en el gobierno del coronel Cantú, lo importante era transmitir que había paz, que había orden, que nadie quería insurreccionarse, ponerse revolucionario, buscar la justicia para los de abajo. En esta perfecta maquinaria discursiva, lo que estaba ausente era el conflicto político, la crítica social, el señalamiento de los errores, pifias y abusos del coronel en persona. Y si alguien osaba proferirlos, se respondía de manera furibunda, directa, a tales acusaciones. Esto lo podemos apreciar en la carta que enviara Billy Silver al editor del *Imperial Valley Press* y que este periódico publicó en su

número del 7 de enero de 1918. Silver denunciaba los falsos rumores que se levantaban contra su jefe, el coronel Cantú, como si se tratara de una pelea en el ring:

Billy Silver, redactor del periódico oficial de Cantú, *La Vanguardia*, cercano al gobierno de Cantú, en una carta dirigida hoy al director de *The Press* desmiente, en nombre del coronel Cantú, los rumores que han circulado sobre el supuesto plan de establecer una república independiente en la Baja California. La carta del señor Silver es la siguiente: "Editor: En justicia al gobernador Esteban Cantú de la Baja California con respecto a la secesión de su dominio del gobierno mexicano, deseo declarar que estos rumores maliciosos con respecto a la secesión de México han sido dichos por un hombre cuyo nombre nunca fue conocido ni jamás oído por el gobernador. Fielding J. Stilton, un corredor de bolsa de Los Ángeles, que buscó un mundo de notoriedad sensacional para escapar de una demanda abierta, afirmando que representaba al gobernador y era funcionario del Distrito Norte de Baja California. El gobernador Cantú es un patriota y antes de permitirse ser un traidor a su tierra natal elegiría la muerte en su lugar. El gobernador ha recibido, en las últimas semanas, un trato muy injusto por parte del pueblo estadounidense. Hace apenas un mes dio la orden de expulsar a los espías alemanes, a los desertores del ejército de los Estados Unidos y a los holgazanes que buscaban refugio en su territorio. Había varios de ellos escondidos en Mexicali, y el gobernador ordenó a sus hombres del servicio secreto que trabajaran y en dos días más de diez americanos fueron entregados al teniente Farmer en Calexico, quien es el oficial de inteligencia a cargo. Un gran número de holgazanes fueron reportados en Ensenada y el gobernador ordenó una redada. Setenta y cuatro americanos fueron reunidos y entregados al cónsul americano, para ser enviados de vuelta a los Estados Unidos. El cónsul afir-



mó que no tenía autoridad ni fondos para exportar a los hombres a San Diego y que enviaría un telegrama a Washington para saber qué hacer con los desertores. La respuesta de Washington se había retrasado, según el cónsul, y mientras tanto los americanos no perdieron tiempo en dispersarse a diferentes puntos a lo largo de la costa oeste, la mayoría embarcándose para Mazatlán y otros se fueron a los desiertos. La mayoría de ellos estaban provistos de grandes sumas de dinero, y los comerciantes de Ensenada estaban recogiendo una cosecha. Uno puede imaginarse cómo se sentían los hombres de negocios de Ensenada hacia el gobernador, pero el coronel Cantú cumplió su palabra con los oficiales de los Estados Unidos y el cónsul fue totalmente responsable del problema. Una semana más tarde, se publicó en un periódico de Los Ángeles una declaración del recaudador de aduanas (J. R. Elliott) acusando al gobernador por no enviar a los holgazanes y desertores a través de la línea. El gobernador lo consideró un ataque muy ingrato. Lo resintió amargamente, y hoy es dudoso que ayude en la captura de americanos que se esconden: al otro lado de la frontera, a pesar de que los desprecia a ellos o a cualquier hombre que sea traidor a su país. El Coronel Cantú es un militar entrenado y tiene el militarismo en el corazón. y si los oficiales de los Estados Unidos le devuelven su aprecio por su amabilidad cooperativa, el humo subirá por la chimenea igual, pero si es ahogado hasta la insensibilidad por personas maliciosas que desean hacerle daño en lugar de alabar su eficiencia y estar agradecido por sus relaciones amistosas, va a patear su sombrero fuera del ring y colgar un cartel que dirá así: '¡Ya he hecho bastantes favores y me han pateado en vez de agradecermelo!'. Volviendo a este F. J. Stilson, el autoproclamado representante (?) del gobernador Cantú: Cuanto antes salga de su maravilloso sueño del lúpulo, mejor será para todos. Muy respetuosamente, BILLY SILVER, Miembro del personal de *La Vanguardia*, publicación gubernamental de la Baja California”.

A Nuestros Amigos y Favorecidos Mexicanos:

Uds. y nosotros no tenemos frontera



Que las relaciones cordiales que han existido en re esta casa y su clientela mexicana, para lo que no ha habido frontera ni obstáculos, continúen estableciéndose a profusión que pasan los años y que crecen y se desarrollan estas dos ciudades hermanas. Son nuestros deseos así de corresponder siempre con consideraciones y certificar la confianza y la protección que se nos conceden.

Somos los comerciantes en más grande escala en nuestros ramos en el Valle Imperial. Compramos por ciertos enteros. Y ese sistema hace que podamos dar mejores precios que nadie.



También Queremos que Todos los Intereses de Ustedes sean Nuestros Propios Intereses



Tenemos todo lo que quiera para el rancho ó para un campamento alambre para el cercado hasta gaiteras para el techo; desde estufas para la cocina hasta fonógrafos para la sala. Además de ferretería tenemos todo lo que se quiera de mueblería. Podemos proporcionar todo lo que necesite.

Imperial Valley Hardware Company

CALEXICO EL CENTRO HOLTVILLE BRAWLEY
IMPERIAL CALIPATRIA SEALEY

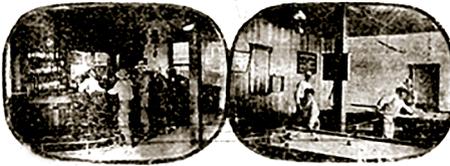


J. M. UON y Compania

Una Casa China que hace buenos negocios

J. M. UON, Chinese capitalist merchant, rancher and hotel manager-owner of the J. M. Uon & Company store, the Peninsula Hotel, the efficiently run and well equipped Uon ranch, and the markets of Mexicali. These and a few other interests keep Mr. Uon out of the common majority of life—in fact he is the busiest man that winter season.

The hotel has a nice bar and billiard hall, and the merchants establishments carries a full line of imported and domestic necessities, with hardware for ranch uses.



Además de comercio, hace negocios agrícolas y tiene un buen hotel, el **PENINSULAR** el más amplio y mejor accionado de Mexicali.

Anuncios comerciales en La Vanguardia, 1918.



Tres puntos destacan en esta carta de Silver: el lenguaje deportivo, boxístico; la sensibilidad a flor de piel del coronel cuando se le reprende y el que Cantú estuviera tan pendiente de su imagen pública en la prensa estadounidense. Por otra parte, Billy era un hombre orquesta, el alma de las fiestas. Para fines de 1918, además de sus incursiones deportivas y periodísticas, había formado una banda de música que llevaba su nombre (en ella tocaba el piano y era su director musical) y con la que amenizaba las tertulias y festejos tanto en Mexicali como en Calexico. Un año más tarde, en 1919, se casaría por tercera vez con una hija del Valle Imperial. Varios de los músicos que pasaron por su grupo musical acabarían en otras agrupaciones, entre ellas en la famosa orquesta de Jack Tenney. En resumen, se puede afirmar que Billy Silver era un organizador nato, que podía dar condimento y sabor a cualquier empresa que pusiera en marcha. Era el ejemplo del periodista fronterizo: lleno de noticias por capturar y con un corazón de publicista. El *Imperial Valley Press* lo consideraba un *amusement manager*, un gerente de espectáculos y diversiones. Donde él iba, iba la fiesta.

Ahora bien, leyendo *La Vanguardia* también aparece otra función agregada: la de funcionar como un órgano cultural, como un espacio para los intelectuales y literatos que servían de fiadores del gobierno del coronel Cantú. Este núcleo de escritores y profesionistas, donde destacaban Héctor González, Ignacio Roel y Ricardo Covarrubias, estaban unidos por sus ligas con los círculos políticos y militares de Nuevo León, eran cercanos a la figura del general Bernardo Reyes, a la que todos ellos, incluyendo al propio Cantú, idolatraban. Por eso mismo, este periódico se caracterizó por exhibir en sus páginas obras literarias de escritores prestigiosos y por añadir a éstas sus propias composiciones, ya fueran poéticas, como en el caso de Covarrubias; de traducción de autores románticos y de ensayos sobre autores coloniales,

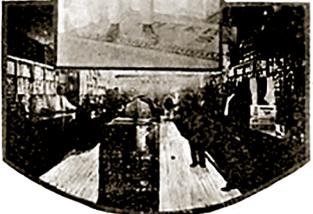
como el caso de González. La literatura se exponía como un ejercicio intelectual y cosa similar pasaba con el periodismo, que aportaba reportajes donde el ideal del progreso al estilo porfiriano —actividad meritoria para los privilegiados y bien educados— contrastaba frente a los gustos de las clases inferiores, a las que veían como vulgares y sin trascendencia para el país. Ese desdén para la cultura popular era un reflejo afrancesado de su desdén para los ideales de la Revolución Mexicana, a la que odiaban, temían y execraban por igual al impulsar el indigenismo, el anarquismo y las pasiones colectivas.

En *La Vanguardia* había una dieta de noticias del resto del país (excepto cuando éstas eran chistosas y ocurrentes, pero nunca revolucionarias) y por ello sus lectores podían enterarse mejor de lo que pasaba en Berlín que en la ciudad de México. Una nada sutil autocensura noticiosa, propiciada desde el régimen del coronel Cantú, furibundo porfirista-huertista, creaba una falsa tranquilidad en la parte norte de la península, a la que se calificaba como un paraíso terrenal en comparación del resto del país. La mentalidad de moda, a la que contribuía este semanario, era que el coronel había salvado a los bajacalifornianos de la barbarie de la lucha armada, pero no se mencionaba el precio pagado en términos de libertad de expresión, de reunión y de prensa, en los dominios de Cantú.





**ALBERTO
PEDRIN**
Miner-Mer-
chant



ALBERT PEDRIN, merchant, miner—a success as a merchant, due to a wonderful insight and knowledge of merchandising and the public, coupled with a fine personality and virile constitution. His physical endurance stood him in hand during his early efforts, when it was necessary for him to do two men's work. These same qualifications will make him a success as a miner.

The International Store or "Al Pedrin's," as it is mostly referred to, is situated at 131 Second street. This store is the headquarters for more people of real interest than any other spot in Calexico, as practically every famous Mexican official of Baja California has at one time or other made "Al's" his headquarters.

During his 11 years in the United States, Albert Pedrin spent all but six years working in his chosen line—merchandising—learning carefully each department of the business, and for the last six years has been proprietor and owner of The International Store.

This establishment carries the finest selection of merchandise procurable in the Valley—ladies' and gentlemen's fine wearing apparel, shoes, hats, dry goods, miscellaneous necessities, ready-to-wear clothing and ladies' and children's special wearing apparel.

MINING INTERESTS

The Vista Gulf mine, situated in the Pintas mountains of Baja California, is a silver-lead property with a practically assured success in store for those interested. The assays have shown repeatedly 33 ounces silver and from \$18 to \$20 lead values. Within a few days striking and drifting work will be started, with a fine camp location to be built upon.

All anyone who knows Albert Pedrin could wish him in continuous success, personally and in business.



Chinese Merchants with a full assortment of delicacies and staple domestic and imported groceries
Juarez Avenue Mexicali, B. C.

WAH CHONG Co.

Chinese Merchandise
Imported and Domestic

司公昌華



Ranch Supplies, Heavy and Light Hardware
Chinese Herbs - Groceries and Canned Dainties

**Wah Chong
& Co.**

JUAREZ AVENUE

MEXICALI, B. C.

Semblanzas de empresarios
afines al régimen cantuista, *La Vanguardia*, 1918.

La Vanguardia no se presentaba como un periódico oficial, sino como un medio que simpatizaba con la política cantuista. Así, como defensora de este gobierno al que tanto Roel como González pertenecían, daba a conocer una carta pública, titulada “A nuestros detractores locales, únicos que tiene *La Vanguardia*”, donde se presentaba, a ocho columnas, la subordinación de la prensa como comparsa del caudillaje cantuista y como sosegadora de la opinión pública, a la que no había que perturbar con pasiones políticas ni exigencias sociales. La serenidad sobre la mordacidad. La mesura sobre el escándalo de las múltiples corrupciones e impunidades del gobierno del coronel, como lo informaba en su número del 27 de mayo de 1918:

Con la presente edición, lleva *La Vanguardia* treinta y dos semanas de vida. Durante este tiempo, hemos dedicado todas nuestras energías al desarrollo de la idea alta y patriótica que estampamos en nuestro programa y que se puede condensar en estas palabras: acercamiento de la Baja California al resto de la República Mexicana; ampliación del conocimiento de la Baja California y de sus recursos en México, e introducción de mexicanismo en la Baja California. Hasta la fecha creemos haber cumplido puntual y honradamente con el compromiso contraído en el primer número de nuestro semanario. Con grandes dificultades, porque hemos tenido muchas con grande gasto de dinero y de energía hemos sostenido una lucha calla[da] e invisible, día por día y momento por momento, no para hacer un negocio, ni siquiera mediano, sino para servir y luchar por una idea, porque nunca fundamos este periódico para hacer dinero, sino para desarrollar un progreso. Tenemos la conciencia de la utilidad y de la trascendencia de nuestra labor. Y si no podemos decir que *La Vanguardia* nos ha dado mucho dinero, sí podemos decir —y lo decimos con or-



gullo— que en ella hemos estado cumpliendo una misión, que desgraciadamente muchos miopes no comprenden. Nuestro premio han sido las palabras de aliento que nos han venido de muchas partes de la República y de los Estados Unidos y el apoyo y las simpatías de mucha gente que comprende lo que significan y alcanzan nuestros esfuerzos. Hemos tenido otra satisfacción, la de todos los que hacen una obra meritoria: la satisfacción de que lo nieguen y muerdan los vecinos, en este caso algunos dizque peritos en periodismo y en finanzas, personajes de vecindad, que se mofan de que no escandalicemos, semana por semana, con artículos amarillos, y de que la salida de nuestro periódico no cause en Mexicali la sensación de la llegada de una verdulera borracha. Nuestro periódico no es de escándalo. No dice ni dirá mentiras; verdades sí puede decir unas pocas y amargas el rato menos pensado. Nuestro periódico es para la gente serena, que gusta de aislarse de las rudezas de la vida diaria en el placer espiritual de la lectura; es para el pueblo, que quiere que se le instruya y se le marquen caminos y que alguien se preocupe de hacerle bien. No nos hemos ocupado ni nos ocupamos de pequeñeces de vecindad, ni de atizar la guerra civil de México, porque creemos que eso no es patriótico. Pero si algo se insiste en que nos ocupemos de pequeñeces que alboroten en las tertulias locales, algún día podremos hacerlo y, entonces, quizás lo lamenten ésos que nos andan tirando mordiscos.

En sus propias palabras: los periodistas de esta publicación querían marcar caminos para el pueblo, que no se sublevara contra las injusticias y los abusos, que no alborotara. Era una ideología, la suya, perfectamente porfirista, huertista, dictatorial, donde una clase privilegiada, la de los funcionarios, empresarios y rancheros cantuistas, conduciría, con paso militar, el rebaño ciudadano hacia donde mejor le con-

venía a sus intereses privados. La prensa sólo debía cuidar la paz de los sepulcros, la seguridad pública ofreciendo noticias paternalistas y condescendientes. Pero *La Vanguardia* también ejercía otra función propagandística en la arena de la opinión pública: la glorificación del líder supremo, la exaltación de su obra. Por cada construcción o celebración cívica había un número especial dando cuenta de la benevolencia de Cantú, de sus magnos éxitos, de su presencia como “salvador” del Distrito Norte. En la propia portada, en la parte superior, estaban dibujados los protagonistas del progreso tal y como los concebía el ideario cantuista: los militares iban, como ingenieros, cargando con sus instrumentos, y el jornalero mexicano, con su esposa, se dedicaba al cultivo de la tierra. Pero nunca se exponía que los militares también funcionaban como una fuerza represora y que los jornaleros nacionales trabajaban tierras que no eran suyas, sino de los rancheros estadounidenses y de las compañías de terrenos extranjeras, como la Colorado River Land Company.

Hay que hacer notar que este periódico impuso la pauta del servilismo en la prensa mexicalense como ruta a seguir. Y que su efecto fue perdurable entre la clase pudiente de esta población, que mantenía su nostalgia por los buenos tiempos porfiristas. Si la imagen de Cantú que aún se recuerda es la del constructor de escuelas y caminos y no la del impulsor de la represión política, la ley fuga y la corrupción generalizada, se debe, en mucho, a la labor de Héctor González e Ignacio Roel, dos periodistas que actuaron como propagandistas eficaces del régimen cantuista. Roel llegó a ser el diputado por el Distrito Norte en el Congreso Constituyente de Querétaro en 1917, donde una parte de los revolucionarios lo repudió porque se le vio como emisario de un gobierno reaccionario, donde se refugiaban los colaboradores del Porfiriato y de la usurpación huertista. El *Chronicle* tomó en cuenta la aparición de *La Vanguardia* como un



periódico oficial, de lujo, más revista cultural que diario de noticias propiamente dicho, excepto cuando se presentaba como órgano de propaganda del coronel Cantú. El 13 de octubre de 1917 informaba, sutilmente, que había mucho dinero y mucho poder detrás de tal aventura periodística. Una ambición sin par:

En forma de 32 páginas, con portada en color, el nuevo periódico prometido desde hace tiempo para Mexicali, *La Vanguardia*, hizo hoy su aparición. El periódico está impreso enteramente en español esta semana, pero estará en inglés y español después de algunos números más. El nombre de Héctor González aparece como editor y gerente. William Silver es el director de publicidad. Aunque se presentaron las dificultades habituales para sacar un número inicial de un periódico, éstas fueron superadas, y el primer número de *La Vanguardia* es muy meritorio para los editores y redactores. Varios artículos editoriales y locales especiales, una novela completa, y una abundancia de noticias breves e interesantes, caracterizan el número actual.

Junto al *Chronicle*, el *Imperial Valley Press*, en su número del 15 de octubre de 1917, también daba la bienvenida a *La Vanguardia* como parte de los periódicos que se publicaban en esta región fronteriza y afirmaba que era un “Excelente periódico dedicado a los intereses de Baja California y el valle”, además de señalar su contenido a favor del gobierno:

El primer número de *La Vanguardia*, la publicación semanal editada por Héctor González y propiedad de una empresa encabezada por el Dr. Roel, se publicó el sábado. *La Prensa del Valle Imperial* da la bienvenida a *La Vanguardia* a la fami-

lia de publicaciones del valle. La composición y el tema de *La Vanguardia* reflejan un gran crédito para sus editores y editor, y su ensamblaje tipográfico es excelente. El primer número está dedicado a una declaración de la política de *La Vanguardia*, que incluye una declaración de que la administración del coronel Esteban Cantú se mantendrá; una declaración del señor Jacinto Barrera a favor del Gobierno; un artículo que declara su amistad con el coronel Cantú; un relato corto, “El misterio de la casa verde”, y otros artículos importantes. El editor González ha cursado invitaciones a los hombres de prensa del valle para un almuerzo que se dará en *La Vanguardia*, en Mexicali, mañana por la noche. La banda mexicana amenizará con su música.

Para el 17 de octubre de 1917, el periódico de Calexico hacía la crónica de un evento que lo mismo era social que político, donde “los hombres de la prensa del valle ayudan a celebrar el nacimiento del nuevo periódico. Asisten al banquete ofrecido en honor del lanzamiento de *La Vanguardia* en Mexicali” y mostraba que este periódico semanal era una aventura cara, pero que para el régimen de Cantú valía la pena:

La armonía y la buena voluntad, con un sincero deseo de ser más vecinos y de cooperar para el desarrollo del Valle Imperial, tanto en los Estados Unidos como en el territorio mexicano, fueron las claves de los discursos y brindis pronunciados en el banquete ofrecido en honor del lanzamiento de *La Vanguardia*, el nuevo periódico de Mexicali, en el café Francés, en Mexicali, anoche. La consideración y la cortesía mostradas a los invitados contribuyeron al placer de la ocasión e hicieron de la velada algo memorable. El Sr. Jacinto Barrera, secretario de Estado, fue el representante personal



de su jefe, el gobernador Cantú, que había sido llamado inesperadamente para cumplir con sus obligaciones estatales. El Sr. Barrera transmitió el sincero pesar del gobernador por no haber podido estar presente, y la esperanza de que se presentara pronto otra ocasión en la que tuviera la oportunidad de asistir que se le presente otra ocasión en la que tenga la oportunidad de reunirse con los periodistas del Valle. El Sr. Barrera también habló de las cordiales relaciones existentes entre el gobierno federal mexicano y el gobernador Cantú y otros funcionarios del distrito norte de la Baja California, condición que era muy gratificante para toda la gente del distrito. Esperó que continúen y se amplíen las relaciones amistosas que han existido entre la gente de Mexicali y el país circundante y los del sur de California. El juez Héctor González, editor de *La Vanguardia*, habló de la necesidad de un periódico amplio, liberal y progresista, como se pretende que sea la nueva publicación. Asegurando a los invitados su deseo de cooperar con ellos en sus esfuerzos, instó a la promoción de todo interés digno en la tierra a lo largo de la frontera de ambos lados.

Según el *Chronicle*, “el menú del banquete, cuidadosamente planeado y agradablemente servido”, consistió en diferentes platillos, desde canapés de anchoas a filete miñón, desde langosta a pollo asado, además de quesos, frutas, pasteles franceses, café, té y vinos finos tanto blancos como tintos. Lo mejor de lo mejor y echando la casa por la ventana, los periodistas de *La Vanguardia* demostraban, a propios como a extraños, que el trabajo periodístico no era un oficio de pobres sino de caballeros adinerados, de gente poderosa. Pero los invitados a esta celebración, ¿quiénes eran? Según el periódico fronterizo:

A continuación, los nombres de quienes disfrutaron del banquete: Jacinto Barrera, secretario de Estado, en representación del coronel Cantú; Federico Dato, Félix Mesa León, recaudador de la aduana de Mexicali; Gonzalo Banquedano, recaudador de impuestos; Benjamín Argüello, alcalde de Mexicali; el juez Raymundo Landgrave, del tribunal superior de Mexicali; el teniente coronel Hipólito Barranco, comandante militar; Tomás Beléndez, tesorero del estado; Francisco R. Muñoz, jefe de correos; Héctor González, editor de *La Vanguardia*; F. Bórquez, el Dr. I. Roel y A. Y. Lelevier, editores de *La Vanguardia*; William Clay Silver, director de publicidad de *La Vanguardia*; Ray Oliver, Bert Perrin y T. De Nyse, *Calexico Chronicle*; R. W. Weeks, *Imperial Valley Press*, El Centro; C. C. Hurley, *Los Angeles Times*; J. B. Baker, Mr. y Mrs. W. Magruder y Mrs. Smith, *Holtville Tribune*; Graham S. Quate, colector de aduanas de Calexico; A. J. Valenzuela, subdirector general de correos de México; Emilio Fernández, subcolector de aduanas, F. P. Beyer, C. E. Withington; Ricardo Becerra, editor de *El Cronista*, Calexico; E. S. Montgomery, editor de *El Monitor*, Calexico; Ricardo Covarrubias, F. A. Becerra, Joaquín Barradas y A. A. Gutiérrez, *La Vanguardia*.





La Aduana de Mexicali ha seguido el crecimiento del Valle Imperial

Estuvo en una carpa y hoy es una de las principales de la frontera

La importante oficina que maneja el Sr. Mesa León se ha convertido en unos cuantos años, de una insignificante sección aduanera alojada en una carpa en una de las que manejan mayores cantidades de dinero en la frontera Norte de México.

Es fácil darse cuenta de la importancia de la Aduana de Mexicali por la lectura de la siguiente relación de los productos que salieron por ella de Julio de 1917 á Abril de 1918 y de los derechos recaudados con ese motivo:



| | Cantidad | Derechos |
|--------------------------|------------|-------------|
| Cuerpo de res secas | 5,597 K | \$ 2,548.68 |
| Leña | 49,954 | 744.61 |
| Miel de abeja | 17,256 | 608.80 |
| Algodón con o sin pepita | 14,714,892 | 412,279.27 |
| Algodón batido | 2,194,418 | 21,864.18 |
| Semilla de algodón | 4,418,566 | 88,371.36 |
| Semilla de maíz | 1,771,692 | 117,167.26 |
| Carne y otros abonos | 167,100 | 3,000.00 |
| Pavada fresca | 9,219 | 461.00 |
| Cerzo animal | 612 | 48.21 |
| Planta vegetal | 28,448 | 1,000.00 |

Sección que según se establecieron en el puerto de San Felipe y frente al Cerro del Mayor, en El Rio Colorado.

Esta Aduana cuenta con un cuerpo de cobradores montados y uniformados, compuesto de 30 plazas y hace su despacho con diez empleados.

En los grabados de esta crónica puede verse el grupo de cobradores, el de empleados de la oficina y una vista de la garita que queda exactamente sobre la línea internacional, junto á la Aduana americana de Calexico.

Suman los derechos cobrados **\$545,264.62**
 Aduana Fronteriza de Mexicali, B. C., a 30 de Mayo de 1918.
 Confirma: El Contador

EN EL centro de esta plana puede verse el retrato del Sr. don Félix Mesa León, Administrador de la Aduana de Mexicali, ex-Teniente Coronel del Ejército Mex. voluntario, en el que hizo la campaña al lado del Gral. Salvador Alvarado, de quien fué Jefe de Estado Mayor.

El Sr. Mesa León la ha manejado con tacto y con tino. Ahora acaba de separarse de ella con una licencia de dos meses, con objeto de hacer campaña de Diputado para la próxima legislatura.

De la Aduana de Mexicali depende la de Algodón lo mismo que la de la Aduana de Mexicali y frente al Cerro del Mayor, en El Rio Colorado.

Mexicali como ciudad de frontera, *La Vanguardia*, 1918.



Desde una perspectiva distinta, la crónica del banquete por la aparición de *La Vanguardia* fue vista menos como un evento social y más como un acontecimiento político por el *Imperial Valley Press* en su edición del 17 de octubre de 1917, que titulaba, irónicamente, “Haz amigos de los periodistas” y que informaba de la “Reunión de gente de los periódicos y funcionarios mexicanos como invitados de *La Vanguardia*”. Según el *Imperial Valley Press*, lo importante era dar a conocer la posición de Cantú con respecto a Carranza ante la prensa estadounidense. Y para ello tanto Jacinto Barrera como Ignacio Roel especificaron que los rumores de su salida del poder eran infundados:

El coronel Esteban Cantú desmiente, por conducto de su secretario de Estado, Jacinto Barrera, que vaya a ser suplantado por el gobierno de Carranza, desea estar en términos amistosos con los periódicos y público en general del condado Imperial. Esta es la nota clave de un almuerzo dado en el café francés en Mexicali ayer por la noche. El director González y el propietario, Dr. Roel, de *La Vanguardia*, el nuevo semanario, fueron los anfitriones. Una inspección de la planta completa del periódico en la calle Front, Mexicali, fue seguida por el banquete. La banda mexicana tocó selecciones durante la noche. El editor William Clay Silver, el gerente de publicidad de la publicación, y el Secretario de Estado Barrera hablaron brevemente. Se prestó especial atención a las palabras de Jacinto Barrera, portavoz del gobernador Cantú, que se encontraba de viaje en Tecate. El señor Barrera insistió en que la gran mejoría de las condiciones en la capital del distrito norte de Baja California y sus alrededores continuaría bajo el benigno gobierno del coronel Cantú, y que deseaba cooperar con los periódicos del valle en general para promover los intereses de todos.



Así, desde su banquete inaugural, *La Vanguardia* se hizo visible como periódico oficial al servicio de los intereses del “benigno” régimen del coronel Cantú, en un momento en que la prensa estadounidense informaba que el coronel Esteban Cantú coqueteaba con la idea de hacer independiente al Distrito Norte y así unirse a la Unión Americana. Fuera cierto o no, en Mexicali los esbirros del coronel Cantú de inmediato reunieron sus fuerzas de choque en cuestiones de propaganda y se pusieron manos a la obra para reducir los daños de tales noticias en la opinión pública de los habitantes del Distrito Norte. El *Imperial Valley Press* del 7 de enero de 1918 avisaba:

Billy Silver, editor del periódico oficial de Cantú, *La Vanguardia*, cercano al gobierno de Cantú, en una carta dirigida hoy al director de *The Press* desmiente, en nombre del coronel Cantú, los rumores que han circulado sobre el supuesto plan para el establecimiento de una república independiente en la Baja California.

El mismo día, el *Chronicle* informaba:

Ayer se llevó a cabo una manifestación en Mexicali en protesta por los informes circulados sobre la deserción del Gobernador Cantú de la República Mexicana y especialmente por las noticias publicadas en *La Prensa*, un periódico español de San Antonio. Se emitieron circulares el sábado por la noche y se distribuyeron libremente y el domingo por la mañana se celebró un desfile de hombres de negocios, seguido de una reunión masiva frente a la oficina de *La Vanguardia*, dirigida por hombres prominentes y conocidos de Mexicali. Además de esto, el gobernador Cantú emitió una fuerte negación de

cualquier intención de retirarse de la república y repudió a Brooker Stillson, de Los Ángeles.

La Vanguardia, a pesar de sus manifiestos de independencia respecto al poder, tuvo como propósito no ser sólo un negocio, sino “servir y luchar por una idea”, desarrollando el programa cantuista ajeno a los postulados de la Revolución Mexicana. Ya el 9 de febrero de 1918, el *Chronicle*, en una nota sobre los visitantes al Valle Imperial, describía al juez Héctor González como “editor de *La Vanguardia*, el órgano gubernamental de Baja California”. Y tan era el periódico oficial del régimen del coronel Esteban Cantú que el 16 de junio de 1918 este periódico sacó una edición especial bilingüe, en cuya portada aparecía, en primer plano, una fotografía del coronel y en su interior un dibujo del mismo. Aquí hay que precisar que las ediciones bilingües, en el periodismo de aquellos tiempos, pretendían abarcar al público anglosajón como al hispanoparlante. Y es que la sociedad fronteriza, su núcleo político y empresarial, era bilingüe por necesidades prácticas, pues dependía de Estados Unidos para su abastecimiento y transporte, para hacer sus transacciones comerciales, para mantener comunicación con el resto del país. Los funcionarios públicos mexicanos residían al otro lado e incluso sus hijos estudiaban en las escuelas del Valle Imperial, donde aprendían inglés mientras que en sus casas se hablaba español. El grupo social cantuista puede verse retratado, con sus fastos y galas, en *La Vanguardia*, pero es mejor verlo en su racismo público, en su anhelo de considerarse como “blancos”. Así, en una nota del *Imperial Valley Press* del 2 de abril de 1919, se decía que la comunidad mexicana rechazaba que sus hijos estuvieran en una escuela segregada por las fricciones entre los niños mexicanos y los de color, y que preferían tener una escuela propia sólo para los mexicanos y, en el mejor de los



casos, que sus hijos fueran aceptados en la escuela para los blancos. El portavoz de tales demandas no era otro que el periodista William Silver, quien

en representación de la Sociedad Juárez, presentó el caso de los mexicanos. Afirmó que se habían gastado unos 7.000 dólares en la construcción del edificio de la calle Brighton y dijo que los mexicanos pensaban que era más que necesario que tuvieran una escuela separada o que se permitiera la admisión de sus hijos en las escuelas de los blancos.

Y volviendo a *La Vanguardia*, el propósito de su número especial era glorificar la obra pública del gobierno, el trabajo de los latifundistas y principales empresarios de la capital del Distrito Norte, incluyendo a las fuerzas armadas a las órdenes de Cantú, que se mostraban como salvadoras de la población civil, que arrodillada las aclamaba. A los periodistas independientes (*La Prensa*, 9 de marzo de 1918), el régimen del coronel Cantú les impedía hacer su trabajo poniéndoles mil obstáculos. Desde Ensenada se decía que lo que más hacía falta en el Distrito Norte era una prensa libre, que no se la pasara haciendo genuflexiones al rey paladín (Cantú):

Hoy, conversando con un Constitucionalista de la Baja California sobre el referido paladín, me decía: “Usted no sabe los mil obstáculos que nos pusieron para que nuestro periódico dejara de publicarse: persecuciones en el Distrito a supuestos simpatizadores; varios encarcelamientos; amenazas de ciertos agentes por influencias del otro lado de la línea; predisposiciones de los mismos con el comercio para que no nos diera ningún anuncio, y en fin, un sinnúmero de bajas intrigas de los siniestros hombres de Díaz y de Huerta, en las que tan prácticos

están, para ahogar toda empresa noble, todo sentimiento de justicia... Por supuesto, que nada de esto hizo retrocediéramos; al contrario, esas bajezas nos alentaban más para seguir flagelando todo lo malo, que por desgracia se está colando en nuestro Gobierno. Las causas que nos indujeron a suspender la publicación fueron otras, y éstas nos las reservamos para después". Así se expresó la persona a que me refiero, y todo lo que me narró está de acuerdo con la opinión de los más, acerca del particular. La verdad que un periódico independiente está haciendo mucha falta en esta ciudad, pues, por ahora, no se publica más que el mismo de siempre, y éste es escrito por unos exfederales que todavía sueñan en otro predominio autocrático.

Hacia 1918, el pueblo mexicalense conocía bien los chanchullos y voracidades, las formas represivas del régimen cantuista. Incluso los redactores de *La Vanguardia* reconocían que al marcarle caminos al pueblo fronterizo se enfrentaban a una resistencia social cada vez más extensa y decidida. Pero aún creían que el gobierno del coronel sobreviviría y por eso, del periodismo brincaban a otras actividades más prestigiosas o productivas. Ser periodista era una manera más de ser político, es decir, de ser una figura pública, respetada o temida, pero figura pública al fin. Y cuando, en la primavera de 1920, el coronel Cantú no se sumó a la revolución de los sonorenses contra Carranza, su estancia en el gobierno de la Baja California tuvo los días contados. Y lo mismo sucedió con *La Vanguardia* por su fidelidad al rey destronado y por su defensa, hasta el último cartucho-editorial, de su amigo y paisano. Y no sólo de él sino también de su familia política, los Dato, que incluía a su cuñado, Fred Dato. Así, al ser noticia que éste era un proalemán cuando los Estados Unidos estaban ya en guerra contra esta nación, el *Imperial*



Valley Press del 3 de abril de 1918 daba a conocer que William Silver, como miembro de *La Vanguardia*, salía en su defensa ante tales acusaciones:

Los amigos de Dato, residentes en Calexico y Mexicali, niegan rotundamente que brindara por el Kaiser o celebrara la última irrupción de los alemanes en Francia. William Clay Silver, gerente de *La Vanguardia*, negó hoy que Dato hubiera celebrado la ofensiva alemana en Baja California, como declaró un periódico de Los Ángeles ayer. Silver aseguró que Dato es en realidad un americano, que vive en Calexico, y que dista mucho de ser amigo del gobierno alemán. Se ha suscrito a los fondos de guerra estadounidenses. También niega que Dato haya traficado con mercancías a través de la línea. Los funcionarios de aduanas de Calexico prometen una investigación sobre las conversaciones proalemanas.

Con la caída del régimen carrancista, el cacique del Distrito Norte sintió que el grupo sonorense (Obregón, Calles, Rodríguez, Hill, etcétera) no le perdonaría su autonomía político-militar, pero sobre todo su ideología porfirista-huertista contrarrevolucionaria. Esta vez, los nuevos dueños de México, la facción sonorense, exigieron la retirada del coronel Cantú de la arena pública. Cantú, al principio, pareció acceder a las peticiones de los sonorenses, pero terminó por darles un palmo en las narices. *La Vanguardia* participó activamente en la defensa periodística y jurídica del régimen de Cantú. En un exordio enviado, en forma de telegrama, por el ayuntamiento de Mexicali, en cuya redacción intervino González, se le pedía al general Álvaro Obregón que se mantuviera a Cantú como gobernador de este Distrito Norte.



Albert R. Hems

**Empresario de Pompas
Funebres**

Phone 121 127 Third Street. CALEXICO, CAL.



LODOVICO PAGANELLI, Maestro de Cocina
PAGANELLI & CO. MEXICALI, S. C.

Mexican Brokerage and Transfer Co. Inc.
Custom House Brokers

ESPECIALIDAD en despachos Aduanales, tanto de las mercancías como de exportación. Casa que tiene cuatro años de fundación y actividad. C. Belandier, presidente—telefono residencia, No. 155; E. Pass, secretario y teniente—telefono residencia, No. 167-W.

THIS establishment has been in existence for four years, having changed their name, on June 25, 1917, to its present one. The officials are as follows: C. Belandier, president, residence telephone, 155; E. Pass, secretary and treasurer, residence telephone, 167-W.

- ENERGY - - - - ECONOMY - - - - EFFICIENCY -
Rockwood and 1st. Calexico, Cal. Tel. 90

Empresas y empresarios estadounidenses
en *La Vanguardia*, 1918.



Al ver los sonorenses que Cantú se resistía a abandonar el poder mandaron una expedición punitiva en su contra, comandada por el general Abelardo L. Rodríguez. Cantú decidió no luchar y se pasó a Estados Unidos, el 18 de agosto de 1920, mientras lo remplazaba Luis M. Salazar como gobernador. Unas semanas más tarde, el 20 de septiembre, *La Vanguardia* dejó de publicarse. Sin el apoyo de su padrino ya no podía sostenerse. Con su desaparición se cerró una etapa de la prensa bajacaliforniana: la del lustro cantuista. Pero no fue la única aventura periodística de González. Junto con Ricardo Covarrubias había fundado en 1919 una nueva versión de *El Monitor* (registrado el 17 de enero de 1920), buscando ser un órgano que les sirviera a ambos para sus planes políticos. Según el *Imperial Valley Press* (14 de julio de 1920):

El juez Héctor González, residente de Calexico pero ciudadano de Mexicali, será candidato a diputado mexicano por el Distrito Norte de Baja California, con A. A. Martínez, secretario de la asociación agrícola de Mexicali, como compañero de fórmula y suplente. El juez González se ha destacado en los últimos diez años como partidario del elemento progresista en la política mexicana, y en algún momento publicó un periódico que apoyaba la política del gobernador Cantú y del presidente Carranza.

Pero Héctor González ya no vería eso. Tras la caída del régimen cantuista un mes más tarde y la falta de incentivos políticos en la entidad, no le quedó otra que regresar a su ciudad natal. Sin embargo, el periodismo mexicalense seguiría adelante. Por ahora, *La Vanguardia* se había vuelto la retaguardia de la prensa en la frontera. Un recuerdo grandilocuente, con tufo porfirista, de los tiempos del coronel Esteban Cantú.

En los siguientes años, otra concepción prevalecería: la del periodismo como una trifulca hecha con papel y tinta, pero también con los puños, con pistola en la mano, con latigazos y golpizas entre los afectados por la letra impresa. Un combate donde los lectores se regodeaban al conocer los trapitos al sol tanto de los funcionarios públicos como de los propios periodistas. La Revolución Mexicana había llegado a la prensa y la iba a llenar de trincheras, de asaltos a tambor batiente, de facciones ideológicas, de democracia a puño cerrado. Sería un zafarrancho a la vista de todos. Y a nadie dejaría indemne.



LA PRENSA EN MARCHA:
INSULTOS, INJURIAS Y TIROTEOS



Para entender los cambios que estremecieron el panorama político de la entidad y que forzaron nuevas formas de hacer periodismo, hay que ver cómo actuaron algunos de los principales periodistas del momento. Así, el 12 de mayo de 1920, cuando Cantú aún seguía queriendo presentar batalla, el *Chronicle* anunciaba que Billy Silver estaba en problemas con el gobierno por haber publicado una falsa historia donde se afirmaba que el ejército cantuista estaba rebelándose contra su líder:

Sospechado de haber sido el autor y difusor de una historia de una supuesta revuelta de la guarnición de Cantú en Los Algodones, Billy Silver, ayudante del sheriff local, antiguo corresponsal del periódico y agregado no oficial del gobierno mexicano, pasó una noche y un día en la cárcel de Mexicali.

La censura de la prensa estaba al orden del día y ni siquiera Silver podía escapar a tal control informativo. Esto trajo un distanciamiento entre Billy y el coronel, que iba a desembarcar, según el *San Diego Union and Daily Bee* del 8 de agosto de 1920, en un acontecimiento que casi le costaría la vida a Silver, ya que éste se opuso públicamente a Cantú:

Otro acontecimiento que se produjo ayer fue la salida precipitada de un corresponsal independiente que se había visto envuelto en la contribución de artículos anti-Cantú a muchos

periódicos. El corresponsal, que se dice que estuvo en algún momento al servicio de Cantú, estuvo a punto de provocar un incidente internacional al ser expulsado por escribir un correo inaceptable. Después se quedó al otro lado de la línea y al enterarse ayer de que se le habían ofrecido ciertos incentivos para su regreso, partió en el primer tren. El corresponsal de un funcionario consular del gobierno de De la Huerta, cuyo nombre aparece en una proclama que circuló ayer en Calexico y que está dirigida contra los intereses de Cantú. El capitán Rafael Silver, vicecónsul del gobierno mexicano aquí, anunció haber recibido la información de que su hermano Billy Silver, corresponsal de un periódico independiente, había recibido la orden de abandonar Mexicali, la capital de Cantú, o enfrentarse a un pelotón de fusilamiento. La supuesta actividad de Silver al hacer circular una “carta abierta” dirigida a coronel Cantú, a quien se señala como el responsable de la orden de expulsión de Silver. La carta acusaba a Cantú de deslealtad y lo calificaba de “verdadero filibustero”.

Con la salida de Cantú y la llegada de representantes del gobierno federal a Mexicali, otro periodista vería cambiar su suerte. Ricardo Covarrubias, ferviente cantuista unos meses atrás, ahora era el secretario privado del nuevo gobernador Luis M. Salazar, trabajo por el que tuvo que dejar *El Monitor* para ocuparse de asuntos políticos. Era un movimiento que se repetiría mucho entre los periodistas locales: saltar del cuarto poder al poder de los funcionarios públicos. Pero en el caso de Covarrubias, no todos vieron con buenos ojos este cambio de bando. Muchos verdaderos revolucionarios del Distrito Norte no creyeron que don Ricardo había dejado atrás su notoria cercanía con el coronel Esteban Cantú y así lo hicieron saber en *La Prensa*, periódico de Los Ángeles, en su número del 11 de septiembre de 1920:

LA VANGUARDIA

El First National Bank

Albert Casner

UNA PAGINA DE HISTORIA

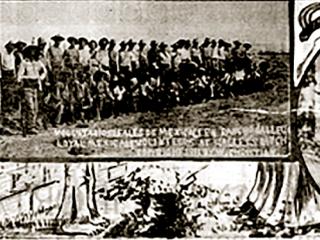
EN LA parte alta de esta plana se ve, á la izquierda, un grupo de los filibusteros que invadieron la Baja California los años de 1910 y 1911. A la derecha está un grupo de los voluntarios que lucharon contra el filibusterismo, lo mismo que en el último grabado de la parte de abajo. Sigue al anterior un grupo formado por tres de los jefes filibusteros: F. Martin, Quijada y J. McDonald. El grupo que sigue es de un piquete de federales mexicanos; á la extrema izquierda de ese piquete está en pie el ahora Coronel Cantá, que en aquellos tiempos tenía el grado de Mayor. Las otras dos fotografías son: una del Sr. Albert Casner, propietario de esta colección y la otra de Mrs. Georgia Staley, ranchera y artista, autora de una colección de cuadros que tiene el Sr. Casner en su establecimiento.

ALBERT CASNER, the most interesting man in Imperial Valley, came to Mexicali in the "wet spring" of 1860, landing here with \$7, and left for Los Angeles the other day with a check book that can call for \$150,000,000 and be cashed.

One of his famous stunts was when he was captain of the "Loy Barge Alamo," and during the last trip of this famous boat down the Alamo, the captain went down with the ship, but saved his life by grabbing limb and root—soon to be picked up by Jack Turner and L. D. Hall, whom he had taken the trip to find—reversing the matter being found by the






La creación del mito filibustero en la prensa, *La Vanguardia*, 1918.

LA PRENSA EN MARCHA: INSULTOS, INJURIAS Y TIROTEOS

71

Sr. Director de *La Prensa*, Los Ángeles, Cal. Nos permitimos suplicar a usted se digne reproducir el artículo escrito por el Sr. Ricardo Covarrubias, actual secretario particular del Gobernador del Distrito Norte de la Baja Calif., ex-director del semanario *El Monitor* de Calexico, Cal., cuya publicación prohijó el ex-gobernador Esteban Cantú y probablemente sigue prohijada por el mismo Sr., y la contestación que a continuación le damos: “La mitológica Hidra es el símbolo de las luchas políticas, apenas tronchada una de las cabezas, aparece la otra, y el secreto de los vencidos está en transfigurarse en vencedores y en alzarse con mayor insolencia lanzando a los que los acaban de vencer la carcajada del sarcasmo”. Este Sr. que ayer era el maniquí de Cantú, oscuro escritorzuelo de periodicucho despreciable y hoy se ve de Secretario particular del Gobernador, con todas esas triquiñuelas de los políticos de la lengua, ya se figura que con la gran lanzada que Don Quijote dirigió a los molinos de viento, va a arremeter contra los nativos del Distrito hablando de ciudades, condalles y abolengos al referirse a la Ensenada, de que en ella se han deslizado generaciones cuando sólo tiene treinta años de existencia, de que la Ensenada no ha tenido más que la pesca como única industria, la que tiene molinos de harina, tenería, etc., etc.; de que no contamos con más apoyo que la fuerza de México y de que con encono protestamos los habitantes de Ensenada contra la prosperidad de las demás poblaciones del Distrito. Esta jeringonza en que obligadamente aparece Roma esconde al viejo Cantuismo que son reclamar pureza en la administración pública, eliminación de los lenocinios y de los antros de vicios, la reglamentación de las cantinas, la exclusión de la casta de explotadores, el hasta aquí del saqueo de la riqueza pública del Distrito. A mucha honra tenemos el esperar todo, en materia de integridad territorial de las fuerzas de México y no vivir sujetos a la explotación de lazaronis (individuos canallas, despreciables) como los que vi-

vieron alrededor de Cantú, ostentando lujo oriental y que se escabulleron luego que vieron desatarse la tormenta; vamos a no cejar, a dejar ladren a la luna, y los “nativos y, vecinos del Distrito”, sin exclusión de ninguna localidad, vamos a formular un contra-programa contra esa explotación de abolenjo, apoyada por literatos hueros, pues en vano esperan atacar que tiempo les va a faltar para defenderse. Flor de un Día será cualquiera administración en el Distrito que quiera continuar la obra nefanda de Cantú; que quiera proteger solapadamente la prostitución y el juego; que quiera seguir explotando el opio e importación de Chinos y apoderándose de las rentas del Gobierno, y Flor de un Día será el sagaz escritor que como el Lobo de la fábula, asome las orejas tras del cuero del asno. Los dados están echados. Varios Vecinos.

La presión fue tanta que Covarrubias tuvo que dejar su puesto público, pero eso no lo detuvo: como le gustó el ejercicio del poder, decidió que su periódico sería el trampolín idóneo para catapultarlo a puestos de elección popular. Que era la hora de los civiles ambiciosos como él. Igual que había sucedido con Ignacio Roel y Héctor González, ahora le tocaba a Covarrubias disfrutar del poder en esos nuevos tiempos de partidos políticos a montón y del ejercicio de la democracia con diatribas para la oposición. Pero si Roel y González eran personajes que no descendían a los pleitos callejeros, a Covarrubias le encantaban. Y aunque hubo, de 1920 a 1923, gobernadores civiles en el Distrito Norte, la rijosidad del periodismo tomó la escena noticiosa, haciendo que los pleitos entre periodistas y autoridades se multiplicaran y no sólo eso, sino que la gente de la prensa, al tomar partido por determinados partidos y camarillas políticas, llevó los pleitos a los propios periódicos, convirtiendo a éstos en espacios para golpear a sus colegas, en arietes contra sus adversarios. Un



testimonio de lo que era ahora, sin la opresiva sombra del poder cantuista, el ejercicio electoral en Mexicali, se puede apreciar en lo dicho por el *Imperial Valley Press* (20 de diciembre de 1920), en las primeras elecciones libres que se daban ya bajo el régimen revolucionario, donde los militares ya no tenían el peso de antaño y los civiles eran quienes ganaban en las urnas. Así, los ganadores eran un partido que se autodenominaba independiente y de Baja California, mientras que los perdedores todavía mencionaban el progreso como el estandarte de sus ideales:

El edificio municipal se hallaba atestado de varios centenares de ansiosos dirigentes políticos que desde las primeras horas de esta mañana esperaban la decisión final del “colegio electoral” que se reunió ayer para contar los votos emitidos en la última elección municipal para la junta de regidores. Exactamente al mediodía de hoy se había contado el último voto y los presidentes de las diversas casillas anunciaron que el voto de los soldados era ilegal y que 400 en número habían sido desechados, ya que el juez del tribunal federal de distrito había decidido que los votos eran nulos. El club Nacional Progresista, que llevó el voto del soldado entero, fue declarado el boleto perdedor, siendo 86 votos detrás del club Liberal Independiente de la Baja California. El club victorioso tendrá 12 síndicos incluyendo al presidente (o alcalde). El Sr. Manuel Roncal, empleado del distrito de irrigación y residente de Mexicali desde hace mucho tiempo y guardián del dique en el lado mexicano de la línea, será el próximo alcalde de Mexicali. El Sr. Roncal tiene todavía veinte años y es popular entre su gente. Es un hombre capaz para el trabajo y sus amigos cercanos dicen que será el mejor alcalde que haya tenido esta ciudad. En la decisión tomada hoy en esta ciudad por el juez federal de distrito, Medina Díaz, se demuestra que

se ha establecido una nueva historia política en México, como era la costumbre del difunto Presidente Porfirio Díaz, cuando durante 36 años gobernó su república enviando boletas a las autoridades militares en los estados con su nombre, y todo lo que un soldado tenía que hacer era ir a las urnas y depositar su voto en la urna. “Como se verá por la decisión del juez federal el día de hoy, la bayoneta es una baldosa del pasado en México”, declaró Ricardo Covarrubias, director de *El Monitor*, periódico mexicano publicado en Calxico que atacó duramente al club Nacional Progresista, que apoyaba la candidatura de Otto Möller, y también el voto de los soldados, “los tiempos han cambiado en mi país, y haremos que todos respeten nuestras leyes. No queremos tiranos como líderes; queremos funcionarios civiles decentes y educados se encarguen de los gobiernos civiles. El militarismo se está desvaneciendo rápidamente, y verán disminuir en gran número los ejércitos en México. Ya no los necesitamos. México ha establecido un gobierno estable para el pueblo, y a partir de ahora se respetará al pueblo y se le tratará como a seres humanos y no como a cuadrúpedos”, dijo. La junta recién elegida entrará en funciones la primera semana de enero, cuando el Sr. Manuel Roncal preste juramento como alcalde. El gobernador Manuel Balarezo ha sancionado la elección y los votos se han enviado a Ciudad de México para ser registrados. Hoy no se han producido desórdenes tras anunciarse el resultado.

En este clima de guerra pública es importante destacar la labor de aquellos que propugnaban por hacer del oficio periodístico algo más que un campo de batalla de todos contra todos. Así, podemos constatar el interés de señalar la clase de periodismo que se deseaba frente al caos reinante en ese momento. En el periódico fronterizo *El Clarín* (14 de febrero de 1922) se publicó un artículo titulado “El periodista”, cuyo



autor era Enrique Pérez Rul, un zacatecano que residió en Coahuila en 1908, donde fue director de escuelas y más tarde llegó a ser secretario privado del Centauro del Norte entre 1914 y 1915. Para enero de 1916 ya vivía en El Paso, Texas, como tráfuga del villismo, y para los años veinte residía en Mexicali. En su texto, Pérez Rul afirmaba que la tarea del periodista moderno exigía ilustración, firmeza, acometividad, energía, paciencia y resistencia, porque su labor no se limitaba

a copiar opiniones ajenas o a consignar su particular manera de apreciar las cosas, sino que debe hacerse eco de la opinión consciente para ilustrar a los ignaros, para llevar la convicción a los indecisos o la determinación de obrar a los tímidos. No está consagrado simplemente a dar pábulo a la maledicencia ni a la murmuración; mucho menos a servir de desahogadero a las pasiones de las multitudes inconscientes o de las minorías autoritarias, sino a representar las opiniones y deseos de la parte ilustrada y sana, con la tendencia invariable de sanearlo todo y de difundir la cultura en forma tan agradable y amena que pueda satisfacer a todos los gustos. De ahí que el periodista necesita sobre todo talento y discreción para cumplir su papel sin levantar enemistades, o cuando menos acallar en cuanto sea posible las tormentas que pueda desencadenar su verbo de admonición, que debe estar siempre al servicio de las causas buenas.

¿Pero cuáles eran esas buenas causas a las que se refería don Enrique? En su artículo ubicaba al periodista frente a los diversos sectores sociales: los trabajadores, los hombres del capital y los gobernantes. Ante los primeros, declaraba que la prensa tenía la misión de hacer que el pueblo tomara conciencia de sus libertades tanto como de sus deberes, de

enseñarle “a sacudirse las odiosas tutelas y las imposiciones embrutecedoras y nefastas; que lo prepare a luchar ventajosamente contra el amo despiadado y rapaz, contra el encomendero ladrón y contra el fraile simoníaco y perverso”. En cuanto a su misión frente a los hombres del capital, empresarios e inversionistas, Pérez Rul decía que estos personajes en México

han creído siempre que tienen todos los derechos, aun el derecho divino, y ninguna de las obligaciones. Delicadísima tarea contra los hombres de horca y cuchillo, contra los que han pensado siempre que labriegos y campesinos, obreros y sirvientes son a modo de cosas o máquinas, que no sienten ni comprenden la alteza de sus derechos y la trascendencia de sus funciones.

Y por último, acerca de los gobernantes, la consigna era advertirles que “son simples servidores del pueblo, instituidos para su beneficio”, pues

Cuando el poder y el mando han mareado a los hombres y los han hecho sentirse dueños de vidas y haciendas y por ende infalibles, porque entonces la cárcel y la persecución y la multa y el destierro serán las únicas recompensas que el periodista digno y viril pueda alcanzar de tales mandatarios. Peligrosa esa obra cuando el periodista se encuentra con mandatarios que sólo quieren encontrar el elogio incondicional y la sumisión más completa, cuando los hombres del poder se imaginan estar en posesión absoluta de la verdad y muy lejos de la posibilidad de equivocarse o delinquir; y verdaderamente peligrosa cuando la apatía social y la cobardía de las multitudes ha dejado que se entronicen el despotismo y la corrupción, la



inmoralidad y el desenfreno, porque entonces el periodista necesita apartarse de la tarea de armonizar las voluntades y tendencias, para constituirse en un ariete formidable donde vayan a estrellarse todas las maldades y todas las injusticias; porque entonces el verbo no será, no podrá ser más que espada flamígera para herir a los tiranos.

Según la propuesta de este artículo, el periodista debía ejercer muchos oficios a la vez:

apóstol y campeón, predicador de sanos y luminosos evangelios, aguerrido defensor de la ley y propugnador de la pública cultura, defensor de los débiles y desvalidos, rayo que anonada, ariete que aplasta, escudo que resiste, luz que ilumina sin deslumbrar, azote de malvados y perversos, mecenas de artistas sinceros, perpetuo enamorado del bien y la verdad, incondicional servidor de la justicia, adalid incansable en las pugnas del progreso, aguja que guíe siempre al cumplimiento del deber y defensor incansable de las libertades públicas, azote de pícaros y traficantes despiadados; tal debe ser el moderno periodista.

Para Pérez Rul, tales eran las buenas causas del periodismo mexicalense, las que debían plantearse a todo el gremio de la prensa, las que tenían que discutirse en las páginas de los periódicos para modernizar el discurso público, el perfil de las noticias. Y en ese sentido, la prédica de don Enrique cayó en oídos sordos, pues la década de los años veinte fue un ring de boxeo entre la gente de la prensa y los funcionarios públicos, pero también entre los propios periodistas que manifestaban distintas posturas políticas y partidistas en Mexicali. Esto llevaría a que muchos periodistas pasaran más tiempo lidiando en los tribunales que enfrente de sus máquinas de

escribir. El *Chronicle* del 22 de marzo de 1922 mostraba ya los primeros escarceos de un pleito que duraría varios años, el de Billy Silver y Ricardo Covarrubias:

De todas las cuentas que han salido de la oficina del periódico mexicano, *El Monitor*, ayer fue el Armagedón moderno de la frontera. Los porqués del asunto aún no se han resuelto, aunque están en vías de solución, ya que el editor y director del periódico, Ricardo Covarrubias, y su hermano, por alguna razón, fueron puestos bajo arresto ayer por la tarde, pero el jefe Boucher los dejó en libertad bajo su propia responsabilidad. Esta mañana el primero, con un ojo morado, se presentó en la comisaría, pero el tribunal le dijo que volviera esta tarde. Se dice que el ojo morado se lo ha ganado por una colisión con los puños de Billy Silver, director de publicidad y redactor deportivo del periódico, durante una supuesta batalla. El conflicto, al parecer, se dividió en dos partes, y la primera parte resultó, según las historias contadas, en que Silver le dio un pisotón a un documento. Más tarde, según se dice, Silver volvió a la oficina y, finalmente, consiguió que le admitieran, destrozó una máquina de escribir en el suelo y luego procedió a golpear a los hermanos Covarrubias según el último y más aprobado estilo de boxeo y decorando el ojo del genial y suave Ricardo, como ya se ha dicho.

El que dos periodistas bien conocidos se pelearan atrajo, por supuesto, el interés del público. Silver había dejado de ser el réferi preferido de las arenas de boxeo fronterizas y había pasado a convertirse en todo un púgil, mientras que Ricardo era un peleonero profesional con sus artículos, pero no con sus puños. El 13 de abril de 1922, el *Chronicle* informaba que, ante un tribunal repleto de asistentes por demás morbosos, el veredicto fue:



En menos de media hora anoche, después de un juicio que duró desde las 11 de la mañana, William Clay Silver fue absuelto por un jurado en la corte del juez Steintorf de un cargo de daño malicioso. Se ha filtrado que sólo se emitieron cuatro votaciones, la primera de diez a uno a favor de la absolución y la última por unanimidad. El caso surgió a raíz de una supuesta agresión, el 21 de marzo, de Silver a Ricardo Covarrubias, en la que este último sufrió un ojo morado y en la que, según se afirma, Silver rompió una máquina de escribir, pisoteó un formulario e hizo otros daños en la oficina de *El Monitor*. El testimonio de Ricardo Covarrubias fue en el sentido de que Lic. Héctor González, el Dr. Ignacio Roel y él mismo eran dueños de la Imprenta Imperial y eran copartícipes y que alquilaban el local. Él era el gerente de la imprenta. También declaró que sólo él era propietario del periódico *El Monitor* y que nadie más tenía intereses en esa publicación. Declaró que había contratado a Billy Silver como publicista a base de una comisión del 25 por ciento. Silver lo corroboró posteriormente y afirmó que también debía recibir una compensación por escribir deportes y otros artículos del periódico. Covarrubias contó la historia del encuentro que dio lugar a la demanda que fue corroborada por su hermano, dos amigos y tres empleados de la oficina. En efecto, la historia fue que Silver llegó allí, estaba intoxicado, empezó a causar problemas, fue expulsado, y finalmente volvió por tercera vez y golpeó a Covarrubias y rompió una máquina de escribir Underwood nueva, agarrándola con ambas manos y tirándola al suelo. Los testimonios de los policías Lipes, Cody y Dumont coinciden en el tema en general. Afirman que fueron allí con Silver, quien afirmó que quería coger su llave y algunos papeles de su mesa, que la pelea fue entre Covarrubias y Silver, que uno luchó tanto como el otro, que los empleados se mezclaron en la pelea, que no vieron ninguna destrucción de la propiedad y que la máquina de escribir fue derribada de la mesa con otras cosas en

el tumulto. Dos de ellos dijeron que no habían visto ninguna intoxicación en Silver, pero uno dijo que no estaba intoxicado aunque olía a alcohol en su aliento. Uno de los testigos, un drogadicto de Mexicali, declaró que vio a Silver a las 4 de la tarde del altercado, mientras que el propio Silver afirmó que estuvo en El Centro desde la 1:30 hasta las 6:30 aproximadamente, y que a las 4 estaba en la oficina del sheriff en la cárcel. La señora Silver, al ser llamada al estrado, declaró que Billy estaba en casa sobre las 6:00, que no estaba intoxicado. “Si lo hubiera estado, no le habría permitido ir a la ciudad”, dijo. El propio Silver testificó que estaba en El Centro como se ha señalado, que volvió a las 6:30 y que su mujer le dijo que había ido a la oficina a preguntar dónde estaba y que Covarrubias había declarado que estaba borracho y que no estaba. Dijo que no le había preguntado a Covarrubias si Billy estaba borracho, como él declaró. Esto, dijo Silver, le hizo enfadar claramente y bajó a llamar a Covarrubias para rendir cuentas.

Y el asunto no quedó allí. El 12 de mayo, el periódico de Calexico avisaba:

El juez de paz C. E. Markey dictó ayer una sentencia de 162,50 dólares a favor de William C. Silver por concepto de salarios de corte en la demanda presentada por Silver contra Ricardo Covarrubias, editor del periódico *El Monitor*, por 299,99 dólares. Algunas contrademandas presentadas por Covarrubias fueron admitidas tras la debida consideración por el juez que tomó el caso en consideración hace una semana.

Por el momento, las aguas del conflicto bajaron de nivel. Y otros escándalos más jugosos captaron la atención no sólo de los vecinos de la frontera. El 15 de mayo de 1922, el *Chronicle* hablaba del escándalo del matrimonio del actor Rodol-



fo Valentino con la bailarina Alla Nazimova, llevado a cabo en Mexicali el sábado 13 de mayo:

Se ha tomado conocimiento de los rumores y las alegaciones que han circulado esta mañana en el sentido de que Rudolph Valentino, famosa celebridad del cine, ha cometido bigamia al casarse con Winifred Hudnut, directora de arte de Madame Nazimova, en Mexicali el sábado por la tarde. Hasta donde se ha sabido no ha habido ninguna acción oficial en este sentido, pero la opinión es que tal será el resultado. Se alega que Valentino vino a México para casarse debido a un tecnicismo legal en su divorcio obtenido el año pasado que estipulaba que no podía casarse de nuevo en el estado en el plazo de un año. “Estamos locamente enamorados el uno del otro y esto no podía esperar”, dijo Valentino, a una gran reunión de mexicanos en torno a la casa del alcalde Otto Möller en Mexicali el sábado por la tarde, después de que fuera llamado a comparecer con su nueva novia. Valentino y Winifred Hudnut, ex bailarina y ahora directora de arte de Madame Nazimova, se casaron discretamente en la casa del alcalde Möller a las 2:30 de la tarde por el juez civil T. Sandoval. Sólo cuatro estadounidenses estuvieron presentes en la ceremonia, que fue presenciada por cuatro funcionarios mexicanos. Los americanos eran el Dr. Florella Mansfield Wyatt de Palm Springs, Cal., Douglas Gerrard, antiguo director de Valentino y ahora director de Universal, y el Sr. y la Sra. Billy Silver de Calexico. La banda mexicana y la orquesta de cuerda se encargaron de la música de la cena nupcial servida en la casa del alcalde. Los recién casados recibieron muchas y hermosas ofrendas florales de parte de funcionarios mexicanos y otras personas.

Mientras Billy Silver y su esposa eran testigos del acontecimiento del año, al menos para cultura de las celebridades,

Ricardo Covarrubias continuaba trabajando para convertirse en diputado por el Distrito Norte de la Baja California y, con ello, obtener inmunidad para cualquier clase de delitos. El 7 de julio de 1922, el *Chronicle* daba a conocer que

Ricardo Covarrubias, editor de *El Monitor*, semanario español, ha sido elegido delegado al congreso por el distrito norte de la Baja California según el colegio electoral que terminó de escrutar los votos de la elección del domingo por la noche. Ganó por un estrecho margen de 55 votos sobre su oponente más cercano, Luis Pinal. Con seis candidatos en el campo y todos reclamando una ventaja, el anuncio del colegio puso fin a una de las competencias más disputadas jamás celebradas en el distrito. A primera hora de ayer, cuando se estaban escrutando los votos, la carrera se había reducido aparentemente a tres candidatos, Ricardo Romero, actual delegado en el Congreso, Luis Pinal y Covarrubias, y los dos primeros llevaban una gran ventaja. Fue después de la medianoche de ayer cuando el colegio hizo el anuncio oficial del resultado. El recuento oficial dio a Covarrubias y a su suplente Francisco L. García un total de 806 votos en el distrito.

Para el 3 de agosto de 1922, el periódico de Calexico difundía la noticia de que todos los planes políticos de Covarrubias iban viento en popa:

Un telegrama recibido aquí ayer, procedente de la ciudad de México, señala que Ricardo Covarrubias, editor de *El Monitor*, ha recibido sus credenciales y ha sido debidamente juramentado como diputado por el distrito norte de la Baja California. Covarrubias es ahora un congresista de pleno derecho y puede seguir adelante con su programa, una parte de la



plataforma del recién formado partido Liberal Rojo, del que es jefe. Uno de los principales puntos de la nueva plataforma del partido será una agitación para conseguir mejores instalaciones educativas para los alumnos de la Ciudad de México procedentes de la Baja California, así como la gratuidad de la enseñanza. El principal objetivo de Covarrubias será lograr que la Baja California, ahora un territorio, sea aceptada como un estado legalizado de la república.

Era, para don Ricardo, el tiempo de la revancha. Pero había un periodista y promotor del deporte del boxeo al que no le importaba el poder de Covarrubias. El 8 de septiembre de 1922, el *Imperial Valley Press* anunciaba la aparición de un nuevo periódico deportivo que destacaba por el color de su impresión:

El *Rounder*, un semanario deportivo publicado en el valle Imperial en el año 1917, hará su reaparición la próxima semana con la misma línea de noticias deportivas basadas principalmente en eventos de Mexicali. Billy Silver y Jess Dillon, periodistas locales, serán los redactores y editores. El *Rounder* se distribuirá gratuitamente por todo el valle, it. F. O'Leary, antiguo dibujante del *Buffalo. N. V., Courier*, formará parte de la plantilla del *Rounder*. El *Rounder* saldrá el próximo miércoles, impreso en papel rosa.

Una tradición que se mantiene hasta nuestros días es la que dio inicio con la publicación del periódico de Silver: la del medio que funcionaba como escaparate publicitario de servicios y actividades propias de la región, la de la vitrina de eventos deportivos, de espectáculos y comerciales que sirvieran para promocionar desde peleas de box hasta clubes

atléticos. Mientras tanto, el *Chronicle* del 23 de octubre de 1922 publicaba informes no confirmados de que

varios ciudadanos prominentes recientemente puestos bajo detención en Mexicali y posteriormente removidos a Mazatlán, han sido llevados a la Ciudad de México. Otro informe dice que todavía están en Mazatlán. Se afirma que no se sabe nada oficialmente en Mexicali sobre lo que ha ocurrido o dónde están los hombres ahora.

Muchos de esos hombres, políticos como el presidente municipal Otto Möller y sus seguidores, eran un obstáculo para los planes de Covarrubias de hacer del municipio su guarida. Por eso el periódico fronterizo recalca que antes de las detenciones hubo ataques impresos “en *El Monitor*, el periódico del diputado Covarrubias del distrito de Baja California, contra el Presidente Möller y sus lugartenientes políticos en Mexicali. Se afirma que el Sr. Möller ha tomado medidas para proceder contra el periódico por difamación”. Y se calificaba de salvajes a muchos de los artículos que aparecían en el periódico de Covarrubias. Los tiempos eran de revancha, pero también eran de combate, de lucha sin cuartel. Tal vez por eso, con el ojo puesto en la belicosa opinión pública, el *Chronicle* anunciaba, el 25 de enero de 1923, la salida de una nueva publicación noticiosa donde aparecía por vez primera un periodista que igualmente provocaría tempestades en los años y décadas siguientes, José Severo Castillo:

Una nueva publicación, *El Combate*, se presenta hoy a la población de habla hispana de Mexicali y Calexico. El periódico se publica bajo la dirección de José de Pereira como editor, y J. S. Castillo, gerente de negocios, y se publicará todos los



jueves. *El Combate* se publica por el momento en la oficina del *Chronicle*, pero los propietarios planean instalar una imprenta propia más adelante. El señor Pereira es un joven y brillante periodista de amplia experiencia, mientras que el señor Castillo ha participado activamente en los asuntos comerciales y políticos de Mexicali y es bien conocido en ambos lados de la frontera.

Pronto fue visible que 1923 sería un año axial en el desarrollo de la prensa escrita en la capital del Distrito Norte. El 16 de febrero de ese año, el periódico de Calexico añadía un nuevo órgano periodístico a los ya existentes. Para una comunidad mercurial en temperamento colectivo, el título de la nueva publicación lo decía todo:

Se iniciará aquí un tercer periódico en español. Juan Hernández, un joven bien conocido en los círculos de negocios de Mexicali, se convertirá en editor y Tomás Morlett, actualmente vicecónsul en Calexico, se hará cargo de la dirección de negocios de un nuevo periódico semanal que se publicará en Mexicali bajo el nombre de *El Mercurio*. Se dice que una nueva imprenta encargada para la empresa llegará la próxima semana para instalarse en las antiguas oficinas del gobernador de Baja California en el edificio frente a la plaza. Ahora se están haciendo los preparativos en el edificio para su nuevo uso. Con el *Mercurio* hará que se publiquen aquí tres semanarios locales.

El año 1923 también parecía la apoteosis de la influencia de Ricardo Covarrubias en dos áreas del poder: la política y la empresarial con énfasis en la prensa. Por eso, el 31 de marzo de 1923, el *Chronicle* comunicaba:

Los amigos de Baja California y Calexico extenderán un saludo formal y honores al diputado Ricardo Covarrubias esta noche en el salón de la asociación china en Mexicali. El asunto será en la naturaleza de una ovación al congresista visitante del distrito norte, felicitando por los excelentes logros a su crédito como el representante de Baja California en el cuerpo legislativo mexicano. Se han cursado un gran número de invitaciones para el baile y la velada social que se ha programado y se espera que el salón se llene de asistentes. Entre estos últimos estarán el gobernador Lugo, el general Ferreira y otros funcionarios estatales y federales.

Todo parecía marchar a su favor en Mexicali. Y no sólo era él. José S. Castillo, que había dejado *El Combate* y había fundado su propio periódico, *El Regional*, era absuelto de las imputaciones por calumnia que pendían sobre su persona por los tribunales mexicanos. Así, el 30 de marzo de 1923 se decía que

J. S. Castillo, editor de *El Regional*, un periódico mexicano publicado en Calexico, fue exonerado hoy por el tribunal de México de los cargos que se le imputaron recientemente por calumniar a funcionarios de la ciudad de Mexicali. Castillo fue detenido a principios de esta semana por una denuncia penal, pero tras permanecer unas horas en la cárcel obtuvo su libertad bajo fianza. La denuncia lo acusaba de acusar falsamente al regidor Mérida de malversar fondos del gobierno municipal.

Pero *El Regional* no era el único medio en estrenar plaza en Mexicali. El 2 de abril de 1923, el *Chronicle* daba a conocer:



Se está construyendo una parte de la imprenta del nuevo periódico de Mexicali, *Mercurio*, en el edificio del hotel St. Francis. Este arreglo, se dice, será temporal, y servirá hasta que se termine un nuevo edificio que se ha iniciado para las oficinas del periódico en Mexicali. Los arreglos que se habían hecho para ocupar una parte del edificio del hotel Imperial con la planta fueron abandonados la semana pasada, cuando se decidió que los cimientos de concreto requeridos para la maquinaria no podían obtenerse en el edificio. La nueva estructura se levantará junto al edificio del banco que se está levantando en la antigua esquina de Alemania, sobre la avenida Madero.

Si contemplamos la prensa mexicalense de los años veinte del siglo XX, veremos que era una prensa rijosa, enardecida, polémica, que decía sus verdades a gritos sin importar que fueran ciertas sus acusaciones o a quiénes hería con sus denuncias. Lo que importaba era mover el tapete a los funcionarios en turno, ponerlos contra la pared, hacerles ver que el periodismo era un elemento a tomar en cuenta, si querían sobrevivir en la arena pública. Una prensa que se iba contra todos y todo, sin ponderar cuántos enemigos se granjeaban, cuántos inocentes caían bajo sus caracteres de imprenta. En el caso de los políticos mexicanos, aquellas denuncias podían acabar en golpes, idas a la cárcel, amenazas de muerte, salida de la entidad para escapar de la furia de los señalados en sus publicaciones. Pero del otro lado, la solución pasaba más bien por el sistema de justicia y por multas elevadas, si se descubría que habían mentido y más si esas mentiras eran deliberadas, con intenciones maliciosas. El problema para los periodistas mexicalenses era que la mayor parte de sus lectores estaban en el lado mexicano, pero sus periódicos residían del lado americano y estaban sujetos a las leyes del país vecino. Pero ni eso les hacía mella cuando querían

mantener el amarillismo de sus noticias y la atención de su público, como lo describía el *Chronicle* del 24 de abril de 1923:

Los esfuerzos de alguna fuente desconocida para desacreditar a la Legión Americana y particularmente a C. A. Van Dusen, entre el pueblo mexicano aquí, a través de la publicación de un artículo difamatorio en el periódico español, *El Monitor*, el sábado pasado, provocó muchas expresiones de indignación entre los ex-hombres del servicio esta semana. El artículo en cuestión ocupó un lugar destacado en el periódico, y acusaba a ciertos legionarios encabezados por Van Dusen de haberse opuesto recientemente a la concesión de cualquier privilegio social a los mexicanos de este lado de la línea. Todos los miembros del puesto de Calexico de la legión, y particularmente Van Dusen, han negado enfáticamente haber hecho tales declaraciones e insisten en que la política de la organización de hombres de servicio aquí es conceder toda la cortesía a la gente de Mexicali en todas las funciones sociales y de otro tipo en el centro de recreación. Los esfuerzos por conocer la fuente de la "historia" de los editores de *El Monitor* han sido infructuosos, aunque han accedido a publicar una retractación de las declaraciones que eran manifiestamente falsas. "La legión en su conjunto y yo mismo, junto con todos sus miembros, tenemos un sentimiento amistoso hacia el pueblo mexicano", declaró Van Dusen hoy, "y es de lamentar que a cualquier individuo que pueda haber tenido un agravio personal, se le haya permitido expresar tan viciosas declaraciones erróneas a través de las columnas de *El Monitor*. Confío en que el pueblo mexicano se percate de que las informaciones publicadas en su periódico eran totalmente falsas".

El otro problema presente en la prensa mexicalense era que a las animosidades personales se sumaban las opuestas pos-



turas políticas de los propios periodistas, que los hacían tomar partido unos contra otros en formas por demás violentas, como ocurrió en una reunión política reseñada al detalle por el periódico de Calxico del 22 de mayo de 1923:

Un sensacional mitin político en el teatro Edén fue testigo del desenfundado de revólveres y de la intervención de la policía para evitar un final de tiroteo en la reunión. Se intentó detener al diputado Ricardo Covarrubias, mientras que el editor Cisneros del periódico *El Norte* de Mexicali fue arrestado y llevado a la cárcel, siendo posteriormente liberado bajo fianza. Los dos sacaron sus revólveres inmediatamente después de la clausura en el tumulto de una reunión tormentosa. El congresista no fue arrestado, ya que la policía fue advertida por su jefe de que, debido a su posición oficial, era inmune a tal acción. La reunión era una sesión conjunta convocada por el partido rojo y los cooperativistas de Mexicali, organizaciones políticas en cuyas plataformas hay tan poca diferencia que está en marcha un movimiento exitoso, según se dice, para unirlos en una sola. El diputado Covarrubias, en representación del partido de la administración, opuesto a las organizaciones rojas y cooperativistas, se presentó en la reunión de Mexicali e intentó hablar desde el cuerpo de la reunión. Al levantarse fue agredido con una variedad de acusaciones y epítetos desde distintas partes de la casa. Los abucheos y los silbidos ahogaron todos sus esfuerzos por hacerse oír. No obstante, continuó con sus intentos hasta que el tumulto fue tan grande que el presidente de la reunión abandonó el estrado con otros que estaban allí, lo que supuso automáticamente el levantamiento de la sesión. No obstante, continuó la persecución del congresista con el oprobio de los varios centenares de personas que se agolpaban en el teatro. Fue en este momento cuando se dice que el congresista sacó su revólver y lo agitó

amenazadoramente contra varios de los más violentos de sus agresores verbales que se habían acercado a él. Fue entonces, según se dice, cuando Cisneros sacó su pistola y la apuntó contra el diputado. La policía, que había acudido al auditorio del teatro en respuesta al tumulto que se oía en la calle y que había atraído a una multitud allí, intervino en ese momento y detuvo a Cisneros. La acción provocó la dispersión de los asistentes a la reunión. La excitante ocasión surgió en parte de las acusaciones presentadas la semana pasada por el congresista contra el concejal Rosas alegando calumnias criminales. La aparición del diputado en el Edén fue en gran medida, se dice, con la intención de refutar estas acusaciones, que él afirma que son el resultado de la política y el esfuerzo para asegurar la unión de los llamados partidos radicales.

Ante esta situación de agresiones verbales y conductas desahoradas, muchos políticos que se sentían calumniados por la prensa mexicalense con sede en Calexico, preferían demandar a los representantes de la prensa al otro lado, en los tribunales del Valle Imperial, que en Mexicali, donde las cosas podían desembocar en agresiones físicas en plena vía pública. Un ejemplo dado por el *Chronicle* del 28 de mayo de 1923 parecía confirmarlo:

Los abogados Alfred Blaisdell y L. J. Powers solicitaron hoy al gobernador Friend Richardson de California la emisión de documentos de extradición para el congresista Ricardo Covarrubias de la Baja California, en el caso de J. M. Rosas, quien ha acusado al congresista de difamación criminal, acción que descansa en el tribunal de justicia de Heber. La solicitud de extradición se debe a que Covarrubias no ha comparecido ante el tribunal y no ha prestado una fianza de 2.000 dólares, lo que acordó hacer al quedar en libertad bajo su propia responsabilidad el



pasado jueves por la noche. La fianza debía haberse prestado antes de las 2 de la tarde del pasado viernes. No se ha hecho, ni el congresista se ha comunicado de ninguna manera con el tribunal. Este último lo considera en desacato y también prófugo de la justicia para ser tratado como tal en virtud de una denuncia penal, según se declaró hoy. Copias de los papeles de solicitud de extradición fueron enviadas por los abogados Blaisdell y Powers al gobernador José I. Lugo esta tarde. Se presume que el gobernador los enviará, como asunto de asesoramiento, al gobierno de la ciudad de México. El gobernador Richardson, se supone, enviará su copia de la solicitud al Secretario de Estado Hughes en Washington, a través del cual se enviará la solicitud formal a la Ciudad de México. La acción del gobernador de California, si envía la solicitud a Washington, colocará a California en la posición, se dice, de reconocer a México, una actitud que la administración estatal ha favorecido. En caso de que se busque, se sostiene que ayudará a los comisionados que ahora están en conferencia con la administración mexicana, en el punto de demostrar amistad hacia México. La acción que México pueda tomar en el asunto, se concibe, puede tener toda la influencia importante en las negociaciones pendientes. Se dice que el congresista Covarrubias ha declarado que no volverá a entrar en los Estados Unidos y que ignorará los cargos que se han presentado contra él en sus tribunales. Se le atribuye un artículo en *El Monitor* del sábado en el que se declara que todos los mexicanos deben residir en lo sucesivo en México. *El Monitor* del sábado por primera vez llevaba una línea de fecha de Mexicali. Anteriormente no se había nombrado ningún lugar de publicación en el encabezamiento del periódico. El nombre del congresista aparece en el encabezado de su editorial como “fundador”. Hoy, al saberse que la planta del periódico iba a ser trasladada a Mexicali, se prepararon los papeles de embargo para el servicio en los intereses de Billy Silver, que reclama un poder que

se dice que cubre un interés de 2.150 dólares en la planta. Las recientes publicaciones en *El Monitor* acreditadas al congresista Covarrubias, junto con las declaraciones orales y ciertas actividades políticas de las que se dice que ha sido responsable, se han combinado para meterlo en mucha agua caliente frente a lo que parece ser una facción mayoritaria en los asuntos de Mexicali. Una rama de esta facción emitió ayer por la mañana una circular muy violenta en la que se aplicaban muchos epítetos al diputado y que tuvo circulación general. Más tarde, una facción más conservadora emitió una circular en la que se reprendía al congresista de forma no menos rotunda pero con un lenguaje menos violento. El diputado no respondió a ninguna de las dos circulares. Hoy se ha informado de que podría haber violencia personal contra él.

Covarrubias había escapado de la jurisdicción de un tribunal de Estados Unidos y se había enemistado con un buen sector político del poder de la entidad. Pero eso no era nada comparado con lo que publicó en *El Monitor* sobre la esposa de Billy Silver y sobre sus dos hijos. Lo que no lograron los políticos locales, lo iba a conseguir Anne Lois Dixon (en otros medios se le apellida Dickson), la esposa de Silver de 1919 a 1922. Ella era hija de rancheros muy conocidos del Valle Imperial, tanto que en su casamiento civil fue padrino Casey Abbott, el alcalde de Calexico. Lois se divorció de William Silver el 9 de noviembre de 1922 y ganó el caso de custodia de sus hijos alegando que su marido no cumplía con sus deberes conyugales por andar de representante deportivo y periodista por California y Baja California, que sólo dos días de cada semana estaba en su hogar. Toda esta información la utilizó Covarrubias para zaherir a Silver, manchando la reputación del matrimonio, de su esposa y de sus hijos. Este hecho marcaría un antes y un después para Ricardo Covarrubias como



hombre de prensa y como político bajacaliforniano. Y sería uno de los episodios que los mexicalenses recordarían por mucho tiempo y que, en su caso, lo perseguiría por el resto de su vida. Según el *Chronicle* del 25 de junio de 1923, Lois Dixon (a quien este periódico aún llamaba la esposa de Silver, aunque ya estaba divorciada) le daría de latigazos a don Ricardo en un restaurante y frente a un centenar de testigos, como una reacción porque sus hijos y ella misma fueron atacados en un artículo de *El Monitor* escrito por Covarrubias:

Como consecuencia de la infame inferencia que se hizo sobre sus hijos, el corazón de una madre corrió hasta el frenesí con el resultado de una paliza, administrada al congresista Ricardo Covarrubias de Baja California por la Sra. de Billy Silver, la noche pasada alrededor de las 6 cuando lo encontró en un restaurante mexicano de Mexicali, donde una reunión política a la que se había dirigido acababa de llegar a su fin. La multitud de 100 o más personas que se encontraban en el lugar fue detenida en su salida por la carrera a través de ella de la llamativa joven estadounidense que se había enterado en la puerta que Covarrubias estaba en la parte trasera del lugar, y casi se produjo el pánico cuando ella atacó a Covarrubias con un latigazo de cola de gato elaborado con cable telefónico aislado. El primer golpe le dio en un lado de la cara a Covarrubias, dejándole furiosas ronchas, pero sin consecuencias graves gracias a un sombrero protector. Antes de que pudiera dar un segundo golpe efectivo, sus codos fueron atrapados por los espectadores. En este dilema, agarró el cinturón del diputado y le propinó patadas en las espinillas que mancharon de sangre las perneras de su pantalón. Finalmente, Covarrubias se soltó y salió corriendo por la puerta trasera del restaurante. Se dice que se admitió a la policía en el vestíbulo, para que evitaran que la joven madre enfurecida siguiera golpeando a Covarrubias, y

la policía le sugirió a la señora que fuera a la comisaría y explicara de qué se trataba. Con ellos en su coche, junto con sus hijos, se dirigió a la comisaría. Más tarde, Covarrubias se presentó allí para presentar una denuncia. Mientras tanto, la Sra. Silver le había comunicado el motivo de su queja. Preguntado por el jefe de policía si su acusación era cierta, Covarrubias habría admitido que había publicado la declaración en un artículo del *Monitor* del sábado y declaró que había sido fruto de un enfado del que ahora se arrepentía. Mientras tanto, la policía dijo a la Sra. Silver que podía volver a su casa, pero ante la aparición de Covarrubias se negó a aceptar el despido hasta que se presentaran sus cargos y se actuara en consecuencia. Se mandó llamar al juez del tribunal, pero no se le encontró durante casi dos horas. Mientras tanto se le negó a Covarrubias el permiso para salir del juzgado a pesar de su afirmación de que como diputado no podía ser detenido. El juez a su llegada, después de un breve vistazo a la declaración de la Sra. Silver, ordenó su descargo y la anulación de la demanda de Covarrubias, al mismo tiempo que sugirió que ella podría volver hoy y presentar contra el congresista una acción por calumnia y difamación de carácter, un curso que ella dijo esta tarde que iba a seguir con el fin de hacer de registro oficial la defensa de sus hijos. El artículo publicado en *El Monitor* del sábado, en el que la Sra. Silver y sus hijos fueron maltratados, era un comentario sobre un encuentro entre Silver y Covarrubias la semana pasada. Era amargo con invectivas. Una consecuencia del sensacional asunto de ayer, que desde entonces ha sido toda la comidilla en Mexicali, fue el inicio de una petición esta mañana solicitando la destitución de Covarrubias en el congreso y su retiro de ese cuerpo. Se dice que están firmando en general muchos antiguos partidarios prominentes del diputado que se alega que han desertado de su estandarte y el sentimiento público abrumador hecho contra él por su ataque a una mujer y a unos niños que no se identifican en absoluto



con sus problemas políticos. De las diversas protestas que han llegado a la Ciudad de México en relación con los diferentes brotes en los que se ha visto envuelto el congresista en las últimas semanas, las medidas de destitución son consideradas como las más fuertes que se han hecho hasta ahora y como prácticamente seguras.

El artículo del *Chronicle* iba más allá e informaba sobre el clima de violencia prevaeciente en las esferas del poder político, como entre los propios periodistas, con intereses personales antagónicos. Cada día a las palabras injuriosas se les añadían actos de agresión, como el incluido en el mismo texto que hablaba de los latigazos contra Covarrubias:

Además de sus problemas personales, ayer la carga del diputado se hizo más pesada debido a un presunto ataque contra el agricultor Celso Ríos, por parte de Cayetano Zepeda, periodista del equipo de *El Monitor*. Ríos, según los informes, preguntó a Zepeda si *El Monitor* iba a apoyar al general Calles para la presidencia y se le dijo que ciertamente no. Ríos quiso saber entonces qué opinaba el periódico sobre el gobernador Lugo y se le dijo que lo consideraba un mal gobernador. Ríos declaró que eso era radicalmente falso, que Lugo era el único gobernador de verdad que había tenido el pueblo y que todos los campesinos estaban a favor de él por el bien que hacía. Enfurecido, se dice que Zepeda cogió una botella de vino y golpeó con ella a Ríos en la cabeza, causándole feos cortes. Zepeda huyó entonces hacia este lado de la línea, escapando de la policía que le dio caza. De este modo, [a] la situación de Covarrubias supuesto editor del *Monitor*, un fugitivo de los Estados Unidos en México, se agrega la de uno de sus principales periodistas, un supuesto fugitivo de México en los Estados Unidos.

El periodista agresor era Cayetano Zepeda, a quien veremos en próximas fechas no como victimario sino como víctima. Pero volvamos a la esposa de Billy Silver y sus célebres latigazos. En un artículo publicado en el *Chronicle* del 19 de enero de 1950 se decía que: “Su esposa (Lois Dixon) tiene un apodo, Jiggs. Se cuenta que este apodo se lo puso el general Rodríguez después de que ella le diera un latigazo en la cara a un diputado mexicano en Mexicali, le rompiera la nariz a otro hombre y golpeará a dos policías”. Lo cierto es que para el segundo semestre de 1923 era tal el caos político en el Distrito Norte que nadie parecía poder ponerle un alto. La vida política estaba basada en infinidad de partidos locales, gremiales, regionales y nacionales. En la jefatura política, al menos de 1920 a 1923, se sucedieron diversos personajes, el último fue Inocente Lugo, quien pronto se vio confrontado con el diputado Ricardo Covarrubias y con el ayuntamiento de Mexicali dirigido por Juan Loera. Esta confrontación fue descrita por Armando I. Lelevier como una pugna soterrada que hacía explosión en discursos de altos vuelos y en una retórica a puño limpio:

Aunque algunas veces descendían a planos inferiores al grado de terminar a puñetazos, al calor de los barriles de cerveza y la barbacoa, que eran elementos indispensables en las campañas políticas de antaño, más bien eran una especie de ágoras helénicas, en las que se debatían en la tribuna que ocupaban los partidarios, y a veces ambos contendientes, en las que se exponían las virtudes y los defectos de los candidatos a regidores porque primero se elegían a los ediles y estos al formar el Ayuntamiento, designaban entre ellos quién debería fungir como Presidente Municipal.



Pero las borrascas y los pleitos entre los distintos niveles de gobierno (el jefe político y los ayuntamientos) y entre los integrantes de la casa municipal (el presidente municipal y sus ediles provenientes de distintos partidos) le ponían, como gustaban decir los viejos reportes, “sabor al caldo”. Y en esas campañas, los periodistas fungían desde corre-ve-y-diles hasta investigadores de enfrentamientos para beneficio de la página titular de sus propias publicaciones. Prensa y autoridades se mancomunaban y se utilizaban mutuamente en beneficio propio. Los ataques personales pasaban de las páginas de la prensa a la arena pública y las confrontaciones políticas se dirimían en los comentarios periodísticos con virulencia inusitada. Las filtraciones de información eran cosa cotidiana. Los golpes al adversario por un periodista aliado, el pan de todos los días. La prensa no ponía distancia ante el poder: era sólo un brazo más a su servicio. Y los lectores se regocijaban ante aquel circo mediático y sacaban como lección que el periodista ya no era el caballero culto, promotor del progreso, que pedía orden y paz, como en los tiempos del coronel Cantú, sino el peleador callejero que jugaba sucio con tal de enlodar la figura de sus adversarios en la arena de la opinión pública. Todo se valía con tal de proteger o consolidar sus intereses empresariales y políticos.

Al contrario de la época cantuista, ahora el poder estaba fragmentado y muchos eran (partidos, agrupaciones, candidatos) los que estaban dispuestos a pagar por la defensa de sus causas o por el ataque sistemático a sus adversarios políticos. La participación ciudadana quedaba, a lo más y sólo en una minoría, en la compra del periódico, en su papel de testigos de contiendas en las que no tenían ni voz, excepto, claro, si eran periodistas-políticos con su publicación de ataque y represalias a su servicio. Tal vez por eso, la prensa del otro lado dedicaba espacio para tocar los asuntos periodísticos, las grescas que se desataban entre sus miembros

más prominentes. No era sólo un factor moralista, de exponer las maneras desenfrenadas de comportamiento entre los mexicanos, sino que también representaba un cálculo comercial: para principios de los años veinte del siglo XX, con una población lectora que dominaba el español y el inglés, publicaciones como el *Calexico Chronicle* y el *Imperial Valley Press*, el primero saliendo por las mañanas y el segundo circulando a partir de las 4:30 de la tarde, reconocían que los principales compradores de sus periódicos estaban en Mexicali, donde la población era mucho mayor que la existente en el Valle Imperial. Eso no debe olvidarse. A partir del auge del cultivo del algodón (de 1910 en adelante) y de que se transformara *de facto* en la capital del Distrito Norte de la Baja California (en 1915), Mexicali se convirtió en una urbe floreciente, cuya prosperidad hizo que, al aumentar su población, fuera el centro activo de ambos valles. Y por ende, los compradores mayoritarios de estos periódicos eran los mexicanos y extranjeros que vivían y trabajaban en esta región. Por eso, hablar de los sainetes que protagonizaban los periodistas y políticos mexicalenses era una manera de que sus publicaciones tuvieran un público cautivo, que no podía leer tales escándalos en la prensa mexicalense por cuestiones de censura y autocensura. Al ser medios extranjeros no pasaban por el tamiz de las leyes mexicanas, ni podían ser intimidados por las autoridades bajacalifornianas, ya que si eso sucedía ponían su queja ante el gobierno estadounidense, haciéndose un escándalo internacional. Por otra parte, muchos de los conflictos monetarios entre los periodistas mexicalenses se presentaban en la corte del país vecino porque los periódicos locales, como *El Monitor* o *El Rounder*, se editaban en Calexico, en territorio estadounidense, y estaban cubiertos por la jurisdicción americana. En todo caso, tales escándalos eran de interés para los lectores de ambos lados de la línea fronteriza.



Lo cierto es que en el trienio 1920-1923, junto con los vaivenes de la política exterior del gobierno de Álvaro Obregón que repercutieron en la frontera, y con la creación de una cultura del alcohol y el placer gracias a la ley seca de los vecinos del norte, el conflicto más importante tuvo como eje el gobierno del Distrito Norte frente a una facción del ayuntamiento de la capital, donde los intereses de Lugo chocaban con los del diputado y periodista Ricardo Covarrubias, cuyo partido cooperativista luchaba en dos frentes: contra la Colorado River Land Company y contra el propio gobernador Lugo, quien obstaculizaba sus acciones y las de su partido. Covarrubias utilizó, sin escrúpulos, las armas pesadas de la prensa: creó agitación en el campo y solicitó que terrenos específicos del monopolio estadounidense en el valle de Mexicali pasaran a manos de agricultores mexicanos, lo que le concitó muchas simpatías. *El Monitor* fue su escudo y arma frente a los ataques de los seguidores de Lugo ubicados en el Partido Liberal Constitucionalista. El 5 de julio se decía:

Un artículo que ocupa gran parte de la primera página del *Monitor*, periódico español impreso en esta ciudad pero que aparece como impreso en Mexicali, apareció en su edición de mediados de la semana pasada atacando al gobernador Lugo, asaltando a las autoridades de Tijuana por permitir el izamiento oficial allí de la bandera americana en honor del Cuatro de Julio, y afirmando que el proceso de destitución contra el diputado Covarrubias, presunto editor del *Monitor*, está pendiente para ser presentado ante el congreso mexicano y que Covarrubias tiene información de la ciudad de México de que pronto será llamado allí para responder a los cargos. El artículo del *Monitor*, que se presume fue escrito por el congresista, trata vitriólico todos los temas. Se afirma que el gobernador Lugo es un “político corrupto”, declaración que se

resiente en ambos lados de la línea. El ataque es uno de los varios impresos recientemente en el periódico que expresan antipatía hacia el gobernador. La ocasión para el de esta semana está presumiblemente en el hecho de que la solicitud de juicio político de Covarrubias es supuestamente remitida al presidente Obregón por el gobernador. Otras censuras al congresista, recogidas en cartas y en un número de peticiones ampliamente firmadas y puestas en manos del gobernador, incluyendo la solicitud de medidas para la entrega de Covarrubias como prófugo de la justicia a los Estados Unidos, han sido supuestamente resueltas por el gobernador Lugo mediante el envío a los departamentos de estado interesados en la Ciudad de México, un deber que, según personas desprejuiciadas, el gobernador no podría evitar aunque quisiera hacerlo.

SE REPUDIEN LOS ATAQUES El ataque hecho a los funcionarios que permitieron el izamiento de la bandera norteamericana en Tijuana ayer en observación del 4 de julio sigue a varios ataques del *Monitor* que se considera han tenido como objeto la perturbación de las relaciones amistosas existentes entre norteamericanos y mexicanos en la frontera, y ante los cuales se dice que se han presentado protestas ante el gobernador por parte de ciudadanos de alto nivel. En relación con el supuesto proceso de destitución, el artículo del *Monitor* afirma que los documentos han sido formalmente presentados al presidente Obregón y que éste los presentará personalmente ante el Congreso con la recomendación de que Covarrubias sea citado de inmediato a la ciudad de México para ser juzgado. El artículo dice que si se emite este citatorio el diputado obedecerá y que se emitirá una edición extra del *Monitor* inmediatamente después de recibir el citatorio.

DIVORCIO DE LOS VIEJOS SEGUIDORES Según se comenta en Mexicali, la actitud del diputado y de su periódico han cambiado por completo desde su regreso hace varios meses de la ciudad de México, cuando fue recibido de nuevo en su distrito con beneplácito y por un tiempo se abstu-



vo de romper con el elemento conservador y mejor del público que lo colocó en el cargo. Se dice que una de las misiones que cumplió en su casa fue la organización de clubes de Calles para Presidente en el territorio, pero se declara que procedió a ello de tal manera que perjudicó gravemente la causa del general Calles y que desde entonces renunció discretamente. La amargura tomó el lugar de la diplomacia, se dice, con el diputado, con resultado de una violencia continuamente mayor en sus discursos y escritos públicos. Se dice que en los últimos tiempos ha podido conseguir que pocas personas de renombre asistan a sus reuniones y que no muchos de los que se encuentran en ellas sean de su agrado. Se dice que últimamente ha conseguido que asistan a sus reuniones pocas personas reputadas y no muchas de otro tipo, ya que incluso los bolcheviques encuentran desagradables las amargas personalidades que aparecen en sus discursos, mientras que sus antiguos seguidores conservadores le han abandonado por completo. Las muchas quejas que se han presentado en la Ciudad de México recitan mucho de este tipo de cosas, se dice, y también insisten en el hecho de que los ataques del congresista a los Estados Unidos y a los estadounidenses están totalmente en desacuerdo con el sentimiento del pueblo mexicano de Baja California al que se supone que representa y muy deplorado por ellos debido a la comprensión errónea que algunos estadounidenses pueden tener.

Y manteniendo esta línea crítica con la conducta periodística de *El Monitor*, el *Chronicle* del 11 de julio de 1923 avisaba que Covarrubias estaba en Mexicali y

se había presentado en el ayuntamiento en relación con asuntos municipales. Covarrubias se ha alineado con el Presidente Loera en los esfuerzos de éste por lograr la destitución del te-

sorero municipal. Su nombre se ha mencionado en los círculos del ayuntamiento como posible sucesor del actual tesorero.

El 12 de julio decía que la situación del ayuntamiento llegaba a un punto decisivo:

El Presidente Loera de Mexicali y sus seguidores entre los regidores suplentes de esa ciudad han prestado fianza para su posterior comparecencia a fin de responder a las acusaciones que puedan derivarse de su supuesta usurpación de poderes, por lo que abandonaron Mexicali el martes y vinieron a esta ciudad en masa para permanecer hasta que se les arregle la fianza y se evite la amenaza de detención en la cárcel. El tesorero de la ciudad, cuyo desafío a la orden del Presidente Loera y de los concejales suplentes de desocupar su oficina llevó los asuntos a un punto crítico esta semana, continúa en posesión de su oficina. La policía vigila este último y protege al tesorero en su conducción de los negocios de la oficina como antes de la orden de desocupación. Se dice que se han preparado los pasos necesarios en los tribunales para aclarar la situación y que se tomarán en breve. Mientras tanto, hay mucho interés en la reunión ordinaria del concejo municipal prevista para mañana por la noche. Los informes de la calle dicen que tanto los concejales titulares como los suplentes estarán presentes y que habrá un enfrentamiento final.

Para el 13 de julio de 1923, la noticia principal era que el gobernador Lugo había tomado cartas en el asunto del ayuntamiento de Mexicali y que se habían realizado los pasos legales para abolir



temporalmente el concejo como un cuerpo legal y también han suspendido a su cabeza, al presidente municipal. Con el concejo de la ciudad, Mexicali será gobernado por una comisión de cinco hombres. La selección de los miembros de la comisión corresponde al gobernador Lugo. La confirmación de sus designados vendrá del secretario de Gobernación en la Ciudad de México. Se dice que las selecciones han sido completadas y que la comisión tomará en breve sus funciones de gobierno. El informe dice que estará encabezada por uno de los hombres de negocios más exitosos en la conducción de los grandes asuntos de Mexicali y que los otros miembros son todos de alto nivel y de capacidad comercial establecida, sin prominencia con ninguna de las facciones políticas.

Pero esa solución a favor de los intereses de Lugo y en contra de los de Loera y Covarrubias tendría un desenlace fatal. Así, el *Chronicle* del 16 de julio de 1923 notificaba que el sábado 14 de julio el infierno se había desatado en plena vía pública:

El hervidero de odios, malentendidos políticos y personales que ha agitado los asuntos municipales de Mexicali durante los últimos meses, se desbordó el sábado por la noche, con el resultado conocido de tres muertos y entre doce y catorce heridos en un tiroteo que duró unos cinco minutos cuando los miembros de la facción de Loera del ayuntamiento, atrincherados en el palacio municipal, se enzarzaron en una batalla campal con la policía municipal. Los doscientos disparos fueron efectuados por las facciones enfrentadas. La continuación de la lucha sólo se evitó cuando varios camiones cargados de soldados, al mando del teniente Osuna, acudieron al lugar y se declaró la ley marcial en los alrededores del ayuntamiento. Los muertos: Guillermo Guillén, subinspector y subjefe de

policía. Eustorgio Macedo, policía. Carlos García, policía. Los heridos; Juan Loera, presidente de Mexicali. Quirino Luna, concejal. Donaciano Alejo, concejal. Ricardo Covarrubias, diputado del distrito norte. Jesús Manríquez, policía. Marcos Villegas, cabo de policía. Silvestre Viguero, policía. Bernardo García, policía. Enrique Mérida, concejal. M. Meza, espectador. La pelea se precipitó cuando, el sábado por la noche, a eso de las 6, el diputado Ricardo Covarrubias, el presidente Loera, seis loeraistas del concejo regular y siete suplentes del concejo bajo el dominio de la influencia Covarrubias-Loera, y tres o cuatro adherentes más, se dirigieron al ayuntamiento, rompieron las puertas y se apoderaron del edificio, contra las protestas de un cabo de policía y seis policías. Tras acceder a las salas del concejo y de las oficinas del edificio, los miembros de la facción del concejo se declararon en lo que denominaron “sesión permanente”, para permanecer en el control de los asuntos de la ciudad y en posesión del edificio de la sede municipal hasta que se recibieran instrucciones del Presidente Obregón en la Ciudad de México. Inmediatamente después, varios policías, encabezados por el subjefe Guillermo Guillén, se dirigieron a la puerta principal del edificio y exigieron que el concejal abandonara el lugar, a lo que los ocupantes se negaron. A partir de entonces, la policía se situó en el porche del edificio y en sus esquinas. Más tarde, un destacamento de seis hombres fue enviado a la azotea y a través de las claraboyas observó a los hombres que estaban dentro. Poco después de esto se apagaron las luces del interior, ya que los concejales habían completado y enviado una serie de telegramas y comunicaciones dirigidas al Presidente Obregón, en las que exponían el hecho de que habían tomado posesión por la fuerza de las cámaras del concejo y del ayuntamiento, y que tenían la intención de permanecer en posesión hasta que el Presidente Obregón les enviara una decisión en la que se dispusiera de su posición como gobernantes de los asuntos municipales.



Poco después de las 8, Covarrubias apareció en la puerta de la sala del concejo y salió a la calle, llamando al teniente coronel Michel, a quien había llamado con Loera y sus seguidores en el cuartel antes de ir al ayuntamiento, declaró su propósito y pidió protección. El coronel Michel pasaba por la calle en un recorrido de vigilancia. Se quedó en su coche mientras el diputado hablaba. Desde la esquina del salón Waldorf, frente a la alcaldía, una de las personas que allí se encontraban gritó condenas a Covarrubias y elogios al gobernador Lugo. Las historias varían en este punto, algunos afirman que Covarrubias sacó su revólver y comenzó a disparar, y otros que el fuego lo abrieron algunos de los hombres que estaban en la puerta del ayuntamiento. Todos coinciden en que el primer disparo no fue de la policía. También hay acuerdo en que el subjefe se había adelantado en la plataforma del porche, presumiblemente para poner fin a la manifestación de la esquina del Waldorf, según dicen sus compañeros. En el tiroteo que se produjo, el coronel Michel se alejó hacia el cuartel, mientras que Covarrubias, con un disparo en el pie, corrió hacia la acera y de ahí a su habitación del hotel sobre el Waldorf. El Subjefe Guillén cayó con el primer disparo, con los intestinos perforados en 15 lugares por la única bala. Murió tres horas después en el Hospital de El Centro, poco después de su llegada allí.

Lo importante aquí es que el propio oficial Guillén declaró, ya en el hospital de El Centro y antes de fallecer, que el disparo fatal

lo hizo Covarrubias. Al caer el subjefe, el tiroteo se hizo general desde dentro y fuera del ayuntamiento, los concejales utilizando rifles y la policía sus revólveres, con los que dispararon a través de la puerta y la pared de la sala del consejo. El

intercambio de disparos continuó durante unos tres minutos, cuando cesó el fuego desde el interior de la sala y la policía se detuvo para atender a sus muertos y heridos.

Esta pausa en el tiroteo detuvo la matanza, pues pocos minutos después

llegó una compañía de tropas federales en camiones desde el cuartel al mando del teniente Ozuna. Poco después llegaron más tropas al mando del teniente coronel Juan Gastelum, segundo jefe del vigésimo primer batallón en ausencia del general Ferreira. Inmediatamente consultó con el jefe de policía Guillermo Vásquez, inspector general en ausencia del coronel Ávila, que se encuentra en Tijuana, y le dijo que retirara a sus hombres, lo que hizo, asumiendo el mando federal. Por lo tanto, la ley marcial entró en vigor en los alrededores de la ciudad y continuó hasta el domingo cerca del mediodía, cuando la situación fue devuelta a las manos de la policía, que ha continuado a cargo para evitar cualquier otro tiroteo. Alrededor de las 11 de la noche del sábado, uno de los oficiales de guardia fue llamado a los salones del concejo y se le informó que varios de los miembros del partido atrincherado en el edificio habían sido heridos, al menos uno de ellos de gravedad, y que se necesitaban médicos y atención médica, y en pocos momentos se envió una llamada urgente a todos los médicos de la ciudad, que se dirigieron al edificio y prestaron la atención necesaria a los heridos. El Presidente Loera recibió tres impactos, uno en cada pierna y otro en el brazo derecho. Quirino Luna recibió cinco impactos, dos en la pierna derecha, uno en la pierna izquierda, en el brazo derecho y en el costado derecho. El resultado de este último disparo aún está en duda. Donaciano Vallejo recibió un disparo en la pierna derecha. El diputado Ricardo Covarrubias recibió un disparo en el pie



derecho y un tiro le atravesó el pelo, pero sin causar daños en su persona. El único transeúnte alcanzado por una bala, hasta donde se sabe, por el fuego directo del ayuntamiento, fue M. Meza, un asiduo opositor a la facción de Loera. Meza recibió un disparo en el brazo. El concejal Enrique Mérida, uno de los miembros de la facción anti-Loera, y cuyo lugar ha sido ocupado por su suplente, se encontraba en su tienda, tres puertas más allá de las oficinas de Inter-California, cuando comenzó el tiroteo. Se puso en marcha hacia el ayuntamiento, pero sólo había dado unos pasos cuando una bala le atravesó la pierna, derribándolo. Se dice que no estaba al alcance de los disparos del ayuntamiento. Hablando con miembros del ayuntamiento en el edificio, afirman que la policía hizo el primer disparo. Testigos desinteresados cercanos insisten en que el primer disparo provino de la puerta del ayuntamiento. Pero los miembros de la policía dan dos versiones: una es que el primer disparo vino de la calle y la otra es que Loera o Luna hicieron el primer disparo desde el ayuntamiento. Tras el tiroteo, cientos de estadounidenses y mexicanos se reunieron en las calles, esperando que continuara la pelea, y sin entender en absoluto de qué se trataba o qué había sucedido, pero deseosos de presenciar cualquier otra eventualidad. Estos espectadores fueron mantenidos a una distancia segura por los soldados colocados en guardia, y a una cuadra de distancia del ayuntamiento. Por otra parte, varios ciudadanos, tanto estadounidenses como mexicanos, no perdieron tiempo en cruzar a toda prisa la línea, donde había un atasco.

Los periodistas del *Chronicle* entendieron que la política mexicalense era un problema donde las ambiciones personales, los intereses políticos y comerciales y los mismos periodistas se habían hecho nudo en sus dimes y diretes. Más que gente de libreta, ahora eran de pistola en mano. Para que

sus lectores tuvieran una imagen más clara de la balacera y sus causas, exponían la historia de agravios y enfrentamientos que habían conducido al zafarrancho letal:

Hasta hace unos tres meses el ayuntamiento era prácticamente una unidad en todos los temas, y trabajaba en perfecta armonía. Sin embargo, en ese momento entraron en juego asuntos personales en los que un miembro del consejo, ayudado por sus partidarios, intentó que se aprobara una orden de cierre de los salones de las calles situadas al norte de la vía férrea a ciertas horas de la noche y durante todo el día del domingo, y tal orden fue, de hecho, aprobada. Este sentimiento se intensificó de diversas maneras, con una acusación contra el concejal Mérida en la que se le acusaba de haber puesto a su propio uso ciertas propiedades de la ciudad que habían sido puestas a su cargo y custodia, pero cuyas acusaciones fueron anuladas. Estos dos sucesos unieron a las facciones de Rosas y Mérida, y dividieron el consejo en dos partidos, casi igualmente divididos. Al llegar a Mexicali en ese momento el congresista Covarrubias, que publicaba un periódico español en esta ciudad, lanzó su influencia a favor de la facción de Loera del consejo, con lo cual Covarrubias y Rosas entraron en una serie de altercados, en los que el congresista en discursos y a través de sus periódicos atacó violentamente a Rosas. El resultado fue que Rosas interpuso una acción de difamación contra Covarrubias ante el juez Hudson en Heber y Covarrubias fue puesto bajo arresto, pero liberado con el entendimiento de que presentaría una fianza a la mañana siguiente. En lugar de hacerlo, se dirigió a Mexicali y se negó a volver a cruzar la línea o a presentar su fianza, cuando se emitió una orden de arresto contra él, que aún está en vigor. La facción de Rosas en este momento comenzó a insistir en que se despidiera a ciertos funcionarios, entre los que se encontraban el ingeniero de



la ciudad, el secretario de la ciudad y otros, y en las votaciones sobre este asunto el consejo estaba prácticamente dividido, bloqueando la resolución en estos asuntos.

Como crónica puntillosa de cómo se fue fraguando el desaguado que resultó en aquel fatídico zafarrancho en las calles de Mexicali, el sábado 14 de julio de 1923, el periódico de Calexico proporcionaba una historia clara de los acontecimientos y apuntaba que finalmente

la facción de Loera hizo una votación destituyendo a Rosas, y sentando a un suplente bis, y, más tarde, en otra reunión, cuando la facción de Rosas tenía la mayoría presente, Loera fue expulsado como presidente, pero se negó a dejar el cargo. En la siguiente reunión, toda la facción de Rosas fue destituida y sus suplentes comisionados para actuar por la facción de Loera. La semana pasada se presentó una denuncia ante el juez federal Adalberto Torres, en Tijuana, acusando a Loera de excederse en sus funciones, y el tribunal emitió una orden de suspensión de Loera y otros miembros del concejo por un período de setenta y dos horas, mientras tanto los puso bajo una fianza de 100 pesos a cada uno. Loera cruzó la línea en Calexico en espera de la presentación de su fianza, que se hizo al día siguiente. Al ser denegada una acción de desestimación del caso, o mejor dicho, un procedimiento de *habeas corpus*, Loera cruzó la línea hacia Calexico la noche del viernes de la semana pasada con el consejo sustituto para escapar de ser puesto en prisión por el momento. El sábado por la tarde, los miembros de la facción de Loera decidieron que podían y querían tomar posesión del ayuntamiento, y que lucharían antes que renunciar a su ventaja de posesión una vez que la aseguraran. El resultado es historia en los asuntos locales mexicanos. El gobernador Lugo, en una entrevista, declaró que deploraba

la debacle del sábado por la noche, y que no estaba en condiciones de hacer nada para abatir el problema en la ascendencia en los asuntos municipales y personales de las facciones contendientes hasta que se le instruyera desde la ciudad de México, a la que había enviado un informe completo de todo el asunto, excepto que podía y había dado órdenes a la policía de que no debía haber más disparos, y que los miembros del consejo no debían ser interferidos si deseaban salir del edificio y dirigirse a sus casas u otros lugares, pero que no se les permitiría volver a entrar en el edificio. Los miembros del consejo declararon que no saldrían del edificio bajo ninguna circunstancia, y que no permitirían que nadie los echara.

El *Chronicle* tenía razón: aquel 14 de julio pasaría a los anales de la historia de Mexicali. Pero la situación aún no se solucionaba. En el mismo ejemplar del 16 de julio, este periódico señalaba que

Rafael Rosas, vicepresidente de Mexicali, un opositor a la facción de Loera, está a cargo de los asuntos oficiales de la ciudad hasta donde hoy hay apariencia oficial. Las autoridades legales sostienen que Rosas es el único responsable. Su firma en las transacciones necesarias ha sido respetada. No puede ejercer su cargo en el ayuntamiento, sino que ha llevado los asuntos en su residencia. No tiene relación con el concejal J. M. Rosas, también de la facción anti-Loera.

Mientras, el ambiente seguía tenso:

La policía armada con rifles y revólveres sigue apostada en el bloque del ayuntamiento, en el lado opuesto de la calle, en los extremos del edificio, en el parque y en la esquina



Imperial. La mayor parte de la fuerza de la ciudad se concentra en esta localidad y está evidentemente preparada para resistir cualquier acto manifiesto que pueda intentarse. No se ha producido ninguna interferencia con el tráfico, ni en las calles ni en las aceras, ni ha habido ningún esfuerzo por dispersar a los grupos que se reúnen en las aceras, observando la fachada del ayuntamiento y comentando más en tono de curiosidad que de interés la situación. Se esperan arrestos. No aparece ningún policía en el porche del edificio del ayuntamiento, que se extiende a lo largo de su fachada, y que ha permanecido parcialmente abierto desde ayer por la tarde, cuando se avisó a los que estaban dentro de que la restricción policial que había prevalecido había sido eliminada y que eran libres de irse. Sin embargo, no se les informó, ni se ha hecho público, de las medidas que podrían tomar tras su marcha. La opinión pública parece creer que se producirán detenciones bajo la acusación de asesinato. También se cree que algunos de los participantes en el asunto serán ejecutados tarde o temprano según el procedimiento legal formal. Mientras las calles están tranquilas y los negocios se desarrollan en todas las partes de la ciudad como si no hubiera habido ningún acontecimiento adverso con el acompañamiento de la tragedia, hay en algunos sectores donde se discute la política y se mantienen las sedes, una corriente de fondo que es ominosa. Desde el domingo por la mañana se han producido varios encuentros personales, limitados a golpes, sin que aparezcan armas, y los incidentes en sí mismos son de menor importancia, pero son vistos de manera diferente por quienes los consideran en su conjunto y como un indicador del sentimiento público. Se llevan muchas armas, la mayoría de los bolsillos observados entre los holgazanes en las calles tienen un bulto sospechoso.

Pero la guerra de facciones políticas no se desarrollaba únicamente con bultos sospechosos o con las armas en la mano. Ricardo Covarrubias apuntó de inmediato sus dardos verbales al gobernador Inocente Lugo, pero según el *Chronicle* fracasó en imponer su versión de los hechos a los lectores de la franja fronteriza:

La publicación anoche de una edición extra del *Monitor*, impresa con letra grande en dos páginas, llevaba un gran titular: “Lugo, asesino”, en la parte superior. La responsabilidad de la tragedia de la noche anterior fue colocada en el artículo incendiario que la acompañaba sobre los hombros del gobernador. El periódico no logró el ávido interés en las calles de Mexicali que se hubiera esperado, las ventas aparecieron ligeras. La lectura del artículo por parte de los grupos congregados en los salones y en las calles no suscitó comentarios acalorados, pero fue notable que hubo mucha disidencia, que no fue refutada, a la opinión de que el gobernador tenía una parte de responsabilidad, casi todos los comentarios que se escucharon atribuyeron el problema al diputado-editor de la publicación y a su liderazgo de la facción de Loera. El único acontecimiento notable de hoy fue una visita a la ciudad esta mañana por la policía de Mexicali, que pidió la ayuda de la policía y la vigilancia federal de los enfoques de la frontera en este lado de la línea a fin de intentar la interceptación de municiones reportadas en el camino a Mexicali desde los Estados Unidos en las manos de los contrabandistas. Al mismo tiempo se envió una fuerza incrementada de jinetes de línea desde Mexicali para su distribución en los puntos de cruce abiertos a lo largo de la frontera. Se esperan más instrucciones en los cuarteles estatales y militares de Mexicali esta noche desde la Ciudad de México, como consecuencia de los informes enviados allí por el Gobernador Lugo y el General Ferreira, exponiendo la



situación y pidiendo instrucciones. Los funerales por los policías muertos se celebrarán probablemente mañana. Los tres eran oficiales conocidos y muy populares. Estaban en la flor de la vida y eran buenos ejemplares físicos. El subcomisario Guillén deja una esposa y ocho hijos. Tenía 42 años de edad. Al oficial García le sobreviven su esposa y dos hijos pequeños. Tenía 30 años de edad. El oficial Macido tenía 32 años y era el único de los policías muertos y heridos que no estaba casado. Todos los hombres muertos habían prestado varios años de servicio en la policía y, antes de eso, en el ejército. Es probable que los funerales sean la ocasión de una considerable manifestación.

Para el 17 de julio, el periódico de Calexico daba aviso de que

cuatro concejales heridos de la facción de Loera y siete miembros no heridos fueron sacados anoche del ayuntamiento de Mexicali, los heridos al hospital municipal y los otros al cuartel del vigésimo primer batallón. La entrega del ayuntamiento se hizo al general Ferreira, al mando de las tropas federales en la zona norte, mientras que los concejales se pusieron bajo su protección a la espera de futuros procesos judiciales, sean los que sean.

Mientras tanto, el ayuntamiento,

en todos sus departamentos municipales, excepto el de la comisaría de policía, fue sellado por las autoridades federales, bajo la dirección del general Ferreira y la observación de los concejales rendidos. Cada puerta y ventana recibió una tira de papel y un sello oficial en lacre. El edificio permanecerá así cerrado, sin acceso para nadie, hasta que los tribunales se pro-

nuncien sobre la cuestión de quién es el presidente y quiénes pueden ser los concejales autorizados con derechos intactos para dirigir el gobierno de la ciudad. La retirada de los hombres del ayuntamiento anoche se llevó a cabo sin la asistencia de ningún tipo de manifestación pública, excepto la de la curiosidad tranquila. La expectativa de que se produjera violencia no se materializó en absoluto. Al menos en lo que respecta al público de la calle, no hubo ni siquiera un rastro de dramatismo. Es posible que muchos de los asistentes esperaran y creyeran que la espera durante las horas de la noche tendría su recompensa en forma de emociones, pero si fue así se fueron a casa decepcionados, sin más que presumir de pies cansados. Esto se aplicó a todos, excepto quizás a los miembros de las familias y a los amigos íntimos de los hombres heridos y a otros concejales recalcitrantes que se han puesto en el camino de caer bajo las penas fijadas para la sedición. Esposas, madres y algunos pocos hijos de los hombres estaban entre los presentes en la multitud, algunos de pie en la calle, algunos en automóviles, unos pocos en el ayuntamiento, donde había libertad de entrada a los familiares de los concejales y amigos íntimos para la conversación y el consejo durante la noche. Los heridos fueron en la mayoría de los casos acompañados al hospital por miembros de sus familias o amigos que siguieron a la ambulancia en sus viajes individuales en automóviles. La ausencia de policía y tropas a la vista del público durante la noche fue una característica marcada. Los policías que habían estado de guardia frente al ayuntamiento y en las esquinas cercanas se retiraron antes de que anocheciera y no volvieron a aparecer. La policía sin rifles patrullaba sus rondas habituales y a lo largo del parque de la ciudad y frente a las oficinas del ferrocarril Inter-California, dando evidencia de una alerta inusual sólo al detener ocasionalmente a grupos de hombres que iban hacia el ayuntamiento y examinarlos en busca de armas. En las inmediaciones de la esquina de Imperial se produjo



un procedimiento similar. No se encontraron armas, excepto en un caso, el de un abogado. Fue desarmado y sacado de la vecindad, siendo posteriormente retenido. En la estación de recepción de la policía que da al parque sólo había el número habitual de oficiales de reserva. En la parte trasera del edificio, fuera de la vista del público, había una compañía de tropas y se dijo que un número de oficiales de reserva fuertemente armados listos para cualquier emergencia que pudiera surgir.

Como había ocurrido el día anterior, la gente abarrotaba las calles de Mexicali como esperando que las hostilidades se reanudaran, pero ya no hubo más violencia ni disparos, excepto en las páginas de los periódicos locales, que apoyaban una u otra versión de los acontecimientos y les echaban la culpa a sus adversarios políticos. Pero el sentir de la gente común estaba del lado de los policías muertos y heridos:

El interés del público se centró en el ayuntamiento hacia las 5 de la tarde, cuando se supo que se habían recibido órdenes del tribunal federal de Tijuana para poner a los hombres en el edificio bajo arresto y sacarlos. La gente comenzó a reunirse de inmediato en las inmediaciones, y la concentración fue creciendo hasta que una multitud de 300 o más estaba frente al edificio a las 9:30, cuando el concejal salió con el general Ferreira y comenzó a colocar sellos. A partir de entonces, los espectadores disminuyeron a medida que se hacía más evidente que no habría resistencia. Esperando avisos de la Ciudad de México, las autoridades federales aplazaron la acción de la orden judicial. Poco después de las 8, el esperado mensaje llegó al general Ferreira por radio. En él se ordenaba el traslado de los heridos al hospital y la protección de los demás en el cuartel, extendiéndose las garantías de seguridad a todos durante los procedimientos conforme a la ley. También se dispusieron los

términos para el precintado del ayuntamiento durante el tiempo que requiriera el procedimiento judicial. Con este mensaje el general Ferreira se dirigió inmediatamente al ayuntamiento y ante los concejales. El traslado de los heridos comenzó de inmediato. Se consumió más de una hora en exponer la situación a los demás y en estampar las firmas de los acuerdos formales. Los espectadores de la acera se adelantaron a la calle mientras sacaban a los heridos. El centro de la calle se llenó de gente cuando los hombres no heridos aparecieron en el porche. La multitud permaneció allí hasta que concluyeron las formalidades y los últimos concejales fueron conducidos al cuartel en automóviles. Durante todas las horas de espera por parte de la multitud, se hizo el silencio. Podría haber sido, en términos de silencio, una asamblea junto a la tumba. Frente al ayuntamiento, en el hotel situado encima del bar Waldorf, las persianas de todas las ventanas estuvieron bajadas durante toda la noche y no apareció ninguna luz. El diputado Covarrubias tiene sus habitaciones en la parte delantera del edificio. Algunos de sus partidarios cercanos también viven allí. Algunos testigos que se han encontrado afirman que la primera andanada de disparos del sábado por la noche salió de las ventanas del hotel y que escupieron la llama de los fusiles durante todo el periodo de disparos. Se tiene la impresión de que la aparición en medio de la calle de Covarrubias el sábado por la noche fue la señal para la apertura del fuego desde el hotel. Covarrubias ha estado en su habitación desde el tiroteo, rodeado por una guardia de amigos. Su herida es inmaterial, a través de la carne del pie, se dice.

Al final del reportaje, el *Chronicle* afirmaba:

No hubo hoy en Mexicali ninguna evidencia externa de problemas inminentes de carácter general. Eso fue aparentemente



te disipado con los procedimientos de anoche. Pero hubo numerosas amenazas en el exterior sobre el propósito de llevar a cabo una venganza personal y se espera que haya varios tiroteos en el ajuste de cuentas. Si esto se evita, será sorprendente.

Pero la sensación de que en cualquier momento iba a ocurrir un nuevo tiroteo no se quitaba, ya que ambas facciones acumulaban fuerzas a la vista de todos:

Familiares cercanos de algunos de los policías muertos han llegado con el presunto propósito de acabar con la vida de Covarrubias y Loera, a quienes se responsabiliza bastante generalmente de la tragedia del sábado por la noche, aunque entre cierto elemento han surtido efecto las declaraciones publicadas de Covarrubias a través del *Monitor* trasladando la culpa al gobernador Lugo y atacándolo violentamente. Esto es particularmente cierto en el exterior del territorio, donde la situación local es sólo parcialmente comprendida. Copias del *Monitor* que se distribuyeron en Tijuana y otros lugares el domingo por la noche dieron lugar a manifestaciones adversas al gobernador y a la venida a Mexicali de más de 100 cooperativistas de Tijuana, Tecate y otros puntos ayer. Se espera que los miembros de estos clubes de Covarrubias sean aún más numerosos. Muchos de los que vinieron a Mexicali ayer pronto cruzaron a este lado de la línea, y otros llegaron aquí hoy. Están bajo vigilancia. Las autoridades federales intervendrán en caso de cualquier acontecimiento que pueda indicar el propósito de violar la neutralidad.

El *Chronicle* continuaba cubriendo los sucesos de Mexicali y el 18 de julio de 1923 indicaba que mientras permanecían en sus domicilios los integrantes de la facción de Loera, Rosas

y los concejales de la facción anti-Loera habían abierto las puertas del ayuntamiento:

Los concejales de la facción de Loera que fueron sacados del Ayuntamiento el lunes por la noche y puestos bajo detención y protección en el cuartel federal, se encuentran presumiblemente en sus casas, a donde fueron anoche bajo protección de los soldados al ser informados de que fueron liberados bajo su propia responsabilidad en espera de ser llamados a juicio, donde se supone que serán citados para responder a los cargos de sedición en relación con los disturbios. La sedición se castiga con penas de prisión de hasta cinco años si no hay víctimas mortales, y con la pena de muerte si hay víctimas mortales. Ninguno de los hombres, por lo que se sabe, ha aparecido hoy en la calle. Los concejales heridos y Loera se encuentran en el hospital, donde una guardia federal les brinda protección. El tesorero de la ciudad abrió su oficina con las demás en el ayuntamiento y está procediendo como de costumbre con los negocios. Su negativa a pagar las órdenes de pago a instancias del Presidente Loera, que precipitó el clímax de la semana pasada, ha disminuido con la conducta de Rosas en el cargo. Las acusaciones del tesorero contra Rosas y su concejo sustituto de sacar dinero ilegalmente del tesoro, que causaron el arresto de Loera y su concejo la semana pasada, todavía están pendientes en la corte. Covarrubias ni ninguno de sus íntimos o seguidores en el consejo de Loera han aparecido en las calles esta semana. Prevalece la tranquilidad, sin que se vislumbre nada más que el restablecimiento del orden.

El *Chronicle* señalaba que lo que era una tragedia para las familias de los policías heridos o muertos, a la vez era una bonanza para los periódicos locales, que se habían vuelto,



de la noche a la mañana, objetos valiosos de compra entre la población de ambos valles:

Las calles han estado animadas esta semana con los repartidores de periódicos llevando ediciones extra y regulares de los periódicos de Mexicali. *El Regional* en un extra el lunes por la noche dio una historia exhaustiva de la afrenta del sábado por la noche en el ayuntamiento de Mexicali en la que se hizo mucha corrección de las historias publicadas en el extra del *Monitor* del domingo por la noche, *El Regional* fue acreditado con la publicación de una narrativa que trató justamente con los hechos en detalle. La historia del *Chronicle* del lunes ha sido igualmente comentada como presentando los hechos completa y justamente. Hoy el *Mercurio* sale a la calle con su edición de mitad de semana con una historia completa del asunto hasta la fecha. Se dice que da a los lectores mexicanos una visión completa de la situación. Tanto *El Regional* como *Mercurio* denuncian los intentos de la facción Covarrubias-Loera de culpar al gobernador Lugo de los problemas municipales surgidos.

Pronto se iban aclarando los asuntos y la maquinaria del gobierno federal tomaba las riendas del asunto. El 19 de julio de 1923 y por órdenes del mismísimo general Álvaro Obregón, presidente de México, se instruía la detención, para ser juzgados por sedición, de los integrantes de la facción de Juan Loera y Ricardo Covarrubias, pero Ricardo Covarrubias seguía libre, aunque bien vigilado. Al final se enjuició a 19 personas en Mexicali por una comisión de jueces venidos del interior del país. Para el 25 de julio, el *Chronicle* sostenía que los enjuiciados comenzaban a culpar al único de sus camaradas que estaba libre, al político-periodista que los había metido en aquel lío y los había dejado en la estacada:

En las actas de la corte marcial de Mexicali, en el juicio de 19 personas en relación con los recientes disturbios en esa ciudad, se afirma que hay una declaración firmada por 17 de los acusados en la que atribuyen toda la culpa de los hechos al diputado Ricardo Covarrubias. Los dos hombres que no firmaron la declaración habrían sido el presidente Juan Loera y el concejal Luna. La declaración es una refutación de la alegación de Covarrubias, a través de su periódico, después de los disturbios, de que el gobernador José I. Lugo era el responsable de los problemas por la actitud que supuestamente había tomado en los asuntos municipales. Se informa que Luna no firmó la declaración por incapacidad física debido a sus heridas, pero que podría hacerlo más adelante.

Para el 28 de julio, se anunciaba que algunos de los imputados quedaron libres porque se comprobó su no participación en el tiroteo, con lo que se redujo a 13 integrantes de la facción de Loera los que tuvieron que continuar con el juicio en su contra. Pero el 30 de julio se informaba que otro periodista, afín a Covarrubias, acababa de ser capturado:

Un fugitivo de la justicia en el lado mexicano de la línea durante algún tiempo, J. Cayetano Zepeda, fue arrestado el sábado por la noche cuando cruzó a Mexicali. Al darse cuenta de que su arresto era inminente, Zepeda intentó correr hacia atrás cuando la policía comenzó a dirigirse hacia él desde el frente de la aduana mexicana, pero fue demasiado tarde, siendo alcanzado y detenido. Zepeda es miembro del personal del *Monitor*, la publicación del diputado Ricardo Covarrubias del distrito norte de Baja California, publicada en Calexico. Hace varias semanas agredió a un agricultor en un restaurante de Mexicali, según se afirma, con una botella, cuando el agricultor, Pedro Ríos, se resintió de los ataques hechos al gober-



nador Lugo por Cayetano. Ríos había preguntado a Zepeda cuál era la posición del *Monitor* con respecto al gobernador. Zepeda respondió con un lenguaje amargo, atacando al gobernador. Ríos dijo que no creía justificado el ataque; que el gobernador Lugo estaba financiando a los pequeños agricultores, incluido él mismo, y creando condiciones pacíficas y cómodas para sus familias, y que por lo demás estaba ayudando al pueblo. La respuesta enfureció excesivamente a Zepeda y antes de que el asombrado campesino se diera cuenta de que un ataque era inminente, Zepeda le había propinado golpes con una botella de licor que le causaron más de 20 puntos de sutura en heridas en la cabeza, Zepeda se encuentra ahora en la cárcel de Mexicali. Si logra pagar la fianza que se fije para su posterior comparecencia a juicio, se dice que será puesto bajo vigilancia para evitar que cruce a Estados Unidos, donde se perdería la fianza. Se cree que obtendrá una sentencia de seis meses o más en el servicio penitenciario por el delito del que se le acusa y que ha provocado mucha indignación entre los agricultores y trabajadores mexicanos, con los que Ríos ha gozado de mucha popularidad. Se afirma que Zepeda estaba respondiendo a una llamada de su patrón para una conferencia en las habitaciones de éste, donde sigue manteniendo la reclusión, cuando se produjo su detención.

En el conteo final, la balacera del ayuntamiento de Mexicali dejó tres muertos por el bando de Lugo: los gendarmes Carlos García, Eustolio Macedo y Guillermo Guillén. Por parte de la gente de Loera y Covarrubias sólo hubo heridos, pero también los hubo entre los transeúntes y mirones que presenciaron los hechos, como fueron Emilio Márquez, Ramón Meza y Enrique Mérida. El tiroteo, iniciado un poco después de las 8 de la noche, duró apenas unos minutos, pero el escándalo por el comportamiento de los políticos y

la policía fue mayúsculo. Aunque el gobernador Lugo era el agraviado, fue él quien recibió las peores críticas por la confrontación armada; la prensa local y nacional lo consideró el culpable del desaguisado, pues él había ordenado a la policía estatal, sin medir las consecuencias. Y aunque los levantiscos políticos del ayuntamiento fueron arrestados, para diciembre de 1923 ya habían sido liberados y se paseaban por las calles de Mexicali como si estuvieran libres de toda responsabilidad por la muerte de tres policías que sólo cumplían con su deber, que pagaron con su deceso un juego político en el tablero del poder. Habría que señalar que cuando Covarrubias estuvo a punto de ser tiroteado, en mayo de 1923, en el teatro Edén, tal vez algunos de los policías que intervinieron salvándole la vida en esa ocasión fueron los mismos que sucumbieron a los tiros del propio Covarrubias y sus seguidores en la balacera del 14 de julio. Pero los periodistas seguían comportándose como tipos rijosos y ponían su honor, personal y profesional, por sobre todas las cosas. El 2 de agosto de 1923, el *Chronicle* señalaba otro hecho de violencia entre los chicos de la prensa en Mexicali:

Otro capítulo en los asuntos calientes que crecen desde los periódicos de Mexicali, donde las críticas severas son continuas, se puso en evidencia en los círculos de la policía de allí anoche y concluyó con una multa de 50 dólares contra Alejandro Cisneros en el tribunal de policía esta mañana. Cisneros es editor de *El Eco del Distrito*, periódico publicado en Mexicali y simpaticante con la facción de Covarrubias. En su último número, el redactor habría publicado un comentario sobre Alfonso Tovar que éste consideró injurioso. Tovar se encontró anoche con Cisneros en la calle y se dice que le atacó y golpeó fuertemente. La pelea atrajo a una multitud y a la policía. Esta última se encargó de la custodia de ambos hombres y los trasladó a la



comisaría, desde donde fueron llevados a la cárcel. Posteriormente consiguieron la libertad contra la comparecencia en el juzgado esta mañana, cuando Tovar presentó su versión del asunto y fue puesto en libertad.

Una cuestión que poco se ha considerado, con respecto a la prensa fronteriza, es que el público lector tenía más posibilidades de enterarse de lo que pasaba en su entorno. La censura a los periódicos mexicanos no era un obstáculo para enterarse de los escándalos que tenían como protagonistas a prominentes ciudadanos de la localidad. Si no salía la información en estas publicaciones, lo haría en los periódicos del otro lado. Si éstos eran confiscados al pasar a México, se podía cruzar la línea internacional y leerlos en Estados Unidos. La verdad, por más incómoda que fuera, por más que atrajera la ira de los poderosos, se escurría con mayor facilidad en la frontera. Esto no significaba que los mexicalenses creyeran a pie juntillas lo que salía en el *Callexico Chronicle*, en el *Imperial Valley* o en las publicaciones que llegaban desde San Diego o Los Ángeles. Pero en la variedad de las versiones publicadas sobre los acontecimientos se podía vislumbrar mejor lo que en realidad había sucedido y quiénes eran los responsables de abusos, tropelías, corrupciones y tragedias. El lector fronterizo entendía que el gobierno, los rancheros estadounidenses y los poderosos comerciantes, informaban a la población mostrando sesgos positivos a sus intereses políticos o empresariales. La prensa navegaba en ese mar turbulento tratando de contar lo ocurrido y a la vez sacar tajada, hacer negocio. Porque las noticias eran una mercancía como cualquiera otra. Y su precio fluctuaba según su valor en el mercado de la opinión pública.



BAJO LA SOMBRA DEL GOBERNADOR:
PERIODISMO, RACISMO Y PALIZAS



El tiroteo del sábado 14 de julio de 1923 hizo pensar que los dos periódicos de Mexicali publicados en español, *El Monitor*, que funcionaba desde 1919 bajo la batuta de Ricardo Covarrubias, y *El Regional*, dirigido por José S. Castillo, eran suficientes para ofrecer las diferentes versiones de las noticias que ocurrían en la ciudad capital. Pero todavía quedaba espacio para otros medios periodísticos. En buena medida, 1923 fue un año de auge para la prensa, ya que apareció otro periódico para tomarle el pulso a la política local, como lo anunciara el *Chronicle* a principios de ese año. Así, el 16 de julio de 1923 daba la bienvenida a un semanario cuyo primer número salió, coincidentemente, el fatídico 14 de julio:

El primer número del *Mercurio*, el nuevo semanario en español e inglés de Mexicali, que pronto se convertirá en quincenal, apareció el sábado. Adopta un tono conservador y aparentemente pretende cumplir la mayor parte de su propósito mediante la publicación de noticias de progreso, aunque advierte en una parte de su editorial salutaria que, en pro del buen gobierno, convertirá sus columnas “en el azote de la infamia y el látigo de la indolencia”. En su sección en inglés, el nuevo periódico presenta un amplio resumen de los impuestos pre-valetientes en México, fijados por decretos gubernamentales recientes. De manera general, estos representan una tasa de \$1 sobre la valuación de \$1.000, pero hay excepciones anotadas de las cuales los inversionistas necesitan consejo. Se ha iniciado

un movimiento para atraer la atención de los productores de algodón del distrito de Laguna en los estados de Coahuila y Durango y asegurar su traslado a Baja California para escapar del picudo de la cápsula y de las inundaciones que han llevado a la ruina al distrito, anteriormente el más grande en producción anual en México. La colonia de Tecate se adelanta como una en la que mucho esfuerzo está avanzando para asegurar la ubicación de muchas granjas pequeñas y el éxito se reporta asistiendo a las actividades. Se hace un llamado al ferrocarril Inter-California para el establecimiento de transporte general de equipaje, expreso y de carga entre puntos de Baja California, servicio que ahora se dice que falta. Estos artículos en inglés también aparecen en las páginas en español. Juan B. Hernández es el editor y M. Tomás Morlett, ex cónsul adjunto de México en Calexico, es el gerente de negocios. El periódico se publica en las oficinas del bloque comercial del antiguo edificio Germania en Mexicali.

Para el 15 de agosto de 1923, otro asunto iba a causar polémicas y enfrentamientos tanto en la ciudadanía como en el medio periodístico de la ciudad capital del Distrito Norte. El *Chronicle* notificaba que la sociedad mexicalense estaba dividida al enterarse de un plan para “importar mano de obra de Oriente temporalmente” y que muchos ciudadanos no estaban de acuerdo y formaban clubes políticos para que sus quejas fueran escuchadas en la ciudad de México, pues aseguraban “que hay mucha mano de obra nacional disponible” y que —y aquí entraba el racismo contra los asiáticos— no se necesitaban más chinos en Baja California. Era un discurso nacionalista, auspiciado desde el poder del régimen revolucionario controlado por los militares sonorenses, que quería desaparecer la influencia china de Mexicali:

Las actividades en antagonismo a la importación de mano de obra china a Baja California han sido iniciadas por varios intereses en ese estado, incluyendo todas sus publicaciones periodísticas. Según uno de estos últimos se han abierto relaciones diplomáticas con la ciudad de México por parte de varios clubes recientemente formados con el fin de protestar efectivamente por la importación de la mano de obra. El informe actual es que estas actividades comparten la simpatía de la administración del estado. Los pasos para el fin de procurar el privilegio del gobierno mexicano para la importación de 2.000 o más trabajadores *coolie* de China para trabajar durante la temporada de recolección de algodón en Baja California se tomaron hace varias semanas, como se anunció en el momento en *La Crónica*. El objetivo de la importación propuesta era aliviar la escasez de mano de obra en Baja California durante la temporada de recolección de algodón, los hombres a partir de entonces para ser devueltos a sus hogares en el Oriente. El representante de los cultivadores de algodón chinos se entiende que han ido a la Ciudad de México para presentar a la administración allí el plan propuesto. Se dice que han llevado con ellos la expresión de la creencia de un número de otros cultivadores de que el alivio era necesario para asegurar la recolección y la comercialización del algodón de Baja California con ventaja. La noticia del procedimiento cuando se difundió en Mexicali causó mucho antagonismo a la propuesta. La declaración en las publicaciones de Mexicali y en los pronunciamientos que se entiende han sido enviados a la Ciudad de México es que hay una abundancia de mano de obra desempleada en los estados continentales de México que necesita el trabajo que se propone dar a los orientales y que esta mano de obra puede ser fácilmente reunida con el esfuerzo ordinario y llevada al trabajo en los campos de algodón para la gran ventaja de México y también para la última ventaja mucho mayor de los que participan en el cultivo de algodón en Baja California. Por



ello, los opositores al plan de introducción de mano de obra oriental, que ocasionaría la anulación temporal de las leyes de inmigración mexicanas, son vehementes en sus declaraciones de que las propuestas presentadas o que se presentarán en la ciudad de México, sean anuladas.

Según el *Chronicle*, la prensa mexicalense olvidó sus diferencias y se unió para apoyar esa campaña con tintes racistas. Periodistas como José Severo Castillo (quien fundara *El Regional*) y Juan Hernández (director del *Mercurio*) se pusieron en primera fila para execrar de los chinos en una ciudad que tanto le debía a la mano de obra oriental:

El Regional, la semana pasada, y el *Mercurio*, esta semana, dan titulares a artículos en oposición a la propuesta. Los ejemplares de los periódicos de la Ciudad de México recibidos anoche citan el artículo de *El Regional* y apoyan su argumento en contra de la admisión de más orientales en Baja California de los que hay ahora. Durante más de un año no se han admitido nuevos inmigrantes orientales a México en ninguno de sus puertos. La mano de obra china ha estado llegando a Mexicali recientemente tanto del interior de México como de Oriente en cantidades. Los trenes de esta mañana, tanto del este como del oeste, trajeron vagones especiales llenos de orientales. El vagón del este llevaba chinos con experiencia en la industria del algodón en el distrito de la Laguna de los estados de Durango y Coahuila. Este vagón venía de El Paso. El vagón del oeste venía de San Francisco, llevando chinos de Mexicali que regresaban para la temporada de algodón desde sus visitas a Oriente. La mano de obra que viene del distrito de la Laguna es nueva en Baja California, pero vieja en México. Representa un movimiento que se dice que es parte de un plan que está siendo elaborado por los productores de algodón chinos

del interior para transferir sus actividades a Baja California y así escapar del picudo que en los últimos años ha destruido la mayor parte de sus cultivos.

Pero las divisiones políticas acabaron por regresar a la arena pública fronteriza. Para el 18 de agosto, la pelea era ahora entre *El Monitor* y *Mercurio*, sobre todo cuando el primero avisaba que había una revuelta en ciernes en el Distrito Norte y que la inquietud social estaba en ebullición porque la población ya no soportaba a Lugo como gobernador. O al menos eso afirmaba *El Monitor*, a lo que *Mercurio* se daba a la tarea de calificar como una patraña:

La duda sobre si Ricardo Covarrubias, diputado de Baja California, salió de Mexicali la primera parte de la semana en camino a la ciudad de México para comparecer en la apertura del congreso el 6 de septiembre, parece haber desaparecido. *El Monitor*, publicado ayer, un periódico que se dice que Covarrubias dirige, declaró su salida. En apoyo de esta afirmación hay una noticia en *La República*, periódico mexicano de El Paso y Juárez, que declara la presencia del congresista en su camino a la capital. Sin firma, pero declarado por personas que conocen su estilo como la escritura de Covarrubias, es un artículo bajo un encabezado de cinco columnas en el mismo periódico en el que se declara que el pueblo de Baja California está “a punto de levantarse en revuelta contra el tirano, Lugo”. El artículo continúa con la dirección de mucho veneno contra el gobernador, en líneas familiares para aquellos que han seguido los discursos y escritos de Covarrubias durante los últimos meses. ES NOTICIA AQUÍ La publicación es atacada hoy en *El Regional* de Mexicali como una mentira de toda la vida. Las expresiones en Mexicali hoy fueron de asombro general que se declare tal situación. Nadie sabe que haya problemas



pendientes o en ciernes. Por otra parte, se ha considerado que el territorio se encontraba en la condición más pacífica y próspera de su historia y que sólo cabía esperar industria y mayor progreso en todos los sentidos.

El tema chino seguía causando ámpula entre la prensa local. Cada periódico quería demostrar a los demás que era el más nacionalista, llegando a proferir verdaderas absurdidades en sus artículos de opinión. El fervor antichino era una histeria colectiva que atraía la atención de los mexicalenses, estuvieran o no de acuerdo con lo dicho por los periodistas. Así, el 30 de agosto de 1923, el *Chronicle* mostraba este furor discriminatorio en letras de imprenta:

El Regional, periódico de Mexicali, ha iniciado un nuevo tema en Baja California que ha ocasionado una atención sensacional. Se trata de la prohibición de que las mujeres den instrucciones educativas a los chinos excepto en lugares públicos y se dice que es el resultado del matrimonio de una chica mexicana recientemente con un chino como consecuencia de la asociación que se produjo entre los dos a través de su extensión de lecciones privadas al hombre en sus habitaciones en español. Se dice que otras muchachas y mujeres mexicanas se dedican a dar instrucciones similares a precios fijos por lección y, en opinión de *El Regional*, la práctica está destinada a provocar lo que denomina una deplorable mezcla de razas, a la que se opone firmemente. El asunto se ha convertido en el tema principal en Mexicali esta semana y ha sido atendido por el llamado de los clubes de mujeres y los periódicos a los oficiales para romper la conducta de las instrucciones privadas. Se oponen a la injerencia los periódicos de Covarrubias, que sostienen que las tutoras son mujeres jóvenes que necesitan el dinero así ganado.

Pero como podemos ver, el tema chino era, simplemente, un campo de batalla más entre las facciones de Lugo (vía José S. Castillo de *El Regional*) y de Covarrubias (vía *El Monitor*), pero en este caso la postura claramente discriminatoria era del primero y la moderación social la expresaba el segundo. La idea de *El Regional* de prohibir el matrimonio entre chinos y mexicanas era una idea racista, que venía de Estados Unidos del siglo XIX, con sus leyes contra lo que los americanos denominaban “el peligro amarillo” y que más tarde otros países, como la Alemania nazi, llevarían a cabo en relación con judíos y gitanos. En el caso mexicalense era parte de la atmósfera nacionalista contra los extranjeros orientales, especialmente chinos, porque en el valle de Mexicali de aquellos años los chinos eran no sólo la fuerza de trabajo principal en los ranchos de los estadounidenses, sino que constituían la mayoría de la población, por lo que muchos periodistas y políticos locales consideraban que su presencia masiva desplazaba a los propios mexicanos de trabajos que les correspondían. De ahí la aversión mediática a todo lo que fuera chino. Pero al querer prohibir que los orientales se casaran con mexicanas (poco se mencionaba a hombres mexicanos casados con mujeres chinas) se hacía el escándalo ante una situación —la de los matrimonios mixtos— que ya era una realidad en todo el Distrito Norte desde tiempo atrás.

Recuérdese que gran parte de los inmigrantes orientales (japoneses, chinos, hindúes) eran hombres que venían a trabajar como jornaleros en las tierras de cultivo y en los comercios de la Chinesca, el barrio chino. Pocos de ellos conseguían concertar, por medio de sus familias en su país natal, que les mandaran mujeres chinas, japonesas o hindúes para casarse. Los matrimonios mixtos fueron, así, una necesidad que atrajo la atención de los racistas mexicanos y que se filtró hasta la prensa mexicalense como una campaña contra el mestizaje. Lo paradójico es que México, una nación mestiza,



tuviera periodistas que dieran la pelea contra el mestizaje cuando éste se daba entre chinos y mexicanas. Una contradicción que, como hemos visto, se copiaba también en relación con la convivencia de mexicanos y afroamericanos. Y se copiaba de la propia cultura racista estadounidense, cuyos turistas blancos visitaban Mexicali y exigían que los casinos, cantinas y burdeles no permitieran la entrada de “negros”, aunque no tenían reparo si las prostitutas eran afroamericanas. Y como estos turistas eran la “gallina de los huevos de oro” de la industria del vicio en la frontera, los dueños de tales antros —con la implícita protección de las autoridades gubernamentales y municipales— mantuvieron estas prohibiciones hasta mediados del siglo XX en las poblaciones fronterizas.

Ahora bien, para noviembre de 1923 una nueva fuerza política llegaba a la entidad para cambiar el tablero del juego: el gobierno de Lugo daba paso al gobierno del general Abelardo L. Rodríguez. Mientras pasaban los primeros meses del gobierno rodriguista, una desbandada en las filas de *El Monitor*, donde quedaba el hermano de Ricardo al frente, se divulgó el 12 de febrero de 1924 por el *Chronicle*:

Ángel Zaldívar, que durante algunos años ha sido el director comercial de *El Monitor*, el periódico español de Ricardo Covarrubias, J. Cayetano Zepeda, director de *El Monitor*, y Alejandro Cisneros, director y gerente de *El Eco del Distrito Norte*, otro periódico de Covarrubias, se marcharon a finales de la semana pasada o principios de ésta a puntos desconocidos, y, según la dirección de *El Monitor*, algunos de los fondos de la empresa desaparecieron con ellos. Se afirma que Zaldívar recogió un adelanto de unos \$300 del ayuntamiento de Mexicali para aplicarlos al costo de la emisión de un directorio de la ciudad de Mexicali, y dinero adicional para algunas impre-

siones, y Cisneros recogió algunos dineros para publicidad y trabajo de otras fuentes, después de lo cual juntaron fuerzas y finanzas y se fueron a puntos distantes. Zaldívar y Zepeda han estado relacionados con *El Monitor* desde hace algunos años y se han encargado activamente durante la ausencia de Covarrubias en la ciudad de México, y en varias ocasiones algunos de ellos se han visto en dificultades, pero han logrado salir adelante mediante el uso de influencias. No se hará ningún esfuerzo por aprehenderlos, según un hermano de Ricardo Covarrubias, quien ahora está a cargo de los asuntos de *El Monitor*.

El *Chronicle* exponía la situación de Ricardo Covarrubias en el Distrito Norte en su número del 27 de agosto de 1924, donde mencionaba sus enfrentamientos con el nuevo gobernador, el general Rodríguez, y su impopularidad en Baja California en contraposición de Jalisco:

Ricardo Covarrubias, ex diputado bajacaliforniano, y quien fue derrotado en la reciente elección en su distrito natal fue posesionado como diputado en la primera sesión de ese cuerpo legislativo el sábado pasado, siendo el reconocido representante del Congreso de Jalisco, cerca de la Ciudad de México. Covarrubias se hizo impopular en los asuntos políticos locales cuando inició una activa lucha contra el ex gobernador Lugo, y desde su derrota a manos de los votantes del Distrito Norte, ha iniciado una andanada de acusaciones políticas contra el actual gobierno del Distrito Norte, llevando en cada número de *El Monitor* críticas a algún departamento del gobernador Rodríguez. Covarrubias durante la elección fue reportado como candidato tanto en Baja California como en Jalisco, y fue anunciado como vencedor en este último lugar



después del escrutinio oficial de la votación. A continuación, su ingreso a las cámaras del Congreso como diputado.

Dos días más tarde, los insultos contra el gobernador Abelardo L. Rodríguez no sólo arreciaban en las columnas de los periódicos de Covarrubias, sino que algunos de sus periodistas, bajo los influjos de las bebidas embriagantes, gritaban en la vía pública la opinión que les merecía el gobernador, como fue el caso de Cayetano Zepeda, según lo diera a conocer el *Chronicle* del 29 de agosto de 1924:

Cayetano Zepeda, director de *El Eco del Distrito Norte*, un periódico de Covarrubias que se imprime y publica en Mexicali, fue detenido la noche del miércoles y acusado de alterar el orden público. Se afirma que Zepeda estaba bajo los efectos del alcohol y expresaba abiertamente ataques antagónicos contra el gobernador Rodríguez y los funcionarios del Distrito Norte, y cuando se le pidió que desistiera, sólo se volvió más ofensivo en sus comentarios, con el resultado de que finalmente fue detenido y encerrado. Fue liberado ayer tras el pago de una multa.

Detengámonos aquí en la figura de Ricardo Covarrubias. Nacido en Lagos de Moreno en 1895 y muerto en 1972 en la ciudad de México, nuestro periodista era una suma de contradicciones: en su juventud había sido revolucionario antihuertista, pero en Baja California trabajó para el coronel Esteban Cantú, un militar porfirista y huertista que se apoderó del Distrito Norte en 1914, después de ser ascendido, por su defensa del régimen espurio en el campo de batalla, por el propio Victoriano Huerta. Luego don Ricardo se hizo revolucionario de nuevo, pero fue, ante todo, contra el general Álvaro Obregón. De ahí que su lucha contra

el general Rodríguez fuera una extensión de su aversión a todo lo que fuera obregonista. Lo mismo puede decirse de su carrera política: era alguien que pasaba de un bando al otro según le conviniera. Cuando vio el debilitamiento del régimen cantuista se hizo revolucionario, pero cuando se estableció, a partir de agosto de 1920, un gobierno revolucionario en Baja California, los verdaderos revolucionarios no lo reconocieron como tal. Como político fue una persona carismática, pero disruptiva. Como periodista, antepuso sus filias y fobias a su trabajo noticioso. Representó, eso sí, el tipo de personaje público que mejor representaba la llegada de la democracia —en su aspecto más atrabiliario— a la región fronteriza. En medio de distintos partidos que se disputaban el poder, entre regidores, presidentes municipales y gobernadores que competían entre sí, Covarrubias se hizo oír y tuvo seguidores que mantuvieron los reflectores en sus actos y discursos. Su caída empezó cuando se enfrentó al general Rodríguez y perdió ante la narrativa oficial de la paliza que el gobernador diera a su par de amigos periodistas. Pero su caída, en el ánimo social, se dio cuando prefirió competir para diputado por Jalisco —su estado natal— y no por Baja California. Don Ricardo sabía que en el Distrito Norte se le repudiaba por sus escándalos, mientras que en Jalisco se le ensalzaba como el hijo pródigo que había vuelto a casa. Y acertó. Acabaría siendo diputado por Jalisco. Nunca más volvería a residir en Mexicali.

Pero no adelantemos acontecimientos. Para el 9 de septiembre, el periódico de Calexico señalaba que cada candidato en las elecciones municipales de Mexicali tenía su periódico, que le servía de plataforma propagandística para apoyar su campaña. Y es que eso era la prensa local en 1924, un órgano mediático al servicio de sus propios periodistas-empresarios metidos a políticos:



La proximidad de las elecciones municipales en Mexicali está provocando la aparición de una serie de nuevos periódicos mexicanos en las últimas dos o tres semanas, y se informa que otros dos o tres se iniciarán en el curso de la próxima semana o dos. El *Artículo 123* y *Evolución* son los dos últimos periódicos impresos y distribuidos en Mexicali y, de hecho, en todo el municipio. El primero es editado por Heriberto Villarino, ex inspector de migración en Mexicali, mientras que el segundo es editado y publicado por Francisco R. Escobar. *Artículo 123* pretende ser un exponente de reformas para toda la Baja California, al margen de sus afiliaciones políticas, mientras que *Evolución* es pura y simplemente una publicación destinada a apoyar la candidatura de un teatrista de Mexicali para ser elegido miembro del patronato del municipio. Otros candidatos han manifestado su intención de imprimir periódicos para apoyar su candidatura y exponer sus puntos de vista e ideas respecto a los asuntos cívicos. Con *Mercurio*, *El Regional*, *El Malcriado*, *El Eco del Distrito Norte*, *El Monitor*, *Artículo 123* y *Evolución*, Mexicali está siendo bien inundado con material de lectura agresivo, ya que cada periódico toma una causa determinada y no tiene pelos en la lengua para exponer las opiniones de su editor. Con otras publicaciones que se sumarán, a los habitantes del Distrito Norte les va a resultar difícil saber en qué punto se encuentran y qué preceptos seguir en las próximas elecciones.

Gran parte de estos periodicosos provenían de los medios que controlaba Ricardo Covarrubias. Unos días más tarde, después de haber soportado nuevos ataques contra su persona y su gobierno, el general Abelardo L. Rodríguez que, de joven, en Estados Unidos, había sido boxeador, decidió responder al estilo de Billy Silver contra un par de periodistas de las publicaciones de Covarrubias. Uno era un hombre

lisiado, José Esperón, editor de *El Monitor*, y el otro era el también peleonero Cayetano Zepeda de *El Eco del Distrito*. Así, el 12 de septiembre de 1924, el *Chronicle* contaba un episodio que iba a estremecer el gobierno de Abelardo y que sería, gracias a *El Monitor* de Covarrubias, escándalo nacional, pues ambos periodistas

recibieron sonoras palizas administradas por Alfonso Pellegrín, secretario personal del Gobernador Rodríguez poco después de que la línea cerrara a las nueve de la noche de ayer, según admitió hoy Pellegrín. Esta mañana temprano, un informe hizo las rondas de Calexico en el sentido de que el gobernador Rodríguez había disparado y matado a Zepeda anoche. Otro informe decía que el gobernador había disparado y golpeado tanto a Zepeda como a Esperón. Una tercera historia decía que el ejecutivo había administrado personalmente una fuerte paliza a los hombres mencionados. Todas las historias en circulación crearon una sensación en Calexico y Mexicali esta mañana. Una investigación de los informes durante un tiempo pareció confirmar la verdad de una de las historias, en la que se afirmaba que, atacados por la pareja, el gobernador Rodríguez los había castigado al buen estilo americano. El gobernador, entrevistado esta mañana, niega los informes, sin embargo, diciendo que no estaba presente en el momento de la pelea. Dice que formaba parte de un grupo de cuatro personas que, tras recibir los resultados de la pelea entre Wills y Firpo, habían visitado Mexicali durante una o dos horas después de la finalización de los resultados, siendo dos de ellos Alfonso Pellegrín y el capitán Familiar, sus secretarios. Durante la noche la conversación había girado en torno a las acciones de Zepeda y Esperón, y se refería a los ataques hechos al gobernador por los dos periodistas en sus publicaciones durante las últimas semanas. Poco después de las nueve,



el gobernador abandonó la fiesta y se dirigió a su casa. Sin embargo, Pellegrín y el capitán Familiar decidieron encontrar a Zepeda y Esperón y, al encontrarlos justo al oeste de las vías del tren en la avenida Madero, los dos secretarios acorralaron a los dos hombres del periódico y comenzaron a decirles lo que pensaban de sus tácticas para asaltar al gobernador. La pelea se inició a partir de una disputa verbal. Pellegrín y Zepeda empezaron a pelearse, con el resultado de que Zepeda fue muy golpeado antes de que terminara la pelea. Mientras tanto, Esperón comenzó a ayudar a su compañero, y fue recibido por Pellegrín con una lluvia de golpes que pronto lo dejó fuera de combate. La policía llegó al lugar de los hechos al final de la pelea, puso a Pellegrín bajo arresto y llevó a Zepeda y a Esperón al hospital para que fueran atendidos, donde todavía están confinados curando sus heridas. El Sr. Pellegrín admite haber administrado la paliza a Zepeda y Esperón, y aunque está en libertad bajo fianza, sujeta a juicio, no intenta evitar las consecuencias, que, dadas las circunstancias, probablemente serán una pequeña multa. Esta es, según el gobernador Rodríguez, la verdadera historia de lo sucedido, y que su nombre fue introducido en el asunto sólo por el hecho de haber estado con Pellegrín y Familiar hasta unos minutos antes de la riña. Pellegrín se resintió de los ataques. La historia de que Rodríguez golpeó a los periodistas, dijo el gobernador, está siendo difundida por Zepeda y Esperón y sus amigos en un esfuerzo por crear un sentimiento contra él, y dar motivos en los que basar una desagradable notoriedad, con la esperanza de que pueda resultar en un daño personal y político. Es imposible determinar los hechos reales del asunto, ya que el número de personas presentes era reducido, ya que sólo cuatro tomaron parte en la disputa y sólo uno o dos llegaron al lugar a tiempo para conocer los detalles antes de que la policía se los llevara.

Como en una novela de Agatha Christie, cada versión del crimen difería una de la otra. ¿Quién contaba la verdad? ¿El gobernador al decir que él ni siquiera estuvo presente en la pelea? ¿Pellegrín al adjudicarse la responsabilidad de la paliza al par de periodistas? ¿Los testigos presenciales que posiblemente participaron, pero que ellos aseguraban haber sido simples espectadores de la lección de boxeo? Para la opinión pública que creía en lo expuesto por *El Monitor*, la responsabilidad del atentado contra los periodistas era del gobernador. Él era su perpetrador y no Pellegrín. La postura del propio *Chronicle* era de no acusar al gobernador de semejante crimen, sino de mantener una neutralidad que le permitiera seguir informando sin tomar partido. En ese sentido, los periódicos del otro lado, al no poder confirmar una u otra versión, se decantaban, muy cuidadosos, por ofrecer la versión oficial como la más cierta. Y lo hacían porque recordaban que Rodríguez era un gobernador que mantenía lazos de amistad y de negocios favorables a los intereses estadounidenses. La actitud deferente del *Calexico Chronicle* —la misma actitud que había tomado con respecto al coronel Cantú la década anterior— demostraba que la prensa californiana siempre apostaba por los hombres fuertes, por los gobernantes del Distrito Norte que imponían la mano dura, impulsaban el libre mercado, promoviendo el intercambio comercial y la seguridad para las inversiones extranjeras. Tales gobernantes podían ser unos matones, pero eran sus matones.

La lucha por el poder entre prensa y gobierno se había vuelto un pleito de cantina. Para las autoridades del Distrito Norte, la pelea era lo de menos y lo que importaba era que los periodistas golpeados se habían pasado de la raya calumniando al general Rodríguez. Para el resto de los periódicos, que eran antagonistas declarados de Covarrubias, la versión oficial era la que contaba. Veían a las publicacio-



nes de don Ricardo como arietes que buscaban derribar al general Rodríguez no con fines altruistas, democráticos, sino para trasladar el poder a manos de Covarrubias. Ante la virulencia de los periódicos de oposición, las propias autoridades estadounidenses tomaron cartas en el asunto. El *Chronicle* del 15 de septiembre de 1924 explicaba lo ocurrido:

La edición del sábado de *El Monitor*, que contenía un ataque obsceno contra el gobernador Rodríguez, fue confiscada por los funcionarios mexicanos en la frontera cuando las copias del periódico eran llevadas a través de la línea para su distribución el sábado por la tarde y la noche, y a los repartidores de periódicos se les negó el permiso para vender la edición en las calles de Mexicali. El domingo por la mañana, el jefe Joe Hardwick, de la policía de Calexico, atraído por los repartidores de *El Monitor*, y habiendo hecho traducir el ataque al gobernador, llamó a las oficinas de *El Monitor* y notificó a sus editores que el periódico contenía pasajes obscenos y referencias indecentes bajo las cuales no podía permitir la distribución de los periódicos en las calles de Calexico. Declaró que había notificado a los editores del periódico mexicano que se debía enviar un mensajero para llamar a todos los repartidores de periódicos que estuvieran vendiendo periódicos en las calles, y que los suministros en los puestos de periódicos debían ser recogidos, llevados de vuelta a las oficinas de *El Monitor* y los periódicos destruidos o archivados sin más intentos de distribución. Se entiende que se hará un esfuerzo para suprimir permanentemente *El Monitor* que, según los funcionarios del gobierno, está constantemente agitando y despertando luchas y disensiones entre la gente de Mexicali.

El gobernador Abelardo L. Rodríguez no era como su antecesor, Inocente Lugo, un político que utilizaba los decretos

y los instrumentos administrativos para lidiar con don Ricardo. Al general le gustaba la confrontación, la lucha por su honor. La narrativa que puso en marcha para contrarrestar lo que declaraba *El Monitor*, fue la de presentar a este periódico como un medio corrupto, chantajista, depredador. Por eso el *Chronicle* continuaba diciendo:

Durante el régimen del ex gobernador Lugo, declaró el gobernador Rodríguez esta mañana, los editores de *El Monitor* pidieron prestado una gran cantidad de dinero de la tesorería del Distrito Norte con el que, según ellos, deseaban pagar las deudas de la imprenta en la que se publicaba el periódico. El gobernador Lugo sancionó de buena gana estos préstamos, pero cuando los editores comenzaron a exigir dinero cada vez que se les ocurría la idea, se les negó. Esto condujo al comienzo de una serie de ataques venenosos contra Lugo que continuaron hasta que el ex gobernador fue trasladado del distrito. Después de recibir el nombramiento de gobernador civil y militar, explicó Rodríguez, él también recibió solicitudes de ayuda financiera de *El Monitor* y durante unos meses concedió sumas que hasta la fecha suman más de \$1,000. La aparente facilidad con la que consiguieron estos fondos dio lugar a nuevas peticiones, de mayores sumas. Al no ver un final a la vista, el gobernador finalmente se negó a sancionar más préstamos, y los editores comenzaron entonces a asaltarlo a él y a su administración, volviéndose más y más viciosos hasta que el clímax se alcanzó la semana pasada, en el asalto a José Esperón, editor de *El Monitor* y a Cayetano Zepeda, editor de *El Eco del Distrito Norte*, por Alfonso Pellegrin y el capitán Familiar, secretarios del gobernador. El gobernador Rodríguez, el secretario de Estado A. Murúa Martínez y otros funcionarios gubernamentales insisten en que los ataques son intentos de chantaje, pura y simplemente, y que no tienen intención de so-



meterse a las demandas entregando dinero para detener estos ataques. Si hay una manera de suprimir el periódico, se hará, y las posibilidades son que, en lo que respecta a Mexicali, no se permitirá que ningún otro número de *El Monitor* cruce la línea hacia la Baja California hasta que sus editores se limiten a los hechos y a la verdad, y sin agitación constante e indecente. El jefe Hardwick declaró esta mañana que no se permitirá que ningún número del periódico mexicano que contenga referencias obscenas e indecentes al gobernador o a cualquier otro funcionario salga de las oficinas de los editores, y que el próximo intento será respondido con un método de represión tan severo como el del último número de *El Monitor*.

Aquí es posible comprobar que la censura, ante actos de difamación, era la misma en México que en Estados Unidos. En ambos países, el periodista que no podía comprobar sus críticas a las figuras públicas o que utilizaba palabras altisonantes que molestaban a los poderosos, iba a la cárcel. Según el *Chronicle* del 19 de septiembre, todo periódico que fuera abiertamente antigubernamental estaba sujeto a ser suspendido:

El Monitor, periódico mexicano propiedad de Ricardo Covarrubias, ha sido prácticamente suspendido, con órdenes de que bajo ninguna circunstancia se permita la distribución de números de esa publicación en Mexicali. No sólo está siendo suprimido en el lado sur de la frontera, sino que en Calexico, donde los repartidores de periódicos han vendido hasta ahora ejemplares en las calles y donde los quioscos los han manejado, el Jefe de Policía Hardwick ha emitido órdenes de que los números que contengan propaganda política violenta contra el Gobernador Rodríguez o cualquier otro funcionario mexicano serán inmediatamente confiscados. *El Frontera*, im-

preso en las oficinas de *El Monitor*, y que también dirige una serie de artículos políticos viciosos diseñados para crear malestar e insatisfacción entre el pueblo mexicano, solicitó ayer permiso para reanudar su publicación, y se le dijo que, en lo que respecta a los funcionarios de este lado de la línea, pueden emitir el periódico y distribuirlo, pero que no se tolerarán los editoriales indecentes. Esta publicación también puede ser prohibida permanentemente. No se hará ningún esfuerzo para reanudar la publicación de *El Eco del Distrito Norte*, según afirman los mexicanos que están en condiciones de saberlo. Aparte de las tres publicaciones mencionadas, hay otros siete periódicos en Mexicali, al servicio del pueblo mexicano, la mayoría de los cuales son hojas políticas emitidas por un corto período justo antes de las elecciones municipales.

La versión de la prensa californiana era ver a los periódicos mexicalenses, con *El Monitor* a la cabeza, como “hojas políticas” que servían para fines electorales y que utilizaban “editoriales indecentes” como armas contra sus adversarios. Desde el punto de los estadounidenses, la prensa mexicana era amarillista por antonomasia y su finalidad era causar en los lectores fronterizos “malestar e insatisfacción”. El problema no era que estos periódicos buscaran el revelar las pifias de las autoridades en el poder, sino la forma impúdica, grosera, inescrupulosa, de llevarlo a cabo. Se aceptaba que estas “hojas políticas” criticaran a los funcionarios, políticos y empresarios, pero se repudiaban los métodos injuriosos y las palabras altisonantes, aunque éstas fueran dichas en español y no en inglés. Y es que el público receptor de tales publicaciones también eran los residentes del Valle Imperial, que sabían leer en español y que reclamaban un lenguaje menos agresivo, menos insultante, desde su moralismo social, so pena de trasladar su indignación a los tribunales. De tales



reacciones se hacían eco tanto la policía de Calexico como la prensa californiana. Por otra parte, la virulencia crítica de los periodistas mexicalenses, que trabajaban alrededor de la figura de Ricardo Covarrubias echando leña al fuego contra el general Rodríguez, iba a tener una respuesta contundente desde el gobierno federal, comandado por el general Álvaro Obregón. El *Imperial Valley Press* anunciaba el 25 de septiembre de 1924 que, desde la ciudad de México, se ordenaba detener a *El Monitor*:

Según se informa, el gobierno mexicano prohibió temporalmente la publicación de *El Monitor*, el periódico español e inglés de Mexicali, propiedad de Ricardo Covarrubias, diputado del distrito norte. Se dice que la causa del problema fueron los ataques que el departamento editorial hizo al gobernador Rodríguez y a otros funcionarios mexicanos. El jefe de policía de Calexico, Joe Hardwick, también ha pedido que el periódico no se venda en los quioscos de Calexico. *El Monitor* no puede ser distribuido en el distrito norte de Baja California, de acuerdo con la orden, hasta que los ataques editoriales contra los funcionarios se detengan.

En Mexicali, ante esta batalla entre el gobernador Rodríguez y el diputado Covarrubias, el resto de la prensa mexicalense decidió tomar cartas en el asunto para proteger sus propios intereses. El 30 de septiembre, el *Chronicle* anunciaba la formación de una nueva asociación periodística, que unía el culto nacionalista con la defensa del gobierno en turno:

“Promover el interés de la raza mexicana”. Este es el lema adoptado por una liga de propietarios de periódicos mexicanos, editores, reporteros y corresponsales en una reunión

celebrada anoche, en la que se formó una unión de periódicos que se conocerá como “La Liga de Periódicos Regionales”. Se constituyeron los siguientes cargos y una junta directiva: Presidente, José S. Castillo, de *El Regional*. Vicepresidente, Juan Hernández, de *Mercurio*. Secretario-tesorero, F. R. Escobar, de *Evolución*. Directores-Heriberto Villarino, *Artículo 123*; Salvador Casillas, *El Malcriado*; O. Gómez Morán, corresponsal de los periódicos de la ciudad de México; Facundo Bernal, *Hispano-Americano*; Enrique Pérez Rul, escritor y autor, y William Clay Silver, el *Rounder*. *El Monitor* y *La Frontera*, así como otros periódicos mexicanos, quedaron fuera de la liga, y no serán admitidos según los directivos de la recién formada organización. De acuerdo con los estatutos y la constitución propuestos, bajo los cuales trabajará la liga, los miembros de la organización podrán apoyar a los candidatos a las elecciones de cualquier partido al que estén afiliados sin interferencia. La liga será totalmente apolítica. Sin embargo, el plan es promover los intereses del pueblo mexicano y que cada uno de los periódicos sea una unidad en la lucha contra los intereses que la organización pueda considerar como contrarios al progreso y desarrollo del distrito norte de la Baja California. Una discusión sobre algunos de los temas en los que la prensa está unida llevó a saber que la prensa mexicana es totalmente anti-china y que se iniciará una lucha agresiva contra los orientales en el curso de la próxima semana. Todos los periódicos afiliados a la liga llevarán en primera plana el lema de la organización. Las reuniones de la liga se celebrarán semanalmente, los lunes. Se espera conseguir una membresía de al menos treinta editores y escritores de periódicos.

La susodicha liga era todo menos apolítica y bateaba a favor de Rodríguez. A su vez, el legislativo federal tomó cartas en el asunto. Como era tanto el escándalo de la paliza contra el



par de periodistas, lo que hizo la Cámara de Diputados fue crear una comisión, cuya cabeza visible fue el diputado Luis León, para investigar las acusaciones formuladas por uno de sus miembros, Ricardo Covarrubias, contra el gobernador Rodríguez. En su número del 1 de octubre de 1924 se aseguraba que había llegado a Mexicali Luis León, para hacer las indagaciones pertinentes y entrevistar a los testigos del caso:

El Sr. León comenzó rápidamente su trabajo de obtener toda la información disponible sobre el asunto, y ayer por la tarde celebró una reunión con la recién formada liga de periódicos mexicanos, en la que varios concedores del suceso arrojaron luz sobre el asunto. El Sr. León visitó ayer al Gobernador Rodríguez y se entrevistó con el Sr. Pellegrín, su secretario, donde se trataron los detalles del asunto. El Sr. León espera completar su investigación hoy, y emprenderá su regreso a la ciudad de México esta noche, donde presentará su informe a la cámara de diputados, dándoles detalles y sus conclusiones, tal como se formaron a partir de su investigación del incidente y las circunstancias que lo provocaron. El distinguido visitante se manifestó esta mañana francamente sorprendido por los notables progresos alcanzados en el Distrito Norte, donde, aceite de todas partes, hay evidencias de prosperidad y satisfacción entre el pueblo mexicano, que goza de condiciones de trabajo y de vida, que tiene ventajas en materia de escuelas y que parece estar mejor satisfecho con su entorno que en cualquier otra parte de México, exceptuando, tal vez, la propia ciudad de México.

Lo que descubrió Luis León era que la mayor parte de la prensa mexicalense estaba en contra de Esperón y Zepeda. Liderados por Juan B. Hernández (*Mercurio*), Heriberto Villarino

(*El Artículo 123*), Salvador Casillas (*El Malcriado*), Billy Silver (*The Rounder*), José S. Castillo (*El Regional*), Francisco R. Escobar (*Evolución*) y Facundo Bernal (*Hispano-Americano*), los miembros de la Liga de Periodistas Regionales de Mexicali y Calexico aseguraban que el par de golpeados, por “sus procedimientos de inmoralidad y chantaje” iban en contra de los principios de dicha Liga:

No solamente pretendían explotar con el pasquín *El Monitor* al gobierno de este Distrito sino al comercio y a los particulares a quienes insultaban en caso de que no accedieran a aceptarles vales y cheques y a proporcionarles algunas cantidades de dinero. Por tal motivo nunca la Liga los consideró como periodistas y cuando ocurrieron los acontecimientos que usted conoce, la Liga de periodistas no ocurrió en su defensa, ni se ha sentido solidaria de ellos, sino al contrario ha hecho la defensa del Gobernador general Rodríguez, indignada por los ataques injustificados de estos individuos.

La lógica de la Liga era: si atacaban la fuente de ingresos de sus periódicos, no contaban con su protección. La Liga, en pocas palabras, tenía como misión principal proteger al gobernador, no a sus colegas sediciosos. Y tal fue el informe que Luis León llevó de regreso a la Cámara de Diputados: los golpeados no eran periodistas: eran chantajistas y merecían la golpiza recibida. En el *Chronicle* del 2 de octubre se afirmaba:

Luis León, miembro de la cámara de diputados de México, quien pasó parte de esta semana en Mexicali investigando los cargos presentados por Ricardo Covarrubias en relación con la flagelación de Cayetano Zepeda y José Esperón, edi-



tores empleados en sus periódicos de Calxico y Mexicali, terminó su trabajo ayer por la mañana y salió para la ciudad de México, donde hará su informe. Hablando con sus amigos, León dejó en claro que estaba convencido de que no había motivo para los ataques viciosos contra el gobernador Rodríguez y el gobierno del Distrito Norte que Covarrubias había hecho en la Cámara de Diputados y a través de las columnas de sus periódicos, y su informe, insinuó, será en el sentido de que cualquier castigo que se aplicara a los editores locales no era más de lo que merecían. “La información obtenida de muchas fuentes”, dijo el Sr. León, “indica que Covarrubias actuó por motivos ulteriores, más que por un sentido del deber hacia el pueblo mexicano y sus derechos. Los ataques lanzados por *El Monitor* y *El Eco* contra el ex gobernador Lugo; la pelea municipal del año pasado en la que murieron tres personas como consecuencia de la agitación de Covarrubias; la lucha contra Rodríguez desde que el gobernador se ha negado a dar dinero a sus periódicos, y el hecho de que Covarrubias no haya prestado la fianza convenida cuando, detenido por un delito de calumnia el año pasado, fue puesto en libertad en reconocimiento de su condición oficial de representante de una nación amiga, junto con otros sucesos y circunstancias de carácter público y privado, hacen necesario que mi informe, tal como se presenta a la cámara de diputados, sea adverso a los cargos formulados por Covarrubias”. León dijo estar francamente sorprendido por la cordialidad mostrada por los principales empresarios, la cámara de comercio, la logia masónica y la mayoría de los periódicos hacia el ejecutivo del Distrito Norte. Esto, dijo, “deja claro que, en su mayoría, la gente del Distrito Norte está satisfecha con el actual líder”.

De esta manera, la presión del gobierno y de sus propios colegas fue tanta que muchos periodistas de *El Monitor* buscaron alternativas laborales sin dejar de hacer periodismo. Así, el 4 de octubre se informaba que un nuevo periódico sustituía a *El Monitor*:

Mexicali tendrá otro periódico, según se supo hoy, cuando Ángel Zaldívar, antiguo miembro del personal de *El Monitor*, declaró que era su intención iniciar la publicación de un pequeño semanario en español. Todavía no se ha seleccionado ningún nombre para la publicación, pero la prensa en la que se imprimirá llegó aquí esta mañana, y se instalará en un cuarto en el 308 de la calle Primera, donde el *Mercurio* tiene sus salas de linotipia, y donde se colocará el material tipográfico y se confeccionarán e imprimirán los formularios para el periódico. Hace algunas semanas había diez periódicos mexicanos publicados en Calexico y Mexicali. Dos de ellos han sido suprimidos desde que se hizo el recuento, quedando ocho, pero con la adición de la hoja de Zaldívar, el número aumentará a nueve. La mayoría de las publicaciones son periódicos políticos, que surgieron en los últimos tres meses, y cuyo propósito es promover los intereses de los candidatos de alguno de los varios partidos que buscan el control político de Mexicali.

Unos días más tarde, la prensa mexicalense encontró un terreno en común: la campaña antichina, que arreció en todos los frentes mediáticos con el auspicio del gobierno. Para el 11 de octubre de 1924, se ordenaba a los dueños de empresas o ranchos orientales que emplearan a trabajadores mexicanos en al menos un 50 por ciento de su personal. Y de nuevo era José S. Castillo la punta de lanza de tal empeño:



A través de *El Regional*, uno de los principales periódicos de Mexicali, el gobierno mexicano está notificando hoy a todos los rancharos chinos al sur de la línea que en el futuro deberán emplear el cincuenta por ciento de mano de obra mexicana. La notificación a este efecto fue dada hace varios días, pero al tratar de hacer cumplir la orden, los funcionarios mexicanos recibieron constantemente la excusa de que los orientales no “saben” el reglamento en el idioma español. Para no dejar lugar a dudas, hoy se publica una traducción de la orden en chino, que será difundida en todo el distrito. Según José Castillo, editor de *El Regional*, en el distrito hay muchos mexicanos sin empleo, mientras que los rancharos chinos están empleando en algunos casos a sus propios compatriotas casi en su totalidad en los campos de algodón. Fue esta situación la que llevó a la emisión de la orden del 50 por ciento. Las autoridades mexicanas han declarado que insistirán inmediatamente en la estricta observancia de la nueva norma, y que se impondrán fuertes multas a quienes no la cumplan. La disposición del cincuenta por ciento de mano de obra mexicana se aplica a todos los ganaderos de Baja California, pero se afirma que los empleadores estadounidenses, japoneses y mexicanos ya la están cumpliendo.

Al mismo tiempo, las cosas no se quedaron quietas en lo referente al caso de Ricardo Covarrubias y el general Abelardo L. Rodríguez, quien contaba con toda la confianza del gobierno federal. El 16 de octubre de 1924 esto se vio comprobado por lo dicho por el general Álvaro Obregón, entonces presidente de México, texto que, según el diario de sesiones de ese día, fue leído en la Cámara de Diputados en la ciudad de México cuando se discutía la paliza contra Esperón y Zepeda, así como la suerte del general Abelardo L. Rodríguez:

Pero la excitación que reinaba en la Cámara llegó a su punto culminante cuando se leyó una declaración hecha por el presidente Obregón, relativa a este caso, y publicada en *El Universal* el 27 de septiembre. Una traducción exacta de la misma es la siguiente: “Me inclino a creer que no se trata de un caso de asalto a dos periodistas, en razón de su independencia u oposición, sino que se trata de dos hombres que tenían la costumbre de demandarle dinero al Gobernador de la Baja California, a quien amenazaban con atacar en sus periódicos, a menos que se les dieran más fondos. Además —prosiguió el presidente Obregón— hay un hecho que puede servir para ilustrar la opinión pública en este caso, a saber, que uno de los periódicos (*El Monitor*) se publicaba en territorio de los Estados Unidos, donde la prensa goza de la más completa libertad y que las autoridades norteamericanas lo suprimieron, por el lenguaje obsceno e indecente que se empleaba en dicha publicación”.

El Monitor estaba en el ojo del huracán político, pero no era el único periódico de Mexicali que batallaba en aguas turbulentas. Por esas mismas fechas, el *Chronicle* del 17 de octubre de 1924 informaba que *El Regional* de José S. Castillo también estaba metido en líos:

Para rematar una campaña de calumnias dirigidas contra él y otros trabajadores activos de la Cámara Agrícola, Manuel Roncal, presidente de la organización de agricultores y comerciantes de Mexicali, ha pedido al gobernador Rodríguez que nombre auditores para que hagan un informe completo sobre los asuntos financieros de la asociación. Los periódicos de Mexicali, especialmente *El Regional*, publicado por J. S. Castillo, han atacado la gestión de la Cámara Agrícola. Las acusaciones más graves aparecen en un número reciente de *El Regional* en el que se acusa a Roncal, Argyle McLachlan, C.



B. Moore y Orlo A. Pratt de haber recibido grandes sumas de dinero de la organización. Para los que conocen los asuntos de la organización y el carácter de los hombres nombrados, las acusaciones son ridículas, pero el presidente Roncal cree que la campaña de calumnia debe detenerse y su demanda de una auditoría se hace para que el público pueda conocer los hechos. Los que están en contacto con los asuntos de la organización de Mexicali declaran que se ha hecho más trabajo bueno durante la administración de los últimos dos años que durante cualquier período anterior, y que es injusto someterlos a los ataques viciosos que se han hecho. Roncal recibe un salario de la asociación como superintendente de caminos, y ha dedicado su tiempo casi por completo a este trabajo, con resultados excelentes. Los norteamericanos nombrados no reciben ninguna compensación, pero han dado libremente su tiempo para que la asociación sea un beneficio para los hombres de negocios y los rancheros al sur de la línea. Se entiende que el propio gobernador Rodríguez reconoce el valor del trabajo realizado por los hombres a cargo de la asociación y no simpatiza con los ataques calumniosos que se hacen.

Y por si no fuera poco, *The Rounder* andaba por las mismas, ya que el periódico de Calexico avisaba que Billy Silver, el editor de este periódico, sería procesado por andar publicitando bebidas alcohólicas en una nación donde éstas se encontraban prohibidas. Y a ellos se agregaba, por el mismo delito, Castillo de *El Regional* y los hermanos Pablo y José Herrera Carrillo de *La Frontera*. Así, el 29 de octubre de 1924 se informaba de tales acusaciones:

W. C. (Billy) Silver, que fue arrestado el pasado sábado por la noche por el agente de la ley seca Chas. Cass, de San Diego, acusado de transportar a los Estados Unidos ejemplares de su

publicación semanal, el *Rounder*, con anuncios de bebidas alcohólicas, será procesado ante el comisario de los Estados Unidos Whitelaw, de El Centro, el 6 de noviembre, según la información facilitada ayer por los funcionarios federales. Silver se encuentra en libertad bajo una fianza de 1.000 dólares, proporcionada por amigos de Mexicali. La audiencia del 6 de noviembre será meramente preliminar para determinar si debe responder ante la corte federal de San Diego. J. S. Castillo, editor de *El Regional*, que también fue acusado de violar la ley Volstead por llevar publicidad de bebidas alcohólicas en su periódico, compareció ayer ante el comisario Whitelaw y se le impuso una fianza de mil dólares proporcionada por A. B. Valencia y E. Pérez Rul. Castillo tiene una imprenta en la calle Primera, y siempre ha gozado de buena reputación entre los estadounidenses de ambos lados de la línea. No fue llevado a la cárcel, sino que Cass le comunicó que se había emitido una orden de detención, y fue a El Centro con sus fiadores a petición del oficial, y arregló su liberación. Su comparecencia está fijada para el 7 de noviembre ante el comisario Whitelaw. José G. Herrera, editor de *La Frontera*, contra quien también se ha emitido una orden de arresto por el mismo cargo, aún no ha sido detenido por los agentes, aunque se entiende que se presentará ante el comisario Whitelaw tan pronto como pueda conseguir fiadores.

Los periodistas mexicalenses de aquellos tiempos vivían a salto de mata: un día perseguían la noticia y al otro eran perseguidos y encarcelados por publicarla. A veces la policía de Mexicali los detenía y si ésta no lo hacía, la policía del Valle Imperial los encarcelaba. Vivir en la frontera les daba un poco de respiro, pues podían, como los forajidos buscados por la ley, escapar de los agentes del orden pasándose al otro lado, pero a veces ni eso les servía porque tanto del lado mexicano como del estadounidense tenían asuntos legales que los man-



tenían en vilo. Ya fuera por las denuncias que hacían contra personajes connotados o por los anuncios que publicaban, sus vidas eran de sobresalto, de andar de tribunal en tribunal, de pagar fianza para salir y continuar con sus labores informativas. Porque en eso se iban sus existencias: en olfatear la nota oportuna, en darle cacería, en imprimirla y ver cómo impactaba, para bien o para mal, en su entorno de vida, en sus propias personas. Pero las consecuencias también eran expeditas y se daban en ambos lados de la línea internacional. El mecanismo legal se ponía en marcha en Estados Unidos para evitar que se publicaran ataques “obscenos” contra las autoridades bajacalifornianas, mientras que en Mexicali se producía un boicot gubernamental —pero que también incluía a las empresas más conocidas— contra los medios críticos. A esto se sumaba que el resto de los periódicos cerraban filas contra los renegados, por lo que las capacidades de estos medios antirrodruiguistas y antigubernamentales quedaban seriamente afectadas. Covarrubias podía esgrimir su fuero a la hora de las represiones, pero el resto de sus colegas se quedaban a la intemperie, sin trabajo. De ahí que, ante la inviabilidad económica, las deserciones no se hicieron esperar. Por otra parte, a muchos periodistas les gustaba la política, las conjuras, el poder al alcance de sus linotipos. En los años siguientes, conspirarían contra el gobierno revolucionario de México para lograr un cambio de régimen que fuera más cercano a sus ideales conservadores, a sus nostalgias porfirianas y cantuistas. Al radicar en la frontera, estos conjurados podían fácilmente confabularse para obtener tales fines desde el lado americano, lejos de la vigilancia de las autoridades mexicanas a las que cobraban por sus anuncios oficiales y a las que despreciaban por sus políticas públicas. Estos periodistas esperaban su momento, la hora de su revancha.



LIBERTAD BAJO FIANZA
O LA DIFAMACIÓN COMO
UNA BELLA ARTE



Para los periodistas (porque las mujeres desgraciadamente todavía no aparecían en estos menesteres), el periodismo era un apostolado laico, una misión contra todo pronóstico. Pero para los que recibían sus comentarios periódicos, ser periodista era una profesión dañina, donde sus señalamientos exponían a los hombres de poder al escarnio de sus vecinos. Por eso, los que frecuentemente denunciaban a los “chicos de la prensa”, en los tribunales de ambos lados de la línea internacional, no sólo eran funcionarios públicos sino empresarios y comerciantes que se indignaban cuando era criticado el servicio que sus empresas daban o la calidad de los productos que sus comercios ponían en el mercado local. Así, el periodista mexicalense era una figura bien conocida por los residentes fronterizos y al mismo tiempo se le señalaba como un paria social, el oficiante de un trabajo temerario que todos leían y comentaban, pero que no causaba demasiada simpatía ni solidaridad.

Ser periodista, en el Mexicali de los años veinte, era jugar con fuego, apostar a diario la vida por una causa que en ocasiones era un negocio y en otras una cruzada moral. O las dos cosas a la vez. El trabajo periodístico era, entonces como ahora, un trabajo extenuante, que los propios periodistas mexicalenses gozaban con su habitual reciedumbre y su carácter empecinado. Así, el *Chronicle* del 29 de abril de 1925 daba cuenta de que:

J. S. Castillo, director de *El Regional*, un semanario mexicano impreso en Calexico, está en libertad bajo una fianza de 1.500 pesos tras su arresto por una denuncia penal por difamación presentada por Alberto Aldrete, propietario del molino de harina de Mexicali. Según la denuncia, Castillo publicó en su periódico una noticia que reflejaba la calidad de la harina producida en el molino de Aldrete. No se ha fijado la fecha de la audiencia.

Y unos meses más tarde, el 21 de octubre de 1925, se mencionaba que

S. Castillo, editor y redactor del periódico en lengua mexicana *El Regional*, debía conseguir esta tarde su liberación de la cárcel de Mexicali. El editor Castillo se encuentra en la cárcel desde ayer. De acuerdo con la información el editor fue encarcelado por una supuesta agresión al Procurador Morales, fiscal de Mexicali, que fue publicada en un número reciente del periódico publicado por Castillo.

Pero mientras unos periodistas sufrían por cumplir con su tarea, otros se la pasaban de oradores en ceremonias oficiales y privadas, como Alfonso Tovar, quien diera un discurso en un banquete en honor del gobernador Rodríguez por parte del sector obrero y ante la presencia H. H. Clark, el apoderado de la Colorado River Land Company, el omnipresente monopolio agrícola en el valle de Mexicali, o la hacía de representante de la logia masónica de Mexicali en un homenaje al general José María Tapia, o era miembro de la Comisión Especial para el Manejo de la Administración Municipal de Mexicali, todos hechos ocurridos entre 1924 y 1925. Y no sólo eso. Tovar quería distinguirse de sus colegas periodistas: no buscaba fundar un medio para chantajear al

gobierno, sino para deslumbrar a los lectores. El 3 de agosto de 1925, el periódico de Calxico reconocía:

El concejal A. Tovar, de Mexicali, ha anunciado esta mañana los planes para la publicación especial donde se describa el desarrollo de todo el distrito que colinda con Mexicali y lo incluye. Esta revista se publicará en honor del día de la Independencia de México, el 1 de septiembre. Publicado bajo el nombre de *Pegaso*, por la Sra. Tovar y José Santa María, hijo, el libro tendrá historias del desarrollo de México escritas por algunos de los principales educadores de esa nación. Una de las características de la publicación será un artículo especial de Veracruz escrito por un cadete militar mexicano. Otro artículo será proporcionado por la escuela militar de San Jacinto. El comandante de la Escuela de Aviación de la Ciudad de México también contribuirá al libro. El Coronel José M. Tapia miembro del personal del Gobernador y ahora en una misión en la ciudad de Nueva York también contribuirá, así como Nemesio García Naranjo y otros.

Por su parte, José Castillo continuó con su labor de acusar a funcionarios públicos y empresarios locales de crímenes y delitos ante el tribunal de la opinión pública. El *Chronicle* del 11 de agosto de 1926 indicaba que José S. Castillo, director de *El Regional*, había sido encarcelado por su ataque a los dirigentes sindicales por haber publicado una circular que “se distribuyó en la ciudad de Mexicali y en la zona agrícola durante la semana pasada, que tenía por objeto criticar a Tovar y a sus compañeros por no haber mantenido a los sindicatos como una unidad en apoyo de la candidatura del Dr. Bátiz, declararon los amigos de los autores”. Entre los acusadores estaba el propio Alfonso Tovar, también periodista. Para el



22 de octubre de 1925, el periódico de Calexico añadía otra raya al tigre Castillo al informar:

Según la información recibida hoy, José Castillo, editor y director del periódico en lengua mexicana *El Regional*, se enfrenta a una pena de prisión de entre seis meses y dos años si se le declara culpable de los cargos que se le imputan. Se enfrenta a una acusación de difamación formulada por el abogado Gabriel Morales, fiscal del distrito de Mexicali. Según la información, el fiscal Morales se vio obligado a procesar a Castillo por supuestas declaraciones difamatorias que se habrían publicado recientemente en un número de *El Regional*. Se dice que Castillo imprimió en su periódico un artículo en el que acusaba al fiscal Morales de aprovecharse personalmente de su posición oficial. Se dice que la situación del editor es particularmente grave porque en el momento de su arresto el lunes estaba en libertad bajo fianza en espera de juicio por una acusación similar formulada contra él por un hombre de negocios de Mexicali hace varios meses. Se fijó una fianza de 2.000 dólares para la liberación de Castillo por este último cargo. Hasta última hora de hoy no había conseguido su libertad. Castillo afirma que no violó ninguna ley mexicana con el artículo que se dice que se publicó en su periódico, ya que la publicación se imprime en Calexico. Sin embargo, los funcionarios mexicanos lo declaran responsable en México, ya que el periódico circula bajo la línea de fecha de Mexicali.

Y por si don José Severo no se conformara con tantas visitas a la cárcel, el 11 de marzo de 1926 el *Chronicle* notificaba que

J. S. Castillo, editor de *El Regional*, un periódico mexicano impreso en Calexico y distribuido en Mexicali, fue arrestado el

martes por la tarde en Mexicali bajo una orden de arresto que lo acusa de difamación criminal. La denuncia bajo la cual fue arrestado alega que recientemente publicó un artículo en su periódico en el que atacaba a Fidel Ruiz, juez de la corte de apelaciones del Distrito Norte de Baja California, y que contenía declaraciones de carácter difamatorio.

Y aunque se afirmaba que

el nombre de Ruiz no se mencionaba en el artículo, pero se dice que la descripción del funcionario y sus conexiones y las alusiones que se hacían a él eran de tal naturaleza que todo lector del periódico podía identificar instantáneamente al funcionario criticado. Los motivos en los que se basa la acusación de difamación contra Castillo, según dijo anoche un prominente abogado de Mexicali, son las afirmaciones que se dice que se han hecho en el artículo en el que se acusa al juez del tribunal de apelación de haber sido influenciado para emitir decisiones a favor de ciertos individuos, no nombrados, a cambio de una paga. Sin nombrar al juez ni a las personas involucradas en ninguno de los casos, Castillo acusó al jurista de haber aceptado dinero en varias ocasiones, a cambio de lo cual emitió decisiones judiciales a favor de las personas que le dieron el dinero, sin tener en cuenta el fondo de los casos. Estas supuestas acusaciones son desmentidas por el juez Ruiz, que juró una querrela contra el editor, acusando de difamación y calumnia. Esta es la tercera vez que Castillo es detenido bajo la acusación de difamación. Castillo es mencionado con frecuencia por los mexicanos como el petrel tormentoso de los editores de periódicos de Mexicali y en numerosas ocasiones ha sido amenazado con ser procesado aparte de los tres casos en los que realmente fue detenido. La primera de estas tres detenciones se produjo tras la publicación de un artícu-



lo de carácter supuestamente difamatorio contra Alberto V. Aldrete, propietario y operador de un molino de harina, y uno de los hombres de negocios más prominentes de Mexicali. Coincidiendo con su arresto por difamación el martes, se afirma que Castillo también será acusado de una violación de las leyes nacionales mexicanas que prohíben a un ciudadano privado tener o poseer una pistola automática del calibre 45. A Castillo se le acusa [de] que, en el momento de su detención, tenía en su bolsillo un arma de este tamaño y carácter.

El 4 de junio de 1925, el *Chronicle* indicaba que a la censura mexicana se le añadía la estadounidense, pues el jefe de la policía de Calexico, al enterarse del tono y contenido de los artículos del *Monitor* y viendo que esta publicación se imprimía del lado americano,

El jefe de la policía Joe Hardwick ordenó esta mañana a los repartidores de periódicos que detuvieran la venta en las calles de Calexico, de una edición "extra" de *El Monitor*, un periódico mexicano impreso en esta ciudad, que estaba dedicado enteramente a un ataque calumnioso contra el gobernador Rodríguez, y que declaraba que el gobernador había sido destituido y el senador Aureliano Anaya de Sonora había sido nombrado en su lugar. De acuerdo con la información dada en el palacio territorial, no hay la más mínima base de verdad en el informe sobre la destitución de Rodríguez, y toda la historia es una fabricación diseñada para desacreditar al ejecutivo del Distrito Norte. Al ordenar el cese de la venta de estos periódicos, Hardwick declaró que las noticias contenidas en la edición especial eran tan escabrosas que no podían publicarse en México, y que no permitiría su circulación en esta ciudad. *El Monitor*, que se imprime en Calexico, dejó de publicarse hace un año cuando fue amenazado con una acción

de difamación como resultado de su propaganda radical. En un “extra” emitido hoy, se afirma que desde que el gobernador ha sido destituido, el periódico reanudará su publicación regularmente. La destitución es dudosa. No se cita ninguna fuente auténtica como base para la información de que el gobernador Rodríguez va a ser trasladado de su puesto aquí, y esta historia es dudada por aquellos que están en posición de saber. Hace menos de tres semanas el presidente Calles, en una conferencia con el gerente H. H. Clark de la compañía Colorado River Land, negó que se pensara en relevar al gobernador Rodríguez de su cargo oficial aquí. El gobernador va a salir para una visita oficial a la ciudad de México, y se cree que el hecho de su partida en este viaje está siendo utilizado por los opositores como base para su afirmación de que ha sido destituido definitivamente. Los informes de que José Esperón, editor del *Monitor*, iba a ser puesto bajo arresto si cruzaba la línea en Mexicali no pudieron ser confirmados hoy en el palacio territorial. Al Pellegrín, miembro del personal de la secretaría, declaró que el gobernador no estaba inclinado a tomar ninguna nota oficial de los ataques del periódico, y que si se emprende una acción por difamación contra Esperón tendrá que acuñar alguna otra fuente. Los artículos que aparecieron en la edición especial de hoy no sólo atacaron al gobernador Rodríguez, sino que también criticaron duramente a otros periódicos mexicanos del distrito que apoyan a la actual administración.

El 3 de febrero de 1926, el *Chronicle* avisaba a los lectores de la frontera que iba a extender su circulación a Mexicali con su sección en español, titulada *La Crónica*:

“Un ejemplar de *La Crónica* en cada hogar mexicano de Mexicali y Calexico”. Este es el lema del personal de circulación



del nuevo semanario mexicano que se publicará en la oficina de *La Crónica* cada jueves, a partir de mañana. Una encuesta sobre el terreno ha revelado el hecho de que hay 3.200 hogares mexicanos en las dos ciudades, incluyendo un área de cinco millas alrededor de Mexicali. Cuatro hombres empleados por *La Crónica* pasarán dos días cubriendo este territorio, para que los mensajes publicitarios llevados en la publicación por los comerciantes locales lleguen a todos los lectores antes del sábado. *La Crónica* ha sido iniciada por el *Chronicle* para satisfacer una necesidad largamente sentida por parte de los anunciantes locales de un medio que proporcione una cobertura completa de la población mexicana en este distrito. Si bien la idea inicial de *La Crónica* era la de servir a los anunciantes, los editores se han dado cuenta de que unas columnas de noticias bien escritas que cubran todas las actividades locales son esenciales para el éxito de cualquier periódico. ACEVES ES EL EDITOR El *Chronicle* tuvo la suerte de conseguir los servicios de J. Isaac Aceves como editor de la nueva publicación. El Sr. Aceves es un hombre de prensa con 35 años de experiencia, habiendo servido en prácticamente todas las capacidades en el negocio de la publicación. Su historial en el periodismo mexicano es envidiable, y con *La Crónica* bajo su dirección editorial, los lectores mexicanos pueden estar seguros de que el periódico será muy interesante. El nuevo periódico hará su aparición mañana por la mañana, y ya se le ha asegurado una cordial acogida.

Las razones de sacar a la luz una sección en español eran primariamente comerciales. El periódico de Calexico es enfático al respecto: los lectores fronterizos, ya fuera que leyeran en español o en inglés, buscaban más las noticias locales que las nacionales e internacionales. Estamos aquí refiriéndonos al lector común, que compraba el *Chronicle* por sus encabe-

zados. Si se hablaba de accidentes, matrimonios, tragedias, incendios, nuevos reglamentos para el cruce de personas y mercancías por las aduanas, esos eran los temas que interesaban a nivel regional. Los lectores podían ser cautivados por una guerra mundial o una boda real en Europa, pero lo que más querían saber era sobre aquellos acontecimientos que los afectaban, por su cercanía, de una u otra manera. No se trataba tanto de confrontar verdades, sino de competir por el mercado de noticias y de publicidad con los periódicos mexicanos, que habían aprendido la lección vital: para sobrevivir en la frontera debían atenerse a los anuncios de los principales comercios de ambos lados de la línea, con sus ofertas vistosas y sus especiales de fin de semana. Entre más páginas publicitarias publicaran mejor les iría y mayor prestigio ganarían. La idea estadounidense de los cupones se implantaría en estos años y haría furor entre los ciudadanos fronterizos, que iban comulgando con la gran religión americana del siglo xx: el *shopping*.

Desde luego, había rivalidades periodísticas, pero si en los periódicos mexicalenses eran por cuestiones políticas o partidarias, en relación con los periódicos del Valle Imperial eran más por cuestiones de obtención de ingresos a través de la publicidad. En un sistema capitalista, ningún medio periodístico estaba a salvo de la bancarrota, pero como tanto el *Calexico Chronicle* como el *Imperial Valley Press* contaban con el apoyo de los principales comercios, industrias y rancheros de la región, pudieron sobrevivir a las temporadas de vacas flacas (como sería el caso, más tarde, de la época de la Depresión). En cambio, los periódicos mexicalenses (que casi siempre eran ejércitos de un solo hombre) nacían y morían según la suerte personal de su propietario. Si éste iba a dar a la cárcel, por ejemplo, le era imposible que anduvieran detrás de la publicidad de los comercios o peor: se les negaba la propaganda oficial hasta que cambiaran de sesgo po-



lítico. Estaban, pues, más expuestos a las contingencias de la economía y a los vaivenes del poder que sus contrapartes del otro lado.

Para el 10 de agosto de 1926, el *Chronicle* volvía a dar aviso del arresto de varios periodistas mexicalenses. Pero esta vez no era por difamación contra figuras de relevancia en el poder, sino por un cargo de confabulación para una rebelión armada bajo las órdenes del general Enrique Estrada:

Los informes que han circulado indican que se han emitido órdenes de arresto contra los hermanos Herrera, editores y redactores de *La Frontera*, un periódico mexicano que se publica en Calexico, y que se encuentra al otro lado de la calle de la publicación de Castillo. La detención ha suscitado un gran interés en Mexicali, y es tema de conversación allí donde los hombres se reúnen para hablar de los acontecimientos del día.

El 17 de agosto, el *Chronicle* dio a conocer más detalles de las detenciones de periodistas mexicalenses en Estados Unidos y de la conjura armada en que iban a participar:

Los informes de la captura del General Enrique Estrada y más de 150 revolucionarios y una gran cantidad de material bélico en La Mesa el pasado domingo por la noche, añaden un considerable interés local al hecho de que varios de los capturados con los rebeldes son bien conocidos en la frontera y fueron anteriormente residentes de Calexico y Mexicali. Entre los que son conocidos aquí están: Alberto Covarrubias, antiguo propietario de *El Monitor*, periódico mexicano que se editaba en una oficina situada junto a la compañía Stravvn Electric, en la avenida Rockwood. La imprenta se trasladó a Los Ángeles hace aproximadamente un año. Es hermano Ricardo Covarrubias,

ex diputado por el Distrito Norte de Baja California, y ahora diputado por Jalisco. Fidel Barranco, hijo del coronel Hipólito Barranco, quien vive en la calle Tercera, en Calexico, y es propietario de varios edificios residenciales en esta ciudad. El coronel Barranco fue jefe del ejército en Baja California durante el régimen del ex gobernador Cantú. José Escudero, bien conocido por muchos norteamericanos en Calexico y más generalmente conocido en Mexicali como ex mayor del ejército de Cantú. Otro personaje bien conocido que se dice estuvo involucrado en la revolución, y que se encuentra desaparecido pero no incluido entre los capturados en San Diego, es el Coronel Magaña Mejía, uno de los colonos más prominentes de la Baja California. Otro acontecimiento de especial interés aquí es la prohibición de *La Frontera*, un periódico mexicano impreso en la calle Primera de esta ciudad, de la Baja California. La publicación mexicana publicó ayer una edición especial, pero cuando los repartidores de periódicos llegaron a la frontera con ejemplares para vender al sur de la línea fueron detenidos y los periódicos confiscados por oficiales mexicanos. El gobierno mexicano ha dictado una orden por la que *La Frontera* será excluida de México en el futuro, según se informa. Alberto Covarrubias se hizo cargo de *El Monitor*, un periódico mexicano que resultó ser antagónico al ex gobernador Lugo y al gobernador Rodríguez, poco después de que su hermano fuera elegido diputado y se fue a Ciudad de México. Según los informes, Alberto Covarrubias visitó Calexico recientemente, y mantuvo una larga conferencia con los hermanos Herrera, editores de *La Frontera*. Los mexicanos han denunciado en varias ocasiones que *La Frontera* es un periódico de Covarrubias y antagónico al gobierno mexicano. Las autoridades iniciaron esta mañana aquí una investigación para determinar si existe alguna conexión entre el movimiento revolucionario encabezado por Enrique Estrada cerca de la frontera en California y el levantamiento proyectado en la ciudad de México. La po-



licía informó que unas 50 personas, en su mayoría católicos prominentes, han sido arrestados en los últimos dos días en la Ciudad de México y pueblos cercanos. Con el gobernador Abelardo Rodríguez en Ciudad de México, y las guarniciones fronterizas reducidas a meros puñados de soldados, se dijo que los 150 hombres dirigidos por Estrada, bien oficializados y poderosamente armados, no habrían tenido dificultad en barrer todo el distrito y tomar el control casi sin oposición. La importancia de la expedición de Estrada y el tamaño de las apuestas por las que se creía que estaba jugando el general rebelde eran evidentes a la luz del hecho de que el próximo mes se llevarán a desmotar más de 150.000 acres de algodón en el distrito norte. Los enormes ingresos que habrían estado a disposición de un gobierno rebelde *de facto* en estas circunstancias habrían financiado una consolidación y un gasto de las fuerzas armadas en control, y habrían suministrado fondos que podrían haber sido utilizados para incitar a la rebelión y a la insurrección en todo México.

Los cambios estaban al orden del día. El 11 de septiembre de 1926, el periódico de Calexico mencionaba que la prensa mexicalense estaba envuelta en cambios editoriales de todo tipo:

Mercurio, periódico mexicano editado y publicado por Juan Hernández en Mexicali, ha sido vendido, junto con la planta de impresión y la buena voluntad, de acuerdo con una declaración acreditada al Sr. Hernández esta mañana. El comprador es un ex congresista de Sonora, llamado Antonio J. Rivera, quien, se dice, ha tenido considerable experiencia en el trabajo periodístico en México, y se espera que haga un éxito de la publicación. La contraprestación, según se anunció, es de 12.000 dólares, pagados en efectivo. *El Mercurio* era propiedad del Sr.

Hernández, del Dr. Manuel Monter y de Eustacio Valle, y se dirigía como una sociedad anónima. La edición semanal regular del *Mercurio*, programada para hoy, se omitirá, en espera de un reajuste de los asuntos y la alineación de un personal de periodistas competentes que se organizará bajo la nueva administración, según los informes.

Por su parte, Alfonso Tovar continuaba con su plan de hacer revistas de lujo con temas monográficos que atrajeran la atención de los lectores fronterizos. El *Chronicle* así lo confirmaba en su número del 8 de octubre de 1926:

Alfonso Tovar de Mexicali y Reynaldo Aguirre de Tijuana publicaron la semana pasada otro número de *Pegaso*, una revista ilustrada que se publica en Mexicali, Tijuana y otras ciudades de la Baja California a intervalos. El primer número de la revista se publicó en Mexicali hace aproximadamente un año y tuvo un éxito financiero y literario. La última edición se publicó e imprimió en Tijuana, y aunque no alcanza el nivel de perfección mecánica que mostraban los números anteriores, el contenido es de decidido interés para el pueblo mexicano, especialmente porque el número se conoce como el Número del Soldado, y está dedicado al Vigésimo Primer Batallón, estacionado en Mexicali y Tijuana. Se imprimieron y vendieron varios miles de ejemplares, y el editor tiene previsto publicar otro número en un futuro próximo.

Aquí hay que señalar que tanto Alfonso Tovar como Enrique Pérez Rul y muchos otros periodistas de esta época estaban unidos no sólo gremialmente por su trabajo informativo, sino por ser parte de una misma comunidad, la de la masonería, donde compartían el culto al gran arquitecto del universo con políticos y empresarios fronterizos del



rito escocés. Esto hace entendible que las componendas que se daban entre funcionarios públicos, empresarios exitosos y los propios periodistas fueran una conducta común, que evitaba criticar a sus hermanos de logia. Pero los escándalos en Mexicali, en relación con los periodistas, también abarcaban a los representantes del cuarto poder que visitaban esta ciudad fronteriza para hacer reportajes para sus diarios, tal y como lo informaba el periódico *La Opinión* (11 de febrero de 1927) de Los Ángeles, en un artículo escrito por su corresponsal, Adolfo Wilhelmy, donde se decía que un periodista había ido a documentarse “sobre las bellezas de aquella tierra, pero no supo cuidarse de los rateros”:

Burton L. Smith, un redactor de *Los Angeles Times*, que vino a Mexicali para adquirir el material suficiente con que escribir una serie de artículos sobre esta tierra pródiga, ha obtenido, sin quererlo, un nuevo tema. Ya habló del Gobierno y su labor, se proponía hablar de la industria, el comercio y la laboriosidad de sus habitantes; ahora tendrá que hablar de los rateros. Tuvo la ocurrencia de ir a darse una vueltecita por El Tecolote, el garito máximo, y se disponía a aventurar unos cuantos centavos en la ruleta, cuando notó que del bolsillo habían volado 60 dólares que, en billetes de banco, traía para sus gastos. Ahora veremos si es cierto aquello de que “cada quien habla de la feria, según le va en ella”. No es difícil que si los propietarios del garito se enteran de la pérdida del periodista, se apresuren a reponerle el dinero para no ver a El Tecolote en una edición dominical del gran diario.

Por otro lado, para 1927 Ricardo Covarrubias ya era una figura pública en retroceso en el campo de la política bajacaliforniana. Sus intereses periodísticos ya estaban en Jalisco y más tarde se trasladarían a la ciudad de México. Pero seguía

siendo una presencia que suscitaba la curiosidad de propios y extraños en Mexicali y los rumores de sus idas y venidas todavía contaban con lectores ávidos por saber de sus peripecias en otras partes del país. Tal vez por eso el *Chronicle* informaba el 1 de noviembre de 1927 de su ejecución, junto con el doctor Bernardo Bátiz, en Guadalajara:

Un despacho publicado en el *Express* de Los Ángeles a tal efecto ha dado evidentemente fuerza a la creencia. Sin embargo, no ha habido ningún fundamento oficial para la declaración hasta donde los funcionarios de Mexicali y la oficina del Gobernador Rodríguez pueden saber. Se dijo en el Palacio de Mexicali que no ha habido ninguna insinuación de ninguna fuente oficial de que cualquiera de los hombres mencionados haya sido arrestado. La única noticia oficial sobre el asunto, según Al Pellegrín en el palacio, fue que Covarrubias, que era un representante de su distrito, fue expulsado de la cámara de diputados y se le retiró la inmunidad de arresto, indicando que podría haber sido implicado o sospechoso de estar involucrado en movimientos antigubernamentales.

Al final el informe resultó ser falso. Pero la trayectoria política de Covarrubias en Baja California había llegado a su fin. Para 1927, ni éste ni su archienemigo, Billy Silver, residían en Mexicali. Silver ahora hacía periodismo en San Diego, pero mantenía contacto de negocios con el general Rodríguez, quien ya podía respirar tranquilo sin la monserga de *El Monitor*. En 1927 los periodistas iban a enfrentarse no sólo con el poder ejecutivo de la entidad. El poder judicial también buscaría ponerles un alto. En *La Opinión* (23 de abril de 1927) se aseveraba que el contrabando de estupefacientes llegaba al Distrito Norte de la Baja California bajo la protección de las autoridades judiciales:



Un periódico de San Diego, California, ha denunciado con todos sus pelos y señales, la introducción de las drogas heroicas a la Baja California. Hay expectación por conocer la actitud que asuman las autoridades judiciales, ya que a ellas las señala como responsables. Y digo la actitud que asuman, porque no permiten que se les señalen sus yerros, eso les [han] costado muchas encarceladas a los periodistas de la Baja California; no hace mucho uno escribió un artículo que llamó “Nepotismo”, y aunque no citó nombres de personas, el Agente del Ministerio Público dijo que allí se referían al Magistrado del Supremo Tribunal, quien ha colocado toda su familia y paisanos a expensas del Erario. Ese artículo le costó al que lo escribiera, tres meses de cárcel, y no pocas persecuciones. Hay que hacer la aclaración de que ningún traficante en drogas ha sido encarcelado tres meses, como lo han sido los periodistas por “Difamación y ultrajes” a funcionarios públicos.

Todo mundo, en los círculos de gobierno, imponía juicios sumarios contra los periodistas que se atrevían a denunciar las artimañas de los funcionarios vinculados, por acción o por omisión, con el crimen organizado que hacía su agosto en la frontera. Y lo mismo iba para los empresarios y comerciantes de Mexicali en relación con sus tratos con los periodistas e impresores locales, como lo decía el *Chronicle* del 5 de julio de 1928:

La controversia entre los impresores de Mexicali sobre la publicación del boletín mensual, emitido por la cámara de comercio de esa ciudad, llegó hoy a un punto culminante cuando J. S. Castillo, ex editor, presentó una queja ante el comisionado de trabajo contra J. M. Hernández, presidente, y M. Santaella, secretario de la organización. Según Castillo, pasó un tiempo considerable asegurando la publicidad del bole-

tín con la seguridad de que el contrato de impresión seguiría siendo adjudicado a él. Más tarde, el trabajo se abrió a la competencia y se adjudicó a otra imprenta.

Lo lamentable de la situación del periodismo en la Baja California del general Rodríguez era la inerme, desvalida condición en que vivían los periodistas. Y no sólo los periodistas de la oposición, sino incluso los que trabajaban para medios afines al régimen, como era el caso del *Mercurio* de Juan B. Hernández. Ninguno de los chicos de la prensa estaba a salvo, y más cuando había rebeliones militares cerca del Distrito Norte, como fue el alzamiento escobarista que tomó varias poblaciones del estado de Sonora en 1929, provocando que las tropas acantonadas en Mexicali salieran a combatir a los rebeldes a la vecina entidad. En ese clima de suspicacias, Armando Gallego, colaborador del *Mercurio*, fue injustamente acusado de ser un espía de los rebeldes. Según *La Opinión* de Los Ángeles del 7 de abril de 1929:

Hace poco que me dirigí a Tijuana, Baja California, donde fundé un pequeño periódico pero no obtuve el éxito pecuniario que deseaba, por lo que hube de clausurarlo. En vista de esto me trasladé a Mexicali, donde obtuve trabajo en la redacción de *Mercurio*. El director de la publicación me anticipó que el periódico era amigo de la administración actual de México, estuve de acuerdo con él y comencé mis trabajos. En esto llegaron al Jefe de la policía de Mexicali una carta y un telegrama del Consulado de México en Los Ángeles, en el que se informó a aquéllos que yo era revolucionario, enemigo del actual gobierno y enviado de Sonora por Jorge Prieto Laurens para que observase los movimientos de tropas del general Rodríguez y lo pusiese en conocimiento de los sublevados. En vista de estos informes, el Jefe de la policía citado



me mandó aprehender y como me examinase y no pudiese obtener de mí informe alguno, ya que no estoy en connivencia con los rebeldes, sino dedicado exclusivamente a mi trabajo, dos sicarios de aquél me golpearon brutalmente en la cabeza, hasta ponerme en estado de coma. Una vez que recuperé el conocimiento, aun cuando el Jefe de la policía quedó absolutamente convencido de la calumnia de que fui víctima de parte del Consulado de México en esta ciudad, me puso en libertad; pero me dijo que, para evitarse él y yo molestias, me iba a deportar a territorio norteamericano, lo que así hizo, llevándose a Calexico. Debo advertir que mis relaciones con el señor Prieto Laurens se limitaron a la amistad que puede existir entre un Jefe y un subordinado, pues fui redactor de *El Eco de México*, cuando él fue Jefe de Redacción. Por meses no vi jamás al señor Prieto Laurens y cuando él se fue a la Revolución, a Sonora, yo estaba en la Baja California. No obstante, el Consulado informó falsamente al Jefe de la policía que yo me fui con Prieto Laurens a Nogales y luego a la Baja California a servir como espía. Como esto último hiere mi orgullo profesional de periodista, protesto enérgicamente contra esa injuriosa calumnia del Consulado, a reserva de dirigirme a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y hacer una relación de éste y otros hechos.

Por la redacción del *Mercurio* pasarían todo tipo de periodistas. Muchos de ellos crearían, con los años, sus propias publicaciones. Otros destacarían en las letras mexicalenses o, como el caso de Rafael Souza, en la historiografía regional. Según *La Opinión* (18 de abril de 1934), aportó su granito de arena a la bibliografía de la entidad:

El periodista Rafael Souza, director del semanario *Mercurio*, que se edita en esta ciudad, acaba de hacer la versión del in-

glés al español de la interesante obra histórica *La Madre California*, original del competente historiógrafo y novelista norteamericano Arthur Waldridge North, destacado miembro de la Universidad de Berkeley, California. La atinada traducción que de *La Madre California* hizo el señor Souza le ha valido efusivas y justas felicitaciones de los intelectuales más destacados de la localidad por la fidelidad de la versión, que el traductor desarrolla con léxico rico y florido, pero al alcance de la comprensión de todas las inteligencias. La obra, que constituye una concatenación histórica de los hechos más salientes surgidos en la Península desde su descubrimiento hasta nuestros días, consta de ciento ocho páginas de un dieciseisavo, con tipo de ocho puntos y la adornan 16 interesantes fotografías y un mapa, que forman la excelente información gráfica de esta obra, útil e interesante bajo todos conceptos, cuya limitada edición será puesta a la venta muy en breve.

Souza continuaba una tradición, la de las contribuciones de los periodistas locales a la historia de la entidad. Tradición que venía desde Héctor González, dos décadas atrás, y que fue continuada, en los siguientes años, con los trabajos de Pablo Herrera Carrillo, Adolfo Wilhelmy y José Castanedo, entre tantos otros. Si los años veinte contaban como punto de referencia al gobierno del general Abelardo L. Rodríguez (1923-1929), los años treinta vieron un panorama similar al del trienio 1920-1923, pues entre 1930 y 1937 hubo una sucesión de gobernantes (José María Tapia, Arturo M. Bernal, Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, Agustín Olachea, Arturo M. Elías, Gildardo Magaña, Gabriel Gaviria, Rafael Navarro y Rodolfo Sánchez Taboada) con políticas públicas distintas, opuestas incluso, pero con una unánime conducta intolerante contra los periodistas locales. Si en los tiempos del general Rodríguez era el propio mandamás el que llevaba a cabo la



represión física, para esta nueva década eran los agentes del orden los señalados de actividades agresivas. El *Chronicle* del 17 de julio de 1931 exponía uno de estos casos:

Juan Hernández, hombre de prensa mexicano, editor de un periódico mexicano que circula en Mexicali, fue golpeado en la cabeza por un policía que usó su revólver a eso de las cinco de la tarde de ayer en la esquina de la calle A y la avenida Obregón en corte profundo que fue atendido en la clínica Gregg. Hernández sufrió una herida profunda en la cabeza. El oficial Ofelio Chávez, que golpeó a Hernández, fue puesto en la cárcel por oficiales del gobierno después del incidente durante el cual se disparó accidentalmente el revólver del policía, según un informe. Esta tarde, Hernández no había presentado ningún cargo contra él. Se dice que los artículos del periódico provocaron el altercado. Cuando Chávez y otro oficial detuvieron a Hernández en su auto pidiéndole que los escoltara al lugar que su reciente artículo decía que se violaba la ley de narcóticos. Las palabras provocaron una refriega y el oficial, un hombre más pequeño que Hernández, sacó su arma, golpeando al periodista para protegerse. Hernández no pudo ser encontrado esta tarde y se cree que está en Calexico.

El corolario de la situación de la prensa en Mexicali estaba, sin duda, relacionado con la situación de la prensa en todo México. Ya en un artículo, titulado “Iniquidades” y publicado por el diario *La Opinión* de Los Ángeles, el 27 de noviembre de 1928, se daba a conocer una carta proveniente de esta ciudad fronteriza, donde se acusaba de represión policiaca no sólo en contra de los periodistas, sino en contra de los niños periodiqueros que vendían publicaciones no gratas a los poderosos locales:

Persona cuyo nombre callamos para no causarle perjuicios, pero cuya carta con los respectivos sellos postales conservamos en archivo, nos dice: “Confidencialmente me permito participarle que hace pocos días que en Mexicali llevaron a la Inspección de Policía a pobres niños que ocultamente vendían *La Opinión* y los azotaron amagándolos con que si los encontraban otra vez serían castigados”. No podríamos nosotros dar fe del hecho, pero tenemos la convicción de que nuestro informante es verídico. Nos la dan los atentados que en todo México se han cometido en los últimos tiempos contra la prensa libre, atentados en forma de censura, como la que han sufrido todos los periódicos de allá, de intervención oficial como la han padecido todos ellos, de obstrucción como la que mató a *El Globo*, de ataque violento como el cometido contra la *Revista de Mérida*, de tiranía como la que suprimió al amparo de una ley ilógica la publicación de cualquier órgano de ideas religiosas y hasta de asesinato, como el perpetrado en la persona del joven periodista tapatío Rangel. Los antecedentes son muy poco favorables a las autoridades en lo relativo a su respeto a la prensa y como, en algunas ciudades fronterizas, la irresponsabilidad de las autoridades y su saña contra todo lo que no marche de acuerdo con sus errores han quedado plenamente probadas, no dudamos que en Mexicali haya sucedido lo que se nos notifica. Claro que no lo mencionamos en defensa de nuestro periódico. Sabemos que su lectura en México sería de gran utilidad, que daría al pueblo correctas orientaciones. Pero sabemos también que su principal misión ha sido guiar, unificar, servir al México de Afuera, buscar una forma efectiva y práctica, dentro de nuestras posibilidades, de ser útiles a la patria toda.

Por lo demás, nuestra independencia, que nunca podía ser grata al régimen actual ni lo será nunca a ninguno que adolezca de sus lacras, las cuales jamás callaremos, desde que este periódico nació a la vida, hizo que no se le permi-



tiera entrar a la patria. Cosa injusta en verdad pero que ya se encontraba entre nuestras previsiones. Una dictadura no puede consentir pensamiento alguno contrario a la dictadura y, como es natural dado nuestro criterio, no íbamos ni iremos, por conveniencia de orden comercial que se opusiera a la conveniencia de orden patriótico, a hacer concesiones de pensamiento o de expresión. Pero, de esa conducta en ninguna manera podría significar relevo para ningún gobierno, para ninguna administración, si esa administración o ese gobierno recurren a procedimientos infames. Que se sacrifique la acción de un periódico en aras de la conveniencia de un grupo determinado de mandones puede estar bien, puede admitirse, puede tolerarse, puede mañana o pasado tener algún remedio; pero que se maltrate, que se veje, que se reprima a pobres niños es únicamente crueldad. Ahí no hay procedimiento revolucionario, no hay idea de libertad, no hay idea de reformas, no hay intento de mejoramiento; lo único que hay es salvajismo, ánimo de deturpar toda acción civilizadora con una acción que por más que se llame avanzada retrocede por lo menos diez siglos de nuestra época. Los policías conscientes o no conscientes de su acción han cometido en Mexicali un crimen que ningún tribunal podrá quitarles de su deber y, preguntamos, los policías de otras partes ¿serán aptos para cometer igual clase de atropellos? Confiamos en que la policía siguiente tenga carácter para no prestarse a esa clase de consignas. Señor Portes Gil, ¿oírás usted estas palabras?

La nota de *La Opinión* exponía el recurso de reprimir el eslabón más débil de la cadena de distribución de los periódicos en la frontera: los niños periodiqueros. Pero también revelaba que el periodismo californiano en español se sentía parte de la prensa mexicana y conformaba una cadena de modestas publicaciones que luchaban para man-

tener la llama de la verdad a pesar de las inconveniencias a sufrir por los gobernantes y sus esbirros. Se pensaba, así, que el ejercicio periodístico era una “acción civilizadora” para obtener una convivencia pacífica en aras de la armonía social. Pero el punto más importante es que se apostaba por los intereses de “orden patriótico” sobre los intereses de “orden comercial”, reconociéndose que las autoridades fronterizas actuaban contra la prensa con saña e irresponsabilidad. Pero no hay que pensar que los periodistas eran unas indefensas palomitas cuando la represión los asaltaba en las calles de Mexicali. En *La Opinión* del 27 de abril de 1930 se contaba:

Juan R. Hernández, director de *Mercurio*, fue agredido hoy por Guillermo Flores Muñoz, jefe de una Sección en la Secretaría General de Gobierno. Por su mala fortuna, Muñoz se llevó la peor parte, pues el agredido no sólo se defendió sino que se convirtió en agresor, sangrándole el rostro a Flores Muñoz, por lo que Hernández fue aprehendido y conducido a la Comandancia de Policía. Tomadas las primeras declaraciones, se vino el conocimiento de que Hernández no era el responsable de la riña, por lo que hubo de ponersele en libertad.

Los años treinta verían una radicalización de las posturas ideológicas tanto en el plano político como en el periodístico en todo el país. En Mexicali, aparte de las pugnas entre cristeros y masones, entre callistas y cardenistas, entre agrupaciones laborales (CROM, CTM) de distinta orientación política, entre los allegados a la Colorado River Land Company (que tanto protegiera el gobernador Rodríguez) y los campesinos agraristas, en el caso de los periodistas las diferencias se marcaban entre los que eran comparsas del poder y los que criticaban la situación imperante desde



posiciones de izquierda o de derecha, entre los que revelaban las corruptelas del gobierno y de las empresas privadas y los que las callaban para obtener ganancias personales, ventajas económicas (contratos de publicidad) o prebendas políticas. La represión ya no la ejercían los gobernantes en turno por sus propios puños, sino los esbirros a su servicio. Entre los gobernantes de ese periodo destacó por su atrabiliaria conducta Carlos Trejo y Lerdo de Tejada. En su gobierno fue que sucedió un incidente internacional que caló hondo en la opinión pública. El *Chronicle* del 11 de agosto de 1931 revelaba que

Una redada de la policía de Mexicali que posiblemente conduzca a una investigación internacional por tan amargas que han sido las críticas esta mañana de muchos calexicanos, tanto residentes americanos como mexicanos, ocurrió alrededor de las 8 de la noche de ayer cuando tres policías de Mexicali intentaron capturar a José S. Castillo en la calle Hefernan de Calexico, y lo hicieron cruzar la línea. Castillo ha sido un militante editor de un semanario mexicano en Mexicali. Aunque los testigos difieren en cuanto a si los agentes iban armados, en contra de las costumbres internacionales, los funcionarios de aduanas e inmigración estadounidenses afirman que dos de ellos llevaban sus pistolas cuando cruzaron a Estados Unidos poco antes de atacar a Castillo, residente en Calexico desde hace 14 años. Otros dicen que llevaban armas en el momento de la pelea. Les siguieron en su intento, y más tarde volvieron a cruzar la línea. Castillo fue detenido y fichado en la cárcel de Calexico para ser investigado. El jefe Echols lo liberó más tarde. Castillo, cuya planta y equipo del periódico fueron recientemente confiscados y retenidos en el palacio del gobernador en Mexicali a raíz de algunos artículos incendiarios que defendían la organiza-

ción laboral mexicana conocida como la C. R. O. M. de la que Castillo es un devoto discípulo, salía anoche de la droguería Internacional en la Segunda y Heffernan en compañía de un joven conocido. Cuando los dos llegaron al callejón justo al sur de la tienda Kawakita, Castillo dice que los dos oficiales, J. Canizales y Eligio Bojórquez, lo agarraron en un intento de colocarlo en un coche conducido por un tercer oficial que se acercó en ese momento al frente de la tienda Kawakita. Castillo comenzó inmediatamente a luchar para liberarse de las garras de los agentes y a hacer ruidosas llamadas de auxilio y a la policía durante la refriega, que atrajo a una multitud de unas 200 personas para cuando el jefe Guy Echols y los patrulleros Pete Aguirre y Donald Nice oyeron la conmoción y llegaron al lugar. Para entonces, los policías mexicanos, debido a la rapidez con que se reunía la multitud y a la enérgica resistencia de Castillo, habían desistido de meter a la fuerza al editor en su coche. Castillo seguía gritando y clamando contra sus adversarios. El jefe Echols declaró esta mañana que, por las apariencias y las acciones de Castillo, creía que éste había sido el agresor y por ello lo llevó a la cárcel para investigar el caso. Durante la violenta protesta de Castillo contra el intento de secuestro de un residente americano por parte de oficiales mexicanos en suelo americano, los policías de Mexicali huyeron. Uno de los oficiales de Mexicali, Eligio Bojórquez, es el mismo policía que hace un mes atacó a Juan Hernández, editor del periódico mexicano *Mercurio*, en Mexicali, golpeando a Hernández en la cabeza con una pistola. En ese momento se informó de que tanto Hernández como Bojórquez fueron encarcelados en la ciudad mexicana como resultado del encuentro. El oficial fue liberado de inmediato y Hernández vino a Calexico para recibir tratamiento. Hernández también se había manifestado en contra de ciertos elementos relacionados con el gobierno territorial de la Baja California.



Para el periódico de Calexico,

Castillo y su periódico han sido centros de la tormenta en varias ocasiones en la historia de la existencia de los periódicos de Mexicali. Ha estado varias veces en la cárcel de Mexicali, una de ellas durante tres meses debido a los ataques abiertos a las prácticas y principios que él creía opuestos a los mejores intereses de la clase trabajadora.

El periódico de Calexico además informaba:

Actualmente imprime su periódico en una planta propiedad de otro editor mexicano en esta ciudad. “No soy comunista y no tengo ninguna simpatía por ellos”, dijo Castillo esta mañana. “En México la C. R. O. M. es la organización similar a la Federación Americana del Trabajo en este país, y mi periódico ha defendido abiertamente los derechos de los trabajadores”. Algunos residentes mexicanos de aquí creen que el ataque de anoche se debió a los sentimientos personales de los funcionarios tras el llamamiento escrito de Castillo al presidente Ortiz Rubio tras la confiscación de su imprenta de periódicos y otras pertenencias en Mexicali. Se cree que el presidente ha hecho una investigación oficial sobre esa confiscación.

Es interesante ver que los funcionarios mexicanos estaban preocupados por el incidente, como lo señalara el *Chronicle* del 12 de agosto, pero no por el hecho de intentar secuestrar a Castillo en Estados Unidos, sino porque tal disturbio, como lo calificaban en sus declaraciones, pudiera estropear

las relaciones, por lo demás amistosas, que han existido entre las dos ciudades. Se entiende que los policías mexicalenses dije-

ron a sus superiores que no estaban armados y que simplemente se mezclaron en un combate personal derivado de los despiadados ataques hechos por Castillo contra ellos y su vida privada en su periódico. Los ataques se habían producido tras la pelea en Mexicali en la que uno de los agentes golpeó a Juan Hernández, director de otro periódico mexicano.

Pero una cosa era un pleito en la calle y otra que varios policías mexicanos quisieran llevar a Castillo por la fuerza a Mexicali, donde podrían imponerle todo el peso de la ley y toda clase de abusos por defender en su periódico a Hernández. En todo caso, para el 31 de agosto, 20 días después del intento fallido de secuestro, el gobierno de Carlos Trejo nada había hecho “en la investigación de los dos policías por su ataque aquí”. Y para amolarla, Trejo, a quien el calor del desierto le sentaba mal, quería mover permanentemente la “capital del distrito norte y establecerla en Tijuana”, lo provocaba que los mexicalenses cerraran filas al lado de Castillo y *El Regional*. Para el 21 de noviembre de 1931, el *Chronicle*, ya con Carlos Trejo fuera del poder, avisaba que Castillo obtuvo un mínimo de justicia:

J. S. Castillo, director del periódico de Mexicali, *El Regional*, ha sido restablecido en su posición en la Baja California y se le ha devuelto su casa y la planta del periódico que le fueron incautadas por las autoridades territoriales hace varios meses, según se anunció hoy. Los ataques de Castillo a la administración anterior a través de su periódico dieron lugar a la confiscación de sus propiedades y a la emisión de una orden de arresto. Cruzó al lado americano donde se intentó secuestrarlo por parte de los policías mexicanos. Inmediatamente después de asumir el cargo ejecutivo, el gobernador Olachea emitió una orden por la que se restablecían a Castillo tanto sus



derechos de ciudadanía como sus propiedades. El periodista declaró hoy que reanudaría su publicación de inmediato.

Pero a Castillo le gustaba seguir poniendo “los puntos sobre las íes” y acusar a los poderosos. Dos años más tarde, como Adolfo Wilhelmy lo hacía saber en *La Opinión* (6 de agosto de 1933), volvía a meterse en líos:

El señor José S. Castillo, director propietario del semanario *El Regional*, fue acusado por el señor don José María Rodríguez, hermano del señor Presidente de la República, ante el Agente del Ministerio Público, licenciado Chollet, por el delito de difamación. El Representante Social solicitó orden de aprehensión contra el señor Castillo; pero el Juez de Instrucción, licenciado Ismael Santana, no encontró méritos para ordenar la aprehensión solicitada. No conforme el Agente del Ministerio Público con esta resolución judicial, apeló de ella ante el Tribunal Superior. El asunto promete ser ruidoso por estar inodadas en él personas muy conocidas.

En todo caso, la prensa debía lidiar con problemas no sólo de censura, agresiones o demandas. El trabajo de conseguir la información era arduo y tortuoso incluso en una población como la de Mexicali. Así, Adolfo Wilhelmy, que no pisó la cárcel excepto cuando iba en busca de la nota roja, padeció el calvario de ratificar o rectificar los rumores que llegaban a sus oídos para poder publicarlos como algo cierto y no caer en engaños o, peor, en publicaciones que llevaran a demandas judiciales. En un artículo de *La Opinión* del 2 de septiembre de 1933, Wilhelmy contaba esa frustrante experiencia en los círculos de la política local:

Insistentemente circuló el rumor de que el señor José L. Terán, ampliamente conocido y apreciado en nuestros mejores círculos, había sido agraciado por la superioridad con el nombramiento de Comandante del Resguardo Marítimo de la Aduana de Ensenada. Deseando confirmar o rectificar tal rumor, entrevistamos brevemente al señor Terán, con el siguiente resultado:

—En fuentes extraoficiales, pero dignas de todo crédito, he sabido que ha sido usted nombrado Comandante del Resguardo Marítimo de la Bella Cenicienta. ¿Qué hay de cierto en tan insistente rumor?

—Amigo: cuando el río suena...

—Luego es cierto. ¿Puedo publicarlo?

—No: amigo; no publique nada.

—Entonces, ¿desmiento la versión?

—No, no, no; no la desmienta....

—Bueno, pues la ratifico...

—No; no la ratifique.

—Entonces...

—No diga nada, por favor...

Más que la política, era la convivencia en festejos de sus respectivas publicaciones lo que unía a los periodistas, como ocurrió el 12 de julio de 1934, cuando se celebraron los 11 años de la fundación de *Mercurio*. El propio Wilhelmy (*La Opinión*, 20 de julio de 1934) decía:

el Cuerpo de Redacción de nuestro colega *Mercurio*, que hebdomadariamente se publica en esta plaza, organizó una succulenta barbacoa que se tomó bajo la fresca arboleda de una huerta ubicada en la aldeañada barriada de Pueblo Nuevo. Asistieron a la amena convivialidad numerosas personas, entre las que anotamos a los “chicos de la prensa” don Rafael Souza,



Director del semanario festejado; Ángel Zaldívar y Reynaldo Aguirre, Director y Jefe de Redacción, respectivamente, de *El Nuevo Mundo*; señor Robinson Bours, de *Orientación*; profesor Luis Vargas Piñera, de *Tricolor*; Alfonso Tovar, de *El Tecolote* y otra pléyade de nuestros conspicuos “plumíferos”, que pasaron la tarde alegremente escanciando sabrosa cerveza, de la que se hizo derroche. El señor doctor don Manuel Monter, fundador del semanario, estuvo presente en la fiesta conmemorativa y con la facilidad y fluidez de palabra que le es reconocida, el apreciable galeno tuvo frases de elogio y aliento para los presentes, dedicados al periodismo.

Pero aquí hay que mencionar otro aspecto de la labor periodística que impactaba en un territorio de la nación cuyos gobernantes y funcionarios eran enviados desde la ciudad de México. A veces estos personajes eran conocidos por los residentes de Mexicali, pero en la mayoría de los casos venían a tomar posesión de cargos que muchos fronterizos anhelaban para sí. Lo mismo sucedía entre la gente de la prensa. Como lo indicaba *La Opinión* del 8 de septiembre de 1930, los periodistas eran invitados de piedra a conferencias de prensa donde se les informaba de los nuevos funcionarios:

El Gobernador del Distrito Norte de la Baja California, general Arturo Bernal, hizo ayer los nombramientos de los nuevos jefes de Departamento, y llamó a los periodistas para enterarlos del programa que proyecta desarrollar durante su periodo administrativo en el Distrito Norte. Los nuevos nombramientos fueron los siguientes: General Norberto Heredia Castrejón, Jefe de Policía del Distrito Norte. Miguel Ángel Menéndez, periodista metropolitano, Jefe del Departamento de Comercio para turistas y de Prensa. Ingeniero Roberto Vaca Martínez, Director de Obras Públicas.

Los periodistas locales sabían que, para ejercer su oficio, necesitaban de la buena voluntad de los funcionarios, pues el acercamiento a los responsables de la prensa en el gobierno era esencial para obtener no sólo noticias, hacer entrevistas y conseguir primicias informativas, sino para lograr la anhelada publicidad y el clásico embute. En este caso, por ejemplo, Miguel Ángel Menéndez era un periodista y poeta yucateco y como jefe de prensa (en un departamento que se denominaba como de “Comercio para turistas”), su tarea no sólo era difundir las obras del gobierno sino auspiciar aquellos eventos que dieran realce a la administración del general Arturo Bernal y atrajeran el turismo a Mexicali. Ya *La Opinión* (30 de octubre de 1930) anunciaba la celebración,

la tarde del domingo 2 del próximo noviembre, en el teatro Municipal de esta localidad, la Fiesta de la Canción, participando prominentes cantantes mexicanos. Guty Cárdenas, el trovador yucateco, consagrado exponente del folklore nacional, y los hermanos Gámiz, compositores y trovadores duranguenses, galanos intérpretes de la canción mexicana, tendrán a su cargo los números principales del programa. Miguel Ángel Menéndez, poeta y periodista, pronunciará un discurso en uno de los intermedios del programa, haciendo el elogio de la canción mexicana.

Y es que prensa, turismo y reivindicación nacionalista eran los paradigmas del gobierno bernalista. En estos tiempos, los periodistas que se acomodaban en la burocracia oficial llevaban una doble cachucha: la de periodistas supuestamente independientes y la del funcionario público, por lo que sus artículos eran una mezcla de alabanzas a los jefes al mando y de vituperios a sus críticos, es decir, a los colegas de la prensa.



Pero la presión sobre los gobernadores aumentaba porque debían lidiar con los grupos políticos de Baja California y con los tejemanejes que se llevaban a cabo en la ciudad de México. Al ser parte del gabinete presidencial, como funcionarios comisionados a la frontera norte, eran propensos a ser señalados tanto por la prensa local como por la nacional, recibiendo críticas que llegaban a elevarse hasta el Congreso de la Unión, como sucedió con Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, cuya breve administración, que duró de febrero a noviembre de 1931, fue vista como una de las peores que tuvo la entidad. En ella, además de actos atrabiliarios contra los periodistas, se dio un caso que revela el grado de presión política que se desataba contra la prensa. Según *La Opinión* del 30 de julio de 1931, la noticia es la retractación de Juan B. Hernández, director de *Mercurio*, de sus críticas contra el gobernador y de cómo éste difundía la rendición del periodista como si fuera un auto de fe frente a la opinión pública de ambos lados de la línea:

El penoso incidente registrado en Mexicali recientemente y en el que fueron protagonistas principales el periodista Juan B. Hernández y un empleado del gobierno federal, como consecuencia de los ataques que el primero de los citados hacía en su periódico *Mercurio* al gobierno del Territorio Norte, tuvo su fin abrupto y satisfactorio para ambas partes, cuando el citado periodista envió una carta al licenciado Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, gobernador del Territorio Norte, dándole una satisfacción “por los ataques injustificados que le hizo” y afirmando que su gobierno “ha otorgado absoluta libertad a la prensa”. Agradeciéndole los términos de su carta y felicitándose de que haya reconocido su error, el gobernador Lerdo de Tejada respondió a Hernández ofreciéndole una vez más su

amistad y pidiéndole “que use su pluma y su talento en bien de la patria”.

Con todo el paternalismo del mundo, el gobernador señalaba que al confesar Hernández “sus errores”, demostraba que “en su conciencia hay una ética viva y determinante sobre sus actos” y decía:

Aseguro a usted que me ha hecho justicia al reconocer que mi gobierno y administración pública han sido y son de la más absoluta probidad: tengo en mi abolengo reliquias tan puras que cuidar que no hay nada que pueda valer para mí más que esa religión política inmensamente pura, que constituye el credo de toda mi vida pública,

pidiéndole al periodista que pusiera “su pluma, su talento y su alma entera al servicio de esa causa nacionalista” que Trejo representaba. El texto terminaba en un abrazo amistoso entre el señor gobernador y el periodista que se retractaba de sus críticas:

Aseguro a usted nuevamente, por mi honor, que yo no acusé a usted ni tuve participación alguna en los lamentables incidentes que tantas penas causaron a usted, a los suyos, a las mismas autoridades que serenamente cumplieron su deber y a mí también cuando se me comunicaron esos hechos. Recobre usted toda su tranquilidad, serene su ánimo y esté absolutamente seguro de que no tengo rencor alguno para usted y fiche sobre lo pasado el olvido más completo. Más aún ofrezco a usted nuevamente mi mano de amigo y deseárselo oportunidades que me permitieran demostrar a usted ese deseo. Autorizado por usted voy a publicar su carta que tanto



lo enaltece y espero me tome usted a bien, que con ella publique ésta para que el público conozca tanto la actitud de usted como la nuestra, pues estoy seguro que así se afianzará nuestra común estimación. Con la señora su esposa, que me hace en estos momentos el honor de visitarme, envíe a usted ésta, y créame que me satisface sobremanera que sea ella espontánea y voluntariamente el mejor conducto para llevar a usted de mi parte un saludo cordial. Aprovecho esta oportunidad para repetirme con el gusto de siempre, de usted afectísimos amigo y seguro servidor.

Pero un periodista silenciado no hace verano y las críticas a Carlos Trejo y Lerdo de Tejada continuaron en la pluma de muchos otros periodistas. Pocos meses después, una comisión surgida de la Cámara de Diputados investigó los actos de su gobierno y su dictamen fue contrario al gobernador, emitiendo la petición al presidente Pascual Rubio como al líder máximo, Plutarco Elías Calles, de que se le cesara de su cargo. Según *La Opinión* del 28 de septiembre de 1931, entre las pruebas presentadas de su incapacidad para gobernar estaba “su persecución a la prensa de aquel territorio”:

Hemos comprobado la veracidad de esta persecución que originó la suspensión de casi todos los periódicos que se editaban en aquel Territorio, la pérdida de las facultades mentales del periodista Juan B. Hernández, preso y golpeado por orden del gobernador, el conato de plagio, en territorio extranjero del periodista José Castillo, cuya imprenta fue decomisada por pretendidas violaciones o falta de pago de impuestos que, de cualquier modo, se hubieran cubierto mejor dejando funcionar el taller con un interventor oficial y no en la forma en que fue clausurada, cateo y prisión de impresores en los talleres de *Labor* y *La Frontera*, en Tijuana, so pretexto de buscar dro-

gas heroicas, sin orden judicial ni persuasión suficientemente convincente para justificar tal atropello. El gobernador Trejo suprimió el periódico oficial del Territorio, órgano indispensable, para dar el subsidio que a él correspondía a un periodista de nombre Hernando Limón, como pago de elogios que se le hacen a diario en el periódico de este último, *El Hispano-Americano*, editado en la ciudad de San Diego, California, Estados Unidos.

Pocas semanas después, Trejo salía del gobierno y de nuevo comenzaba el ciclo del recién llegado gobernador y su ríspida relación con los periodistas mexicalenses. Al repasar esta época, podemos ver que, hacia 1929, en el último año del gobierno rodriguista, otro periodista, Ángel Zaldívar, haría su entrada en la historia de la prensa mexicalense con la fundación del *Nuevo Mundo*, primer diario local, un periódico que pronto tomaría su puesto como creador de tempestades entre las poblaciones de Mexicali y Calexico, trayéndole a su editor numerosos problemas con la ley al otro lado de la frontera. Así, el 19 de agosto de 1937, el *Chronicle* narra su arresto en esta ciudad por un acto cometido en 1933:

Fue en febrero de 1933, hace más de cuatro años, que Ángel Zaldívar compró asertivamente una costosa linotipia a una empresa de Estados Unidos, llevó la máquina a través de la línea a Mexicali, y luego no la pagó. No fue sino hasta la tarde de ayer que Zaldívar intentó ingresar nuevamente a este país, al menos no con el conocimiento de las autoridades migratorias. Pero a pesar de que habían transcurrido más de cuatro años, Zaldívar se encontró con que el Tío Sam nunca olvida y que una orden de arresto emitida para él seguía esperándolo. Cuando Zaldívar solicitó su ingreso, los hombres de inmigración lo entregaron inmediatamente al jefe de policía



Guy Echols, que lo alojó en la cárcel de la ciudad. La orden de arresto, con cargos de robo, fue emitida en febrero de 1933 por W. H. Lorenz, a la sazón juez de paz. Los amigos intentaban hoy reunir una fianza para liberar al encarcelado. Su solicitud de ingreso fue remitida a una junta de investigación y la decisión fue aplazada.

Para el 30 de agosto de 1937, el *Chronicle* anunciaba:

Los cargos de robo contra Ángel Zaldívar, hombre de prensa de Mexicali, fueron desestimados en el tribunal del juez Thomas E. Anderson por recomendación del fiscal de distrito, después de que don Ángel entregara una máquina de linotipia involucrada. Zaldívar fue arrestado por una orden de arresto de hace cuatro años, en la que se le acusaba de no haber pagado una linotipia comprada a una empresa de Estados Unidos. La empresa retiró los cargos cuando la máquina fue llevada a través de la línea desde Mexicali. Alojado primero en la cárcel de Calexico, Zaldívar fue liberado más tarde bajo fianza de mil dólares. Su audiencia preliminar había sido programada para el jueves pasado, pero la retirada de la denuncia hizo innecesaria su comparecencia.

Ahora Zaldívar estaba libre, aunque sin su apreciado linotipo. Pero Zaldívar, sin arredrarse, de inmediato volvió a las andadas. El 12 de octubre de 1934, el *Chronicle* informaba:

Declarando que “daremos el valor completo del dinero mexicano en dólares americanos al mismo tipo de cambio que se tiene en los bancos y casas de cambio”, R. N. Hudson, gerente de la tienda de la compañía Kress aquí, y L. R. Hughes, gerente de la tienda Woolworth, negaron hoy las acusaciones

hechas por Ángel Zaldívar, editor del *Nuevo Mundo*, semanario de Mexicali, en la edición del 7 de octubre de su periódico, de que las tiendas locales estaban especulando con el valor de cambio del dinero mexicano y americano. Zaldívar llamó a los habitantes de Mexicali a emprender un decidido boicot a las tiendas en cuestión. Sus acusaciones se basan en la afirmación de que las tiendas estaban dando sólo 13 centavos de dinero americano por el medio peso mexicano, bajando así el valor del peso a 26 centavos. El artículo afirma que se han registrado numerosas quejas por parte de los residentes de Mexicali y que el propio Zaldívar realizó una investigación personal para verificar los hechos. “El tipo de cambio actual es de 27.7 centavos de dólar americano por el peso mexicano”, declaró Hughes, “y basamos todos nuestros cálculos en esta cifra”.

Mientras Ángel Zaldívar acusaba a los comercios del otro lado de irse robando, centavo a centavo, el dinero de los residentes de Mexicali que compraban en las tiendas del Valle Imperial, otros periódicos preferían atraer a los lectores de ambos valles a través de la prensa escrita y del medio de comunicación más socorrido, la radio. Y es que la radio comercial, según *La Opinión* (28 de febrero de 1933), desde sus inicios fue una empresa exitosa:

SE INAUGURA LA ESTACIÓN RADIO-DIFUSORA “LA VOZ DE MEXICALI”. Un gran triunfo acaba de coronar los esfuerzos del joven Luis L. Castro, quien a costa de grandes sacrificios y sin recurrir a la ayuda oficial, logró el eficiente funcionamiento de la primera estación radio-difusora establecida en el Valle de Mexicali, previo el permiso correspondiente de la Secretaría de Estado respectiva. “La Voz de Mexicali” está ubicada en la avenida Álvaro Obregón, en el edificio que para estudio cinematográfico erigió el conocido caballero don Rafael Corella,



quien, según mis informes, tendrá la gerencia de la incipiente empresa. La inauguración tuvo verificativo el pasado domingo 19 del actual a las 13 horas —una de la tarde—, viéndose el local pletórico de selecta concurrencia, entre la que pudimos ver a destacadas personalidades de la banca, industria y comercio local. El Gobernador del Territorio asistió por medio de un representante al sencillo pero trascendental acto inaugural. El programa desarrollado fue escrupulosamente escogido y se prolongó hasta las diez de la noche, habiendo tomado parte, en números de canto, recitaciones poéticas y conferencias culturales, la soprano señora Beatriz Vda. de Ramos; los tenores Islas y Vázquez y los dilettanti señores José Santamaría, Camilo Ortiz y Fernando Villaseñor, así como otros muchos elementos artísticos, aficionados de la localidad.

El 27 de agosto de 1935, el *Chronicle* informaba sobre la presencia de la radio en la comunidad fronteriza:

Bajo el patrocinio de la estación de radio XEAO y el semanario *El Nacionalista* se anuncia un concurso abierto a cantantes aficionados de Mexicali y Calexico. Seis premios, donados por comerciantes fronterizos, serán entregados al ganador y una audición cerrará el concurso en un teatro de Mexicali. Las bases del concurso anuncian que el concurso está abierto tanto a hombres como a mujeres o a niños y niñas. Las inscripciones están siendo aceptadas en la estación XEAO o por Prudencio V. Rodríguez en la avenida Obregón 911. Los concursantes serán escuchados por dicha emisora a partir del 1 de septiembre a las 21:00 horas diariamente.

Dos años más tarde, la radio funcionó para unir a las comunidades del valle de Mexicali y del Valle Imperial. El *Chronicle* del 2 de marzo de 1937 anunciaba que los comerciantes

de Calexico realizarían el “Desfile de modas primaverales”, que se promovería como un acontecimiento comunitario, y que sería

precedido por una campaña en los periódicos y en la radio que llevará las noticias a todos los valles de Imperial y Mexicali. Un programa definitivo fue esbozado por los comerciantes anoche. La publicidad en los periódicos comenzará este sábado y continuará hasta el 18 de marzo, el día anterior a la inauguración de la gran muestra de estilos primaverales. A partir del 18 de marzo y durante más de una semana, se harán anuncios en la estación de radio KNX de El Centro y durante el mismo tiempo se utilizará la estación XEAA de Mexicali para el mismo número de anuncios.

Lo importante era que, más allá de rebajas y especiales, los periodistas fronterizos se fueron uniendo por medio de agrupaciones periodísticas para defender sus derechos. En *La Opinión*, publicación de Los Ángeles pero que circulaba en Baja California, en su número del 29 de julio de 1935 Adolfo Wilhelmy, su corresponsal en Mexicali, informaba que

A iniciativa del señor profesor don Luis Vargas Piñera, Director de nuestro colega, *El Tricolor*, fueron convocados los periodistas locales a una reunión que tuvo lugar el martes por la noche, en el conocido restaurante “La Casa Blanca”. A la vez que para paladear un sabroso Chop Suey rociado —aunque parcamente, conste— con sabrosísima cerveza, el objeto de la Junta fue cambiar impresiones entre los “chicos de la prensa” local para estrechar aún más los lazos de compañerismo de los Informadores públicos; y aunque motivos del todo ajenos a nuestra voluntad nos privó de obsequiar la cordial invi-



tación, sabemos que en el simpático “Agapito” reinó la más franca camaradería y buen humor por toneladas. Asistieron a la cena los señores profesor Luis Vargas Piñera, Director del mencionado *Tricolor*; Ángel Saldívar y Saúl Sanabria, Director y Jefe de Redacción respectivamente de *El Nuevo Mundo*; Alfonso Tovar, Director de *El Tecolote*; Mayor Martín V. Mendoza, Director de *El Campesino*; Leobardo de la Cruz, Repórter de *El Nuevo Mundo*, Jesús M. Granados y el señor Gasea que, aunque no viven propiamente de “emborronar cuartillas”, sus actividades los ponen de tal modo en contacto con nosotros, que se les considera como del “gremio”. Se acordó que la Liga de Periodistas de Mexicali enviara un significativo mensaje al señor Presidente de la República, felicitándolo por su enérgica actitud en el cierre de los Juegos en esta frontera y reiterándole la adhesión de la naciente agrupación. El próximo martes 30 se repetirá la reunión, proponiéndonos asistir a ella. Vayan nuestras cálidas felicitaciones a los estimables compañeros.

En buena medida, como se comprueba con el artículo de Wilhelmy, el propósito principal, además de la convivencia entre los periodistas, era eminentemente político, ya que el decreto presidencial que prohibía los juegos de azar y, por ende, los casinos en la franja fronteriza era una norma que hacía mella en aquellos sectores de la entidad unidos a la explotación del vicio, una industria turística a la que tanto habían contribuido los gobiernos de Esteban Cantú y Abelardo L. Rodríguez, así como varios de los gobernadores que les siguieron. Para entonces, las fuentes (política, policiaca, deportiva, sociales, financiera, etcétera) no estaban separadas. El periodista debía cubrirlas todas a su real entender y “a vuela máquina”, como Adolfo Wilhelmy lo decía (*La Opinión*, 29 de febrero de 1936), puesto que tenía que forjar sus notas “con la premura por causas de oportunidad que

exige todo trabajo periodístico en el diarismo". Los reporteros mexicalenses no sólo hablaban de encuentros deportivos, mítines políticos, empresas en alza o remembranzas de otros tiempos, sino de reuniones profesionales, eventos sociales y asuntos policiacos en una misma columna, como el propio don Adolfo ponía el ejemplo (*La Opinión*, 26 de enero de 1936):

Ayer a las diez de la mañana, en el despacho del señor don Fernando Medina, sito en el edificio de la Compañía de Luz Eléctrica de Mexicali, S. A., tuvo lugar una interesante junta a la que concurrieron, además del mencionado caballero, los Contadores Públicos señores Carlos C. Cota, Juan Ojeda Nelson, Victoriano V. Sánchez, Agustín Ibarra Morales, Francisco Fierro, Ramón Araiza, Tomás Robinson Bours y otros no menos estimables. El objeto de la reunión fue el de cambiar impresiones y unificarse en la resolución de todos los problemas que les atañen en el ejercicio de su profesión. Después de más de una hora de substanciosa plática y cambio de impresiones, el profesor Ojeda Nelson ofreció a los concurrentes unos aperitivos, en el que el "trepador" licor se escanció liberalmente, sin que por ello la simpática reunión hubiera traspuesto los límites de la corrección y más sana alegría. El baile organizado por el entusiasta Club Femenil Violeta que tuvo lugar la noche del sábado último en los espaciosos y elegantes salones de la Logia Masónica local, constituyó una nota amable de belleza, luz y alegría, que no decayó hasta los albores del día de ayer, en que la juvenil concurrencia se retiró llevando imperecederos recuerdos del festival, que amenizó eficientemente el mejor grupo orquestal con que contamos en Mexicali: el de la apreciable familia del maestro don Octavio Contreras. Al sarao concurrieron las más encumbradas damas y damitas de los "élites" de Mexicali y Calexico, así como honorables



caballeros. A petición de la señora Cleofas Flores viuda de Castro, la policía detuvo en una “casa de huéspedes” llamada La Esperanza, a una agraciada menor de quince abriles que lleva por nombre el de Julia Castro, la que fue encontrada en compañía de su ex-novio Enrique Ramos, quien desde luego manifestó sus deseos de legalizar tan ilícita unión, con lo que estuvieron conformes tanto la madre de la chica enamorada, como la Agencia del Ministerio Público, que tomó oportuno conocimiento del romántico sucedido.

En estos años destacaría José Castanedo y su *Revista Minerva*, que se publicaría a partir de 1927. Para los años treinta, Castanedo ya era un periodista bien conocido de Mexicali. A pesar de ser un hombre de derechas, proclamador de la hispanidad y antisemita, su ideario bajacaliforniano, que consistía en pedir el cierre de las cantinas en la frontera y cuya frase propagandística era “Poblar es gobernar”, ya que exigía que esta región del país se poblara con mexicanos y para conseguirlo el gobierno debía abrir carretera y vía ferroviaria entre el resto de México y Mexicali. Lo curioso es que fue el presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940), hombre de izquierda, quien llevaría a cabo los anhelos de nuestro periodista al clausurar en 1935 los casinos de la franja fronteriza y empezar la construcción del ferrocarril Sonora-Baja California en 1936. En estos tiempos, los pobladores de Mexicali ya podían acostumbrarse a estar bien informados. Eduardo Rubio, quien medio siglo más tarde hablaría de “aquellos periódicos” en la antología *Mexicali: escenarios y personajes* (1987), dijo que

No había diarios entonces. Nuestra gente, la gente de Mexicali, esperaba la mañana de los sábados para comprar *El Regional*, *Mercurio*, *El Tecolote* y varios más que se hacían con tinta

y sudor, con miseria y con lágrimas muchas veces. Entonces, el director era todo: reportero, jefe de redacción, corrector de pruebas, linotipista, como Zaldívar y hasta barrendero del taller, como muchos. Las colaboraciones no se pagaban. Eran los tiempos del periodico dulce, lleno de versos y que a veces cobraba los anuncios en especie: con comida, con refrescos, con cerveza. El anunciante, entonces otorgaba el anuncio como favor, como dádiva, muchas veces como limosna. Pero así vivía aquel periodismo de entonces, en que las satisfacciones eran mínimas, el esfuerzo grande y las penalidades, mayores.

Para Rubio, un periodista en ciernes en aquellas décadas de entreguerras,

las mañanas del sábado y las del domingo aquel pueblo ingenuo y cordial despertaba con los pregones de aquellos modestos periódicos semanales, forjados con siete días de desvelo, con siete días de ansiedad, con siete días de privaciones. Eran los heraldos que cantaban la lucha de un pueblo en formación.

Pero ¿cuáles eran estos periódicos tan empeñosos en cumplir con su deber informativo a pesar de todas las dificultades? Algunos ya fueron mencionados anteriormente. Los principales eran *El Regional*, *El Tecolote*, *Mercurio*, *Ases* y *Estrellas* y *Orientación*. De los tres primeros, don Eduardo afirmaba que

El viejo Castillo era inmovible ante la amenaza y ante la dádiva. Semana a semana el público devoraba aquella edición de mil ejemplares, donde jueces, funcionarios mayores y menores eran exhibidos ante la opinión pública y calificados con los más crueles e hirientes epítetos. Era *El Regional*, sin duda, la válvula de escape del pueblo, que jubiloso coreaba los



ataques que aquel periódico de cuatro planas enderezaba en contra de quienes estando en el poder, abusaban del mismo. Don Alfonso Tovar, en *El Tecolote*, insistía con la obsesión del camino a Sonora. Eran raros los linotipos y *El Tecolote*, como la mayoría de los semanarios de entonces, se paraba con tipo de mano y se imprimía en las viejas Chandler que crujían toda la noche para dar fin a la edición del día siguiente. Y no era raro ver al director del periódico, componedor en mano, ir alineando como soldaditos los tipos aquellos para forjar ya en plomo su palabra, su verdad, su ideario. Don Juan B. Hernández se acuartelaba en el viejo edificio de la Obregón para dar salida al *Mercurio*, otro semanario incorruptible que, junto con el pueblo, daba las batallas contra algunos militarotes que venían a esta tierra en son de conquista, como si fuera la tierra de nadie, a cometer abusos y latrocinios. Muchas mañanas, apenas salida la edición del *Mercurio*, hordas de serviles destrozaban la edición completa. Y hubo una vez en que Juan Hernández, con sus escasos colaboradores y los obreros del taller, permanecieron encerrados en su templo de trabajo, sitiados por la policía y sus vicarios por días enteros. Y entonces el pueblo respondía, hacía causa común con sus valientes defensores y se agregaba a los sitiados para rechazar el ataque de aquellos que pretendían ahogar en sangre las ideas.

Del otro par de publicaciones, Rubio señalaba que *Orientación*, dirigido por Emigdio Robinson Bours,

aparecía los domingos. Cuatro planas, también parado a mano. Era el defensor de los chinos, en aquella virulenta campaña que se hizo en contra de los ciudadanos de aquel país queriendo imitar al estado de Sonora, que años atrás había decretado la expulsión de los orientales de todo su territorio. Turbas de léperos y vagos se agregaron a unos cuantos ciudadanos de buena

fe que, engañados, sembraron el terror entre los chinos, que por millares vivían en aquella época en Mexicali. Y cuando de la palabra pasaron a la acción pretendiendo incendiar establecimientos comerciales de chinos, y cuando atentaron contra la vida de algunos de ellos, las autoridades aplastaron con radicales medidas aquella injusta e impopular campaña. *Orientación*, del Güero Robinson, se significó por la defensa que hizo de los chinos radicados en nuestro estado urgiendo a las autoridades que pusieran fin a aquella campaña que tenía por fin no un objetivo patriótico y desinteresado, sino el afán de rapiña y enriquecimiento de varios vividores que se hicieron aparecer como líderes de aquella fugaz campaña.

Y don Eduardo indicaba que *Ases y Estrellas*,

del Chanate Granados, era un periódico católico. Aparecía de milagro y allá cada vez que el Chanate conseguía dinero para hacer la edición. No tenía taller propio y lo hacía pagando maquila. Su número más destacado y el que no faltaba nunca, era el del día de difuntos, donde salían sus calaveras. Ese día los funcionarios divorciados del pueblo, temblaban porque ya sabían que la calaverita con su nombre sería más cruel que cinco editoriales juntas escritas en su contra.

Pero en términos generales, prensa y poder se daban la mano en plena armonía, tal y como lo manifestaba José Castanedo (*La Opinión*, 21 de febrero de 1936) al hablar de una conferencia de prensa dada por dos gobernadores de la entidad (el general Gildardo Magaña, que entregaba el cargo, y el general Gabriel Gavira, que lo recibía):



En los corredores del palacio esperaban los representantes de los periódicos locales, metropolitanos y de *La Opinión*, a un llamado especial que les hicieran ambos generales. A la una de la tarde pasaron al salón del gobernador, siendo recibidos muy cordialmente por los generales Magaña y Gavira. El primero se anticipó a presentar a todos los periodistas, haciendo un elogio muy caluroso de la cooperación que la prensa aportó a su gobierno y considerándolos como sus más fieles amigos y patriotas coadyuvadores. Gavira tuvo en seguida frases muy efusivas “para los chicos de la prensa”, agregando: “siempre he considerado al cuarto poder como el portavoz más autorizado de los sentimientos populares”. Así es que, el gobernante que no atiende lo que un mejor deseo es el de servirlo durante mi gestión administrativa. Soy amigo de aquellos de “poca política y mucha administración”. — No será como gobernadores que ha habido aquí que sólo han venido a ver qué se llevan. La línea de honradez trazada por el Gral. Magaña es la misma mía, mi programa el de él, mis miras las de él “servirle al Territorio y a la Patria”. En seguida uno de los periodistas ofreció invitación a los generales Magaña y Gavira para una comida que se servirá en céntrico restaurant local a fines de la semana, y cuya invitación fue aceptada desde luego por ambos militares. Esta comida la dan los periodistas regionales para despedir al gobernante que sale y dar la bienvenida al entrante, y como una demostración de la buena armonía que reina entre el poder ejecutivo y el cuarto poder en el Territorio. Nunca, como en esta ocasión, había sido tan estimada la labor de la prensa y el esfuerzo de los que a ella se dedican.

Lo cierto es que, dejando a un lado la visión armoniosa que mencionaba Castanedo, lo notorio era el servilismo de los chicos de la prensa para quedar bien con el poder, fuera éste

el político o el económico. En los años del cardenismo, sin embargo, la libertad de exponer sus quejas tuvo vía libre, sobre todo refiriéndose a la crítica a los políticos foráneos, como fue el caso del propio presidente Lázaro Cárdenas en sus giras de trabajo por Baja California. Así, Adolfo Wilhelmy (*La Opinión*, 7 de julio de 1939) decía que “sólo los periodistas extranjeros se acercan a Cárdenas”, que era

labor de romanos poder desempeñar a conciencia la alta misión informativa encomendada al Cuarto Poder, y ni aún siquiera se nos permitió el acceso a los balcones del palacio en el acto de presentarse al pueblo, su Primer Mandatario. No sentimos la incorrección manifiesta, la descortesía que exhibe a quienes la practican ni la distinción impropia contra nosotros, a quienes, a pesar de nuestra humildad periodística, no llevábamos ni en este caso ni en ningún otro, la “lambiscona” intención de podernos vanagloriar con un anónimo y obligado apretón de manos del Jefe de la Nación; lo sentimos por el público, por los “leoperiódicos” que de nosotros esperan, con ávida curiosidad, los detalles de una recepción que no podemos reseñar en toda su magnitud, pero que puede calificarse sencillamente de grandiosa y espontánea por parte del pueblo. Pero hasta el momento ni la más insignificante frase siquiera hemos tenido con el C. General de División Lázaro Cárdenas Ríos. Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. Mientras se comisiona para la “exclusiva” de atender a los fotógrafos extranjeros, los “emborronacuartillas” provincianos no somos ni siquiera tomados en cuenta para asistir a los festejos de carácter popular. Anteayer a “primera hora” constatamos los “huelechismes” que gustamos de madregar, que antes de rayar el sol. Cárdenas, acompañado de Taboada, recorría las apartadas calles de Mexicali, poniendo



en práctica el proverbio cuya paternidad achacan al incrédulo Santo Tomás: “Ver para creer”.

Y dos años más tarde, cuando vino a Mexicali Lombardo Toledano, el líder obrero y político socialista, en *La Opinión* (11 de marzo de 1941) se le dibujaba al exsecretario de la CTM como un hombre “de profundo misterio”, rodeado de gente armada, que se negaba a atender a la prensa local:

Los círculos políticos de esta capital del Territorio Norte de la Baja California, se mostraron asombrados hoy, al saber que el licenciado Vicente Lombardo Toledano, llegó ayer a esta ciudad, de incógnito, viajando a bordo del tren de Punta Peñasco. Se asegura que el ex-secretario general de la Confederación de Trabajadores de México no puede transitar por territorio de Estados Unidos, debido a su filiación comunista, por lo cual hoy salió para Tijuana, Baja California, viajando por el lado mexicano a bordo de un automóvil. El licenciado Lombardo Toledano, se dice, se registró bajo un nombre supuesto en el Hotel Comercial de Mexicali, en donde pernoctó, habiendo salido hoy a mediodía de esta capital, con rumbo desconocido, creyéndose que se dirige a Tijuana y Ensenada. El líder obrero no abandonó para nada el cuarto de su hotel, en donde permaneció encerrado hasta hoy a mediodía, en que salió en unión de un séquito de individuos que le acompañan en su viaje. El arribo de Lombardo Toledano ayer en la tarde a Mexicali. Llamó la atención de muchas personas, por la forma sigilosa en que quiso llegar a la ciudad. Las personas que presenciaron su llegada declararon que venía acompañado de un guardaespaldas armado de una ametralladora Thompson. El líder obrero se negó terminantemente a recibir a los periodistas.

Es importante clarificar aquí que había un intercambio periódico que iba tanto de norte a sur como en sentido contrario. Si el *Calexico Chronicle* y el *Imperial Valley Press* contemplaban, desde Estados Unidos, desde California, los sucesos que tenían lugar con respecto a la existencia colectiva de Mexicali y con relación a las luchas de los periodistas de esta región de México, para estos años también se incorporaba *La Opinión* que, como periódico angelino en español, daba espacio para que sus corresponsales en Mexicali (Castanedo, Wilhelmy) difundieran las noticias que en esta población fronteriza ocurrían. Lo que unos informaban desde el Valle Imperial no era necesariamente lo mismo que los otros, los que residían en Mexicali, divulgaban. Cierto: las relaciones entre México y Estados Unidos eran un tema prioritario, donde los asuntos fronterizos se ventilaban en público, pero ya se notaba que mientras los periodistas californianos apostaban por los conflictos locales de resonancia binacional, los periodistas mexicalenses hacían lo propio con los trabajos cotidianos de la población: reuniones, viajes, tropelías, causas cívicas, aniversarios, festejos, tendencias políticas, cambios de funcionarios mayores y menores, obras en construcción, nota roja, resultados deportivos. Se notaba, ya en estas fechas, que los periodistas del otro lado iban viéndose abrumados por el caudal de informaciones de toda clase que les llegaba desde Mexicali y por eso intentaban crear una sección exclusiva, en español, para cubrir a una ciudad que los rebasaba por mucho en número de habitantes en comparación a Calexico o El Centro. Mexicali ya iba convirtiéndose en el eje principal de esta zona fronteriza. Y en la prensa se notaba. El que un periódico de Los Ángeles como *La Opinión* le diera espacio en sus páginas casi a diario, sólo confirmaba la preeminencia de Mexicali en términos noticiosos para los lectores de un amplio sector geográfico: el del sur de California, el del noroeste de México. Esto también se advierte en la vigencia



de la frontera como tema de interés periodístico, como espacio tanto documental como de entretenimiento. De nuevo Wilhelmy (*La Opinión*, 29 de diciembre de 1936) mostraba lo fronterizo como eje de la vida comunitaria, como beneficio en común y convivencia en épocas de celebración:

En estas mismas columnas recordamos que más de una vez hemos comentado acremente la actitud de algunos empleados aduanales, que interpretando el espíritu de la ley con criterio “etíope”, se convertían en verdaderas rémoras, en cruel flagelo, principalmente para nuestras clases media e ínfima, quitándoles en la Garita de Entrada cantidades raquíticas de artículos de primera necesidad que no podrían adquirir allende la Línea Divisoria, bien fuera porque no los hay o porque en Calexico les resultan más baratos. Estos procederes que podríamos catalogar de neronianos, se exacerbaban precisamente en estos días de la tradicional Navidad, en que se adquieren los juguetes con que el legendario Santa Claus viene a poner un paréntesis de alegría en las tiernas almitas de los niños; y era “empresa de romanos” el pretender introducir, sin pagar onerosos derechos el más insignificante juguete. Ahora, justo es decirlo, por primera vez en Mexicali se nos ha dado la muy grata sorpresa de permitir la introducción de esa multitud de objetos indispensables para la celebración de los “Chrismas” en estas regiones fronterizas y el hecho, por lo insólito y desusado, ha merecido comentarios ampliamente elogiosos para el jefe de esta Aduana, señor Terminel y sus colaboradores. Apenas de vista conocemos al referido señor; no nos liga con él el más insignificante lazo de amistad: nos concretamos en este caso a hacernos solidarios de la “vox pópuli” y a desear que siga por el camino que se está trazando, para bien de la colectividad y prestigio en su actuación.

Los periodistas locales eran muy celosos de sus prerrogativas. Estaban prestos a defender los que consideraban sus derechos inalienables. Así, cuando los funcionarios cambiaban las reglas entre las fuentes oficiales y los chicos de la prensa, las cosas se ponían al rojo vivo. Don Adolfo (*La Opinión*, 7 de abril de 1937) daba cuenta de uno de esos incidentes:

Grande sorpresa nos causó el hecho, hoy en las primeras horas de la mañana, al sernos comunicado por el Cabo de Vigilancia el novísimo acuerdo del Inspector General de Policía en el Territorio, relativo a que no se nos permitiera “hurgar” en los diarios partes policiacos, fuente muy principal de información, diciéndonos que el mismo mencionado funcionario daría a los reporteros y corresponsales las noticias de policía. No sabemos las causas que motivaron el acuerdo del señor Medina Ríos, ni nos toca discutirlos; sólo sabemos que la disposición perjudica muy especialmente nuestras actividades reporteriles, ya que el único diario mexicano que por esta frontera bajacaliforniana circula, es *La Opinión*, pues que toda la prensa local es semanaria, mensual o esporádica, por lo que su perjuicio es mínimo y en nuestro caso sí puede conceptuarse de relativa importancia. Por muchos años —más de un lustro— todos los jefes de la corporación policial nos han brindado efectiva ayuda al permitirnos enterarnos de dichos partes para basar sobre sus datos nuestras informaciones verídicas; teniendo, por nuestra parte, especial cuidado en callar todo aquello que pudiera entorpecer las labores policiales para lograr la aprehensión de criminales o el esclarecimiento de delitos, ya que no somos nuevos en el oficio de mal forjar noticierismo, y sabemos colaborar con quien nos ayuda.

A la vez, se consta que, en los años treinta y cuarenta del siglo XX, los periodistas mexicalenses lucharon, según sus



intereses y canonjías, en distintas trincheras. Por ejemplo, *El Regional* y *Mercurio* pusieron sus páginas al servicio de varias campañas contra los orientales desde mediados de los años veinte hasta bien entrada la siguiente década, mientras que *Orientación* defendió, a contracorriente, a la comunidad china. Y ya en los tiempos cardenistas, *El Tecolote* se puso del lado de la causa agrarista en el valle de Mexicali mientras que, de nuevo, *El Regional* defendió a la Colorado River Land Company y su monopolio algodonero. Mientras el periódico de Castillo daba voz a la clase patronal, Alfonso Tovar hacía lo mismo con obreros y campesinos cuando éstos eran falsamente acusados como los enemigos de la prosperidad y el progreso. La reforma agraria, vía el cardenismo, causaría una ruptura entre los periodistas, entre los que defendían a los latifundistas extranjeros y a sus arrendatarios mexicanos y los que proclamaban que eran los agricultores provenientes de las clases populares los legítimos dueños de las tierras a cultivar. Esa contienda sería esencial para poner a cada periodista en su lugar en la historia política del valle de Mexicali.



LA PRENSA EN TIEMPOS
CARDENISTAS: ENTRE EL AGRARISMO
Y LOS DUELOS A MUERTE



Uno de los puntos ciegos de la historia fronteriza, al menos en relación con la prensa de Mexicali y su valle, es no ponderar la presencia de un par de periodistas estadounidenses en el manejo de las noticias relacionadas con esta región del país. Esos periodistas eran el general Harrison Gray Otis (1837-1917) y su yerno, Harry Chandler (1864-1944), que controlaban numerosas publicaciones, entre ellas el influyente periódico *Los Angeles Times*, a la vez que fueron los dueños de enormes extensiones de tierras tanto en California como en Baja California, específicamente en el valle de Mexicali, donde el general Porfirio Díaz, amigo personal de ambos, les había concesionado gran parte del valle para su empresa colonizadora y arrendataria de tierras, la Colorado River Land Company. Su ideología conservadora y contra los derechos de jornaleros y trabajadores, hizo que se volvieran el símbolo de la clase patronal de la costa oeste americana. De ahí que tanto Otis como Chandler utilizaran a sus periódicos para defender sus intereses en Mexicali. Y no sólo hicieron eso, sino que forjaron, vía publicidad y relaciones públicas, un lazo mercantil con los poderes políticos, comerciales y periodísticos de esta zona de México. ¿Quién iba a criticar a la Colorado si ella era, con su publicidad, la que mantenía a flote a numerosos periódicos mexicalenses? Ya en *La Opinión* del 9 de agosto de 1927 ese trato obsequioso hacia esta empresa y su dueño era perceptible en una nota proveniente de Mexicali:

Aunque parezca mentira, un periodista vendió ayer millón y medio de dólares de algodón. Lo compró la Agencia de Anderson y Clayton de Calexico. Por supuesto que el periodista no es mexicano; se trata del señor Harry Chandler, editor de *Los Angeles Times*, que tiene en la Baja California la porción de tierra cultivable más grande del universo, pues son nada menos que 800,000 hectáreas. La operación consistió en 14,000 pacas de la próxima cosecha. El valle de Mexicali producirá este año cinco o seis veces más que el algodón vendido por el señor Chandler. Las propiedades del referido periodista son las que representa la Colorado River Land Co.

Más allá de las alabanzas a Chandler como terrateniente y periodista, hay que precisar que el resto de la producción algodoneira del valle de Mexicali provenía, mayoritariamente, de tierras arrendadas a rancheros estadounidenses, chinos, japoneses y mexicanos por la propia Colorado. La influencia económica y mediática de esta empresa era insoslayable. Por eso mismo, para la década de los años treinta era un secreto a voces que el gran obstáculo para la mexicanización de la Baja California era la Colorado River Land Company. Así, *La Opinión* del 7 de noviembre de 1930 daba a conocer las quejas de los diputados en la ciudad de México contra este monopolio tan poderoso:

Que la Colorado River Land Co., compañía norteamericana que posee una vasta cantidad de terrenos en el Distrito Norte de la Baja California, obstaculiza la labor de mexicanización emprendida por el gobierno del Centro, y secundada activamente por el general Arturo Bernal, fue lo que el corresponsal de *La Opinión* logró saber hoy al escuchar una conversación entre un grupo de diputados. Por todos los medios que tiene a su alcance, aseguró uno de los diputados, la Colorado River

entorpece la labor nacionalista del gobierno de la Baja California. En la misma conversación se aseguraba que el único recurso para llegar a fines prácticos es la cancelación de la concesión de colonización que esa compañía tiene.

Ya en los tiempos cardenistas, el 23 de julio de 1936, el *Chronicle* hablaba de las entonces famosas conferencias de prensa, que incluían a reporteros de Calexico y Mexicali, donde el gobernador Gaviria, en la sala de su propia casa, daba a conocer de lo que había tratado, en la ciudad de México, con el presidente Lázaro Cárdenas:

Cárdenas planea emitir un manifiesto en el que se pide a toda la nación que apoye el programa de mejoras que tiene en mente para Baja California. El presidente liberal y concienzudo de México es el primer hombre en su posición que se da cuenta de la importancia y las posibilidades del distrito directamente al sur. Cárdenas comenzó a mirar hacia allá poco después de su toma de posesión, y desde el primer momento ha deplorado el hecho del aislamiento del territorio debido a su posición y a la falta de facilidades de comunicación y transporte. Parece que ahora sí la tan mentada y soñada conexión ferroviaria con un puerto marítimo en el golfo y con el interior de México va a ser una realidad. El tiempo que llevará la ubicación y construcción de una línea desde la terminal del ferrocarril Inter-California en el estado de Sonora hasta el golfo, sólo puede adivinarse. Los hombres encargados de este proyecto tienen un trabajo por delante que resultará difícil en muchos aspectos. Es de esperar que el equipo técnico ya enviado desde la ciudad de México esté a la altura de la tarea. Una conexión ferroviaria debe ser la base para el tipo de desarrollo que Cárdenas evidentemente quiere ver en Baja California, a juzgar por lo que ha hecho y las declaraciones que ha he-



cho, el presidente “socialista” desea construir en el territorio una prosperidad sólida para las masas, así como para el gran hombre. Desea construir una prosperidad basada en algo más seguro que el dólar del turista americano. Y tal base segura es la agricultura. Numerosas pequeñas explotaciones en las que las familias puedan ganarse la vida de forma independiente, elevar su nivel de vida y obtener un motivo para vivir es lo que Cárdenas dice que quiere ver. El gobierno está poniendo en práctica, tan rápido como puede, sus ideales. Además de las colonias que ya están en funcionamiento al sur de Mexicali, se están vendiendo tierras pertenecientes a la compañía Colorado River Land a agricultores individuales según las disposiciones de un acuerdo hecho con el gobierno federal. El gobierno está proporcionando la participación con la que el hombre de familia casi sin dinero puede comenzar. El pago de la maquinaria agrícola y otros equipos se extiende durante un largo periodo. La inversión del individuo es su esfuerzo. El cierre de los casinos de juego, es cierto, causó dificultades a los muchos que se ganaban la vida con la explotación de estos complejos fronterizos. Pero una prosperidad basada en el vicio nunca es estable ni produce el bien. No es deseable. Sólo deja que Baja California se convierta en la próspera región agrícola que promete llegar a ser y al mismo tiempo se convertirá en una bulliciosa región comercial e industrial. Y la prosperidad por debajo de la línea, los que han estado aquí algún tiempo saben, significa un impulso añadido a la tendencia ascendente ahora tan notable en los Estados Unidos.

En todo caso, el principal acontecimiento de los años treinta del siglo XX en Mexicali fue el movimiento agrarista, con campesinos que reclamaban las tierras de la Colorado River Land Company y que buscaban tomarlas para posesionarse del valle de Mexicali y convertirlo en asiento de lo nacio-

nal, de lo revolucionario. Muchos periódicos, pagados por la Colorado, escribían en contra del movimiento agrarista, pero no todos. Algunos periodistas mexicalenses pensaban que el régimen del general Lázaro Cárdenas no iba a hacer nada al respecto, que su simpatía con los agraristas era un discurso de dientes para afuera, una retórica populista sin asideros en la realidad económica, social y política de Baja California. ¿Quién se iba a poner a las patadas con Estados Unidos o con la Colorado River Land Company? Pero otros periodistas mexicalenses estaban convencidos de que ya era tiempo de que las cosas cambiaran.

Así, para Pedro F. Pérez y Ramírez (1908-1988), mejor conocido como Peritus, la Revolución Mexicana, en sus anhelos de justicia y reparto de la tierra, debía transformarse en una ola “soez y sudorosa” que “barre el último aliento de las tribunas contemplativas”. Y en ese contexto, la función de la prensa tenía que ser tanto trinchera de los intereses de campesinos y proletarios como tribunal donde se juzgara a quienes querían acaparar las riquezas naturales del país. La tribuna de sus ideas era el periódico *El Tecolote*, que dirigían Alfonso Tovar y su esposa, Aurora Quintana Roo. Lo cierto es que Baja California carecía aún de un espíritu revolucionario. Los gobiernos de Esteban Cantú (1914-1920), un coronel porfirista, y de Abelardo L. Rodríguez (1923-1929), un general revolucionario sonoreense con ojos sólo para los negocios en su provecho, hicieron ver al joven escritor que las batallas más duras para instaurar la justicia social estaban en el futuro y debían ser realizadas por los propios mexicalenses. Por eso, en su salutación al año nuevo (*El Tecolote*, 1 de enero de 1935) ya comenzaba a perfilarse un discurso cada vez más radical sobre la situación de Baja California en manos de gente que sólo se dedicaba a la explotación del vicio y a estar del lado de los poderosos:



¡Es el Año Nuevo! Las campanas agitan su paladar bronceo. Los silbatos de las fábricas y talleres rayan con su estridencia el espacio. La sirena de los automóviles, deslizándose por sobre el silencio marcan la sinuosidad de las calles. ¡Todo es un desbordamiento de alegría! Pero una alegría que para no traicionar la realidad de su tragedia, surge a intervalos el llamador de un revolver en los suburbios... Después, uno, dos, tres, cuatro... el calendario se deshoja a la vez que el invierno vacía una elegía sobre sus despojos. El Año Nuevo no trajo nada nuevo... Los niños siguen tiritando de frío por falta de una mísera franela que abrigue sus flácidas carnes. Las desamparadas proletarias siguen sin pan y las estufas sin fuego. El pordiosero aún permanece con la mano extendida inútilmente. Los obreros con sus brazos caídos no suspenden su grito de reclamo y justicia. Los humildes hogares siguen vaciándose de amor para llenar los prostíbulos que han de servir de pasto libidinoso a los capitalistas y después de podredumbre en los hospitales. Los jueces siguen juzgando con los ojos vendados. El asesino sigue acechando desde la obscuridad para asestar su alevosa puñalada. Los burgueses siguen libando licor y mordiendo lujuriantes los senos de las hijas y las mujeres de los trabajadores... En una palabra, todo igual: hambre y miseria en las mayorías y una abundancia insultante en las minorías. ¡Pero nuestra eterna rebeldía también seguirá cabalgando [con] la esperanza de la reivindicación!

El catalizador de este cambio fue la cercanía de Peritus con el escritor y activista Alfonso Tovar, un intelectual de izquierda próximo al cardenismo y quien había fundado, junto con su esposa, la poeta Aurora Quintana Roo, las revistas *Pegaso*, *Norte* y el periódico *El Tecolote*. Tovar era un hombre con una agenda visible: quitarle el poder económico a la Colorado River Land Company, la empresa estadouniden-

se que usufructuaba las tierras del valle de Mexicali y que era un monopolio algodonnero tan poderoso que los propios gobernantes bajacalifornianos debían acatar sus políticas agrarias, con menoscabo de los intereses nacionales. Pero la llegada al poder presidencial del general Lázaro Cárdenas en 1934 iba a cambiar el panorama político de la entidad. El periodismo opositor iba a tomar la palestra, sobre todo con la lucha por la nacionalización de las tierras del valle de Mexicali que unos cuantos periodistas de izquierda llevarían a cabo. Como lo señaló el propio Pérez y Ramírez, el estar a favor del movimiento agrarista cuando éste era visto en Mexicali como una amenaza a la estabilidad política de la región, tuvo como consecuencia que a los defensores de los campesinos mexicanos que exigían tierras de cultivo los llamaran, en la prensa aún a los intereses extranjeros, como “salvajes” y “anarquistas”, y sólo porque pretendían que tomar lo que le pertenecía a la nación, lo que era suyo, era un acto protegido por la Constitución Mexicana. Y en enero de 1937 los campesinos asaltan las tierras bajo la protección del gobierno cardenista y la etapa de las compañías latifundistas extranjeras llega a su fin en la entidad. En esta lucha por la recuperación de las tierras del valle de Mexicali, Pérez y Ramírez no estaba solo: lo acompañaban escritores revolucionarios como Alfonso Tovar, Donaciano Alvarado, Facundo Bernal López y Alfonso Alfaro. Ya nuestro periodista decía, en *El Tecolote* del 31 de marzo de 1937, que se “puede fácilmente concebir que la posesión de la tierra en manos de quien la trabaja, es el ideal más bello y elocuente de la humanidad”, por ello aseveraba que

los bajacalifornianos, los que aquí hemos dejado juventud y energías, creando un hogar y asegurando la integridad nacional con la sola presencia; todos, absolutamente todos, nativos



y adoptivos por los vínculos en el territorio, hemos propugnado siempre no sólo por la adquisición individual de la tierra, sino por la reincorporación de ésta al macizo de la Patria, ya que una equivocada y miserable venta la vino a poner en manos extranjeras: la Colorado River Land Co.

Y es que Peritus pensaba que el movimiento agrarista no debía desunir a la sociedad fronteriza y que el poeta, el periodista y el intelectual conscientes de la situación política eran las figuras señeras para la causa en común: que las tierras recuperadas a la empresa extranjera sirvieran para fincar la prosperidad futura de la ciudad y el valle de Mexicali. Y si para conseguir tal objetivo había que criticar actitudes divisionistas, ignorancias centralistas o incomprensión de los que vienen, desde la capital del país, a ejecutar el reparto agrario, se debía recordar siempre que los mexicalenses eran un tipo de personas hechas en el trabajo duro, en la conquista del desierto, en la resistencia social contra monopolios extranjeros y prestanombres mexicanos.

Pérez y Ramírez era, en su pureza idealista, el cantor de una generación de bajacalifornianos en pie de lucha:

chocamos con el vicio, chocamos con los revolucionarios millonarios dentro de nuestra ideología proletaria; pero bendecimos el trabajo que edificó y consagró este girón [sic] de Patria: el del profesionista, el artesano, el labrador, el industrial, el comerciante... todo el organismo que elevó patrióticamente la importancia de este suelo mal comprendido.

Para este joven periodista, Baja California era una tierra plena de “hombres sin pistola en nuestro periodo de paz y trabajo”, un territorio que ya quería, que ya exigía “caminos, escuelas politécnicas y universidades”. Y Peritus concluía su

texto expresando el sentir de su colectividad: “queremos un pedazo de tierra no para vegetar como esclavo con razón, sino para tener también el derecho a mejor vida a cambio de la economía del esfuerzo personal, sin nunca llegar a terratenientes ni burgueses”. Así, mientras el movimiento agrario se radicalizaba con la llegada de agraristas del sur del país y aparecían mantas por varios rumbos de Mexicali con consignas radicales como la que decía: “Si se oponen los burgueses haremos pozole con sus cabezas, ¡para los marranos!”, Pedro F. Pérez y Ramírez pedía la mesura, la prudencia, la unión de todos los mexicalenses bajo una visión de que cada quien recibe según su esfuerzo, de que la solidaridad implicaba no una lucha de clases sino un trabajo común para salir adelante en el cultivo, en la cosecha, en la pizca. Mientras Vierhus Haskell, gerente de la Colorado River Land Company iba en avión a la ciudad de México para reclamarle al gobierno federal que a su compañía le devolvieran de inmediato (bajo la amenaza de intervención del gobierno estadounidense en el conflicto) la propiedad de las tierras que fueron entregadas por el gobierno de Lázaro Cárdenas a los agraristas, la planta de periodistas de *El Tecolote*, con la firma de Tovar y de Peritus, enviaban un telegrama solidario a los agraristas que ondeaban, en sus parcelas tomadas, la bandera roja y negra, el estandarte de la revolución anarcosindicalista, la del Partido Liberal Mexicano, la de Ricardo Flores Magón. A este movimiento nacionalista, reivindicador de las tierras del valle de Mexicali, hubo un movimiento contrario, el de los antiagraristas, el de la huelga de los sentados, que tomaron el palacio de gobierno de Mexicali para protestar. Los mexicalenses que arrendaban las tierras a la Colorado River Land Company y, como los renteros que eran, exigían se les devolvieran “sus propiedades” o, cuando menos, que se les indemnizara por ellas cuando sólo las habían rentado a la Colorado. La justicia social no



entraba en los cálculos financieros de los colonos del valle y para abril de 1937 ya se habían organizado para protestar y tomar, en forma pacífica, el palacio de gobierno de Mexicali, exigiendo que se les devolvieran “sus” tierras. Contaban con el respaldo de facciones políticas contrarias al cardenismo, como la CROM, que tenía vínculos con Plutarco Elías Calles, o con los comerciantes e industriales aliados a los intereses estadounidenses de la Colorado River Land Company, por lo que pronto los periódicos cercanos a la derecha empresarial fronteriza, especialmente *El Regional*, y periodistas como José Castillo, José Castanedo, Armando I. Lelevier y Adolfo Wilhelmy, también se unieron al coro de críticos del movimiento agrarista del valle de Mexicali, al que veían como de simples delincuentes que merecían la represión inmediata para que su ejemplo revolucionario no se extendiera a otros sectores productivos de la entidad. Lo que ocurrió el 27 de enero, cuando los agraristas comenzaron a tomar las tierras de los rancheros extranjeros —estadunidenses, japoneses o chinos—, hizo que el gobierno estatal reaccionara al igual que años anteriores. Wilhelmy, como corresponsal de *La Opinión* (28 de enero de 1937) así lo notificaba:

Los elementos rojos amparándose bajo el título de “agraristas”, adueñándose de los campos sembrados de alfalfa, de los gallineros y de los corrales en donde había numerosos animales de carga provocaron hoy serios desórdenes cerca de aquí. Según informes que llegaron a conocimiento de las autoridades del Territorio Norte, los llamados “agraristas” fueron impulsados por los líderes que no hacen otra cosa que mantener la intranquilidad, pero el gobernador y general Rafael Navarro Cortina ordenó inmediatamente la salida de tropas, a bordo de varios camiones, con instrucciones de mantener el orden en la región, a costa de lo que sea necesari-

rio. “La propiedad debe ser respetada y el gobierno procederá con toda la energía que se requiere para evitar atentados como la ocupación del rancho de Nakamura”, dijo el gobernador al corresponsal. El atentado se debió a que los líderes rojos acordaron que a partir de hoy se apoderarán de las propiedades de extranjeros, pero las autoridades procederán muy enérgicamente en contra de esos fines.

Lo que hoy en día es un festejo oficial, el del “Asalto a las tierras”, que fue el inicio de la recuperación de las tierras del valle de Mexicali que estaban en manos extranjeras, fue visto por la prensa mexicalense de su tiempo como un acto criminal que debía ser reprimido de inmediato y no como lo que fue: un levantamiento social organizado por campesinos mexicanos, que reivindicaban los ideales del floresmagonismo y el zapatismo en plena frontera norte, donde el lema de “Tierra, pan y libertad” faltaba por llevarse a la práctica. En *La Opinión* (1 de febrero de 1937), en una nota fechada el día 28 de enero y firmada por Wilhelmy, ya el agrarismo se había vuelto un desafío al orden establecido por la Colorado y su clientela:

El tópico de palpitante interés y que ha causado intensa zozobra aun entre los elementos laborantes amantes del orden, es la invasión llevada a cabo por numerosos grupos de rojos que, llamándose agraristas, tenían preparado un verdadero complot para simultáneamente apoderarse de las propiedades agrícolas comarcanas, muchas de ellas propiedad o en legítima posesión de extranjeros. El gobierno del Territorio y la Jefatura de la Segunda Zona Militar tuvieron anteayer oportuna información de la algarada en preparación, por cartas que con anterioridad recibieron algunos patrones campesinos, conminándolos a abandonar sus sembradíos, la mayoría



en la llamada segunda pizca del algodón, lo que según tales “úkases” deberían efectuar anteayer, pues que el día 27 esas tierras serían ocupadas “por la fuerza” si no se accedía a la conminación. Inmediatamente el señor general Rafael Navarro Cortina, en su carácter de Jefe de la Segunda Zona Militar, hizo circular un aviso en el que se notificaba que serían consignados a las autoridades los que atentaran contra la propiedad. Sobre este tópico tuvimos una entrevista con el señor Navarro Cortina, quien se sirvió corroborarnos verbalmente la decisión absoluta y firme que le anima para no tolerar atropellos en la propiedad privada, “para lo que llegaré si es preciso, a los extremos a que la situación me obligue en bien de la conservación del orden”, nos aclaró para terminar.

Pero el movimiento agrarista iba extendiéndose y en el mismo artículo don Adolfo daba cuenta de que ya había agraristas tomando ranchos en Packard, en Cerro Prieto y en Rancho Verde, actos todos que denominaba de “pillaje”, mientras que a los agraristas los pintaba de ingratos y amenazadores del orden público, un orden basado en los privilegios de la Colorado River Land Company y de las empresas agroindustriales que la acompañaban en su explotación del valle de Mexicali, lo que incluía a los colonos que arrendaban a esta compañía sus tierras. El periodista pedía la mano dura contra las reivindicaciones agraristas y festejaba la represión del movimiento, afirmando que la sociedad fronteriza estaba con el *statu quo* reinante y no con los agraristas que buscaban nacionalizar las tierras del valle:

varios camiones con fuerzas federales hacían un eficaz servicio de patrullas disolviendo a los grupos de actitud hostil contra los propietarios agricultores, concretándose a fijar sus banderas rojas donde lo creyeron oportuno. El rancho de

Nakamura y el también invadido en la jurisdicción de Cerro Prieto, pudieron ser despejados hasta hoy al filo del mediodía, por virtud de que los ocupantes se retiraban en el momento en que las patrullas del ejército se los ordenaban, para volver a ocuparlos inmediatamente después de que los camiones con la fuerza armada se retiraban. En razón de esta desobediencia, hoy por la mañana salieron a los campos dos altos jefes del Ejército para poner un “hasta aquí” a esta actitud de los rojos, dejando guarnecidos los campos ocupados y destruyendo los lienzos colorados que en muchas partes flameaban, informándonos que hasta el momento son cerca de veinte las aprehensiones efectuadas, que quedaron bajo la custodia del elemento militar para las consignaciones a que haya lugar. El enérgico proceder de las autoridades militares es objeto de muy elogiosos comentarios por la sociedad en general y aún por los campesinos conscientes que no tienen injerencia en la casi frustrada algarada, la que no llegó a revestir las serias proporciones que se temían, gracias a tales medidas. Las fuerzas de la guarnición están acuarteladas y un fuerte contingente de tropas vivaquea en el Palacio de Gobierno, listo para ocurrir a donde su presencia sea necesaria. En la ciudad el orden es completo no temiéndose sucesos de mayores consecuencias.

Un mes más tarde todo había cambiado. Los agraristas encarcelados estaban libres por órdenes del gobierno federal, que reconocía la validez de sus reivindicaciones. El nacionalizar las tierras del valle de Mexicali ya era una postura oficial desde el gobierno cardenista y a las propias autoridades políticas y militares se les habían dado órdenes estrictas de dejar de hostigar al movimiento campesino. Los revoltosos, esa “chusma agrarista”, como la denominara Wilhelmy, ahora era escuchada en sus exigencias y atendida por las altas au-



toridades del país. En *La Opinión* (27 de febrero de 1937) se hacía un reportaje, con fecha del 23 de febrero, firmado por José Castanedo, en el que se contaba una reunión entre Gabino Vázquez, jefe del Departamento Agrario de México, y los agricultores y agraristas mexicalenses en la colonia Pacífico, en los alrededores de Cerro Prieto, donde se reunieron autoridades locales, federales, militares, vecinos del lugar y los representantes de la prensa:

Para las nueve de la mañana se encontraba ya una multitud de más de mil campesinos en el terreno adyacente a la escuela de niños de El Pacífico. Antes de que llegara el licenciado Vázquez, quien viene, además, representando al C. Presidente de la República, los líderes agraristas, subiendo a un camión, iban dirigiendo la palabra a sus compañeros, lanzando cargos a la administración del general Navarro Cortina, a la que acusaron de inmoralidades, como los juegos de azar y la venta de licores en cantinas establecidas en cada campo agrícola, regenteadas por oficiales del Ejército y por jefes déspotas y explotadores. Con frases candentes se refirieron a la actuación del coronel Salvador Orozco Martínez cuando al frente de sus soldados el mes pasado desalojara a varios grupos de agraristas de los ranchos que habían ocupado, reprobándole este proceder y declarándolo enemigo de las conquistas revolucionarias. La multitud recibía con entusiasmo y júbilo cada cargo que los oradores lanzaban sobre las autoridades, aplaudían y lanzaban vivas al general Cárdenas, a Zapata, a Gildardo Magaña y a Vázquez. Para las once y media, hora en que llegaron el licenciado Vázquez y sus acompañantes, la multitud había aumentado hasta unas dos mil almas. Al ver que descendía del automóvil el representante del general Cárdenas, después de suspender sus discursos, formaron valla y enarbolaron la bandera tricolor de la patria y la roja, del agrarismo, caminan-

do algunos centenares de metros para encontrar al abogado. Procedieron rápidamente a instalar un tablado a la entrada de la escuela de niños. Con ademán fogoso, voz fuerte, clara y fácil dicción, comenzó el abogado Vázquez comunicando a los campesinos del Valle de Mexicali y a los de la Baja California en general el saludo que les enviaba por su conducto el C. Presidente de la República, haciéndolo extensivo a los maestros y a las autoridades. Una ovación cerrada y vivas a Cárdenas se escucharon al terminar el licenciado sus primeras palabras. Prosiguió el licenciado Vázquez, de lo que extractamos lo esencial: “Con honda pena y no menos extrañeza hemos encontrado hostilización de parte de quienes menos la esperábamos, que son algunas autoridades, para la realización en la Baja California del plan agrario y del programa de la revolución. Somos testigos de cómo algunas autoridades inferiores tratan a los agraristas como delincuentes; ¿por qué? Porque aquí, a la Baja California, no había llegado la Revolución, por más que gobiernos anteriores de larga duración y que gozaron de bonanza increíble, se dijera revolucionarios, pero que traicionaban a la Revolución”. (Gritos: es cierto, es cierto; aplausos y vivas). “Nos dimos cuenta de que hay maestros que se oponen a izar juntas en sus escuelas las banderas de la patria y la del agrarismo; esto se debe a que no saben o no quieren comprender que ambas son símbolos de redención de nuestro pueblo. Tal actitud es contraria a lo que desea el pueblo nuestro en esta hora que rige sus destinos un hombre honesto y todo buena voluntad, Cárdenas, una patria real, tangible, no metafísica; una patria en la que todos respiren libertad y posean un pedazo de tierra para trabajarla y sacar de ella el sustento, y con preparación y honradez engrandecer al país. Los maestros y las autoridades son las primeras que deben respetar y hacer efectivas las conquistas revolucionarias, para así poner el ejemplo y merecer el respeto de los



demás. El soldado y el maestro son los guías hermanos del agrarista”.

El discurso de Gabino Vázquez es, en primer lugar, un señalamiento crítico a los gobiernos que, a partir de la Revolución Mexicana, desdijeron el enfrentarse a la Colorado River Land Company, que asumieron una posición conservadora, francamente porfirista, de “muchísima administración y poca política”, cuyos gobernantes se aliaron a los intereses del gran capital estadounidense y olvidaron las promesas revolucionarias —las de los floresmagonistas y su revolución de 1911— con tal de recibir beneficios monetarios o ser socios de las empresas extranjeras. Desde el coronel Esteban Cantú hasta el general Rafael Navarro Cortina se especializaron en impedir el reparto agrario en Baja California:

En la Baja California, particularmente, debe darse una prueba de solidaridad y progreso evolutivo, porque estamos frente a un país civilizado, que le agradecerá estar frente a otro país civilizado por la lucha social; México y los Estados Unidos son amigos, porque rigen sus destinos dos hombres de ideología similar: Cárdenas y Roosevelt. Aquel ha sabido reivindicar por el camino de la ley a las masas de su pueblo, y Roosevelt está al servicio de las masas campesinas y obreras de los Estados Unidos. Cárdenas ha cumplido sus compromisos internacionales. Cárdenas y Roosevelt gobiernan para las masas que se comprenden, y por eso México y los Estados Unidos son amigos. El general Cárdenas ha ordenado a la Secretaría de Relaciones la intervención legal que le corresponde para definir la propiedad internacional de las aguas del Río Colorado. Los Estados Unidos respetarán nuestro derecho, así como los hemos respetado en el Río Bravo y en usufructo de aguas que corren del territorio nuestro al americano. Cárdenas, tened la

seguridad, vela por estos derechos. Si las autoridades no cumplen su deber para lograr la realización del plan agrario en Baja California, pueden ustedes quejarse, como lo hicieron los agraristas de la Laguna, ante el Presidente, que está siempre con ustedes y por ustedes, que está para servirles, para escucharlos, para hacerles justicia. La distancia ya no importa, pues recordemos las palabras del general Alejo González: “El Palacio Nacional ya no está nomás enclavado en el zócalo de la metrópoli, el Palacio Nacional está ahora donde se necesite que esté: en el rancho, en el agostadero, en el taller, en donde se encuentre, en fin, el que trabaja y se queja”. (Aplausos y vivas a Cárdenas). “Los servicios federales en este Territorio también tienen obligación de cooperar con el plan agrario: la Aduana, la Delegación Sanitaria, la Agencia de Agricultura, los militares, etc. El señor Terminel, administrador de la aduana local, dará facilidades a los verdaderos campesinos para introducir provisiones, maquinaria y demás cosas que necesiten los rancharos; el Departamento de Salubridad Pública prevendrá y curará enfermedades; la Secretaría de Agricultura y Fomento los instruirá y ayudará en cuestiones agrícolas. A todos nos ha dado órdenes expresas el señor Presidente de la República para que cooperemos a este fin. Quiero advertirles de que, en todo caso y para el cumplimiento del plan agrario se observará en todo la Ley Agraria; debemos evitar desorden y abusos; olvidemos los males pasados y sus efectos desastrosos, debemos resarcirlos con la Ley. No venimos predicando odio, ni venganza, ni rencores. Recomiendo el orden y el cumplimiento de la Ley Agraria. En ella están consignadas todas las garantías indispensables para todos, para el colono, el ejidatario, el agricultor, y consiguientemente, para el cumplimiento del programa revolucionario. Debe procurarse no proceder nunca con violencias. Las quejas contra quienes se opongan a este plan, deben presentarse a la Comisión Mixta Agraria. Se repartirán las tierras nacionales, los terrenos y todos los que



caigan bajo el alcance de la Ley Agraria, la cual la aplicaremos sin complacencias. El acuerdo celebrado por la Secretaría de Agricultura el 14 de abril de 1936 para la colonización de estas tierras, se aplicará para los que voluntariamente se acojan a él; para los solicitantes de ejidos, desde luego se aplicarán las leyes agrarias, como terminantemente lo ha ordenado el señor Presidente de la República”.

Es importante señalar que, en el caso de la prensa mexicalense, el movimiento agrarista tuvo una repercusión inmediata: empezaban a tener eco otras voces que diferían de lo sustentado por las cámaras de comercio, los representantes de la Colorado y las autoridades políticas y militares, que hasta entonces se habían adjudicado como los únicos representantes de la región, pues ya se daba con refunfuños, de mala gana, pero se daba espacio a las voces de los de abajo; ya se permitía que el punto de vista agrarista apareciera, junto con los bailes de gala, los banquetes fastuosos y las declaraciones de éxito económico y poder público, en las páginas de los periódicos. Después del discurso de Gabino Vázquez, éste pidió a los líderes agraristas que tomaran la palabra:

Filiberto Crespo, líder de los de El Pacífico, habló en nombre de su comunidad y lanzó cargos al doctor Bernardo Bátiz y al coronel Salvador Orozco Martínez, como incumplidos con sus deberes con el proletariado. Otros oradores lo respaldaron con mayor vehemencia. Cuando Bátiz y Orozco hablaron fueron siseados por la multitud. En cambio aplaudieron al administrador de la Aduana, señor Julián Terminel L., y al ex-coronel Ricardo Topete, organizador agrario en la reglón de Tijuana y Ensenada. A la una y media fue servida una barbacoa de carnero en casa del líder Crespo, en la que el señor

Vázquez estuvo en democrática promiscuidad con los campesinos, agricultores y chicos de la prensa.

Muchos periodistas conservadores, defensores de la Colorado, como fue el caso de José Castillo, se lanzarían a la arena política (*La Opinión*, 26 de junio de 1937) “por considerar un deber el oponerse al entronizamiento del agrarismo”, mientras que otros periodistas locales entendieron que el agrarismo había llegado para quedarse, que el sistema ejidal sería el futuro productivo del valle de Mexicali, que el orden vigente desde los tiempos del Porfiriato, con el capital extranjero como poder dominante, iba a cambiar. La primera consecuencia fue el cese del general Rafael Navarro Cortina el 1 de marzo de 1937 y la llegada del coronel Rodolfo Sánchez Taboada como nuevo gobernador, al que el presidente Lázaro Cárdenas había instruido para apoyar al movimiento agrarista como la punta de lanza para la recuperación de las tierras del valle de Mexicali. Pero el conflicto agrario no era el único que se presentaba en Mexicali en 1937. Como lo informaba el *Imperial Valley Press* (9 de abril de 1937), otra compañía extranjera, la que suministraba la electricidad a Mexicali y su valle, estaba ahora en el ojo del huracán de la ira comunitaria:

Mexicali se encontraba en estado de sitio el viernes después de que una huelga general contra las tarifas eléctricas paralizara todos los negocios y provocara un bloqueo virtual de la ciudad. Todo el tráfico de automóviles a través de la frontera internacional se detuvo el viernes temprano. Un tren del ferrocarril de San Diego y Arizona Oriental, después de tres vanos intentos de atravesar las turbas de sindicalistas y entrar en México, finalmente rompió el bloqueo al mediodía. Multitudes de hombres y mujeres simpatizantes, uniéndose a una



manifestación de tres días para forzar la bajada de los precios de la electricidad, habían bloqueado las vías con un muro de humanidad. El personal del tren, después de emplearse a fondo, atravesó a la multitud, a pesar de los intentos de los huelguistas de poner frenos de mano a los vagones de mercancías. Poco después de que el tren saliera de Mexicali en dirección a Yuma, Paul Jenkins, editor del *Post-Press*, y Rollie Paulson, fotógrafo del *Post-Press*, enviados a Mexicali para obtener imágenes de las noticias, fueron apedreados por la turba y escoltados fuera de la ciudad bajo guardia policial.

La crónica que escribió el propio Paul Jenkins, en el mismo número del *Imperial Valley Press* del 9 de abril de 1937, exponía la experiencia límite que era, para un periodista extranjero, andar reportando y fotografiando en la frontera mexicana. La multitud que protestaba ya estaba harta de esperar una respuesta a sus quejas y no estaba de humor para ser fotografiada por alguien que, en su condición de estadounidense, se le veía como cómplice de la Compañía de Luz y Electricidad. El título de la crónica de Jenkins era melodramático, “Cómo se siente enfrentarse a la turba en Mexicali”, y afirmaba:

Si esta letra está borrosa, es porque mi mecanografía aún está nerviosa por los efectos de mirar a la cara a una turba de Mexicali. A partir de ahora quiero un telescopio muy largo entre los huelguistas y yo debajo de la frontera. ¿Por qué? Rolland Paulson, fotógrafo de *PostPress* y yo dejamos Mexicali poco después de entrar en la ciudad el viernes bajo una “nube”. Una nube de piedras. El desagradable suceso tuvo lugar poco después de que un tren de San Diego y Arizona del Este, detenido por los huelguistas en la frontera internacional, se pusiera en marcha y se “abalanzara” sobre las turbas, abriéndose

paso por los patios del ferrocarril de Mexicali y atravesando la zona perturbada. La multitud se congregó en la estación de Mexicali. Fue allí donde dos periodistas, los únicos a la vista, subimos a un vagón de carga. Cada uno de nosotros llevaba una cámara. Apenas estuvimos en posición de tomar una foto, la multitud que se dispersaba comenzó a gritar y las piedras silbaron sobre nuestras cabezas y se estrellaron contra el techo del vagón. No había tiempo para discusiones. Tras hacer dos fotos rápidas, bajamos. Recibí dos pedradas en los hombros. En el tumulto que siguió, dos mexicanos desconocidos que hablaban inglés se apresuraron a averiguar que éramos periodistas y avisaron a la multitud. Los ánimos se caldearon hasta que los policías de Mexicali se abrieron paso a hombros y se colocaron a nuestro lado. Fingiendo una confianza que yo no sentía. Pregunté, a través de los autoproclamados intérpretes, si la multitud posaría para nosotros. La sugerencia no hizo más que empeorar las cosas. Sólo gracias a la intervención de los policías salvamos las películas. La policía finalmente ordenó que cruzáramos de nuevo al lado americano. Era mediodía cuando Paulson y yo nos precipitamos a la frontera al enterarnos de que un tren americano había sido detenido por los huelguistas. Esperábamos captar una imagen del bloqueo real “en acción”. Cuando llegamos a Calexico encontramos las calles casi vacías. En el puerto de entrada, el panorama era aún más inquietante. Nadie iba y venía entre los dos países. Un funcionario de aduanas se negó a dejarnos pasar. Detenían todos los coches americanos. Sin embargo, se podía cruzar a pie. Nos desaconsejaron cruzar, sobre todo con cámaras. Con cierta dificultad, el jefe del servicio de inmigración mexicano nos dejó pasar. Encontramos las calles de Mexicali prácticamente vacías de tráfico, excepto de coches de policía y del gobierno. Las tiendas y los bares estaban cerrados. En los cruces de las calles se veían policías. Aquí y allá había grupos de hombres. Sólo vimos a dos mu-



jeros durante los 45 minutos que duró nuestra visita, pero no vimos a ningún otro estadounidense. Todo parecía tranquilo, y la policía charlaba fácilmente con los dispersos transeúntes. Como los ocupantes de un páramo —aparentemente miembros del comité central de huelga— nos permitieron hacerles una foto, supusimos que nadie pondría objeciones a otras “tomas” periodísticas de este tipo. Lo que demuestra que no se puede suponer demasiado, sobre todo en México.

Los periodistas locales no tenían problema de andar entre los huelguistas, pero los estadounidenses con cámara eran seguidos con atención. El ambiente de Mexicali no era de alegría o de fiesta sino de rabia concentrada, de frustraciones al límite. En el reportaje del *Imperial Valley Press* se abordaban diversos aspectos de la manifestación, pero se le daba énfasis a que los huelguistas habían intentado detener el tren que pasaba de México a Estados Unidos, lo que era, para los estadounidenses, un acto de franca rebelión contra el libre mercado, contra el sacrosanto transporte de mercancías por la frontera, para luego pasar a relatar cómo iban las negociaciones entre los involucrados:

Sólo se permitía la circulación de coches patrulla con banderas rojas y negras. Todas las carreteras estaban estrechamente vigiladas por la policía. El bloqueo de vehículos, en vigor en la frontera internacional, se aplicaba también a todas las carreteras de entrada a Mexicali. Sólo los peatones podían cruzar la frontera internacional. Mientras tanto, las negociaciones de paz avanzaban en el palacio entre los líderes sindicales y los funcionarios de la compañía eléctrica, dirigidas por el gobernador Sánchez Taboada. Una conferencia que duró toda la mañana del viernes se disolvió al mediodía sin que hubiera señales de un acuerdo inmediato. Sin embargo, las previsio-

nes de varias fuentes autorizadas indicaban que se llegaría a un acuerdo a última hora del viernes. La policía declinó interferir en las patrullas de huelguistas, aparentemente deseosa de evitar cualquier posibilidad de violencia. La huelga fue convocada por el poderoso sindicato mexicano CROM en protesta por las tarifas de la luz y la electricidad. La convocatoria de la huelga, con la paralización prácticamente total de todos los tipos de industria y comercio, se produjo tras el fracaso de una conferencia de dirigentes sindicales y funcionarios de la empresa con el gobernador Sánchez Taboada, que no se disolvió hasta la una de la madrugada. Los sindicatos han estado buscando una reducción de las tarifas que en algunos casos llega al 50%. La lucha lleva ocho meses en curso y muchos usuarios se han negado a pagar las facturas durante los últimos seis meses. Hoy sólo funcionaban las oficinas de los funcionarios, las comisarías de policía y el departamento de aguas. Los taxis hacían las veces de coches de policía honorarios. Todo el tráfico se realizaba a pie mientras grandes multitudes se congregaban en las calles al otro lado de la frontera de Calexico. El tráfico en la línea internacional fue bloqueado con una línea de automóviles a 65 pies de la línea. Anoche se advirtió a todos los residentes de Mexicali que compraran artículos de primera necesidad para al menos tres días. Seis escuelas del sistema de Mexicali cerraron por orden de los sindicatos, liberando a entre 3.000 y 4.000 escolares mexicanos para que se unieran a las manifestaciones organizadas por sus mayores. Los teléfonos sonaron sin respuesta en toda la ciudad. Los residentes abandonaron sus comercios y sus casas para unirse a la multitud que bloqueaba la ciudad o para observar el desarrollo de los acontecimientos. Las protestas contra las tarifas que cobra la compañía eléctrica comenzaron hace muchos meses. En noviembre las protestas cobraron fuerza. Durante este periodo las tarifas eran de 32 centavos (unos 8 céntimos) por kilovatio hora para los 100 primeros. El



1 de febrero la empresa redujo las tarifas a unos 20 centavos por kilovatio hora, con algunas diferencias en los distintos tipos de servicio utilizados. La Compañía de Luz y Electricidad es propiedad de la Sra. Archie Logan de Riverside. Se dice que la energía para la compañía es suministrada en la frontera internacional por la compañía Nevada-California Electric a la que la compañía mexicana la compra. La situación de la huelga tomó precedencia sobre la crisis agrícola cuando el gobernador Taboada se negó a ver a un comité Anti-Agrarista el jueves por la tarde. El gobernador envió un mensaje para que el comité regresara después de que se hubiera resuelto la disputa sobre la energía eléctrica.

El cardenismo trajo rupturas necesarias en el entramado político y social de la comunidad de frontera. Ahora los periodistas tenían que decidir entre hacerle la barba a los mexicanos privilegiados (banqueros, empresarios, políticos de alcurnia, rancheros extranjeros) o abrir sus publicaciones a los sectores marginados —pueblos nativos, obreros, agraristas, mujeres en pie de lucha, gente de izquierda—. A partir de 1937 se sucedieron marchas de protesta, huelgas, reivindicaciones de sectores que hasta entonces nadie reconocía como fundamentales para el progreso regional. La prensa descubrió, como en el caso de Adolfo Wilhelmy (*La Opinión*, 21 de noviembre de 1937), que los obreros tenían sus propias demandas laborales y que éstas debían presentarse en sus periódicos: no sólo podían quejarse de las acciones del gobierno cuando los marginaban de la información, sino que lo mismo sucedía cuando los empresarios e industriales estaban involucrados, como sucedió con la huelga de la Cervecería de Mexicali:

Desde ayer a las primeras horas de la mañana, el lienzo roji-negro, símbolo del proletariado, flota sobre el asta de la factoría de la Cervecería Mexicali al declararse el estado de huelga del Sindicato de Trabajadores de dicha empresa, afiliado recientemente a la CTM. Dando el plazo perentorio de sólo los seis días que como *mínimum* señala la Ley, los hoy huelguistas presentaron a la Compañía un pliego de peticiones conteniendo cuarenta y tres cláusulas; siendo las más importantes entre ellas, un considerable aumento en los salarios establecidos, que antes del movimiento alcanzaban como *mínimum* el de ocho pesos por la jornada legal; la semana de cuarenta y ocho horas —cinco días de trabajo, de ocho horas diarias—, y el pago regular por los siete días de la semana; aumento en el periodo de vacaciones anuales; ayuda por parte de la empresa con la cantidad de cien pesos por la muerte de algún familiar en primer grado, de cada miembro del Sindicato, para gastos de funeral y \$200.00 por igual concepto cuando fallezca alguno de los trabajadores: control absoluto en los trabajos de la factoría por los miembros del Sindicato, establecimiento de baños de agua caliente en el interior de la Cervecería, para uso de los operarios y otros de igual o menor cuantía hasta alcanzar el número de cuarenta y tres cláusulas petitorias. Ayer a las siete de la mañana feneció el plazo y desde luego los elementos en huelga tomaron posesión de los departamentos de elaboración, embotellamiento, etc., izando la bandera del trabajo, a fin de asegurar la completa paralización de éstos, ocupación que se llevó a cabo con todo orden por parte de los obreros en huelga.

El de 1937 bien puede ser denominado el año en que Mexicali estuvo en peligro por los ánimos tan caldeados de su comunidad. Por un lado estaba el movimiento agrarista, luego estaba su contraparte con los arrendadores mexicanos de



la Colorado River Land Company y, por último, estaba el conflicto soterrado que, finalmente hizo erupción, de la sociedad mexicalense contra la Compañía de Luz y Electricidad, movimiento de protesta que sólo se conjuró el 12 de abril, cuando la compañía californiana aceptó bajar en 40 centavos su tarifa eléctrica. En tal contexto, con tantas emociones impetuosas a flor de piel, la posición de *El Tecolote* dio impulso y definición a las causas populares del momento, sus artículos fueron el canto a la reincorporación de Baja California a México por decisión colectiva de sus habitantes, mostrando a la reconquista de las tierras del valle de Mexicali como un acto de justicia social, de imperativo revolucionario. El establecimiento del sistema ejidal y la llegada de campesinos provenientes de todo México para trabajar los ejidos trajo consigo la esperanza de que, finalmente, Baja California fuera considerado capaz de ser un estado libre y soberano de la República Mexicana. En un editorial escrito por este joven periodista (*El Tecolote*, 17 de julio de 1937), expuso que sin soberanía efectiva los bajacalifornianos seguirían siendo parias ante los prejuicios del interior del país, ante la falsa perspectiva de que Baja California poco tenía de mexicana, cuando la situación era completamente la opuesta:

Basta ya de tanta humillación. Somos tan mexicanos, como el más gritón de la Ciudad de México, del agua fresca y de los tamales de elote, si el mexicanismo autóctono por aquí principia, porque sin pregonar escandalosamente esta mercancía, nos gusta comerla, y si por este camino hay que confirmar nuestra nacionalidad (ya no por la sangre ni el lugar de nacimiento, señores conquistadores tipo siglo XX) debemos agregar que nos gusta en demasía la tortilla, y en el extranjero a pesar de los ricos panes para la comida y de la crueldad de los críticos de los dueños de casa ajena, seguimos frente a la

colectividad extraña comiendo tortilla con carne con chile, a la sombra de nuestra bandera nacional y despreciando toda invitación que vejara a nuestros ancestros y connacionales. Los que viven en la frontera, pocos son aquellos que no emigraron al vecino país; y, allá, en el extranjero, vinieron éstos a reafirmar más la nacionalidad. “Nadie sabe lo que es patria, sino hasta cuando se está fuera de ella”. Restaurantes, hoteles, escuelas, teatros, tanques públicos de natación, barberías, etcétera, donde no se admite al mexicano, no basados en una Ley de Estado, sino en la distinción personal para conservar su clase (excepto, naturalmente, a los burgueses conocidos); los barrios fuera de la población, más allá del “traque” en los pueblos chicos, la distinción en el trabajo, todo esto provoca la nostalgia de la ausencia de la patria, los amigos y los deudos; allá, cruzando la línea divisoria, vemos como todas las razas pronto se asimilan a las costumbres del país y consecuentemente adoptan su nacionalidad, menos la nuestra, indomable en sus costumbres e inquebrantable al cariño de su tierra. Donde quiera que esté el mexicano, sigue siendo mexicano. Y por el delito de estar cerca del vecino, creen y festinan nuestros hermanos de la altiplanicie que estamos perdiendo nuestra nacionalidad, ¡qué ignorantes!

El joven Pérez y Ramírez se preguntaba: “¿Quiénes son entonces los habitantes del Territorio Norte de la Baja California?”, especialmente cuando éstos debían lidiar con los recién llegados del centro del país que veían todo lo norteamericano como bárbaro y salvaje. Pero la respuesta era contundente. Nuestra entidad, con su trabajo comunitario, con su crisol de seres humanos venidos de todas las regiones de México y de muchos países del mundo, era el porvenir del país, la ruta a seguir:



Nosotros, habitantes de la frontera norte, siempre tenemos nuestro pensamiento en el corazón del país, con el más profundo cariño y respeto, añorando sus bellezas naturales, leyendas, monumentos... y cuando la suerte premia al trabajo, allá van los que vegetamos en provincia: profesionistas, artistas, artesanos, industriales, comerciantes, agricultores, etc., y de regreso, forma parte del bagaje, la filigrana de plata para la mujer amada, el zarape de Saltillo para adorno de la sala hogareña, el rebozo de bolita para la abuelita, el traje de charro para el hijo, etc.; mientras tanto los hombres de la mesa central pagan nuestra pasión desenfrenada de patriotismo — Vanguardia del Norte—, con el desprecio del mote de que somos “pochos”, y pasean por las calles y avenidas de la Ciudad de México, letreros como este: “En Baja California ondean dos banderas; hagamos que sólo aparezca la nuestra”. ¿Cuál otra bandera tenemos? Encabezamos nuestro editorial “Sin Soberanía Hacemos el Papel de Parias”, en referencia a nuestra relativa libertad política, social y económica; política, porque de todas las ventajas que tienen los Estados de la República, nosotros nomás ejercemos el de la elección, perdón, ejercíamos, ahora vemos ejercer la de un diputado al Congreso de la Unión. Desde el gobernante territorial hasta los jefes menores, todos son extraños al suelo y sus necesidades; socialmente, porque no somos nosotros los que resolvemos los problemas más pequeños, y económicamente, porque siempre disfrutó el centro de todos los ingresos; y por todas estas razones, pedimos la creación del Estado Norte de la Baja California; que despierte para esta campaña, pro-estado, el gigante de la CROM, que duerme siesta en las luchas electorales; que sacuda su melena la Cámara del Trabajo; que surjan los Veteranos de la Revolución; que actúe la Cámara de Comercio; que empuje la masonería; que luche la Legión de Jóvenes Mexicanos: que... en fin, que todas las fuerzas se unifiquen para crear el Estado Norte de la Baja California, aunque para su sostenimiento

tengamos que ocurrir a la contribución personal, como se hacía para los extranjeros en épocas pasadas.

El pensamiento de izquierda del joven Pedro F. Pérez y Ramírez no iba a ser el único que apareciera en la prensa mexicalense de aquellos tiempos. Muchos periodistas, como dueños de periódicos, se ubicaban en el campo ideológico de la defensa empresarial de la propiedad privada sobre la propiedad colectiva del sistema ejidal. Algunos no tenían ni siquiera ideología, sino que se inclinaban hacia donde mejor les pagaran. La Colorado River Land Company siempre tenía la cartera abierta para pagar páginas de publicidad que le redituaban artículos de opinión a favor de sus intereses en el valle de Mexicali. Periodistas como José Castillo y Armando Lelevier apuntaban sus baterías contra el movimiento agrarista siguiendo los pasos del coronel Esteban Cantú, que veía en todo lo revolucionario una tendencia a la barbarie y la disolución social. En un clima donde las inversiones estadounidenses marcaban la pauta a seguir, eran los heraldos de la prosperidad y la riqueza, el defender un movimiento agrarista era visto como un acto de negación del espíritu emprendedor. Y más cuando se vio que no había suficientes campesinos mexicanos para cultivar las tierras nacionalizadas y se tuvo que traer a campesinos sin tierra de otras partes del país. Muchos “dignísimos” mexicalenses protestaron por esta masiva inmigración interna, que en sus labios sonaba como una invasión comunista que traería la destrucción de la prosperidad conseguida. En su lugar, los agraristas que llegaron dieron impulso a la producción agrícola del valle e hicieron que la sociedad fronteriza volviera a ser un crisol de mexicanos venidos de todos los rumbos de la patria. Cosa curiosa: muchos periódicos que despotricaban contra el agrarismo cardenista acabaron teniendo como asiduos lectores a estos recién llegados.



A finales de la década de los años treinta, las relaciones entre la prensa mexicalense y los funcionarios públicos seguía provocando enfrentamientos que iban desde demandas por difamación hasta duelos a muerte. Un testigo de esto último fue Filemón Ramírez Mondragón, empleado del Ministerio Público de Mexicali. Según el libro *La canción del progreso* (2000) de Gabriel Trujillo Muñoz, Ramírez recordaría en 1967 que alrededor de las 2 de la tarde, Castillo se había presentado en el despacho de Vázquez López y que ambos se habían dirigido, cada uno en su auto, al oriente de la ciudad, hacia el campo de aviación, donde al parecer iban a dirimir sus querellas enfrentándose a tiros:

Habrían transcurrido unos treinta y cinco minutos cuando oímos sonar el timbre del teléfono de la Agencia del Ministerio Público. Un tanto nervioso tomé el auricular y pregunté:

—Agencia del Ministerio Público, ¿quién habla?

Al otro lado de la línea, una voz en tono sereno dijo:

—Habla José S. Castillo, me encuentro en la dirección del hospital Mexicali a disposición de la autoridad; acabo de conducir aquí al señor licenciado Vázquez López, quien se encuentra herido. ¡Aquí los espero!

No podíamos dejar de reconocer el rasgo del director de *El Regional*, al acudir en ayuda de su adversario, demostrando su caballerosidad al conducirlo en su propio coche al hospital, de donde personalmente, como ya digo antes, telefoneó a la Agencia del Ministerio Público, poniéndose a disposición de la autoridad para que se le juzgara por lo que había hecho.

Según Filemón Ramírez:

Los médicos de guardia hacían los preparativos para practicar una urgente operación quirúrgica al joven fiscal. Horas más

tarde, la operación había concluido, asegurándose un resultado satisfactorio, dentro de la gravedad del herido. Desgraciadamente, dos días después se presentó una complicación que culminó con la muerte del licenciado Vázquez López, dejándonos el grato recuerdo de su espíritu justiciero y de su caballerosidad.

Pero quedaron muchas dudas, que fueron presentadas por los diversos periódicos de la región, como lo hizo el *Chronicle* del 11 de octubre de 1939, donde se decía que el enfrentamiento del 9 de octubre, entre Castillo y Vázquez, era una noticia en marcha: “Mientras que el Lic. Mariano Vázquez L., fiscal local de Mexicali, fue reportado ligeramente mejorado, y J. S. Castillo, editor de *El Regional*, permaneció esta mañana bajo la vigilancia de los operativos federales como secuela de su enfrentamiento a tiros del lunes”. Y que habría manifestaciones de protesta por

las organizaciones laborales territoriales contra lo que calificaron como prensa venal y capitalista esta noche. Las manifestaciones se llevarán a cabo conjuntamente entre la Confederación de Trabajadores Mexicanos, la Confederación Regional del Obrero Mundial y la Confederación Agrarista, reuniéndose en el parque Héroes de Chapultepec a las 6:30 p. m. Un grupo se dirigirá a las oficinas de *El Regional* y otro al palacio de gobierno, y los oradores hablarán en ambos lugares.

Otros datos eran que:

El fiscal herido había insistido en que la pelea había surgido de dificultades personales y no políticas. Cada uno acusó al otro de efectuar el primer disparo. Mientras Castillo estaba



custodiado por un destacamento de 14 soldados del 14° batallón, sus amigos eran libres de ir y venir del hospital donde ha permanecido desde el tiroteo. Se cree que el tiroteo fue precipitado por una serie de ataques a Vázquez L., a quien Castillo acusó en prensa de saquear la finca de Abraham García. Mientras tanto, el sr. Antonio A. Banuett, agente interino del ministerio público, título oficial del cargo de Vázquez L., intentó conciliar las declaraciones contradictorias de los demandantes sobre cuál disparó primero y si las diferencias eran políticas o personales.

La finca de García no era la de Abraham sino la del difunto Alberto García, quien había sido jefe de la policía de Mexicali, a quien se acusaba de ser un matón que controló, a sangre y fuego, el valle de Mexicali durante el gobierno del general Rodríguez. García fue asesinado por Dan Marron y su esposa en California en 1931, y desde entonces las disputas por su herencia continuaban en pie. José Castanedo consiguió entrar a la comandancia de policía y entrevistar a Castillo. La declaración de éste la publicó en *La Opinión* el 13 de octubre de 1939 y sirvió para dar parte a la opinión pública de que el periodista había sido llamado por Vázquez, bajo orden judicial, a que se presentara en la Procuraduría General de Justicia del Distrito y Territorios Federales, de donde Vázquez tomó su auto y le dijo a Castillo que lo siguiera, y así llegaron, por el camino de Compuertas, al terreno de unos tanques de agua, donde el agente del Ministerio Público se detuvo:

Castillo que lo seguía, conforme se lo pidiera, también hizo alto. El licenciado descendió prontamente del vehículo y apenas dando tiempo a que Castillo pusiera pie en tierra se abalanzó sobre él, pistola en mano, disparándole casi a quemarropa

dos balazos que no hicieron blanco; incontinentemente le pegó en el cráneo, descargándole fuertes golpes con la cache de la pistola a la vez que le pegaba empujones y bofetadas. Ante la agresión tan repentina como inesperada Castillo se desplomó en tierra, sangrando y casi sin sentido, pero forcejeando por razón del instinto de conservación para quitarse de encima a Vázquez, que seguía golpeándolo, y echó mano de su pistola a efecto de repeler la agresión en pleno derecho de defensa propia. Por fin Castillo logró sacar su pistola y dice que, con el sentido semi-perdido por los fuertes golpes y la vista nublada por la sangre que le manaba de la herida del cráneo y caído en el suelo, disparó casi “a rumbo” dos balazos, uno de los cuales hizo blanco en el estómago y otro rozó ligeramente un hombro del abogado, que se desplomó inmediatamente. La herida era grave y dolorosa. Vuelto a la razón Castillo y ya semi-repuesto se levantó, viendo a un lado caído al licenciado Vázquez, quien con voz entrecortada le decía: “Me hirió... me hirió... me siento mal” a lo que el periodista le contestó: “Usted tuvo la culpa, abogado”. Más repuesto Castillo y ya habiéndose limpiado parte de la sangre con el pañuelo, comprendió que el licenciado estaba grave: con sumo cuidado lo levantó en brazos y lo llevó al automóvil del primero, guio su vehículo y lo condujo al Hospital Civil, donde solicitó auxilio médico para ambos, que les impartieron en el acto.

El 16 de octubre, ya fallecido Mariano Vázquez, el *Chronicle* avisaba que el proceso judicial contra el periodista Castillo debería esperar a que las aguas se sosegaran en la capital del Territorio Norte: “Cualquier proceso legal que se emprenda contra José S. Castillo, editor de *El Regional*, en Mexicali, que disparó y mató al Lic. Mariano Vázquez López, fiscal local, en un duelo a tiros el lunes pasado, se retrasará para permitir que el sentimiento popular se calme”. Mientras tanto,



Castillo permanecía custodiado en el hospital de Mexicali y continuaba dirigiendo

la edición y publicación de *El Regional* del sábado. Su periódico apareció unas horas después de los funerales de Vásquez L., cuyas exequias se celebraron en el palacio territorial. La mayoría de las personas que se han reunido en el palacio territorial han sido los que más han contribuido a la formación de la sociedad civil. En el cementerio, la Srta. Maldonado, secretaria del gobernador Rodolfo Sánchez Taboada, Saúl Sarabia, en nombre de la Confederación de Trabajadores Mexicanos, y J. Inocencio Cepeda, en nombre de la Confederación Regional del Obrero Mundial, exaltaron al difunto fiscal. En el cementerio, la Srta. Elvira Lastra, con quien Vásquez López había estado comprometido, habló brevemente, prometiendo lealtad eterna a su difunto prometido. Castillo estaba escribiendo su artículo principal, un recuento del tiroteo, mientras se realizaban las ceremonias fúnebres, e incluyó en su número una carta abierta al gobernador Sánchez Taboada, exigiendo una investigación de las acusaciones de saqueo de la finca que precipitó el tiroteo, y una acusación de que el capitán Garza Senande, ex secretario privado del gobierno, era responsable de organizar la manifestación laboral contra *El Regional*. El capitán Garza Senande es el encargado de la campaña territorial del general Manuel Ávila Camacho, candidato del gobierno a la presidencia en sucesión del presidente Lázaro Cárdenas.

El 19 de octubre de 1939 se informaba que Castillo había sido llevado a la cárcel de Mexicali por el duelo a muerte donde muriera el fiscal y que todo el asunto era consecuencia “de una enemistad política agravada por las acusaciones publicadas en el periódico de Castillo de que Vásquez L. había saqueado la hacienda de García”. El 15 de noviembre de 1939,

el *Imperial Valley Press* consiguió entrevistar a Castillo en la cárcel de Mexicali:

“¿Cómo se dice? ¡Ganaremos el caso!”. José Castillo, editor del periódico *El Regional* de Mexicali, con cara de abogado, se sentó en un banco de madera en la cárcel de Mexicali el martes por la tarde y discutió sus posibilidades de ser absuelto del cargo de homicidio que se le imputa por el tiroteo mortal del teniente Mariano Vásquez el 9 de octubre. Junto a él, en el banco, estaba su joven y guapa esposa. Con su delicado vestido azul y sus zapatillas, parecía fuera de lugar entre los muros de la prisión. Al otro lado de la puerta de la oficina de la cárcel, unos cuantos soldados de caqui desteñido descansaban sobre sus rifles. El empleado de la oficina aporreaba una máquina de escribir o miraba distraídamente hacia la puerta mientras el editor de 60 años contaba cómo había llegado a disparar a un fiscal del distrito. “Fue en defensa propia”, dijo en un inglés entrecortado que tuvo que ser complementado de vez en cuando por un intérprete. “El fiscal del distrito me ordenó que fuera con él. Dijo que era ‘lo suficientemente hombre’ como para ocuparse de mí. Cuando me ordenó subir a su coche tuve miedo y me negué. Lo seguí en mi propia máquina y cuando se detuvo en un lugar aislado al este de Mexicali yo también me detuve. El abogado empezó a disparar primero. No disparé hasta que me derribó después de forcejear...”. El editor se pasó una mano por el pelo ralo y canoso. “¿Ves?”, dijo. “Me golpeó en la cabeza, ahí”. La cicatriz de lo que evidentemente había sido un feo tajo asomaba por encima de su frente. “Era un hombre grande. No me gusta pelear, pero cuando tu vida está amenazada...”. Castillo mostró ejemplares de su periódico en los que aparecía la noticia a la que se atribuía el fatal encuentro. La historia trataba de la enajenación de la finca García, propiedad que perteneció a Alberto García, célebre jefe de la policía



fronteriza, asesinado en el desierto por Dan Marron en 1931. En el artículo se criticaba la forma en que el abogado había llevado las negociaciones de la propiedad. Dos agentes vieron el tiroteo. Al parecer, habían seguido a Castillo desde la comisaría donde se había presentado por orden del abogado. “En sus declaraciones, dijeron que disparé a Vásquez mientras estaba en su coche. Eso no es cierto”, acusó el editor. “Los peritos balísticos ya han demostrado que las balas alojadas en el coche de Vásquez no eran de mi arma, ¡sino de la del abogado!”.

Según el *Imperial Valley Press*, para Castillo aquel era un tiempo de espera mientras se resolvía su caso en la ciudad de México, mientras se fijaba la fecha del juicio, que se celebraría en la capital del país, pero al cual el propio periodista no tendría que acudir, sólo los documentos y las declaraciones:

La pena por homicidio en México es de ocho a trece años de prisión, declaró. Al principio, Castillo tuvo dificultades para conseguir un abogado que lo defendiera. “¡Nadie tocaría el caso!”, interrumpió la señora Castillo con ojos fulminantes. “Al principio, la Cámara de Comercio, a la que pertenece mi marido, ofreció su abogado. Pero tuvo que rechazarlo. Había demasiada presión por las conexiones de Vásquez”. Un abogado amigo, sin embargo, aceptó finalmente el encargo y al menos un abogado representa a Castillo en Ciudad de México. El editor se mostró voluble, pero aparentemente no nervioso. Insistió en que el tiroteo fue en defensa propia y se mostró muy convincente. Despejado, afeitado y elegantemente vestido con un traje de negocios marrón y zapatos recién lustrados, contrastaba notablemente con los demás reclusos de la cárcel. Detrás de las puertas de hierro donde Castillo está recluido cuando no recibe visitas, había una horda de presos harapientos que se arremolinaban en los oscuros pasillos o dormita-

ban en las camas de madera de los cuartos traseros. El olor a desinfectante se mezclaba con el de los cadáveres. “¡Dame un cigarrillo!” era el saludo principal cuando la horda se acercaba a los visitantes. Varios se abalanzaron sobre ellos e intentaron vender pequeños alfileres hechos con virutas de conchas de abulón. Apiñados, los presos siguieron a los visitantes por el laberinto de pasillos. Los únicos que no se inmutaron fueron varios que jugaban a las cartas sobre una manta. Los muros son de pesada mampostería y las ventanas están fuertemente atrincheradas. El patio de ejercicios está rodeado de altos muros de adobe rematados por una hilera de botellas rotas que ofrecen dentadas interferencias a cualquiera que intente trepar hacia la libertad. Desde dos torres de madera desvenecijadas, los guardias miran hacia abajo con rifles preparados. “¿Cómo es la comida?”, pregunta un visitante a un mexicano con cara de sabio que habla inglés. “Confidencialmente”, dijo en voz baja, “no es muy buena”.

El 30 de agosto de 1940 se anunciaba la sentencia, que era de cinco años y medio de prisión. Pero el 30 de diciembre de 1940 fue liberado, según el *Chronicle*, “después de pasar más de un año en la cárcel como secuela del disparo fatal de Mariano Vásquez L., fiscal local. Castillo alegó defensa propia y el Tribunal Supremo de México le dio la razón al anular las conclusiones del tribunal local de primera instancia que le había condenado a cinco años y medio de prisión”. Durante su tiempo en prisión, Castillo dirigió la publicación de *El Regional* manteniendo su regularidad. En ese mismo año surgió un escándalo fronterizo azuzado por los periódicos y la radio mexicalenses. El *Chronicle* del 30 de julio de 1940 decía que



Las interpretaciones periodísticas y radiofónicas del llamamiento por cable al secretario de Estado Hull para que se vuelva a la antigua práctica de las tarjetas de cruce, han dado lugar a una carta hoy de la cámara de comercio de aquí al coronel Rodolfo Sánchez Taboada, gobernador del territorio norteño de la Baja California, en la que se le pide que examine él mismo el mensaje con el fin de desmentir la desinformación difundida en la capital del territorio. La carta, con la firma de Frank Reynolds, secretario gerente, iba acompañada de una copia del cable dirigido al secretario Hull para que lo examinara el gobernador, con el comentario de que “nos sentimos definitivamente seguros de que no encontrará en el cable afirmaciones comparables con los comentarios de los periódicos y de la radio de Mexicali... en ningún momento hemos hecho declaraciones imprudentes con respecto a nuestros nacionales vecinos”. La publicación original del cable al secretario Hull fue seguida por una tormenta de acusaciones en los periódicos y la radio de Mexicali de que esta ciudad había propuesto permitir a los nacionales mexicanos entrar en la ciudad sólo para comprar y luego iban a ser arreados de vuelta bajo la vigilancia de la patrulla fronteriza de inmigración. La campaña periodística de Mexicali también incluyó acusaciones de que se habían hecho declaraciones despectivas por parte de funcionarios de la ciudad y líderes empresariales y que el contexto del mensaje al secretario Hull era insultante para los nacionales mexicanos. Por el contrario, Reynolds aseguró al gobernador que “en ningún momento hemos hecho declaraciones apresuradas o hostiles con respecto a nuestros nacionales vecinos. En todo el gran volumen de telegramas, cartas y declaraciones explicativas, hemos enfatizado que Mexicali y Calexico son prácticamente una sola ciudad; que sus negocios están entrelazados y lo que afecta a uno afecta al otro; que cada uno se desarrolló en gran medida sobre la base del otro; que los pueblos de cada uno son comercial y socialmente definiti-

vamente uno; que algunos ciudadanos asisten a la iglesia en Calexico y sus hijos a escuelas parroquiales privadas. En vista de esto no podríamos en ningún momento haber sido tan contradictorios en nuestro propósito como para recomendar que se permita a los ciudadanos mexicanos venir a Calexico sólo a comprar y regresar inmediatamente a Mexicali, fuertemente custodiados por la patrulla fronteriza como se afirma en los artículos de prensa que llegan a nuestro conocimiento. Creemos que nosotros y todas las demás comunidades fronterizas mexicanas somos los embajadores de buena voluntad de Estados Unidos y México”.

Los periodistas mexicalenses debían ser los testigos de los acontecimientos relevantes de su entorno. En los años cardenistas, la construcción del ferrocarril Sonora-Baja California fue, junto con el movimiento agrarista y la toma de tierras del valle, una fuente inagotable de noticias. Un momento memorable de esta empresa, que comunicó a la capital del Territorio Norte con el resto del país, lo ofreció el propio Castanedo (*Minerva*, abril de 1937):

El sábado 20 de marzo retropróximo más de quinientas personas de todas las clases sociales, invitadas por el director de la construcción, ingeniero Raúl Castro Padilla, tomaron en la estación de Mexicali el tren especial, compuesto de siete carros que los condujo a “punta de fierro” en el lugar denominado Fuentes Brotantes o estación Médanos, territorio del Estado de Sonora, siete kilómetros al este del Río Colorado, a la entrada del ardiente y arenoso desierto de Altar, a donde llegó el convoy a las once de la mañana, después de un feliz recorrido de más de 80 kilómetros. Sería prácticamente imposible consignar los nombres de los asistentes, entre los que notamos la presencia de distinguidas personalidades representativas de las



fuerzas vivas del vecino estado norteamericano de California, periodistas de los diarios americanos, comisionados venidos ex profeso de Tijuana, Ensenada, San Luis, Sonora, y de diversos lugares del Territorio; nutridas delegaciones del comercio, banca, industria, agricultura, intelectualidad, empleados, obreros, comunidades agrarias, campesinos libres, sindicatos, etc., de la localidad, figurando principalmente la prensa del Territorio en su totalidad y las autoridades civiles y militares. No quisimos dejar de anotar, sin embargo, en nuestro carnet los siguientes nombres: Ulises Irigoyen, Director General de Ferrocarriles, Tránsito y Tarifas de la Secretaría de Comunicaciones, enviado especial del Ministro Mújica para asistir al acto; su mamá, la respetable Sra. María de Jesús Irigoyen Vda. de Irigoyen, y sus hermanas Josefina y Andrea Irigoyen; Ing. Melquíades Angulo, Jefe del Departamento de Construcción y su esposa, la Sra. María Luis G. de Angulo; Dr. José Palacios Macedo, ex Director de la Facultad de Medicina y actual jefe de Servicio Médico de los Ferrocarriles; Tte. Coronel Rodolfo Sánchez Taboada, Gobernador del Territorio Norte; Antonio Hidalgo B., fundador del diario *El Universal* y actual Jefe del Departamento de Transportes de la citada Secretaría; Jorge Alarcón, Agente Gral. del Ferrocarril Sud-Pacífico de México; Joaquín Terrazas, cónsul de México en Caléxico; Mr. Howard, Cónsul de E. U. en Mexicali. Sobresalía la bella y numerosa concurrencia femenina, desde distinguidas damas de ambos lados de la línea hasta sencillas y humildes campesinas que comentaban favorablemente y a su manera la importancia del nuevo ferrocarril.

Los periodistas mexicalenses, como lo precisara don José, cubrieron las diferentes etapas de la construcción de esta magna obra, entre ellas el trágico extravío de una brigada de prospección, bajo el mando del ingeniero Jorge López Colla-

da, en pleno desierto sonorenses, donde murieron los cuatro integrantes, incluyendo el chofer mexicalense Gustavo Sotelo. Pero los infortunios también tocaron a los periodistas locales. Armando I. Lelevier recordaría que un nutrido grupo de periodistas acompañaron, en octubre de 1939, al coronel Rodolfo Sánchez Taboada, gobernador del Territorio Norte de la Baja California, a una gira de inspección de obras del ferrocarril Sonora-Baja California desde Mexicali hasta Punta Peñasco. Pero lo que empezó con asombro terminó con llanto:

Acompañábamos al gobernador los ingenieros Armando Lizárraga y Armando Gómez Escobar, el periodista Adolfo Wilhelmy, corresponsal de *La Opinión* de Los Ángeles, el ingeniero Eduardo Fourcada, divisionario del Ferrocarril Baja California a Sonora, Félix Lizárraga Serna, el ayudante Augusto Bogues y quien esto escribe y llegamos a la vieja estación del Ferrocarril Inter-California que se hallaba en la intersección de la avenida Reforma y calle Altamirano en donde abordamos unos arzones que nos conducirían a la “Punta de Fierro” que se encontraba en el kilómetro 174, que es hoy la estación López Collada, e iniciamos el viaje. Acabábamos de pasar por el kilómetro 148, a la altura de donde encontraron la muerte el ingeniero Jorge López Collada, Gustavo Sotelo, Sánchez Islas y Torres B. Se ocultaba el sol tras la lejanía del mar de Cortés y por ser conjunción, Selene hacía su aparición por el oriente, por lo que presenciábamos un espectáculo por demás singular. En esos momentos y quizá conmovido por el extraordinario paisaje, Wilhelmy inició la declamación de aquellos versos que por el momento no recuerdo el nombre de su autor, intitulados “Luna Llena”. En esos precisos instantes el armón se salió de la vía y con el impulso que llevaba comenzó a saltar sobre los durmientes. Wilhelmy, que iba en la parte posterior



del vehículo, para más seguridad se había recargado en un travesaño, en que se había acodado, interponiéndose en su improvisado asiento y sus muslos, que con los brincos impedíanle todo movimiento, golpeándole fuertemente sus extremidades, mientras los demás nos defendíamos parados milagrosamente de aquel zangoloteo infernal. Por fin se detuvo el armón y Adolfo, como consecuencia de las violentas y rudas sacudidas lo habían imposibilitado de moverse, molido pedía: ¡bájame por favor! Acudí en socorro del amigo y colega y al pretender sacarlo de la trabazón, apenas lo tocaba, dolorido por los golpes, exclamaba: “No, no me toques, no me muevas”; a la postre todos inclusive el Gordo Lizárraga, con su robusta humanidad, pudimos sacarlo.

Por otra parte, la visita de periodistas nacionales pagados por las arcas públicas estatales no era novedad en Mexicali. En 1920, el coronel Cantú utilizó a Rómulo Velasco Ceballos para hacerse pasar por defensor de la integridad nacional y encubrir sus días como defensor de la dictadura porfirista y de la usurpación huertista. En tiempos del general Rodríguez, Aurelio de Vivanco publicó *Baja California al día* como una guía turística y comercial para los viajeros en automóvil; y a mediados del siglo XX, el gobernador Alfonso García González tuvo a su servicio al periodista Fernando Jordán para impulsar la imagen de Baja California como el otro México, haciéndola más atractiva para el turismo nacional ahora que ya había vías terrestres y ferroviarias desde el interior del país. La publicidad y la propaganda eran aquí hermanas siamesas. Un buen negocio. Pero también había una cierta hermandad entre la raza del periodismo mexicalense. En el *Chronicle* del 9 de septiembre de 1940, en las postrimerías del cardenismo, se daba a conocer a los integrantes del Carnaval de Mexicali:

El carnaval de 1941 de Mexicali tuvo hoy un buen inicio cuando el Lic. Guillermo Enríquez de Rivera fue elegido para dirigir el espectáculo. Guillermo Enríquez estuvo flanqueado por un hábil grupo de directores para hacer de los tres días el mayor espectáculo hasta la fecha. El carnaval de Mexicali continuará donde termina la Cabalgata del Desierto; es decir, la cabalgata terminará el sábado 22 de febrero y el carnaval comenzará al día siguiente, también durante tres días. Enríquez de Rivera fue elegido ayer en una conferencia de empresarios y portavoces de casi todos los clubes y organizaciones de Mexicali. Lo asistirán José Gallego, primer vicepresidente, el doctor José Cárdenas Yado, segundo vicepresidente, Pablo Landeros Loreto, tercer vicepresidente, Alberto F. Moreno, secretario, Adolfo M. Wilhelmy, prosecretario, José López, tesorero, Abraham Román Rubio, protesorero, Rafael Corella, Lie. Manuel Sánchez, Salvador J. Alcocer, y representantes de los clubes Euterpe, Sorosis, Terpsícore, Pacífico, Psique, Zeus, Club Deportivo Atenas, Orquídea y Rococo. Como directivos están Facundo Bernal, Manuel Güereña, Pedro F. Pérez y Ramírez, Emigdio Robinson Bours, J. S. Castillo, José Herrera. Wilhelmy, José Castanedo, Antonia Eguía, Alfonso Lacarra, Juan Chávez, Sr. Aranda, Armando Ives Lelevier, Daniel F. Ortiz y Herberto Portugal, miembros del comité de publicidad.





Adolfo Wilhelmy, hombre de teatro y periodista mexicalense.

Adolfo Wilhelmy improvisó algunos versos chuscos para ser recitados durante el carnaval, tal y como están antologados en el libro *Mexicali: escenarios y personajes* (1987), donde hacía una invitación al mismo: “Se barrunta un carnaval/ alegre como ninguno;/ la fiesta más colosal/ del año cuarenta y uno./ Si este baile usted no pierde/ nos dará franco respaldo./ ¡Ora es tiempo, chile verde,/ que le des sabor al caldo!”. Y daba a conocer de qué iban a disfrazarse algunos de sus colegas de la prensa: Lelevier iría disfrazado de palomo, mientras que Facundo Bernal iría de fariseo, Peritus de tameme y el propio don Adolfo anunciaba que iría de rey momo. Como se ve, los periodistas podían estar en bandos diferentes, pero a la hora de las diversiones eran una sola, festiva comunidad. Pero quizás fue un hecho sucedido cuatro años antes el que mostraría la condición fronteriza de Mexicali en todo su esplendor. Y es que si 1937 pareció ser un año de luchas, conflictos, protestas y enfrentamientos a granel, también fue un año de triunfo para un decreto federal que hizo historia en esta región del país. El 1 de julio de 1937 se estableció la zona libre en la frontera norte. Otro logro del cardenismo. Wilhelmy hizo un reportaje de cómo los mexicalenses tomaron esta nueva disposición gubernamental. En su artículo (*La Opinión*, 6 de julio de 1937), don Adolfo señalaba el ánimo festivo, eufórico, con que la ciudadanía recibió aquel cambio:

Ayer por la madrugada las fanfarrias guerreras y la Banda de Música del 14o. Batallón despertaron al vecindario con las cascabeleras notas de alegres dianas. Tripulantes de grandes camiones, tanto la banda de guerra como la de música pudieron recorrer todas las calles de esta ciudad y del vecino Pueblo Nuevo, llevando la buena nueva: la apertura de la zona libre. Desde luego nos trasladamos a la Línea Divisoria, para



percatarnos quién sería el primero que, acogido a la benefactora franquicia, importara al amparo de ella las mercancías. Tocó en suerte “estrenar” en Mexicali a la zona al señor Florencio Aceves, conocido comerciante de ambos lados de la frontera, quien introdujo grandes tanques de gasolinas y lubricantes y un camión con llantas y artefactos para automóvil, ramo en que gira don Florencio. Como a las nueve de la mañana, algunas de nuestras más destacadas autoridades, precedidas por el Jefe del Departamento de Servicios Públicos, ingeniero Manuel Fernández Guerra y el Inspector General de Policía en el Territorio, señor Jesús Medina Ríos, en automóviles, formaron la cabeza de una columna compuesta de bandas de guerra y música y una fracción de fuerzas que guarnecen la plaza, dando lectura en sitios determinados con anterioridad, al Decreto Presidencial que creó la Zona Libre para toda esta entidad.

Baja California, gracias al cardenismo, se volvía una zona libre, un espacio privilegiado frente al resto del mercado nacional. Y la prensa mexicalense estaba ahí para dar fe, para celebrarlo con todo el resto de la sociedad. Pero la euforia no duraría mucho. Con la Segunda Guerra Mundial el racionamiento llegaría, la escasez de todas las mercancías indispensables.



A PASO REDOBLADO:
EL PERIODISMO EN LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL Y MÁS ALLÁ



Como ya hemos visto, después de ser secretario del general Abelardo L. Rodríguez, Adolfo Wilhelmy se labró un camino en la ciudad capital como promotor de obras escénicas, corresponsal de periódicos californianos y revistas de la ciudad de México y, durante el régimen (1937-1944) del coronel Rodolfo Sánchez Taboada, como asistente del gobierno del Territorio Norte de la Baja California. Wilhelmy, a pesar de los golpes recibidos en el descarrilamiento ferroviario, era un promotor sin par que lo mismo podía organizar el carnaval de Mexicali que la ayuda del gobierno a los damnificados de la región por el terremoto de 1940. Don Adolfo (*La Opinión*, 22 de mayo de 1940) avisaba que los periodistas locales no sólo se enfrentaban a dificultades políticas para llevar a cabo su labor, pues a veces, como en el terremoto del 18 de mayo que devastó la ciudad de Mexicali y su valle, también las fuerzas de la naturaleza golpearon a los representantes de la prensa, ya que el sismo dañó edificios y causó cortocircuitos que provocaron incendios en el centro comercial de la urbe, entre ellos uno devastador que arrasó “el taller tipográfico del periodista Ángel Zaldívar, director que fuera del hoy fenecido *Nuevo Mundo*. Esta lamentable pérdida deja al compañero en difícil situación económica ya que, según sabemos, no tenía asegurados sus talleres”. Pero lo que iba a hacer de Wilhelmy una figura nacional del periodismo mexicano fue la entrevista que le hizo a Ramón de la Paz, un farmacéutico mexicalense, a quien se le ocurrió la idea de autoproclamarse candidato a la presidencia de la

República en las elecciones de ese año. La entrevista, publicada con todo y fotografías, en una revista de distribución nacional, fue la sensación de la clase política mexicana y la comidilla en los círculos del poder, donde causó risas y comentarios sardónicos. El *Chronicle* del 17 de octubre de 1940 se preguntaba qué pasaría si Ramón de la Paz, por una jugada del destino, era electo presidente de México:

Sin ser escuchado, pero no silencioso, Ramón de la Paz, el boticario de Pueblo Nuevo, acaba de notificar al procurador general de México que, él, y solo él, es el “presidente constitucional de la república”. A pesar de la indiferencia de sus conciudadanos, de la Paz y su gabinete se sostienen en el palacio provisional que es su destartalada farmacia, solemnemente proclamando una serie de manifiestos, de los cuales varios son emitidos por Manuel Bello, ministro de Gobernación y de Asuntos Exteriores del régimen de Ramón de la Paz. Durante el momento más álgido de su campaña por la presidencia de la República, don Ramón recibió el mayor aviso de su carrera política, cuando al estar dando un discurso frente a la estatua de Obregón, un policía lo echó por estar obstaculizando el tráfico. De la Paz se retiró hacia el palacio de gobierno y desafió al gobernador, al policía y al público reunido denunciando los tratos recibidos. El periodista Adolfo Wilhelmy, de Mexicali, escribió una larga entrevista (con fotos) y la vendió a la revista *Hoy* de la Ciudad de México, pero no pasó nada. Don Ramon no fue encarcelado. El gobierno se limitó a reírse. Ahora don Ramón está enloquecido porque el fiscal general ha proclamado como presidente electo al general Ávila Camacho, por lo que ha dado a conocer sus reformas constitucionales, que incluyen 10 años de trabajos forzados para cualquier empleado del gobierno que se le descubra estafando al público. Además, don Ramón propone que se le dispare de inmediato a cual-

quier extranjero que abuse de la hospitalidad de la nación. Además quiere suspender toda instrucción militar lo mismo que la educación profesional. Y aún así, Mexicali se encoge de hombros y pregunta, ¡y qué!

Para el 19 de junio de 1941, Wilhelmy se incorporaba al *Calexico Chronicle* con una sección en idioma español, “La Crónica. Notas de Mexicali”. En su primer editorial, dirigido a los lectores potenciales, afirmaba:

Apenas iniciado el *Calexico Chronicle* en su nueva forma de circulación semanal ya se preocupa por introducir en la publicación más prestigiada y popular del Valle Imperial, trascendentales mejoras, como lo atestigua esta página escrita en el armonioso idioma de Cervantes; mejora de indiscutible trascendencia en estos momentos en que no sólo las ciudades fronterizas hermanas, cuyos nombres fueron tomados de ambos territorios colindantes, sino que ambos países fronterizos se aprestan a luchar, hombro con hombro, por la defensa del Mundo de Colon. Esta página de *La Crónica de Calexico*, como se castellaniza el nombre de este semanario, será la tribuna del “México de afuera” y a ella pueden ocurrir nuestros paisanos en queja contra atropellos, en anuncio de sus festividades, en pesquisas para procurar la búsqueda de parientes o amigos, o cualquier otro servicio de índole periodística que consideren necesario.

Pronto se vio el resultado. Se hablaba de festividades masónicas, suicidios, violaciones, nuevos ordenamientos, fallecimientos, matrimonios, veladas teatrales, accidentes automovilísticos, huelga en la compañía telefónica, la presencia ominosa de la tuberculosis, peleas de box en la arena Juárez en beneficio del cuerpo de la Policía Urbana local, o la visita oficial del secretario de Gobernación del gobierno mexicano,



el licenciado Miguel Alemán, a quien Wilhelmy trató de entrevistar sin conseguirlo. Su ideología era la de los hombres de negocios que odiaban a la izquierda cardenista y celebraban el progreso económico de Mexicali, como en su texto del 18 de septiembre de 1941, titulado “Es palpable el progreso de Mexicali. Se erigen fincas y se abren más comercios”, donde se afirmaba que “Mexicali camina, lenta pero seguramente por la senda de su bienestar económico” y que eso se demostraba tanto por “el número de construcciones que se están erigiendo en la actualidad para dedicarlas a negocios comerciales o industriales”, como por “la cantidad de negocios nuevos que, con éxito brillante, se están abriendo constantemente al servicio del público, significando nuevas fuentes de trabajo y producción que forzosamente redundan en beneficio de la economía citadina, regional y nacional”. Una de las noticias más curiosas que dio nuestro periodista fue la publicada el 10 de diciembre de 1942, donde informaba que el 20 de ese mes sería histórico, ya que el gobierno del Territorio Norte llevaría a cabo el primer matrimonio colectivo en Mexicali. O que, a partir de la entrada de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial, se reorganizaba el comité local de la defensa civil, dando a conocer que en las oficinas de la comandancia de la guarnición de la plaza se instaló este nuevo comité y se votó por quien sería el representante de la prensa en tal agrupación. Aquí aparecía el quién era quién del periodismo mexicalense de los años cuarenta:

señora María de Jesús Ruiz y señor José S. Castillo, por *El Regional*; coronel don Emigdio Robinson Bours por *Orientación*. Francisco Rodríguez y José Villalobos, por *Muralla*, José Castanedo, por la *Revista Minerva*, y Adolfo M. Wilhelmy, por *Cronos*, se procedió a nombrar, por votación secreta representante de la prensa local en el seno del Comité, resultando a la postre

confirmada tal representación en la persona del colega don Alfonso Tovar, director de *El Tecolote* y demás publicaciones que llevan su nombre.

Pero quienes primero iban a sufrir las consecuencias de la guerra en el Pacífico serían los japoneses y alemanes residentes en Baja California. El 11 de diciembre de 1941, el *Chronicle* señalaba cómo, de pronto, la frontera dejaba de ser una zona libre y se volvía un flanco vulnerable de Estados Unidos:

Con la firma del alcalde C. C. Rambo, una carta está en camino a San Francisco, al oficial comandante del área del noveno cuerpo del ejército de los Estados Unidos solicitando urgentemente que un destacamento de tropas sea estacionado en Calexico como una precaución de defensa durante la presente emergencia de guerra. En la comunicación se expone que el Valle Imperial y las zonas costeras adyacentes están prácticamente indefensas a lo largo de una larga franja de la frontera internacional, y que para agravar la situación hay en la Baja California un gran número de ciudadanos del Eje, tanto japoneses como alemanes. La cifra de japoneses sólo en Mexicali y sus alrededores se ha fijado entre 800 y 1 100. La carta señala que el Valle Imperial se ha quedado casi totalmente sin personal militar, y que el campamento de caballería de Campo está demasiado lejos para ayudar aquí en caso de ataque por sorpresa. El peligro de la invasión japonesa de la Baja California a través del golfo es otro punto señalado en la carta, y se explica que el avance de las tropas enemigas podría continuar sin oposición desde el golfo a través de Imperial Valley colocando a San Diego en una posición vulnerable. Indicativo de la gravedad con que los funcionarios de la ciudad ven la situación es la acción del alcalde Rambo en declarar formalmente que “un estado de emergencia ahora existe en la ciudad de Calexico”.



La guerra traería más censura sobre los medios a ambos lados de la frontera por motivos de “seguridad nacional”. A los periódicos mexicalenses esto les iba por partida doble: como buena parte se imprimían en Estados Unidos, estaban supeditados a las leyes de guerra del país vecino y sus publicaciones debían pasar la censura oficial gringa, no fuera a ser que dieran informaciones al enemigo. Y por parte de México, la conducta era la de cerrar filas alrededor del gobierno revolucionario, cumplir con el deber patriótico de ensalzar lo nacional y las actividades de las fuerzas armadas. Wilhelmy fue testigo de esta situación y lo vio en las relaciones entre prensa y autoridades, especialmente las policiacas. Como lo relató el 10 de julio en *La Crónica*, en un artículo titulado “Víctimas de una arbitrariedad”, a Mexicali habían llegado, conduciendo en auto desde la ciudad de México, el periodista Luis Amendola y el fotógrafo de prensa Santiago Garibay, ambos representantes de la revista *Hoy*. El par de periodistas defeños se instalaron en el Hotel Comercial el viernes a su llegada y para el sábado 5 de julio de 1941 ya recorrían Mexicali con el fin de tomar el pulso de la ciudad y recabar informes sobre la administración del gobernador Rodolfo Sánchez Taboada. Lo que no sabían era que iban a ser víctimas de esa misma administración:

Los hechos, tal como nos fueron narrados, pasaron como sigue: en la fecha indicada, al filo del mediodía, los periodistas conversaban, a la puerta de la Oficina, con el doctor don Gustavo Roviroso, nuevo Delegado de los Servicios Coordinados de Salubridad en el Territorio, cuando acertó a pasar frente al grupo el poco edificante espectáculo que extranjeros y nacionales observamos, el conducir de la cárcel al Juzgado a los procesados, con lujo de fuerza, en “cuerpo de patrulla”, desde que quedó inservible la “ambulancia” en que se hacían tales conduccio-

nes, evitando así a los detenidos, culpables o no, la vergüenza consiguiente de hacerles caminar por media calle, tal y como se hizo de moda durante el fatídico “periodo preconstitucional” del carrancismo, para llevar a “azorrillar” a tanto infeliz víctima del medio caótico de aquel entonces. El fotógrafo quiso aprovechar la magnífica oportunidad de “una foto que hablara sola” sobre lo que ocurre por estos remotos lares y consultó al periodista. —¿Los saco? —preguntó. —Desde luego —fue la contestación rotunda, apremiante; y con una diligencia reporteril a toda prueba, Garibay corre, alcanza la “vanguardia” del grupo armado y en un periquete impresiona la película, pero los celosísimos hijos de Marte, a guisa de protesta cogen al fotógrafo y a empujones le hacen entrar a filas y la fuerza armada sigue su marcha hacia las mazmorras carcelarias con dos prisioneros en lugar de uno. El señor Amendola, que se percató de la seriedad que el caso reviste, aunque en ninguna parte de país libre alguno puede ser delito sacar una foto de lo que pasa por la calle, así sea el Presidente de la República, el Nuncio del Papa o simples soldados, corre hacia el grupo, protesta airada aunque comedidamente ante “la Clase” que manda la patrulla, con el resultado de que también se le hace entrar a las filas y se les conduce a la cárcel, donde quedaron de hecho incomunicados, sin que se les permitiera mandar llamar a persona conocida alguna, hasta que por gracia especial se les permitió telefonar. El capitán Borrego Gutiérrez, Jefe del Destacamento, puso fin a esta aventura y los señores Amendola y Garibay abandonaron la prisión después de tres horas de encierro, que aprovecharon para hacer un buen acopio de observaciones, que se comentarán con toda amplitud, lujo de detalles y buenas fotografías en algunas de las próximas ediciones de *Hoy*.

Lo que don Adolfo decía entre líneas era que hacer periodismo en Mexicali, ya fuera hecho por periodistas nacionales o



locales, no era un oficio sin riesgos. Aquí, las autoridades estaban de mírame y no me toques. Amendola y Garibay habían sido aleccionados de los peligros por cumplir con su tarea noticiosa bajo el gobierno de Sánchez Taboada. Pero *La Crónica* también daba cuenta de aquellos otros personajes que llegaban del centro del país y que eran recibidos como los ídolos del pueblo incluso en estas lejanías fronterizas. En el número del 22 de octubre de 1942, Wilhelmy hacía la crónica de tal acontecimiento con el título de “Fue un éxito el último festival taurino. El debut de Cantinflas en el coso Mexicali”:

El arribo de Cantinflas al aeropuerto de Mexicali, la tarde del viernes último, 16 del actual y anunciado profusamente por las radioemisoras locales, fue un acontecimiento que nos hizo asegurar, por anticipado, el llenazo estupendo que atestó “de bote en bote” el coso “Mexicali” la tarde del domingo. La curiosidad por conocer y agasajar a su llegada al gran cómico, congregó a miles de personas, entre las que, naturalmente, predominaba el elemento femenino; provocándose tal batahola, al ser sacado materialmente en vilo Cantinflas del avión, que la multitud destrozó en su alborozo las instalaciones y aparatos de radio para sintonizar a control remoto y dar cuenta de los detalles de esta recepción verdaderamente monstruosa, que hizo necesaria la intervención de la policía a efecto de liberar al huésped de la “efusividad” besucona de sus admiradoras. En cuanto a Cantinflas, ¿para qué hablar de su labor si es el ídolo actual de los públicos, como han sido muchos otros que ya pasaron a la anonimidad del pretérito donde la fama artística se esfuma?, mantuvo al público en constante hilaridad, riendo “a mandíbula batiente”. En medio de lo jocoso de su actuación se adivinan las dotes de su gran afición y el valor de cualquier torero ya “cuajado” y de vergüenza. El público lo ovacionó hasta el delirio.



Cantinflas toreando en la plaza de toros de Mexicali, 1942.



En el Mexicali de la década de los años cuarenta, público había para ovacionar a las celebridades del mundo del espectáculo, pero como el propio don Adolfo reconocía, la radio estaba desplazando a los periódicos como el medio de comunicación por excelencia. Sin embargo, el trabajo del periodista aún tenía amplia resonancia. Así, el periodismo hecho en la capital de Baja California se vio reconocido, pues el 12 de noviembre de 1942 el *Chronicle* anunciaba:

el conocido periodista sinaloense don Armando Ives Lelevier, de antigua residencia entre nosotros, acaba de ser objeto de muy merecida distinción, al recibir un Diploma que le declara Miembro Honorario del Comité Cultural Argentino, de Buenos Aires, por sus valores intelectuales y su fecunda acción en favor de la unidad espiritual y la paz de América. Mucho nos complace el honor dispensado al colega y amigo, por el que le felicitamos.

Para entonces, el periodismo mexicalense se hallaba en una posición central en la vida comunitaria fronteriza. Su papel se volvió más necesario a medida que los periódicos, junto con la radio y el cine, se transformaban en puntas de lanza de la propaganda política y de la publicidad comercial, con gran intensidad, imaginación e impacto en la sociedad. Revistas como *Minerva*, *Norte* y *Pegaso* informaban, desde distintas trincheras ideológicas, de los acontecimientos internacionales, nacionales y locales, donde lo local se iba en destacar a funcionarios públicos, anunciar festejos sociales y las consabidas notas policíacas.

Cada día, un conflicto mundial parecía más cercano a pesar de las políticas de apaciguamiento. Hitler, Mussolini, Franco y Tojo lanzaban proclamas cada vez más agresivas. La atmósfera de guerra se sentía por todas partes, incluso en

Baja California, que vivía a la sombra del gigante dormido que eran los Estados Unidos de América en los años finales de la década de los treinta. Pero incluso en estas lejanías, la guerra se iba acercando inexorablemente. Por más que todos se dedicaban al turismo, a ver las películas de Hollywood y a recibir a sus luminarias en hoteles y restaurantes, Baja California no estaba ajena a estas nuevas circunstancias. San Diego, la base naval, comenzaba a crecer en personal y actividad desde fines de los años treinta. Los Estados Unidos de América mostraban signos inequívocos de prepararse para la guerra. El ataque japonés contra Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 llevó el conflicto a Mexicali. La militarización de la vida de los estadounidenses se trasladaba a la frontera. El racionamiento de gasolina y de piezas de repuesto para las máquinas impresoras se resintió entre 1941 y 1945. La guerra era el tema de moda, la noticia que acaparaba conversaciones en oficinas y hogares, en centros comerciales y tertulias. Y la guerra era el mejor impulso para que las empresas periodísticas prosperaran, se volvieran el centro de discusiones sobre la política mundial y nacional.

¿En qué condiciones estaba, para hacer frente a esta avalancha de informaciones, la prensa de Mexicali? ¿Cuáles eran, periodísticamente hablando, sus piezas fuertes? Examinemos a sus principales periodistas al inicio de los años cuarenta: Castillo seguía en la brega. Ángel Zaldívar buscaba poner en pie un taller propio para regresar con bríos. Los hermanos Bernal se hacían famosos publicando un soneto diario en periódicos regionales. En la primera mitad de los años cuarenta, como Armando I. Lelevier lo puntualizara, el número de imprentas en Mexicali había crecido en forma acelerada y varios periódicos lograron alcanzar su décimo aniversario. La persistencia periodística iba dando ya sus frutos en publicaciones más o menos permanentes y en talleres cada vez más llenos de trabajos de prensa.



Para 1942 los peligros con que debían lidiar los bajacalifornianos estaban ya presentes en todos los ámbitos de la vida cotidiana. La Segunda Guerra Mundial, que había comenzado en la lejana Europa, ahora estaba a las puertas de casa y su caos se diseminaba por toda la costa oeste de Estados Unidos, trayendo consigo concentraciones de tropas, hipervigilancia y una histeria colectiva que veía en cualquier sombra un japonés acechante. Un año más tarde, en 1943, se dio un hito editorial importante para la historia del periodismo en la entidad: se publicó la *Historia del periodismo y la imprenta en el Territorio Norte de la Baja California* de Armando I. Lelevier, folleto de apenas 30 páginas que, bajo los auspicios del gobierno (Rodolfo Sánchez Taboada) de aquella época, se editó para presentarlo en la Segunda Feria del Libro y Exposición Nacional del Periodismo, efectuada en la ciudad de México en abril de 1943. Ahora Baja California ya podía difundir un recuento del trabajo periodístico desde mediados del siglo XIX hasta esa fecha. Al hablar de la prensa actual, Lelevier enumeraba los periódicos mexicalenses según su fecha de registro oficial, que no la de fundación:

En la actualidad se encuentran registrados en la Oficina de Correos de esta capital los siguientes periódicos: *El Regional*, registrado el 11 de enero de 1932, semanario de información de cuatro columnas, a doce líneas, que dirige la señora María de Jesús Ruiz (probablemente la esposa de José Castillo); *El Tecolote*, con registro del 14 de julio de 1933, tabloide; *El Tiempo*, semanario de información a ocho columnas, a once y media líneas, registrado el 22 de noviembre de 1933, y dirigido por Armando I. Lelevier; su tamaño de página es de diecisiete y media por veintidós pulgadas; *Orientación*, semanario tabloide de información que dirige Emigdio R. Bours, con registro del 8 de abril de 1937; *Revista Minerva*, registrada como men-

sual el 8 de febrero de 1938 (pero que se publicaba desde 1927), sale principalmente en las fechas en que se conmemora algún acontecimiento; la dirige José Castanedo; *Muralla*, órgano del Sindicato de Cantineros, registrado el 22 de marzo de 1939; *Cronos*, dirigido por Adolfo Wilhelmy, registrado el 26 de julio de 1941, semanario de información; *Nuevo Mundo*, semanario de información que dirige Ángel Zaldívar, pendiente de registro por haberlo perdido.

En estos años, la guerra mundial se volvió el tema central de la prensa bajacaliforniana. Mientras las condiciones de vida se hacían más restrictivas, mientras los ciudadanos de los países del Eje (alemanes, japoneses e italianos) eran expulsados de la frontera y reubicados en el centro del país violando sus derechos ciudadanos, las noticias de los frentes de guerra ponían a pensar a los residentes fronterizos que, a pesar de toques de queda y productos racionados, vivían en un edén. En este orden de ideas, los poemas (casi siempre sonetos) que publicaba a diario el poeta Facundo Bernal (1883-1962) respondían al estado de ánimo colectivo de su comunidad, como en el poema "A mi cuate Colón" (*Guasa pura*, 12 de octubre de 1942), donde sin abandonar su habitual sentido del humor realizaba un retrato de la situación mundial:

¡Oh, mi cuate Colón, guarda tu espada,
que este día de plano te festejo
por haberte alcanzado la puntada
de seguir de Chabela su consejo!

Por ti vino Cortés; mas no me quejo,
con tal que tu atrevida vacilada



nos sirva para ver el mundo viejo
más salvaje que el nuevo, ¡vale nada!

Ya sabrás lo que pasa allá en Europa
donde la guerra marcha viento en popa:
destruye, mata, incendia, inunda, arrasa...

Y a Hitler la piedad le importa un pito;
¡mas no te pongas triste, Coloncito,
que hoy se celebra el Día de la Raza!

En buena medida, la sociedad bajacaliforniana aceptaba el clima bélico imperante como uno más de los desafíos diarios con los que tenía que vivir en la frontera, tan lejos del resto del país. Facundo Bernal expuso el sentir general de los bajacalifornianos, en relación con el conflicto armado, en su poema "Canto a la victoria" (*Guasa pura*, primavera de 1943):

Adelante marchemos, hermanos,
en defensa de la libertad;
campesinos, obreros, aldeanos,
por América todos luchad.

Muera el Eje de negro destino:
Mussolini el grotesco bufón;
muera Hitler, el vil asesino
y el salvaje y odioso Japón.

Y que brille por fin la Victoria
con intenso y divino fulgor;
que los buenos se cubran de Gloria
y los malos de oprobio y baldón.

Y que un mundo mejor se levante
entre arrullos de amor y de paz;
y la voz de los siglos nos cante:
Libertad, Igualdad, Hermandad.

No todo era, por supuesto, “arrullos de amor y de paz” entre la prensa de la entidad y el gobierno en turno. Así, el *Imperial Valley Press* del 3 de agosto de 1944 anunciaba la destitución del gobernador del Territorio Norte en un momento de rumores de toda especie:

El coronel Rodolfo Sánchez Taboada, quien fue sustituido como gobernador del distrito norte de Baja California por decreto presidencial, negó que su remoción del cargo tenga alguna relación con el encarcelamiento, el 24 de julio, de tres editores de un periódico de Tijuana que lo habían atacado en una serie de artículos recientemente. “El cambio en la gubernatura fue hecho por el presidente y no tuvo nada que ver con el episodio de Tijuana”, dijo Taboada. “En lo que respecta a mi propio futuro, todavía no he hecho ningún plan”. Taboada ha estado en el punto de mira de varios periódicos de Baja California durante muchos meses. Su batalla con la prensa llegó a su clímax la semana pasada, cuando su designado fiscal federal de distrito, Andrés E. Alemany, detuvo a tres periodistas, acusándoles de alteración del orden público por violar el código de prensa mexicano al criticar al gobernador. Los editores, Manuel Acosta Meza, Guillermo Medina Amor y Rodolfo Calderón, siguen en la cárcel de Tijuana, donde se encuentran bajo fianza. Acosta, en una edición reciente, acusó a Taboada de ser miembro de los Sinarquistas, partido fascista mexicano proscrito.



las pautas publicitarias del vecino del norte. Se anunciaban radios, televisores, autos último modelo, casas modernas, objetos deportivos para jugar al golf, al boliche, al beisbol. El ideal ya no era ser obrero o campesino, sino clase media orgullosa de sus *parties*, de sus reuniones sociales, de sus clubes. Era tiempo de disfrutar una vida normal dejando atrás la situación de emergencia y el toque de queda que había prevalecido en los últimos años. Los negocios y el despilfarro, la diversión y el baile regresaron por sus fueros al terminarse la época del racionamiento. Y la prensa cambió de inmediato hacia esas nuevas realidades fronterizas. Era hora de mostrar la vida bajacaliforniana como un espectáculo para todos los gustos, como un circo donde todos eran bienvenidos, como una cantina con las puertas bien abiertas. Y la prosperidad repercutió también en el número de opciones periodísticas que los bajacalifornianos podían adquirir en el puesto de la esquina. En 1947, apenas dos años después del triunfo de los aliados en la Segunda Guerra Mundial, la prensa en Mexicali rompió sus propias marcas: a principios de noviembre de 1947 salió a la luz *El Monitor* y el 5 de diciembre del mismo año hizo su debut el diario *ABC*. Un año más tarde, en pleno 1948, el *Nuevo Mundo* dejó de ser interdiario y se convirtió en diario bajo la batuta de Ángel Zaldívar, el decano del periodismo mexicalense. Ya en los años cincuenta, nació *La Extra* (1952), el vespertino del *Nuevo Mundo*. Y con ellos se afianzó *El Regional*, del veterano José Castillo, con lo que se fue conformando una plataforma editorial para que la prensa de la ciudad capital pudiera despegar, haciéndolo ya no como proclama revolucionaria sino como un espacio de publicidad para las nuevas empresas que iban creándose a ambos lados de la frontera. Ya entonces había un Bloque de Periodistas de Mexicali, que agrupaba a los periodistas más destacados de la ciudad. Como lo relató Peritus en su libro *Hombres, hechos y cosas* (1991), todo



comenzó en 1946, cuando Jesús M. Granados (*Orientación*) tuvo la idea de reunir al medio periodístico de la capital del estado. Empezó haciendo reuniones de sus colegas en el restaurante Olimpia, por la calle México:

En un principio la asistencia era bien escasa. La última década había sido de fuertes conmociones y acomodamientos sociales, la Reforma Agraria entre otros, y los periodistas locales habían emplazado trincheras en pro y en contra, surgiendo disgustos y agravios que parecían irreconciliables. Sin embargo, Granados perseveró y poco a poco logró que los periodistas fueran acudiendo a su llamado, viendo coronados sus esfuerzos a principios de 1947.

No era la única agrupación periodística de Mexicali, pues también existía la Sección 38 del Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa, pero que funcionaba con intereses no regionales. Peritus recordaba cómo se consolidó el Bloque de Periodistas de Mexicali:

Por esos mismos días, el director de *El Regional*, José S. Castillo, ofreció el local de su imprenta para esas reuniones y en ese lugar (un local comercial del antiguo edificio de El Tecolote) nació en un día del mes de abril de 1947 el mencionado Bloque, eligiéndose como primer presidente y por el resto de ese año a su organizador, el señor Granados, designándose una comisión para la redacción de los estatutos de la naciente agrupación. Ante el éxito alcanzado, el Bloque empezó a planear la organización de los periodistas en cada municipio y la elaboración del primer Congreso de Periodistas de Baja California, incluyéndose en esa finalidad a los periodistas del Territorio Sur de la península. Evento que se logró y que tuvo

lugar en el puerto de Ensenada durante los días 12, 13 y 14 de octubre de ese año de 1947, auspiciado por el Gobierno del Territorio que presidía el señor Alberto V. Aldrete.

Peritus señaló que entre los periodistas mexicalenses participantes del Congreso estuvieron Eduardo Garza Senande (*Nuevo Mundo*), Adolfo Wilhelmy (*Cronos*), Alberto Salaices (*Variedades*), Alfonso Tovar Álvarez (*El Tecolote*), José Castillo (*El Regional*), Jesús M. Granados (*Ases y Estrellas*), Adolfo Cabrera (*El Centinela*), Armando Lelevier (*El Tiempo*), Peritus (*Vanguardia*), Enrique de la Cruz (*El Monitor*) y Pedro García Mares (*Vía Libre*). Es valioso ver que, reunidos los periodistas de todos los rincones de la península, proclamaron durante el transcurso del Congreso sus acuerdos, como lo señaló Peritus:

Erección del Estado Libre y Soberano del Territorio Norte de Baja California; cese del Inspector General de Policía, el también periodista Emigdio Robinson Bours, por inepto y además “enemigo jurado de los periodistas”; que la Lotería Nacional deje “algo” para el Territorio; derogación de un decreto sobre carreteras federales en que se restringe el uso de ellas a los conductores que no son de las cooperativas de transportes; corregir las alteraciones del Escudo de Baja California; una campaña para abolir los barbarismos introducidos en nuestro idioma; abrir una polémica sobre la personalidad de Ricardo Flores Magón; la creación de dos premios anuales para los periodistas más distinguidos; creación de bibliotecas y un texto de historia de Baja California mediante un concurso entre historiadores; impulsar el turismo para toda la península: aumento del presupuesto para mayor inversión en la Carretera Transpeninsular; y por último, mayor funcionalidad a la franquicia de la Zona Libre de manera que sus beneficios sean



para el pueblo y no solamente para los inversionistas “que se vienen enriqueciendo fantásticamente”.

Más que una serie de peticiones prácticas parecía una lista de buenos deseos en términos gremiales (el cese del Inspector General de Policía), políticos (estado libre), ideológicos (la polémica sobre Ricardo Flores Magón), económicos (zona libre), educativos (contra los barbarismos fronterizos) y periodísticos (dos premios anuales). Sin embargo, apenas dos semanas después de aquel Congreso, el gobernador Aldrete fue sustituido por Alfonso García González, amigo del presidente Miguel Alemán y un político que no aceptaba más razones que las suyas, por lo que pronto tuvo a la prensa en su contra. El 28 de octubre de 1948, Reuben Plevinsky, editor del *Chronicle*, señalaba la movедiza relación entre los periodistas y los políticos de Mexicali:

Sin querer entrar en la política de Mexicali, queremos felicitar al gobernador Alfonso García González por haber cumplido su primer año al frente de la capital de Baja California. El banquete testimonial del viernes por la noche fue una prueba de su popularidad entre la mayoría del pueblo. Ninguna persona nombrada como Gobernador de un Territorio va a ser popular con toda la población. Baja California en muy poco tiempo (cinco años, tal vez) se convertirá en un estado, y el Gobernador será elegido. Pero hasta ese momento, el jefe designado del Territorio debe ser un nombramiento político —y un político. Esto es lamentable. En este sentido, queremos dejar constancia de nuestro apoyo a una prensa de traste. No importa lo que haga el jefe del Estado, es el servidor del pueblo. La prensa libre existe para recordar a nuestros funcionarios. Un funcionario que levanta un dedo para destruir esa libertad no es amigo del pueblo. Por lo tanto, el Bloque de Periodistas

de Mexicali debe ser alentado a mantener rectos a los funcionarios designados que gobiernan Mexicali y Baja California. A fin de cuentas, es la combinación de los funcionarios y el pueblo a través de su prensa, quienes conforman el gobierno. La oposición debe ser alentada en todo momento: cada lado de una cuestión debe ser escuchado. Podemos no estar de acuerdo con su opinión, pero defenderemos hasta la muerte su derecho a expresarla.

Plevinsky lo decía porque unos meses antes se había dado un enfrentamiento entre el Bloque de Periodistas de Mexicali y el propio gobernador del Territorio Norte de la Baja California. Esta época, que va de 1947 a 1952, de la llegada al gobierno de Alfonso García González al establecimiento del estado de Baja California, donde Mexicali seguiría siendo su capital, los problemas de la prensa con las autoridades continuaron presentándose en forma regular. Para muestra un botón. En su libro *Hombres, hechos y cosas* (1991), Pedro F. Pérez y Ramírez señalaba que “la entrega de presos mexicanos por autoridades nuestras a las del vecino país ha sido en todas las épocas”. Esto es: durante la época de Esteban Cantú e incluso de Abelardo L. Rodríguez, la policía de Calexico realizaba aprehensiones en territorio bajacaliforniano y llevaba al otro lado “a los detenidos de todas nacionalidades, no sólo mexicanos”, para que respondieran por los supuestos crímenes que les imputaban las autoridades estadounidenses. A veces, los nacionales se defendían y más de un policía gringo acababa en el hospital. O la policía mexicana hacía el trabajo sucio y despachaba en este lado a los que tenían líos con la justicia americana. Esta conducta oficial que golpeó, desde la prensa, al gobierno de Alfonso García González (1947-1953) ocurrió, según Pedro F. Pérez y Ramírez, al mediodía del 21 de julio de 1948. En ese entonces don Pedro



era el presidente del Bloque de Periodistas de Mexicali y esta agrupación sesionaba en el antiguo edificio de El Tecolote, en los talleres del periódico *El Regional*, a pocos metros de la línea divisoria con Estados Unidos y a unos pasos de ambas aduanas fronterizas, cuando llegó un hombre corriendo y les pidió a José Castillo, director de *El Regional*, y a Pérez y Ramírez que lo siguieran porque estaba sucediendo algo inusitado: “salimos todos en dirección a la garita mexicana, hasta donde fuimos recogiendo información, relativa toda a una frustrada entrega de un reo mexicano a policías norteamericanos por un jefe de la policía mexicana”. Poco a poco los periodistas fueron conociendo los pormenores de tal incidente y reaccionaron al día siguiente con un mensaje enviado al presidente de la República en aquel entonces, Miguel Alemán, donde protestaban enérgicamente contra los procedimientos, los agentes policiacos responsables y las autoridades que habían dado el visto bueno para un hecho que calificaban de “vergonzante malinchismo”, y además aseguraban que la frustrada entrega del reo mexicano José Roberto Bustamante no era la primera, ya que unos días antes se había entregado a tres mexicanos a la policía americana. Esta carta pública precisaba:

El miércoles 21 de los corrientes y una hora después del bochornoso incidente en la línea internacional, en que fuera frustrada la entrega por personal del Resguardo Fronterizo, del reo de nacionalidad mexicana José Roberto Bustamante, a las autoridades norteamericanas por miembros de la policía de seguridad local, según testimonio de muchísimas personas que logramos interrogar todavía en el lugar de los hechos, el Comité Directivo de esta Asociación de prensa, afín a la elevada misión que le corresponde dentro de la organización social y con la anuencia de la mayoría de sus miembros, se dirigió

en enérgicas protestas a las más altas autoridades del país, C. Presidente de la República, C. Secretario de Gobernación y C. Procurador de Justicia de la Nación, pidiendo respetuosamente se investigue y castigue a quienes resulten responsables de estos hechos y otros que se denuncian como sucedidos el viernes 16 de este mismo mes. Para concluir debemos aclarar que la posición de este organismo es bien clara: desea que cese de una vez por todas ese viejo y criminal procedimiento que por décadas se ha venido usando en esta frontera, y no entablar polémicas que entorpezcan la labor de las altas autoridades mencionadas y menos hacer defensas a sueldo en demérito de los sagrados intereses de la Patria.- Mexicali, B. Cfa., a 22 de Julio de 1948. Presidente, Pedro F. Pérez y Ramírez. Secretario, Alberto Salaices C.- Tesorero, Jesús M. Granados.

Este enfrentamiento entre los periodistas y el gobernador llevaría a una campaña de hostigamiento permanente contra los periodistas críticos, de tal forma que Armando I. Lelevier mandó en 1951 una relación de los atropellos sufridos por los periodistas, durante el régimen de García González, entre ellos asaltos y agresiones contra los “chicos de la prensa”, como se hacían llamar entonces, e incluso contra sus familiares:

El director del diario *Nuevo Mundo* de Mexicali, Eduardo Garza Senande, fue sacado de la dirección del periódico, arbitrariamente, por un agente de Tránsito, rudamente golpeado y llevado a la cárcel en donde permaneció 36 horas incomunicado, siendo declarado inocente por las autoridades correspondientes. Merece capítulo especial el que la respetable señora esposa de Garza Senande, directora de *Nuevo Mundo*, haya sido detenida, conducida a la dirección de Tránsito en donde se detuvo su carro enviándosele a pie a su domicilio. Estos



hechos han indignado a la sociedad mexicalense, y ponen de manifiesto que el Gobierno de García González que auspicia todas estas arbitrariedades viene descendiendo a planos que son desdoro para cualquier Administración. Creo en mi deber manifestar a usted que, los directores de los diarios *Nuevo Mundo* y *El Monitor*, ambos de Mexicali, Baja California, manifestaron por medio de sus columnas que se abstendían de concurrir a la comida que se daba al C. Presidente Alemán el pasado día 7, como protesta por la falta de garantías que debería de haberse precisado se constreñían al Norte de la Baja California y no al resto del país. Yo, en lo personal, creo a nuestro actual régimen le conviene altamente hacer que todos los gobernantes cumplan con el programa de libertades expresado por el Presidente Alemán en la comida que le ofrecieron los periodistas. En estas líneas creo expresar el deseo de mis compañeros que creo también pueden respaldarlo en cualquier momento, a mi regreso a la lejana e injustamente calumniada Baja California; que quizá por ser la más lejana y por sentir más el despego espiritual de su gobierno, es la hija más fiel y amorosa de nuestro México.

Como es visible, en el gobierno de Alfonso García González no disminuyeron en Mexicali las fricciones entre la prensa y el gobierno del Territorio Norte. Y en el caso del traslado de presos mexicanos a Estados Unidos, la versión oficial salía, curiosamente, en el *Chronicle*, que el 27 de julio de 1948 informaba que un periódico de Mexicali, en una nota periódica, acusaba de contubernio entre las policías de ambos países, pues decía que “la policía de Mexicali ha entregado a nacionales mexicanos a través de la frontera a las autoridades de Calexico”, lo cual violaba las leyes mexicanas. Lo que fue negado por el jefe de la policía de Calexico, de apellido

Duelfer, quien tuvo que mandar una explicación al mismo gobernador Alfonso García González, donde aseguraba:

El informe es una falsedad absoluta. Permítame aprovechar esta oportunidad para afirmar que nunca hubo en ningún momento ningún nacional mexicano entregado a mí por el departamento de policía de Mexicali o cualquier otro departamento en Mexicali o la República de México. El informe es una falsedad absoluta.

En ese mismo reportaje del *Chronicle*, el jefe de la policía también escribió una carta al gobernador Alfonso García González que decía:

Permítame aprovechar esta oportunidad para hacer una declaración con respecto al caso en el que cierto periódico de Mexicali ha impreso una declaración que supuestamente citó a un oficial de inmigración mexicano acusando al departamento de policía de Mexicali de entregarme prisioneros mexicanos. Señor, esto no es la verdad. Este periódico ha causado mucho malestar en ambos lados de la frontera, simplemente por imprimir declaraciones falsas día tras día. La verdad del caso es la siguiente: un detective de Mexicali vino a mi oficina el 21 de julio de 1948 y me preguntó si quería que un tal Oscar Valdez (a quien había acusado de robo) fuera llevado a mi oficina para que identificara a un tal Roberto Bustamante, que había sido detenido en Mexicali. Este hombre había disparado tres veces con un revólver a un agente de la patrulla fronteriza en Calexico la noche anterior. El prisionero de este lado fue llevado a la línea. También el prisionero de Mexicali. Ninguno de los dos hombres fue llevado al otro lado de la línea. La identificación se hizo con la valla internacional entre ambas partes.



He recibido una maravillosa cooperación del departamento de policía de Mexicali.

Y el jefe policiaco terminaba diciendo que el periódico mexicalense, con sus calumnias, era el que dificultaba a las fuerzas del orden de ambos lados de la frontera hacer su tarea, provocando “la gravísima situación delictiva que existe aquí en la actualidad”. Lo cierto es que el Bloque de Periodistas de Mexicali albergaba en su seno a periodistas de toda clase, incluyendo reporteros de a pie, columnistas con aires intelectuales, articulistas dedicados al chantaje, representantes de izquierdas y derechas, fisgones de lo público y lo privado, editores al servicio del gobierno, la Iglesia o el ramo empresarial y críticos imperiosos que no claudicaban a pesar de ser amenazados o recibir castigos corporales. Francisco Bernal, hermano menor de Facundo y quien no era miembro del Bloque, publicó sonetos que eran semblanzas de sus colegas en la revista *Varietades* entre 1947 y 1948. Aquí van algunos de los retratos más representativos de los periodistas mexicalenses de aquella época:

J. M. Granados
(El Chanate, director de *Ases y Estrellas*)

Chapo, grueso, color de chocolate;
luchador incansable y tesonero;
ex-quemador de judas y extorero,
es de los periodistas muy buen cuate.

De toros y de cines acicate,
cuando son malos los ataca fiero,
pues siempre ha sido defensor sincero
de intereses comunes El Chanate.

Con la pluma en lugar del viejo estoque
se cuadra, se perfila, se va al fondo,
y deja de la acción profundas huellas.

Es el mero gallón de los del “Bloque”
y sin vanos alardes de sabihondo
sigue en la dirección de *Ases y Estrellas*.

Adolfo Barahona P.
(El Indio, director de *Variedades*)

Soldado de fortuna, prieto y gacho,
luchó siempre en defensa del derecho,
quedando a veces en la lid maltrecho,
pero siempre torciéndose el mostacho.

Sigue la misma ruta sin empacho
y de los dictadores en acecho,
hace brotar de su valiente pecho
la protesta a favor del populacho.

Ataca a todo mal oliente bicho
que solamente por creerse chicho
pretende dragonearla de muy ducho.

En *Variedades*, como buen jarocho,
siempre está alegre y en un tres por ocho
escribe como piensa: bueno y mucho.

Alfonso Tovar A.
(Tovarich, director de *El Tecolote*)



Tovarich bien se expresa en sus voceros
como escritor y caricaturista;
buen orador y viejo periodista,
es casi de los menos mitoteros.

En la prensa, luchando por los fueros
de los de abajo, fue gran idealista,
y muchas simpatías se conquista
con la gente del campo y los obreros.

Comandante del Cuarto Batallón
de Voluntarios, demostró su acción
de viejo militar en la enseñanza.

Y sigue defendiendo su idealismo
en la brega tenaz del periodismo,
con bríos, con valor y con pujanza.

Bernal era un observador perspicaz de su propia profesión de periodista. No se le escapaba ningún detalle porque como parte de la raza de la prensa convivía con todos ellos, pero no vivía de su trabajo periodístico sino de su labor en el comercio zapatero de sus hermanos. Por eso podía darse el lujo de criticar a sus colegas por lo que hacían o dejaban de hacer:

Pedro F. Pérez y Ramírez
(Peritus, director de *Vanguardia*)

Poeta de altos vuelos, dibujante,
pintor y periodista independiente,
vive aquí desde que era adolescente
y aquí fue su debut de principiante.

Usa a veces la sátira punzante,
otras la frase suave y elocuente;
y a la Belleza canta reverente
su lira de cadencia resonante.

Peritus es amigo muy sincero,
generoso, modesto, campechano,
y lleva como norma la franqueza.

Es un factor de empuje verdadero,
por lo que el “Bloque” debe estar ufano
de tenerlo en las filas de su empresa.

Profr. Pedro García Mares
(director de *Vía Libre*)

Tal vez en el sagrado relicario
donde el recuerdo fiel tiene su imperio,
guarde este paladín del magisterio,
de San Miguel el viejo silabario.

Tal vez en un antiguo seminario
vivió su involuntario cautiverio;
pero hoy impone su viril criterio
en un libre y valiente semanario.

Este fuerte pilar del periodismo
ya sufrió de su sangre el cruel bautismo
en un asalto por demás salvaje.

Y como de ello se hace poco caso
por quienes deben dar el primer paso,
para toda la prensa es un ultraje.



Juan B. Hernández
(director de *ABC*)

Don Juan, que es un Don Juan del Periodismo,
ha tenido sus altas y sus bajas
y ha jugado también con dos barajas
al mismo tiempo y en el sitio mismo.

Poco le ha preocupado este dualismo
que para muchos tiene sus ventajas,
pero que al fin con destempladas cajas
los arroja al oscuro “ningunismo”.

Don Juan es director del *ABC*,
un vasto diario gobiernista al que
no hay otro en apariencia que le gane.

Un periódico sin editorial,
que a nadie juzga bien ni juzga mal
porque es un diario de criterio inane.

La lista de periodistas y editores que ofrecía Bernal era amplia y a todos, sin temblarle la mano, retrataba con sus fallas y aciertos, teniendo en cuenta que el marco de referencia era su postura ante el poder, su conducta periodística a la hora de decir la verdad o venderla al mejor postor. Sus sonetos fueron una fiel radiografía de los logros y lacras de la prensa:

José Severo Castillo
(director de *El Regional*)

Periodista muy viejo en el oficio,
de todos los gobiernos oponente,
con sus ideas es intransigente
aunque causen a veces estropicio.

Todo hecho injusto ataca y todo vicio;
pero cuando lo juzga conveniente
sabe callar haciéndose el prudente,
lo que no es de honradez ningún indicio.

El colega en cuestión por largos años
causa con su labor bienes y daños
y tiene cierto relativo brillo.

Él es un luchador constante; pero
por más que sea paladín severo,
sólo es hecho de naipes su castillo.

Armando I. Lelevier
(director de *El Tiempo*)

Del Estado vecino de Sonora
a nuestro Territorio vino Armando,
y apenas se hace del ambiente cuando
el sector periodístico avizora.

En la política local labora
y se coloca en el opuesto bando
que por renovación está luchando
contra los sátrapas de ayer y ahora.

Ha empezado a sufrir ya los reveses
en su persona y en sus intereses,
por causa de quien causa tantos males.

Pero sigue adelante, no claudica
y una constante oposición le aplica
al caciquillo actual García González.



José Luis Fernández Cuéllar
(columnista de *Nuevo Mundo*)

Sigue las huellas de su jefe Garza
Senande porque así lo obliga el caso;
pero no marcha con el mismo paso,
ni a su misma política se engarza.

Del *Nuevo Mundo* toda la comparsa
tiene que, al Director, hacerle caso;
por eso ha compartido su fracaso
y es un reflejo de la misma farsa.

Para estos columnistas la verdad
sólo es objeto de venalidad
y su pluma al chantaje está dispuesta.

Aunque se crezca Cuéllar y se encumbre,
la mano por él no meto a la lumbre
ni me parece su labor honesta.

Para Francisco Bernal, la raza de la prensa era “una plaga de necios que aquí abunda”, donde el chantaje y lo convecnenciero eran actitudes primordiales para vivir de lo que se reportaba y escribía, de lo que se aplaudía y criticaba. Pocos escapaban a semejante medianía. Pocos eran valedores de la verdad y no de sus intereses personales o políticos:

José Luis Villalobos
(redactor de *Variedades*)

Es de los nuestros este Villalobos
y como todos los de *Variedades*,

al escribir no espera utilidades
pecuniarias, y lo hace sin retobos.

Lo temen y lo acechan cuantos lobos,
de la política con sus maldades
pretenden aplastar las libertades.
Espantapájaros de pobres bobos.

Escribe “Croniquillas de Polvópolis”
y hace que hasta la paz de la Necrópolis
se altere con sus gritos, *Malgré tout*.

No es de los que se callan con dinero
y así lo dio a entender desde primero
que en *Variedades* hizo su debut.

Carlos González M.
(director de *Vía Libre*)

Izquierdista se muestra siempre Chale
cuando tiene ocasión en *Vía Libre*
y es rojo jalador de gran calibre,
sin que a nadie preocupe que así jale.

En la cantina está dale que dale
dejando que su verba ardiente vibre,
y no hay modo que el crédito equilibre
si paga al cantinero con un vale...

Antes que periodista fue en un día
del ramo mordelón de policía,
donde el delito siempre se solapa.



Por eso dicen muchos que no pierde sus antiguas costumbres y que “muerte” cuando alguna ocasión no se le escapa.

Eduardo Rubio
(columnista de *La Voz de Mexicali*)

Ha sido, es y será Rubio “El Peludo”, para escribir muy buen convenenciero, pues si en *El Monitor* fuera un sincero luchador popular, entonces pudo.

Pudo porque llevaba por escudo la verdad, la honradez y no el dinero que después lo hizo dar un paso artero, y para ciertas cosas quedó mudo.

La Voz de Mexicali no es la voz de Mexicali, sino portavoz de un gobierno procaz y atrabiliario.

Y Rubio, que antes fuera independiente y defensor del regional ambiente, sujeta a su interés el comentario.

Lamentablemente, Bernal no tomó en cuenta a las mujeres periodistas que hacían sus pininos en esa década: Beatriz Flores del *Nuevo Mundo* y Olimpia Chacón del *ABC*. La primera era una muchacha de sociedad que se metía, sin problemas, en cuanta fiesta o banquete hubiera para sacar sus notas siempre con un toque divertido, ligero. La segunda, siendo sobrina de Juan B. Hernández, entró a la planta de redactores del *ABC*, primero en la consabida sección de so-

ciales, donde con un estilo más sobrio que el de Flores, difundió los eventos de la sociedad fronteriza, para años después pasar a la sección general. Su trabajo periodístico fue reconocido y cuando se fundó *La Voz de la Frontera* (1964) se incorporó a este nuevo medio.

El 21 de Noviembre Será el Juicio de Montijo en Francia
(Información en la Era, C&J)

ALBERCA "AGUA AZUL"
En fiesta en el desierto y La Purísima en Mexicali
Cerveza y Tijama.

Nuevo Mundo

Publicado como suplemento de Segunda Clase en la Administración de Correos de México, el día 21 de Mayo de 1952. Miembro de la Asociación de Editores y Distribuidores de México y de la Unión de Editores de México.

MIEMBRO DE LA ASOCIACIÓN DE EDITORES Y DISTRIBUIDORES DE MEXICO Y DE LA UNIÓN DE EDITORES DE MEXICO.

CENTRO ELECTRICO DE MEXICALI
Baterías, radioaparatos, aparatos, etc.
REPARACIONES Y SERVICIOS
A. BARRERA No. 275 Tel. 100 y 101

MEXICALI, B. C. JUEVES 6 DE OCTUBRE DE 1952

Sube el Precio del Algodón

Los Usuarios de Telefonos se Organizan en su Defensa

La Corte Esta Comovida por la Gran Accion
De que la Sra. Henjio Hays fide al Juicio

Mañana se Integrará el Comité en Esta Cd.
La Empresa Contestó a la Cámara de C. con Ataques sin Fundamento

El Gobernador se Enfrenta al Problema Agrícola Local
Conoció ayer de Viva voz la Grave Situación

Favorable Reacción se Esta Registrando
Mojera Seis Dólares el Precio de la Peca y Tiendo a Subir en E.U.

Sección de la Sra. Henjio Hays fide al Juicio. La corte está comovida por la gran acción de que la Sra. Henjio Hays fide al juicio. La corte está comovida por la gran acción de que la Sra. Henjio Hays fide al juicio.

Mañana se integrará el comité en esta ciudad. La empresa contestó a la cámara de comercio con ataques sin fundamento. Mañana se integrará el comité en esta ciudad.

El gobernador se enfrenta al problema agrícola local. Conoció ayer de viva voz la grave situación. El gobernador se enfrenta al problema agrícola local.

Favorable reacción se está registrando. Mojera seis dólares el precio de la peca y tiende a subir en E.U. Favorable reacción se está registrando.

Nuevo Mundo, primer diario mexicalense.

A la prensa mexicalense se le veía, en los tiempos del Territorio Norte de la Baja California, de muchas formas: a veces, especialmente en las cámaras de comercio del Valle Imperial, se le consideraba como instigadora de problemas fronterizos, como ponedora de navajas entre Mexicali y Calexico. En otras ocasiones, se le veía como aliada al ser portavoz de los valores empresariales y cristianos tan caros a la sociedad estadounidense. En el lado mexicano, la prensa era un poder al que se le daba por igual garrote y zanahoria. Se le entregaban trabajos propagandísticos si se portaba bien o se enviaba a sus representantes a la cárcel para que pensarán



mejor su conducta con respecto al gobierno. El periodismo era, en todo caso, un mal necesario que debía soportarse con estoicismo o que debía castigarse por su descaro e insubordinación. Los propios periodistas se consideraban, de cara al público, defensores sin tacha de la sociedad, aunque vivieran a expensas de los subsidios del gobierno y de las dádivas de los empresarios. Los periodistas se enorgullecían de recibir regalos de tal o cual funcionario público, de tal o cual tienda, como tributos a su relación política o comercial. Sabían cuidarse las espaldas entre sí, pero competían ferozmente por el dinero de la publicidad privada y de la propaganda oficial. Sus momentos de bonanza eran los tiempos electorales y los días de ofertas. El periodismo no era, para ellos, una labor misional sino un negocio como cualquier otro. Su profesión era un trabajo en la cuerda floja de los poderes fácticos. Una vida de la que, en cuanto tenían oportunidad, escapaban hacia un cargo público, hacia un puesto mercantil. Y sabían hacerse oír, sabían incordiar, halagar, sacar tajada de lo bueno y de lo malo que pasaba ante sus ojos. Podían elaborar una campaña en pro de los damnificados de una tragedia o desarrollar una operación de revancha contra quienes no les dieran su lugar. Así, según el *Chronicle* del 21 de julio de 1949, se mencionaba otra campaña negra, chantajista, pero esta vez dirigida contra los comerciantes del Valle Imperial por un diario mexicalense, que luego pidió, muy descaradamente, que los comercios del otro lado se anunciaran en su publicación:

Hace apenas unos meses, un diario de Mexicali, que no será nombrado en estas columnas, emprendió una campaña de lo más viciosa y virulenta, organizó comités y se convirtió en un factor principal para exigir a sus ciudadanos que compraran sólo en Mexicali. Esa campaña fue contraproducente. Más

recientemente, su editor se postuló para un cargo político, y fue derrotado, de mala manera. Su desacreditado periódico se acercó a nuestra Cámara de Comercio de Calexico, pidiendo a nuestros comerciantes que cooperaran anunciándose en sus columnas. Eso fue bastante estúpido. Seis comerciantes se han dirigido a nosotros, quejándose de la acción de nuestra Cámara de Comercio al dar una mano al mismo instrumento que hace tres meses buscaba derribar el comercio amistoso entre nuestras dos orgullosas ciudades. No necesitan que nadie piense por ellos.

Sin embargo, para los representantes de la prensa en Mexicali, la vida no era sólo enfrentamientos con los funcionarios públicos del momento o con las empresas del otro lado. Podían estar en bandos contrarios en la política, pero había un campo en común para todos ellos, como lo mencionaba el *Chronicle* del 31 de agosto de 1950:

Dispuestos a arrebatarse honores a los “Águilas”, los periodistas mexicalenses se enfrentarán a los “Locotorras”... ¡perdón!, quisimos decir a los Locutores de la máxima ciudad bajacaliforniana. El encuentro promete ser reñidísimo ya que hace un año se entrenan ambos equipos (unos con la máquina de escribir, los otros con el micrófono) para “apalearse” al contrario. Nuestros lectores deducirán, desde luego, que se trata del juego de Baseball que anualmente celebran los elementos mencionados y que han constituido un verdadero acontecimiento, puesto que además de dar oportunidad al público de conocer de cerca a los “Chicos de la Prensa” y a los “Chicos del Micrófono”, los fondos que se obtienen de este fenomenal encontronazo, se dedican para fines benéficos que han merecido la aprobación de toda la población. El juego se verificará mañana viernes primero de septiembre en el parque Hidalgo



y esperamos que tanto Mexicali como Calexico respondan al llamado de los “muchachos” para demostrarles que sabemos apreciar su noble y significativo esfuerzo.

Lo importante, más allá de campañas negras y de cinismos periodísticos, de agrupaciones en defensa de la prensa y de competencias deportivas, fueron las rutas que se establecieron entre los años de la Segunda Guerra Mundial y las décadas siguientes, entre los primeros diarios (*ABC* y *Nuevo Mundo*) y la llegada de nuevas generaciones de periodistas a Mexicali; rutas que incluirían la profesionalización del trabajo periodístico, la modernización de los procesos de impresión para aumentar el tiraje y el número de páginas de las publicaciones, y el que los dueños de los periódicos fueran los interlocutores privilegiados con los poderes *de facto*, los manipuladores oficiosos de la opinión pública. Quizás por eso Francisco Bernal describió a los periodistas de Mexicali como “una plaga de necios”, como una suerte de mercaderes de la información. Y esto no era sintomático de la prensa de la capital del Territorio Norte, sino de todo México.

Por el lado oficial, el gobernador Alfonso García González, tan perseguidor de periodistas locales, consiguió que Fernando Jordán, de la revista *Impacto* (dirigida por Regino Hernández Llergo), viviera en la entidad una temporada escribiendo un libro sobre ella, *El otro México. Biografía de Baja California* (1951), a la vez que mandaba artículos y reportajes sobre las obras de su gobierno y una entrevista, faltaba más, al propio señor gobernador ensalzando sus logros y haciendo caso omiso de los asaltos contra la prensa que García González realizaba con tanto encono e impunidad. Las alabanzas de Jordán eran la forma usual, en el México de 1951, de hacer un periodismo leal al poder, cortesano con sus mecenas, que ponía oídos sordos a las quejas de sus cole-

gas mexicalenses, los ultrajados, los golpeados, los tenaces. García González no sólo utilizó a la prensa escrita para tales fines. En cuanta ocasión pudo contrató a los noticieros cinematográficos para que capturaran escenas idílicas de sus actos públicos, mostrándose en ellos como un gobernador bien intencionado, caballeroso, progresista y afable. La misma cantinela propagandística usada ya por el coronel Cantú y el general Rodríguez en sus tiempos de poder. Ante la corrupción reinante, el maquillaje fílmico, el rostro benévolo del Gran Hermano.

Para 1950, Mexicali ya era una urbe lo suficientemente grande como para llevar al *Calexico Chronicle* a intentar de nuevo una sección dedicada a esta región. Publicada en español, *La Crónica* (7 de septiembre de 1950) afirmaba que “era un esfuerzo digno de tomarse en consideración” por los lectores de ambos valles, porque su interés era “servir cada vez más eficazmente a sus patrocinadores y amigos a ambos lados de la frontera”, por lo que daba inicio a “una campaña tendiente a lograr una mayor circulación entre el público de Mexicali” y, para ello, “incluye, desde el presente número, un cupón que es bueno para una suscripción de seis meses enteramente gratis. Con esto, *La Crónica* quiere proporcionar un servicio informativo y útil a todas aquellas personas de habla española”.

Sería en las páginas de *La Crónica* donde se dio la noticia de que los propios periodistas mexicalenses estaban preparando un reconocimiento y agasajo a uno de los suyos. En el número del 8 de marzo de 1951, A. Wallace informaba:

Por nuestro colega Don Alfonso Tovar Ávalos nos hemos enterado del homenaje que el Bloque de Periodistas de Mexicali brindará al periodista Francisco L. Bernal en fecha próxima. Nos permitimos aplaudir la decisión del Bloque puesto que la



fecunda y siempre agradable pluma (o diremos mejor máquina) del popular Pancho bien merece este homenaje.

El periodista de casa con lectores que lo leían en Baja California y el sur de California, con colegas que lo estimaban y lo festejaban sin distingos culturales. Como lo decía el lema de *La Crónica*, se trataba de un periodismo “al servicio de dos pueblos hermanos”: Calexico y Mexicali. Un lema que bien podía serlo de todos los periódicos de ambos valles. Una frase que reconocía lo dicho en un editorial anónimo (7 de septiembre de 1950) del mismo periódico: “A Calexico y Mexicali las separa un cerco de alambre más o menos fuerte”, pero ninguna barrera puede obstaculizar que estas dos poblaciones

continúen su amistad y entendimiento. No permitamos que la envidia o malicia de grupos aislados, que ni son ni pueden representar a estos pueblos, ofusquen nuestra vida social y comercial. Ni la diferencia ideológica, ni la diferencia religiosa, ni la diferencia de idioma han podido apartarnos.

Y allí había dos verdades evidentes: Mexicali y Calexico estaban unidos en las buenas y en las malas. Y esa unión, como poblaciones de frontera, indudablemente estaba cimentada en el comercio. En ese contexto, la prensa era un servicio binacional, donde la información, fuera en inglés o en español, era un producto del mercado libre, una mercancía de uso común.



PRENSA Y PODER:
CON SANGRE, SUDOR Y HUELGAS



El Mexicali de los años cincuenta era, a la vista de propios y extraños, una ciudad bullente, rica en oportunidades de trabajo, donde los mexicanos, en calidad de migrantes, llegaban a ella para pasar al otro lado o para hacer en esta urbe su vida. En la *Revista Minerva* (marzo de 1954), José Castanedo podía ver que su petición de poblar la Baja California, de unirla a México por tierra, había sido cumplida, pues la vía férrea quedó terminada en 1948 y la carretera se inauguró en 1952. Para este aguerrido periodista, “Progreso y Desierto tuvieron un duelo a muerte como dos colosos del circo romano que se buscan sin piedad para destrozarse. Pero Progreso supo luchar con bizarría, denuedo y agilidad y... al fin venció en el combate al furioso enemigo y lo hizo rodar a sus plantas”. Y fue el Progreso el que llegó, vía transportes y comunicaciones, como lo confirmara el mismo Castanedo, a impulsar la prosperidad visible de la economía regional en Mexicali:

Negociantes, turistas, agricultores, industriales, trabajadores y un sinnúmero de personas venidas de todos los ámbitos de nuestra patria empezaron a llegar diariamente por las rutas del Ferrocarril del Pacífico y Ferrocarril Sonora Baja California a poblar intensamente a Mexicali, Tijuana, Tecate y Ensenada, lo mismo que a Caborca, Pitiquito y demás lugares del Desierto. En el caso de Mexicali, fundado en 1902, las estadísticas señalan las siguientes cifras: en dicho año contaba con unos 80 habitantes; en 1906 tenía 200; en 1914 pasaba de 1,000

en 1920 llegó a 4,000, para 1930 eran 8,000 y diez años más tarde, al iniciarse la guerra apenas llegaba a 12,000; pero para 1940 el primer tramo inaugurado del Ferrocarril entre Mexicali y Puerto Peñasco sirvió para aportarle mayor número de pobladores, observándose, de entonces acá, un crecimiento visiblemente notable, al grado de que para 1942 pasaban de 20,000 los moradores de la Capital del Territorio Norte. Estos aumentaron hasta 30,000 en 1948, y de dicho año hasta el presente, gracias a la corriente de personas que vienen por el Ferrocarril Sonora-Baja California, Mexicali tiene cerca de cien mil habitantes, y esto sin contar una población flotante que varía entre cinco mil y doce mil personas, que constantemente está renovándose, la que pulula por sus calles, que tienen un movimiento intenso de gente y vehículos, pues debe tenerse muy en cuenta que Mexicali por sí misma es la ciudad que, en proporción al número de sus habitantes, tiene más automóviles que las demás de la República: 1 por cada 9 personas. La estadística bancaria de 1953 demuestra que después de los bancos de México son los de Baja California los que tienen mayores depósitos del público. Prolijo sería enumerar todos los adelantos de esta gran ciudad, Capital del Estado de Baja California, que de 80 habitantes que tenía en 1902, cuenta con más de cien mil en la actualidad y sigue un ritmo acelerado de crecimiento.

A mediados del siglo XX, con la incorporación de la parte norte de Baja California a la familia republicana como estado libre y soberano, el periodismo heroico de los periodistas pioneros comenzó a disiparse en Mexicali. En su lugar comenzó la época de la prensa que competía por atraer la publicidad de los comerciantes a ambos lados de la frontera, que se conformaba con ser un medio comercial que no hacía la crítica puntual de los intereses creados, sino que

manejaba los aspectos más agradables y anodinos de la convivencia social. Pero todavía ciertas cosas no cambiaban en el Mexicali de entonces, en ese Mexicali que pasaba, el 16 de enero de 1952, de ser capital del Territorio Norte a capital del flamante estado libre y soberano de Baja California. Ya el *Chronicle* del 6 de marzo de 1952 volvía a traer la figura de Castillo a sus lectores y les avisaba que las gopizas de la época del general Rodríguez no pasaban de moda en el gobierno del licenciado Alfonso García González:

Un día después de haber sido brutalmente golpeado, por matones contratados, en su oficina del periódico el fin de semana pasado, según su esposa, Castillo se recupera, ya está fuera de peligro. Las autoridades de Mexicali tenían a dos sospechosos de la paliza y buscaban a un tercero. *El Regional* ha publicado recientemente una serie de artículos que atacan a un grupo de abogados de Mexicali. La Sra. Castillo dijo que ella y el Sr. Castillo estaban agradecidos por las expresiones y muestras de simpatía recibidas de amigos e incluso de oponentes políticos.

Hemos mencionado a José Severo Castillo a lo largo de este libro. Nacido en 1879 en Reynosa, Tamaulipas, llegó a Mexicali, ya como un periodista veterano, en 1922. Y en esta ciudad fronteriza moriría en 1956. En su trayectoria, entre sus luces y sombras, podemos atisbar el carácter de la generación pionera de la prensa local. Una generación que murió mostrando las cicatrices de sus enfrentamientos con los poderes en turno. Una generación que cubrió los hechos diarios y señaló las cosas que estaban mal, aunque eso enfureciera a las autoridades, aunque eso trajera amenazas y gopizas. Pero los periodistas pioneros también asumieron otra función esencial en su trabajo de cara a la comunidad fronte-



riza: el de ofrecer la historia de Mexicali y su valle en las páginas de sus publicaciones. En los años veinte, por ejemplo, Pablo Herrera Carrillo entrevistó a los primeros habitantes de la región y publicó sus testimonios sobre los primeros tiempos de la ciudad en su periódico *La Frontera*. Por su parte, Adolfo Wilhelmy, mientras dirigió *La Crónica* (1941-1942), honró a los residentes primeros de esta zona fronteriza, a los pioneros que forjaron Mexicali, como fue el caso de Urbano Vázquez, la primera autoridad reconocida. El 9 de octubre de 1941 dio a conocer su fallecimiento, a los 71 años, en Los Ángeles, el 22 de septiembre, y expuso que don Urbano era, junto con Francisco Montejano, Zaragoza Contreras, Daniel Sáñez, Santiago Loroña, Rafael Castillo, Ramón Zumaya y Lee Little, los que estuvieron en los orígenes de Mexicali, trayéndole al “paladar del recuerdo dulzores de viejos almíbares abrevados en leyendas de tiempos remotos”:

Don Urbano Vázquez fue enviado en junio de 1899, desde la Ensenada de Todos Santos hasta Los Algodones, con el doble carácter de Secretario del Juzgado de Paz de aquel lugar y de Policía en todo el Distrito, por el entonces Jefe Político y Militar del Partido Norte de la Baja California, Coronel Agustín Sanginés. El itinerario seguido en su éxodo fue el que sigue: Ensenada, a Ojos Negros, rancho de un inglés apellidado Alsop; de allí a Sangre de Cristo, rancho propiedad de don Manuel Murillo; “Nacional”, campo de gambusinos en la sierra donde se ubica la Laguna de Hanson, desde donde prosiguió su odisea, acompañado de un indio cucapá que le sirvió de guía e intérprete; de allí don Urbano y su acompañante tocaron “Agua de las Palomas”, “El Medanal” y “El Mayor” donde encontró mucha indiada, conoció al Capitán “Orujo”, de la entonces numerosa tribu cucapá, observó la manera muy curiosa y peculiar de los aborígenes de pescar a flechazos e hizo

la primera operación de trueque con el propio “Orujo”, que le aventó, rodando y sin acercarse “al blanco” unas sandías y Vázquez, en cambio, le correspondió con harina, café y carne seca; después tocaron “Pozo de Vicente”, en donde encontraron a dona Gertrudis Romero, vecina y oriunda de Mulegé, quien se dedicaba a la siembra de maíz, calabazas, sandías y frijol, así como a Gabriel Cabrera, oriundo de Sonora, dedicado también a las siembras de idénticos productos, que ellos mismos consumían. Para la siembra y el cultivo seguían el método bien sencillo y primitivo que usaban por entonces las tribus cucapás: limpiaban el terreno a cultivar; esperaban la riada del torrencial Colorado y cuando la inundación se retiraba, sembraban antes de que el terreno empezara a secarse. Entre “El Mayor” y “Pozo Vicente” moraba un tal José Aguilar, que tenía varios hijos en una indita muy atractiva, hija del Cacique o Capitán llamado “Chale Embustero” y era el vaquero —José— de los jóvenes ganaderos ingleses que residían allí mismo, así como en “Pozo Vicente” y otros campos llamados “Grant Trínor” y “Whitehead”. De allí pasaron al rancho de don Manuel Beltrán, que criaba ganado “al partido” con doña Luz de López, que vivía en San Antonio, cerca de Ensenada. Beltrán también “cuidaba” la enorme concesión Andrade, de terrenos medidos por paralelos geográficos, por grados, minutos y segundos, más extensa que algunas naciones pequeñas de la vieja Europa.

Para Adolfo Wilhelmy, los detalles importaban, pero también la investigación documental, pues como él mismo lo afirmaba, “contando con los datos que logramos encontrar tras de hurgar en viejos infolios”, aparecía la historia narrada con voz de avezado periodista:



De allí pasaron al rancho del “chapo” José María Loroña, quien en unión de su hermano Santiago, acompañaron al señor Vázquez caminando como 12 millas —si caminar puede llamarse— entre lodazales y peligrosos campos inundados, en los que hubieron de nadar grandes trechos hasta salir por fin a terreno seco, altozano no lejos de los médanos en cuyos alrededores se destacaba el paupérrimo caserío del entonces insignificante poblado de Los Algodones. Las casas que integraban el núcleo del poblado eran las de Cristino Fonseca, Francisco Loroña, Rafael Martínez y Romualdo Ochoa. Al oriente de estas, como a dos y cinco millas, respectivamente, vivían el Juez Luis Vázquez y el grupo de Celadores del Resguardo Fiscal, compuesto por cinco individuos de la Gendarmería Fiscal de Sonora: el Cabo Padilla, José Bustamante, Manuel Aguirre, Arias y otro cuyo nombre se perdió en las nieblas del olvido. Todos ellos eran solteros y vivían bajo una enramada que construyeron cerca de “Andrade”, que enclava ya en terreno norteamericano. Al sur de la Línea Internacional, entre la casa del Juez y la ramada de los Celadores, vivía don Trinidad González. Al poniente, como a siete millas del caserío, estaba Manuel Mendoza y cerca de este las viviendas de Manuel Arvizu y Claudio Acevedo. El Juez de Los Algodones, que reunía en su persona, además de las atribuciones judiciales, otras varias de carácter político y administrativo, era don Luis Vázquez, quien había sido enviado por el coronel Agustín Sanginés para substituir a don Daniel Sáñez. Luis Vázquez murió poco después de la llegada de don Urbano y fue substituido por don Manuel Vizcarra, originario de las cercanías de Álamos, Sonora.

La labor periodística, según Wilhelmy, no se circunscribía al presente y sus acontecimientos en marcha. El periodista también debía velar por el pasado de su localidad, difun-

diendo los logros de los que llegaron antes a Mexicali, de las hazañas que llevaron a cabo:

En lo que antaño fue Mexicali, en la antigua “Laguna de Cameron”, no había autoridad de ninguna especie y don Urbano se convirtió por la fuerza de las circunstancias en la primera autoridad política que hubo en esta entonces insignificante ranchería, con las amplísimas facultades en todos los órdenes de rigor entonces por lo apartado de estos lugares faltos de organización social, política y administrativa. Al ser substituido al frente de la jefatura política el coronel Agustín Sanginés por el del mismo grado Abraham Arróniz, don Urbano fue a Ensenada, hizo dimisión de su cargo y regresó a Mexicali, ya como simple particular. Mexicali debe a don Urbano Vázquez sus empeñosas gestiones por obtener de las baterías de ingenieros, que por aquel entonces empezaron a trazar la hoy ciudad de Calexico, la medición y trazo de lo que es hoy Sección Primera de la floreciente aunque polvosa Cabecera del Territorio Norte de la Baja California, logrando al fin que el ingeniero Perry, hoy probable residente de El Centro, si no ha muerto o emigrado, levantara el primer plano de esta Ciudad de Mexicali. Tal, a grandes rasgos, la vida pública de un hombre que en la privada fue ciudadano sin tacha, modelo de esposo, amante padre y excelente amigo. ¡Descanse en paz!

Y lo mismo haría José Castanedo en su *Revista Minerva*, ya que en el marco de las celebraciones del 50 aniversario de Mexicali, que entonces se celebraba el 14 de noviembre de 1952, se dio a la tarea de recopilar toda la información que pudo hallar sobre los orígenes y desarrollo de la capital del estado de Baja California. En el número doble de diciembre de 1952-enero de 1953, dio un extenso panorama de la historia de la ciudad que había hecho suya bajo el título de “Bodas



de oro de Mexicali. Síntesis histórica de sus orígenes y fundación. Desarrollo y anécdotas”, donde expresaba:

Ahora me limito a presentar ante los lectores una síntesis, escueta y llana, de los orígenes históricos de estas comarcas californianas en las que habría de fundarse Mexicali y de la fundación de esta ciudad, que celebra sus Bodas de Oro con tan grande regocijo, y a aportar mi humilde contingente de periodista y aficionado a los estudios históricos de Baja California, donde he vivido más de un cuarto de siglo. He agregado algunos datos cronológicos, episodios y comentarios por estimarlos oportunos y convenientes para conocimiento de los que deseen saber más de Mexicali. *Revista Minerva* celebra en este año de 1952 sus Bodas de Plata, pues la fundé en 1927. Su primer ejemplar hubiera aparecido el día primero de enero, pero los temblores de la medianoche, cuando apenas el año nuevo contaba 17 minutos y no acababan de cortar el cordón umbilical, el sismo, que sacudió tremendamente la ciudad, desbarató las formas, revolvió lo que había impreso y todo fue confusión y espanto en aquella noche y madrugada terribles de principio de año. Hasta varios meses después *Revista Minerva* se rehízo y salió a luz. Sea este trabajo de síntesis histórica para celebrar las Bodas de Plata de esta publicación y las Bodas de Oro de nuestra gran ciudad, que figura ya entre las veinte principales de México por su importancia comercial.

A José Castanedo le importaba no sólo contar la historia de los políticos y empresarios que levantaron Mexicali en pleno desierto. Igualmente investigó la trayectoria de los propios periodistas en su número especial, aunque se limitó a los nacionales sin tomar en cuenta la presencia pionera de Billy Silver, por ejemplo. Pero aun así, su interés por la prensa y

los que se lanzaron a cumplir con tal oficio, a ser parte de semejante aventura, era indudable:

Los “chicos de la prensa” aparecen en 1914. Un Sr. Carvajal que vino de Los Ángeles fundó el primer periódico que se llamaba *Tricolor* (no confundirlo con el que después escribió el Prof. Vargas Piñeira). Tuvo muy efímera duración. Luego se publicaron *La Vanguardia* y *México-Lustral*. El Prof. Manuel Guerrero editó *Civilización*. Ricardo Covarrubias y su hermano Alberto editaron *El Monitor*, con ellos colaboraron Zaldívar y Cisneros. José Cayetano Zepeda y José Esperón, colaboradores también de *El Monitor*, publicaron *El Eco del Distrito Norte*. Estos, ambos inválidos e indefensos, fueron víctimas de una brutal golpiza que les propinó el Gral. Rodríguez en el cabaret El Molino Rojo, en septiembre de 1924; José S. Castillo sigue editando *El Regional*, fundado en 1923. Yo edité *El Combate* en compañía de Ángel Zaldívar en 1925-26. *La Frontera* la publicaron en 1924-29 los hermanos Herrera Carrillo, a los que se unió el Dr. Adolfo Torres Lara; éste fundó el *Nuevo Mundo* en 1929, que sigue editando Zaldívar. Adolfo Wilhelmy dejó la milicia y se consagró al periodismo; José Santa María escribió *El Gato* y J. M. Casillas publicó *El Malcriado*. José Rivas, vino de Tepic en 1913 y fue el primer agente de publicaciones y librero.

Años más tarde, el 9 de junio de 1955, Aurelio Aceves en el *Chronicle* hacía remembranzas del periodismo pionero en Mexicali debido a que se había enterado

por los periódicos de Mexicali que se realizó una cena por parte de los miembros de la Asociación Mexicana de Prensa en Mexicali para celebrar el aniversario de la libertad de pren-



sa. No hace mucho tiempo que no había libertad. Mientras la revolución estaba en marcha en México, los editores de periódicos y los reporteros eran muy pobres y con muchos riesgos.

Según Aceves, recordaba la labor de José Severo Castillo:

un muy buen amigo mío, comenzó un pequeño periódico en Mexicali. Castillo era un coronel del general Francisco Villa y un líder de sus famosos “Dorados”. Mientras publicó un periódico, Castillo fue el crítico más severo del gobierno local. Esto lo llevó a muchos líos. Fue encarcelado varias veces y mantenido “incomunicado”, pero siempre se las arregló para informar a los ciudadanos. El negocio de los periódicos no ha sido una profesión muy fácil en la frontera. Como se puede ver hoy, bajo el gobernador Maldonado en el estado de la Baja California, los periodistas son al menos libres de publicar lo que ven iluminado para el alistamiento del público lector. La ciudad de Mexicali tiene ahora cinco periódicos diarios y unas tres o cuatro revistas semanales y mensuales. Que los periodistas de Baja California sigan celebrando el aniversario de la libertad de prensa durante muchos años.

Pero Aceves se equivocaba y la prueba la ofrecía el encono oficial del nuevo gobierno contra el periódico *Centinela*, cuyo propietario era el veterano Ángel Zaldívar, el editor era Guillermo Manzano y el jefe de redacción era Peritus, que se había labrado un nombre en la lucha periodística contra la Colorado River Land Company 20 años antes, en las páginas de *El Tecolote*. Este diario, *Centinela*, nacido el 1 de diciembre de 1954, desde un principio, al exigir cuentas claras a la administración maldonista, recibió un doble acoso: de parte del gobierno y de parte de sus propios colegas, a través de la Asociación de Editores y Directores de Diarios de

la Baja California, presidida por el periodista ensenadense Miguel Lanz. Del gobierno, Manzano tanto como Zaldívar recibieron intimidaciones y encarcelamientos. Por andar difundiendo los agravios de los chemitas, el grupo personal de guardias del gobernador Braulio Maldonado (1953-1959), contra la ciudadanía mexicalense y bajacaliforniana, la represión se hizo sentir en forma de negación de anuncios oficiales y empresariales, el allanamiento de las residencias de Manzano y Zaldívar, el 13 de septiembre de 1955, por gentes judiciales del estado y los propios chemitas, los temidos pistoleros del gobernador, llegando al encarcelamiento de este par de periodistas. Nada de lo cual los hizo claudicar en su labor informativa.

Como Manzano lo recordaría, 20 años después, en un artículo publicado en el número inaugural del vespertino *El Centinela*, el 15 de septiembre de 1976, el trabajo periodístico de aquel diario no se limitaba a conseguir publicidad y escribir editoriales, sino, como el propio Zaldívar se lo dijo: a crear una publicación independiente que reflejara “la opinión exacta de Baja California” y para obtenerla había que ir “por las colonias, principalmente las humildes, captando quejas de campesinos, trabajadores, entre el clamor tremendo de Mexicali. ¿Nuestra posición? Razonablemente enérgica” ante los actos atrabiliarios de las autoridades. Las presiones oficiales quitaron a la mayoría de los anunciantes y luego el Procurador General de Justicia, un funcionario al que le quedaba el nombre, Porfirio Díaz Sibaja, ordenaba que Manzano se presentara a sus oficinas para “reiterar mi responsabilidad como director en el contenido del diario” y finalmente “dos veces fui huésped de la cárcel de Mexicali, la primera junto con el gerente, Ángel Zaldívar, y la segunda yo solo, porque aquél, enfermo, pudo pasar al otro lado”.

A la vez, la Asociación de Editores y Directores de Diarios del Estado de Baja California, entre cuyos integrantes esta-



ban Cristóbal Garcilazo, Ernesto Ochoa, Miguel Maldonado Tapia, Rubén D. Luna, Ricardo Gibert, José Merino Millán, Miguel Lanz y Jesús Garduño Bustamante, se puso del lado del poder y señaló, en una proclama publicada en noviembre de 1955, que Manzano y Zaldívar “en forma persistente han atacado a los funcionarios del Gobierno del Estado y de los municipios, así como a la persona del señor Gobernador y su señora esposa” y que aunque ellos, los periodistas de la Asociación, les habían pedido a Manzano y Zaldívar, en forma amigable, que normaran “su conducta dentro de lo que marca el periodismo serio, el periodismo auténtico, el que dignifica y eleva el prestigio de nuestra profesión” y al no hacerles caso, los quisieron expulsar de esa organización por ser promotores de ataques al gobierno y calumnias personales. Ante ello, los periodistas del *Centinela* renunciaron a la Asociación, porque prefirieron andar solos que mal acompañados, pero principalmente porque ese periodismo “serio”, “profesional”, no era otra cosa que el periodismo corrupto. Como el propio Manzano les recordara a sus colegas: su pretendida honorabilidad profesional no se podía sostener cuando en algunos de aquellos diarios “hay elementos del gobierno del Estado, y en otros hay partidas asignadas por concepto de inserciones, publicidad, embutes, etc., amén de partidas asignadas mensualmente”. Por ello reconocía que *Centinela*, en vez de halagar al gobierno, continuaría su “compromiso con el pueblo de decir la verdad”, de no hacer “genuflexiones a los poderosos”. Otro problema de la prensa mexicalense, en estos años, fueron las huelgas de trabajadores. Esto ocurría porque los dineros del gobierno asignados a la prensa habían disminuido por el mal manejo financiero de la administración estatal. Así, el 14 de abril de 1955, el *Chronicle* avisaba:

Hay pocas probabilidades de que *Adelante Baja California*, el periódico de Mexicali familiarmente conocido como *ABC*, se reubique en el lado americano de la frontera internacional, dijo hoy el editor del *Calexico Chronicle*. La huelga, amenazada para las 8 de la noche de ayer, se pospuso cuando los conciliadores estatales entraron en escena a petición del gobernador de Baja California, Braulio Maldonado. Un artículo publicado anoche en *El Centro Post Press* citaba a Cristóbal Garcilazo, subdirector de *ABC*, diciendo que, en respuesta a la huelga, el periódico podría instalarse permanentemente en Calexico. “Es probable que el periódico se publique durante un tiempo en alguna planta de este lado”, dijo John R. Phillips, editor del *Chronicle*, “pero sólo como un trabajo de impresión pagado, para mantener al *ABC* en la calle mientras su propia planta está inmovilizada”. El editor de *Calexico* añadió que su propia planta no podía hacer frente al trabajo. “Sería posible que *ABC* construyera una nueva planta en Calexico o tal vez remodelara un viejo almacén”, continuó Phillips, “y trasladara la maquinaria al otro lado de Mexicali, aunque el costo sería tremendo”.

Los periodistas mexicalenses de aquellos tiempos no lograron celebrar la libertad de prensa en paz y sin el peligro de ser agredidos. O si lo hicieron fueron la hipocresía en persona. Pues el verano de 1956, el 2 de septiembre de ese año, Fernando Márquez, impresor y periodista, en cuya imprenta se publicaban periódicos de oposición al gobierno estatal, fue asesinado por un par de pistoleros del gobernador Braulio Maldonado, los famosos chemitas, en el interior de la lonchería Baja California en Pueblo Nuevo. Según Peritus, en su libro *Hombres, hechos y cosas* (1991):



por una verdadera coincidencia, triste para nosotros, nos tocó llegar unos cuantos minutos después de los hechos, permaneciendo a un lado de su cadáver entre otras varias personas hasta que llegaron las autoridades judiciales a dar fe. Estaba caído entre la mesa y la silla ocupada por él, donde hacía unos instantes departía tomando unas cervezas con cuatro amigos, testigos de esa injustificada y cruel agresión. El teatro de esa sangrienta tragedia fue el interior de una lonchería que llevaba el mismo nombre de su imprenta, Baja California, ubicada en la esquina de la Calle Cuarta y Avenida Baja California del barrio de Pueblo Nuevo. El nombre del torvo asesino inmediatamente se propagó de boca en boca: José Trinidad Rodríguez Hernández, Chemita Número 3, dentro de la jerarquía del cuerpo de pistoleros del gobernante; individuo que ya debía muchas muertes en varios estados del interior de la República, por lo cual había sido contratado, para trabajar al lado de Braulio, fueron las referencias escuchadas.

En su reportaje para el *Centinela* (3 de septiembre de 1956), se leía lo siguiente:

El asesinato se consumó a las 21:00 horas (9 de la noche) en el interior de dicha lonchería, propiedad de la señora María Loreto Valdés, la que de inmediato señaló como el autor del asesinato, “a uno de los que componen la temible familia de los Chemitas: el Trini”, quien sin motivo alguno, según el decir de todos los testigos, se acercó a la víctima y casi a boca de jarro le disparó un certero balazo en pleno corazón, con una pistola súper calibre 38, causándole una muerte instantánea. Fernando y sus amigos, Antonio Quiñónez García, José Luis Villavicencio, Rubén Zamudio y Héctor Arvizu, trabajador de la imprenta este último, habían llegado como una hora media antes, ordenando algunos alimentos y cervezas, siendo el

crimen tan alevoso e intempestivo que ni la propietaria del establecimiento, ni la mesera Crescencia García de la Torre, como Isabel Sandoval que cocinaba, apenas se dieron cuenta de la tragedia. Declararon que sólo oyeron el disparo y al voltear vieron enfrente a Márquez, a un hombre como de 33 años y de estatura alta, entre moreno y blanco, quien vestía una guayabera blanca, pantalón verde y sombrero tejano. Dicho individuo después de abatir a su víctima, lo cogió por los cabellos intentando levantarlo, pero la corpulencia del asesinado hizo perder el equilibrio al victimario estando a punto de caer, siendo rodeado en el acto por tres pistoleros que lo acompañaban, uno de los cuales sacó la pistola dispuesto a hacer fuego contra quien se moviera, saliendo a la calle y desapareciendo, sin ser localizados de pronto por ninguna autoridad. El asesino antes de abandonar la lonchería se dirigió a la propietaria y le advirtió que no se metiera. Por su parte Antonio Quiñónes García, hermano del viejo periodista Jesús Quiñónes García, trataba de sostener en sus brazos al balaceado, quien todavía alcanzó a abrir los ojos y exhalar el último suspiro en los brazos de su compañero y amigo, acomodándolo en el suelo en espera de las autoridades. Había muerto sin poder articular palabra. En el momento de mayor confusión al darse cuenta de la muerte de Fernando el mismo señor Quiñónes García fue a un establecimiento cercano a llamar por teléfono a una ambulancia, cosa ya inútil, el balazo había sido certero. El periodista Fernando Márquez Sánchez, en la plenitud de su vida, a los 37 años de edad, murió en las manos asesinas de un pistolero oficial, dejando en la orfandad a siete pequeños hijos, el mayor de 17 años y el menor de un año apenas, y a su viuda, la señora Beatriz Corrales de Márquez. La evidencia familiar fue sencillamente desgarradora en las horas que siguieron de la noche ante el cadáver del hombre bonachón, impolítico, trabajador, apasionado deportista, pero sin ninguna participación en la inquietud y zozobra que ge-



neró ese régimen braulista... Ante la ambulancia que condujo el cuerpo al descanso del hospital para los trámites de ley, la voz desgarradora de una criatura de unos quince años, exclamó: “¡Braulio, asesino, que caiga la maldición sobre tu descendencia por el asesinato que has ordenado, en la persona de un padre, un esposo y un hombre bueno!”.

La viuda de Márquez gritaba a pleno pulmón: “Digan ustedes que cuándo se va a acabar esto. Si la vida de todas las personas no puede ser guardada de los asesinos”. En el editorial del 3 de septiembre, el *Centinela* exigía al gobierno que se respetaran las garantías del pueblo:

Todavía está fresca la tinta en los titulares de los diarios locales, cuando hace unos cuantos días, los mismos Chemitas golpearon a cuatro pacíficos ciudadanos, algunos de ellos de gravedad, que motivó que usted, con el poder y la autoridad de que está investido, ordenó se abriera una investigación y se obrara con “mano de hierro”; pero su mandato no fue cumplido, dando como resultado lo que hoy tenemos que lamentar: la muerte de un hombre útil a la sociedad y a la Patria, a manos de un irresponsable, uno de sus Chemitas, uno de los que fueron señalados como directores golpeadores de los ciudadanos a que hacemos mención. El pueblo del Estado de Baja California demanda Justicia, no solamente ante usted, señor Gobernador, sino también ante las Primeras Autoridades del País en este bochornoso caso, que macula nuevamente el historial de un pueblo pacífico y laborioso. Exigimos que no haya nuevas declaraciones de que oírás con “mano de hierro”, y solo sean paliativos inútiles. El dolor y el luto sembrados por sus Chemitas en infinidad de hogares bajacalifornianos en el corto periodo de su gobierno, señor Gobernador, se levantan en estos momentos para inquirirlo sencillamente: señor Go-

bernador: ¿a merecer [sic] de quién estamos, del imperio de la Ley e Instituciones conquistadas en nuestro penoso proceso evolutivo como Pueblo, o de sus Chemitas, brutales asesinos a sueldo? Usted, señor Gobernador, debe contestar hoy mismo al pueblo que gobierna, esta apremiante interrogación. Creemos que el pueblo bajacaliforniano ha sido ya lo suficientemente humillado y vejado por esos sujetos que se ostentan como sus pistoleros oficiales, señor Gobernador, y es llegado el momento de su liberación a que tiene derecho. El pueblo de Baja California exige paz, tranquilidad, seguridad y garantías para la vida humana... ¡Basta ya, señor Gobernador!

El repudio social contra los Chemitas había llegado a su grado más alto. Según Peritus, por vez primera el gremio periodístico cerró filas ante el cadáver de Fernando Márquez, así, Armando Aguirre dijo que

se le puede tolerar a una administración que despilfarre los dineros en obras innecesarias, que cometa errores, que imponga a sus amigos políticos en los puestos públicos, que no cumpla lo prometido y otras fallas que generalmente suelen tener todos los gobiernos porque nadie es perfecto. Lo que nunca podrá tolerar ningún pueblo, por pacífico que sea, es el continuo derramamiento innecesario de sangre. Baja California, por obra y gracia de los pistoleros con fuero, se ha convertido en una segunda edición del Antiguo Oeste Americano, nada más que corregida y aumentada. Desgraciadamente falta el muchacho que en las películas siempre acaba con el villano, en la tierra de los hombres sin ley.

Y en el *Nuevo Mundo* (4 de septiembre de 1956), se mencionaba la marcha fúnebre que, multitudinaria, protestó en si-



lencio mientras se llevaba a su última sepultura el cuerpo de Fernando Márquez:

Muda protesta de silencio en el sepelio de ayer. —El cortejo paró al frente del Palacio Estatal.— Desgarradoras y sentidas escenas.— Una demostración de duelo y protesta sin precedente en Mexicali lo constituyó en verdad el silencioso cortejo fúnebre que acompañó a su última morada en el Panteón Jardín de esta capital, al malogrado editor y ex periodista Fernando Márquez Sánchez. Lo que también dio origen a que ante su tumba se desarrollaran indescriptibles escenas de dolor de sus inconsolables deudos, amigos íntimos y aun entre personas que sin conocerlo en forma personal, lo admiraban por su recta conducta, y que no podían concebir que hubiera sido víctima en forma tan artera por el pistolero J. Trinidad Hernández Rodríguez (a) “El Chemita III”.

Ante la presión popular, Braulio Maldonado, quien estaba en la ciudad de México el día del crimen, no regresó a Baja California sino hasta el 11 de septiembre y al día siguiente habló con los medios en una rueda de prensa. Peritus lo reseña:

El Gobernador ofreció solemnemente sacar a los Chemitas del Estado, para lo cual, se supo, había adquirido una superficie de 800 hectáreas en Caborca, Sonora, donde se dedicaron a la agricultura, haciéndose una lista de los más peligrosos —que nunca se dio a conocer— y que incluía a once de esos forajidos. Abatido, desconcertado por la reacción popular desde su asiento habitual en la Casa de Gobierno, contestó a los periodistas algunas preguntas, haciendo declaraciones que fueron interpretadas y comentadas de distintas maneras: “Yo estoy

profundamente indignado como lo están ustedes y como lo está el pueblo en general”. Lo anterior lo expresó después de haber hablado ligeramente de sus gestiones realizadas en la ciudad de México de donde había regresado el día 11, ante representantes de todos los diarios del Estado y corresponsales de la prensa nacional y extranjera y una vez que fue informado del asesinato del periodista e impresor Fernando Márquez, por el feroz asesino J. Trinidad Rodríguez (a) “El Trini”, y conocido por el “Chemita III”. Insistió que los Chemitas eran agricultores que habían llegado al Estado como otros muchos y de distintos lugares del país, y que ninguno de ellos tenía que ver nada con él en lo personal o con el gobierno. Respecto al alevoso crimen dijo que en su calidad de gobernante, exigiría la aplicación de todo el rigor de la ley para el “brutal asesino, y si es posible, la última pena; pues al criminal que hace una cosa de esas no se le debe dar otro castigo...” —dijo textualmente. Insistió también el licenciado Maldonado en esa histórica entrevista, un tanto disgustado por la “carga” de los periodistas: “¡Yo soy un hombre limpio y no estoy manchado de sangre! Ya se me ha dicho lenón, tahúr, irresponsable y otras cosas, pero es cruel cargarme con esa responsabilidad. Yo creo que ustedes obran siempre de buena fe, no solamente porque la mayor parte de ustedes son mis amigos, sino porque son personas responsables que quieren a Baja California, y por lo tanto, vuelvo a repetir que los Chemitas no están conmigo ni soy responsable de sus hechos”.

Es de reconocer, como lo precisa Peritus, que los bajacalifornianos, hartos ya de tantos desmanes, se plantaron frente al gobernador y lo emplazaron a respetar las leyes:

era el poder que dejaba de ser poder ante el augusto tribunal del pueblo, y se emplazó por primera vez en la historia de



nuestro país a un gobernante a atender una petición pública: el destierro de los Chemitas y el cese del Procurador de Justicia del Estado, licenciado Porfirio Díaz Sibaja.

De ahí que Braulio Maldonado, en aquella rueda de prensa, aceptara las peticiones de la ciudadanía. Pero, como muchas de las promesas de Braulio, ésta sólo fue una forma de sacarle al bulto del asesinato de un periodista querido. Para Braulio, todos los escándalos ocurridos en su gobierno fueron causados por maniobras políticas e intrigas de sus adversarios: los empresarios del vicio, los periodistas vendidos a las mafias y los políticos que deseaban sacarlo del poder con cualquier pretexto. Quizás quien expuso con mayor humanidad el caso del asesinato del periodista mexicalense lo hizo desde el otro lado de la línea internacional. El 6 de septiembre de 1956, en su editorial titulado “Otro país”, el editor del *Chronicle*, John R. Phillips escribió un artículo que era una crítica a la situación del periodismo en Mexicali, donde más que la indignación se mostraba la tristeza por la pérdida de un colega periodista:

Los que vivimos en la frontera nos acostumbramos a cruzar con frecuencia y de forma casual a México para comprar artículos de segunda mano, visitar a los amigos o salir a cenar, y apenas nos damos cuenta de que hemos pasado a otro país, donde la vida y el idioma son diferentes. La diferencia se ha puesto de manifiesto esta semana con la muerte de Fernando Márquez Sánchez, un impresor que tenía una pequeña tienda en la Avenida Internacional, la calle que limita al norte con la valla fronteriza. El Sr. Márquez: solía pasar por nuestra tienda una o dos veces por semana para charlar con un amigo de nuestro equipo, y hemos visitado su tienda de vez en cuando, inspeccionando su diseño y equipo, como lo haría un impre-

sor, y discutiendo esto y aquello tan bien como su inestable inglés y nuestro igualmente inestable español lo permitían. Bueno, él solía publicar un pequeño periódico en Mexicali, un típico periódico de poca monta con mucha opinión y muy poca publicidad. Por ello, según la historia, fue asesinado a tiros el pasado sábado por la noche. La muerte del Sr. Márquez siguió en menos de dos meses a la de otro editor en Tijuana. Varios calexicanos recordarán a J. S. Castillo, que publicó en Mexicali un semanario similar llamado *El Regional* hasta su retiro hace tres o cuatro años. El Sr. Castillo, que también se tomaba su política con franqueza, al parecer se anotó un tanto para los editores hace algunos años, y en un duelo de pistolas mató a uno de sus enemigos políticos. Poco antes de su jubilación, un par de matones se ensañaron con él y se llevaron algunos documentos que el Sr. Castillo utilizaba en su trabajo. Su último gesto, después de tirarlo al suelo, fue tirarle una máquina de escribir a la cara. No somos ninguna autoridad en política o periodismo en México, ni nos interesa serlo. Nos basta con saber que ambos se entrelazan de una manera pocas veces vista en este país en estos días y es una relación mortal. Cuáles fueron los problemas en Tijuana o en Mexicali, o cuál fue el lado correcto, no lo sabemos, y no nos interesa averiguarlo. Simplemente lamentamos que Márquez haya muerto, y lamentamos igualmente que la política mexicana siga siendo lo suficientemente violenta como para que los hombres a veces paguen sus opiniones con sus vidas.

Sin embargo, la vida del periodista mexicalense no necesariamente acababa en un charco de sangre en plena vía pública, en un acto violento como recordatorio para el resto de la prensa. José Castanedo lo tuvo presente cuando escribió, en el número de junio de 1958 de su *Revista Minerva*, el obituario titulado “Wilhelmy y Zaldívar. Recuerdos del Mexi-



cali de antaño”, donde daba cuenta del reciente fallecimiento de dos pilares del periodismo pionero de la ciudad: Adolfo Wilhelmy y Ángel Zaldívar. Del primero decía que su libro, *Periodismo, teatro y revolución*, había sido publicado en 1956 y como su título lo indicaba, era un libro pionero en el estudio de la profesión misma del periodista. Castanedo también le dedicaba elogios a Ángel Zaldívar, que había llegado en 1917 a Mexicali y ya en 1922 era miembro de *El Monitor* de Ricardo Covarrubias. Según Castanedo, Zaldívar comenzó su andadura por su cuenta y riesgo, siendo el fundador del primer diario mexicalense:

En 1929 se disolvió la sociedad periodística editora de *La Frontera*, de los hermanos Herrera y el Dr. Adolfo Torres Lara. Éste invitó entonces a Zaldívar para fundar el *Nuevo Mundo*, diario que apareció en 1930, pero esta sociedad también concluyó muy pronto y entonces Zaldívar se quedó con el periódico, pero convertido en semanario; tuvo intermitencias y algunas veces dejó de publicarse, hasta que en 1937 consolidó su existencia como bisemanario, luego trisemanario y, finalmente, volvió a ser diario. Estimularon el desarrollo de *Nuevo Mundo* el capitán Eduardo Garza Zenande, como Jefe de redacción, con quien Zaldívar tuvo grave incidente, bien conocido del público, y el periodista Guillermo Manzano que colaboró en *Centinela*, periódico fundado por Zaldívar después que rentó la imprenta de *Nuevo Mundo* a una sociedad periodística. La imprenta la adquirió Zaldívar por una operación comercial que realizó con su antiguo propietario, el Sr. Dr. Don Manuel Monter, y es la misma en la que por muchos años se imprimió *Mercurio* de Don Juan B. Hernández, verdadero fundador del actual ABC.

Ni Wilhelmy ni Zaldívar murieron a tiros. El primero defendió los intereses empresariales desde su devoto catolicismo. El segundo reivindicó su fidelidad a la verdad, aunque perdiera su querido periódico *Centinela* (1954-1958), que tuvo que abandonar ante las presiones del gobierno maldonista. Don Adolfo atacó el sistema ejidatario, pidió la represión social de todo elemento que alterara el orden público, mientras que Zaldívar se impuso la tarea de fustigar el pistolero del régimen de Braulio Maldonado. Esto se tradujo en amenazas contra don Ángel, por parte del gobierno, de meterlo a la cárcel si no cambiaba de línea informativa, lo que lo llevó, en varias ocasiones, a exiliarse en California para evitar, a su edad, ese riesgo. Pero eso no fue todo: el empresariado mexicalense le negó la publicidad, por lo que el *Centinela* no tuvo capacidad de pago a sus proveedores y de sueldo a sus empleados. Luego llegaron el acoso policial, las detenciones, los encarcelamientos de Guillermo Manzano y de Ángel Zaldívar. Para agosto de 1958, este periódico desapareció, cuando don Ángel ya era un difunto por las dolencias que había padecido defendiendo por años su publicación. Pero su lema quedó como una bofetada no sólo al gobierno y a los empresarios, sino frente a sus colegas periodistas, que no se solidarizaron con su lucha contra el poder: “Diremos la verdad mientras nos dejen; después... seguiremos diciendo la verdad”. Tal era la casta de estos pioneros de la prensa.



En buena medida, muchos periodistas mexicalenses, los de a pie, los que reportaban en el lugar mismo de los hechos, los años cincuenta del siglo pasado, vivieron una época de zozobras y penurias. Varias empresas periodísticas les debían sueldos atrasados. Los trabajadores, hartos de sus condiciones laborales, tomaban las riendas de sus medios y trataban de sacarlos adelante formando cooperativas no siempre exitosas. Uno de esos diarios fue el *ABC*, que terminó en manos de sus trabajadores, lo que hizo que su gerente, Cristóbal Garcilazo, fiel soldado de los intereses empresariales, estableciera *La Crónica*, un periódico dentro del *Calexico Chronicle*, fundado el 13 de octubre de 1958 y que funcionaría para orientar a la opinión pública de los mexicalenses tanto como de los lectores de habla hispana del otro lado. En su primer editorial de ese día, Garcilazo afirmaba que el suyo era “un periódico hecho en México, por mexicanos, e impreso en territorio americano”, su financiamiento venía de “grupos de hombres de negocios de Calexico” lo mismo que de comerciantes e industriales de Mexicali. De ahí que sus batallas fueran a favor de la zona libre económica y de la agroindustria algodonera, además de ser críticos tenaces de cuanta huelga hubiera, todas las cuales eran caracterizadas como “irresponsables” y “alocadas”, poniéndose siempre al servicio de la clase patronal y en contra de los derechos laborales de los trabajadores fronterizos que, cada vez que exigían sus derechos, eran tildados de “comunistas”.

Si en los años cincuenta el *Centinela* de Zaldívar y Manzano funcionó como el periódico crítico del *statu quo* mexicalense, a la vez que el *Nuevo Mundo* (con Miguel Maldonado Tapia) era afín al gobierno estatal y el *ABC* a los empresarios locales, *La Crónica* apostaría por aplaudir los aciertos del régimen y denostar los errores (en su caso, de cualquier política que dañara los intereses económicos del capital bajacaliforniano y estadounidense). Por eso, el 14 de octubre, ya aparecían felicitaciones para este nuevo medio de comuni-



cación de parte del propio gobernador Braulio Maldonado, donde éste declaraba:

El gobierno constitucional del estado libre y soberano de Baja California ve con simpatía el esfuerzo realizado por los editores del diario *La Crónica* para proporcionar a la comunidad un órgano informativo independiente, que contribuirá grandemente a mejorar las cordiales relaciones existentes entre nuestro país y los Estados Unidos de América.

En ese mismo número, en su editorial, se afirmaba que habían recibido “demostraciones de comprensión, respaldo y afecto”, de “hasta los más encumbrados funcionarios públicos, los más adustos industriales y los más ocupados comerciantes, quienes amablemente nos prometieron, a partir de ayer, *La Crónica* quedaba incluida en sus presupuestos normales de publicidad”. Aclarado lo anterior, Garcilazo definía la posición política de su flamante diario como de centro, siempre en contra de los extremismos ideológicos (aclarando que no eran ni comunistas ni caballeros de Colón) y su función pública era ser una “palanca de progreso comercial e industrial en los valles de Imperial y de Mexicali”.

Como lo dijera uno de sus colaboradores, Mario Flores, el 22 de octubre de 1958, en una carta pública dirigida a Cristóbal Garcilazo, lo que unía a ese grupo de periodistas, entre los que se contaban Sansón Flores, Rafael Martínez Retes, Miguel Ravelo, Alejandro Lomelí Cota, José Luis Fernández Cuéllar, Salvador Vázquez y el propio Flores, era la amistad desinteresada: “así es que sin falsa modestia, podemos decir que estamos en buen rebaño. Usted y como muchos de esta ciudad de Mexicali, que la hemos visto crecer, tenemos amigos, con quienes podemos compartir nuestras penas y también nuestras alegrías... tener el cambio de conceptos

y la polémica fraternal”. Pero no había nada de conducta desinteresada en cuanto a que este periódico se ostentara como defensor de empresarios e inversionistas, donde seguía, como un “buen rebaño”, a sus patrones del orden público y privado.

Lo que elevaba el nivel de *La Crónica* eran los articulistas con que contaba, especialmente Sansón Flores y Alejandro Lomelí Cota. Este último, con su columna, “Caras y perfiles”, ofrecía una visión crítica sobre la relación del poder y la prensa, como en su artículo del 14 de noviembre de 1958, donde decía que, al acercarse la contienda electoral en 1959, aparecerían los candidatos de todos los partidos con las promesas demagógicas de siempre: no habrá niño sin escuela, no habrá poblado sin servicios públicos, no habrá decisiones políticas sin antes consultar al pueblo, pero “una vez llegados al poder, es más fácil pagar a la prensa que cumplir lo prometido. Y así encontramos que algunos periodistas cuenta-chiles nimbaran de una aureola de estadista a un mediocre que no lo merece, llamaran intelectuales a los imbéciles y honorables a los bandoleros”. Y profundizando en el tema electoral y sus zafarranchos en el campo de la prensa, don Cristóbal aseguraba en su editorial del 30 de diciembre de 1958 que en las “tácticas de luchas típicas de todas nuestras contiendas cívicas”, hacían de ellas “más que una lid de hombres dotados de inteligencia y cultura, y que tiene por escenario la prensa y la tribuna, una batalla de cerdos que se libra en las pestilencias de un pantano”.



CEMENTERIO

Nuevo Mundo

PROFESOR MIGUEL MALDONADO TAPIA

Con el dolor más profundo
lo trajo el enterrador,
al dirigir "Nuevo Mundo"
soñaba un mundo mejor.

La amistad siempre sincera
fue su noble ministerio
y le sirvió de mortaja;
y tan pequeñito era
que al llevarlo al cementerio
se le salió de la caja.

JOSE MERINO MILLAN

Se nos fue de "Nuevo Mundo"
a un diario del medio día,
dejando un recuerdo blanco,
con el dolor más profundo
sobre de su tumba fría,
lo lloró Francisco Franco.

WALDO HERNANDEZ.

Aquí pensando se halla
dentro de estos agujeros,
murió escondiendo la raya,
y ocultando los dineros.

RAFAEL MARTINEZ AMEZCUA.

De Don Quico fue el azote
y lo enfermó de colitis,
pero se murió de veras,
y fue el único galeote
que corrigiendo galeras
murió de poliomielitís.

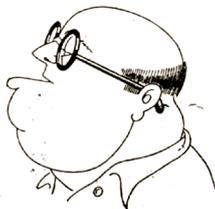
DON QUICO

Lanzando mil maldiciones
al observar tantas "patas",
murió haciendo correcciones
y rectificando erratas.

ENRIQUE GALVAN OCHOA.

Fue estudiante destripado,
en el periodismo un loco,
yace aquí sepultado
nuestro compañero EGO.

Dejando libros y escuela,
sus estudios prolíjos,
asó con Doña Manuela
mantuvo a sus cinco hijos.



J. DE JESUS RIOS.

Con su corazón paterno
veía las notas escuetas
que EGO siempre le escribía,
y dicen que en el Infierno
siguió comiendo galletas,
y puso una librería.

HERNAN ANGEL COTA

Pescador en bancarrota,
burgués y reportero,
yace aquí el hermano Cota
en este inmundo agujero.

Derrepente se nos fue,
sin velorio y sin escuela
lo ha llorado el A. B. C.
y también el Centinela.

VALENTIN "CHUTY" BELTRAN

No era del Séptimo día
un adventista sincero,
pero un "cueto" se ponía
con cinero y sin dinero.

Calaveras dedicadas a los periodistas
mexicalenses, *Nuevo Mundo*, 1955.



Ahora bien, regresando a Mario Flores, que definía a sus compañeros periodistas como una segunda familia, donde los lazos que los unían no eran los consanguíneos sino los de la franqueza y el trabajo en común, es necesario señalar que, en la mesa de redacción de los periódicos, era obvio que en esa segunda familia las mujeres apenas contaban. Desde los tiempos de Bertha Mendoza en *Minerva* y de Rebeca Flores (seudónimo: Sonia Budd) en el *Nuevo Mundo* de los años cuarenta, donde cubrían la sección “típicamente” femenina de las notas de sociales (casamientos, despedidas de soltera, *baby-showers*, clubes de muchachas), hasta Cuquita Murguía y sus “Comentarios sociales” en *La Crónica*, como los del 30 de diciembre de 1958, a las mujeres no se les permitía ir más allá:

María Luisa de Monges, Presidenta de las Damas Leonas, ya empieza, en compañía de la Mesa Directiva y socias, a hacer preparativos para la Noche Mexicana que tendrá verificativo a principios del mes de febrero, en el Casino de Mexicali, basándose en esta ocasión en la vida típica norteña, por lo que no dudamos que obtendrán un éxito inusitado.

La excepción fue Celia Vicky Romero, que desde los tiempos de Alfonso García González hasta los de Braulio Maldonado, hizo reportajes y columnas de opinión política para *Nuevo Mundo*, *La Extra* y *ABC*. Su presencia fue aceptada, aunque con obvias reticencias, por los periodistas de la vieja guardia, quienes pensaban que la presencia de las mujeres debía centrarse en aquellas áreas que se consideraban de interés femenino: los consejos para las jóvenes solteras y casadas, los retos de la vida doméstica, los eventos de los clubes sociales de muchachas con fines altruistas. La perspectiva misógina era: las mujeres podían ejercer el periodismo, pero no era para



ellas una profesión de tiempo completo ni de toda la vida, ya que su propósito era casarse, formar una familia, tener hijos. El hogar era su reino y no las oficinas de prensa. Pero Vicky, al cubrir la fuente política, estuvo en la primera fila del periodismo mexicalense y fue una tenaz entrevistadora que ponía, con sus incisivas preguntas, nerviosos a los funcionarios públicos. Además, como joven periodista que no se callaba sus puntos de vista, pronto se topó con la desaprobación de sus colegas o, peor, con la condescendencia de los dueños de los periódicos. Un ejemplo, que aparece en el libro *La canción del progreso. Vida y milagros del periodismo bajacaliforniano* (2000), lo explica mejor. Miguel Maldonado Tapia, periodista afín al régimen de Braulio Maldonado y director de la revista *Radar*, en su número del 3 de octubre de 1957, ofrecía un sermón paternalista en referencia a la nueva, latosa periodista Vicky Romero. Don Miguel, como muchos otros colegas de ese tiempo, era maestro normalista y fustigaba una nota de Romero aparecida en el *ABC*. Lo hacía como el profesor que daba lecciones a una pupila, reprendiéndola por salirse de las reglas de la urbanidad periodística cuando ésta escribió, en su columna, críticas a las nuevas generaciones de maestros normalistas, lo que sacó ámpulas en el medio educativo local por más que Maldonado Tapia las minimizara:

Vicky, como columnista de un diario, debes estar satisfecha porque has logrado una de las mayores ambiciones de un periodista, ser leído. Casi todos los maestros de Mexicali, que son lectores de *ABC*, leyeron y releieron tu columna en la que los llenas de lodo, afirmando: “a los maestros antiguos han venido a sustituirlos profesionistas hueveros, imprevistos e irresponsables, que sólo buscan el momento de meter politiquerías para conseguir puestos donde medrar. Mastican chicle, visten estilo pachuco y se expresan en lenguaje vul-

gar. No saben nada de la disciplina pedagógica y jamás leen un libro. Vergüenza, decencia, ética profesional... ¿Cuál? Que nos paguen bien, que haya huelga y se acabó". Así pues lograste tu primer objetivo, ser leída. La reacción no fue tan brusca, como puedes haberlo pensado. Estos maestros que actualmente prestan sus servicios, los de la vieja guardia y los jóvenes de nuevo ingreso, que según tú son pachucos, nunca leen un libro y sólo buscan chambas o quieren estar en huelga, reaccionaron con la serenidad que sólo da la categoría intelectual y la comprensión que sólo tiene el maestro hacia sus alumnos. En los pasillos de la Escuela Benito Juárez y antes de efectuarse una asamblea sindical a la que asistió la casi totalidad del magisterio, se comentó cariñosamente tu columna, porque ven en ti a una muchacha bien intencionada, no obstante, tus arranques impulsivos, tu "rebelión sin causa" y los actos irreflexivos que han normado tu conducta juvenil.

Todavía pasarían décadas para que las mujeres, en la prensa mexicalense, escribieran en todas las secciones y fueran las aguerridas reporteras que son hoy en día. Pero el ejemplo de Vicky Romero no debe pasarse por alto, por su presencia perturbadora entre los colegas periodistas de aquella década y por su capacidad crítica sobre cuestiones actuales, lo que dio pie para que su trabajo periodístico fuera cuestionado como el de una joven impulsiva, rebelde e irreflexiva, en vez de ser tomado en serio y discutido en la arena pública.

Pero hacia 1958, el *ABC* ya era historia pasada y el núcleo de periodistas de este diario se había trasladado a *La Crónica*. En el número del 7 de diciembre de ese año, el poeta Jesús Sansón Flores daría una salutación navideña, donde comentaba que hubo una comida en el restaurante Carmina, por avenida Reforma y calle C, donde los periodistas de *La Crónica* se habían reunido para compartir el mensaje del



hombre que sabe que no ha hecho daño a nadie. Por eso la singular reunión que tuvimos en el Carmina carece de ficticia resonancia, pero tiene su propio brillo. No fue una reunión ocasional, y los que allí estuvieron sólo les inspiró para estar juntos por la alegría común de ser una familia espiritual libre, vinculada por la independencia. Y así continuará *La Crónica*, hecha por un conjunto de amigos alrededor de una bandera: servir a nuestro rincón con la verdad y a nuestro solar con la esperanza.

Garcilazo tuvo palabras más directas sobre su profesión: “en el engranaje de un periódico todos son necesarios y nadie es indispensable”. La suya era una experiencia personal y una maldición a la que don Cristóbal se atenía como profesional de la noticia, como padre de una familia disfuncional hecha de trabajo a destajo, de pura terquedad. Pero una cosa eran los lazos entre periodistas de un mismo periódico y otra cosa eran las pugnas entre periodistas de diferentes medios informativos. O de distintos lugares de residencia. Así, José Luis Fernández Cuéllar en su columna “De aquí y de allá”, publicada en *La Crónica* del 8 de noviembre de 1962, aseguraba que matar periodistas bajacalifornianos podía ser cuestión de funcionarios menores, pero nunca del gobernador del estado. A partir de que el periodista Joseph E. Brown, en la revista *Argosy* de octubre de 1962, acusara al gobernador Eligio Esquivel de ser

el autor intelectual del asesinato del discutible periodista Carlos Estrada Sastré, ocurrido en noviembre de 1961, y como quien no quiere la cosa le endilga los crímenes cometidos en las personas de otros dos presuntos diaristas: Guillermo Jiménez Neri y Manuel Acosta Mesa. Como tales acusaciones son infundadas y ponen no solamente en entredicho la reputación

de nuestros máximos funcionarios, sino de todo el pueblo de Tijuana, nos vamos a permitir hacer una poca de historia.

Y por eso agregaba:

Guillermo Jiménez Neri, de aciertos periodísticos no tuvo más que haber atinado por casualidad el que el presidente de México 1952-58, lo fuera el señor Ruiz Cortines. Posteriormente escribió una columna en periódicos mexicalenses en la cual barría todo lo que fuera respetable y amenazaba con la publicación de imaginadas cosas sucias sobre la vida privada y política de muchos personajes. Salió huyendo del periodismo y se refugió en una canonjía que le otorgó el presidente: la Jefatura de la Oficina de Hacienda en Mexicali. No duró en el cargo más que una semana. Lo corrió el pueblo y eso mismo le ocurrió cuando lo trasladaron a Ensenada con el mismo puesto. Posteriormente, cosa que ya públicamente se sabía, fue detenido por drogadicto, por sus actividades de pervertido sexual y por estar inmiscuido en el crimen de un menor. La cosa culminó cuando amenazó matar al entonces gobernador Braulio Maldonado y después desapareció misteriosamente, considerándose que fue un victimado y su cuerpo fue hallado como a los dos años en algún punto de la carretera a Ensenada, pero nadie pudo confirmar tal cosa ni certificar que realmente había sido asesinado. Manuel Acosta Meza fue director y hasta propietario de varios periódicos de Tijuana, pero se sabe que lo fundamental de su economía lo constituía la explotación de un hotel; de lo que recibía por dar informes a las autoridades norteamericanas por actividades políticas y delictuosas en nuestro Estado y además tenía líos de faldas en forma constante. Su asesinato, cuyos actores nunca fueron descubiertos, fue perpetrado a mediados de 1955 (en realidad en 1956), poco después de que amenazara con publicar nom-



bres de quienes manejaban el tráfico de drogas en esa ciudad bajacaliforniana. Todavía sigue en el misterio el verdadero móvil, pero el crimen ocurrió también en la época de Braulio Maldonado y ahora se le quiere “colgar” a Esquivel. Carlos Estrada Sastré llegó a estas tierras poco después de que lo cesaran en Mazatlán, Sinaloa, en su puesto de jefe de pesca, por motivos absolutamente turbios. El actual secretario de gobierno, licenciado José Luis Noriega, lo hizo su secretario privado. Nosotros lo conocimos y fuimos compañeros suyos de parranda, y precisamente por su afición a las desveladas, al juego sin medida y a las mujeres, fue cesado después de que tuvo un incidente con otro funcionario y Carlos desenfundó la pistola, se armó un escándalo en el que intervino la policía. Posteriormente escribió durante unos meses y por primera vez en los periódicos. Eso fue en las páginas de *El Mexicano*. De allí salió por su parcialidad en sus comentarios y se refugió en *Noticias*, diario propiedad de José Garduño Bustamante, considerado eterno enemigo del gobierno. Allí haciendo uso de datos que obtuvo siendo secretario del licenciado Noriega, empezó a amenazar a las autoridades y a los hampones. Parece que tal actividad le producía dinero, ya que sin fuentes de ingresos, vivía como millonario. Jugaba, bebía y andaba en continuo y variado romance. Fue muerto —según confesión— por un agente de la policía de la Dirección Estatal de Seguridad, cuando amagó con publicar nombres y hechos sobre las actividades del hampa, supuestamente en connivencia con funcionarios bajacalifornianos. Nosotros no somos tan cándidos en pensar que algunos de nuestros funcionarios de segunda categoría no estén inmiscuidos en el criminal tráfico de estupefacientes, y sin amenazar, en próximo artículo hablaremos de ello, pero de allí a acusar al gobernador del Estado de asesino, hay una distancia como de aquí a Marte. Analicemos la cuestión. Todos estos “periodistas” tenían en común el que en vez de publicar los hechos como cualquier

colega que pelea limpiamente y ateniéndose a las consecuencias, ellos primero amenazaban y luego si no conseguían éxito en alguna forma, revelaban lo poco o mucho que supieran, lo cual todavía da la impresión de que más que una lucha contra la delincuencia, lo hacían en beneficio propio. Los asesinatos de todos ellos son absolutamente reprobables, pero en alguna forma explicables, ya que no hay crimen sin motivo.

Fernández Cuéllar actuaba como muchos otros periodistas de la época: si los asesinados o desaparecidos no eran colegas de su diario culpaba a las víctimas de su propia suerte. Todos ellos, Guillermo Jiménez Neri, Manuel Acosta Meza y Carlos Estrada Sastré, según sus palabras, eran “discutibles periodistas” que habían hecho del periodismo un negocio vendiendo información confidencial, chantajeando a los poderosos con los documentos que conseguían sobre sus actividades públicas o privadas y amenazándolos con publicar lo que de ellos sabían si no se les pagaba su silencio, la misma clase de información, pública y privada, que Fernández ahora esgrimía sobre estos periodistas asesinados y lo hacía para mostrar que sus muertes tenían causa justificada. Era una actitud que contaba con una larga historia en el medio periodístico de Mexicali pues, desde los tiempos del *Mercurio* de Juan B. Hernández, buena parte de los periodistas locales se alineaban con el discurso del poder y en contra de sus mismos colegas. Si en 1924 se trató de una paliza dada a un par de periodistas por el propio gobernador, el general Abelardo L. Rodríguez, a quien el *Mercurio* defendió a capa y espada, para 1962 don José Luis proporcionaba un argumento similar que se centraba en: lo tenían bien merecido. Su artículo muestra la nula solidaridad gremial del articulista, la frialdad periodística con que describía sus vidas y muertes. Lo curioso es que Cuéllar no mencionara a Fer-



nando Márquez, periodista asesinado por los chemitas del gobernador Braulio Maldonado en 1956, como si este dato contradijera su tesis de que los gobernadores nunca tuvieron relación con la represión de los “chicos de la prensa”. Sí, porque tampoco había lambisconería sin motivo. Sobre todo si ese motivo provenía del erario público.

Si con Braulio Maldonado vemos que la prensa estuvo al servicio del gobierno del estado, con periódicos como *ABC* y *Nuevo Mundo* que defendían al régimen, en el sexenio siguiente, el del gobernador Eligio Esquivel, el asesinato de Carlos Estrada Sastré en Tijuana, el 21 de noviembre de 1961, llevó a una operación de protección al primer mandatario, donde los periodistas de la entidad intercambiaron mentiras oficiales por insumos para sus diarios, tal y como lo narró Dalia Nieto de Leyva, en su libro *Por qué me hice periodista* (1994), donde declaraba la forma de conducirse de la prensa frente al poder en turno con orgulloso descaro. Para esta periodista, Sastré, “por motivos ignorados, se salió de la línea oficial y fue advertido que debía volver al carril” y como no lo hizo “a los ejecutores se les pasó la mano, pues sólo se trataba de una advertencia” que fue demasiado lejos. Nieto de Leyva compartía lo dicho sobre el periodista asesinado, pero supo sacar el mejor partido para su periódico:

Nos tocó una racha de suerte ya que ese año asesinaron al periodista Carlos Estrada Sastré en Tijuana, en el Hotel Arreola, y al gobierno no le convenía que lo señalaran como responsable de este hecho. Estrada Sastré era un periodista del sistema, de esos que abundan y trabajan con “línea”, pero un día se salió del huacal y aunque le llamaron varias veces la atención hizo caso omiso y le costó la vida. Como este asunto estaba dando muchos dolores de cabeza al gobierno estatal, fue entonces cuando nos llamaron a todos los directores de

diarios, únicamente para decirnos que Estrada Sastré se había “suicidado”. Luego nos citaron a cada uno por separado para indicarnos lo relativo a la información. Y como yo ya tenía instrucciones de los cooperativistas, mi petición fue de dieciocho rollos de papel para el periódico. Su muerte causó escándalo a nivel nacional y fue entonces cuando el gobierno del Estado estuvo llamando a la mayoría de los editores de periódicos de Baja California para que presentaran el crimen en sus páginas como “un suicidio”, a cambio de otorgarles lo que pidieran, o sea, un soborno que la mayoría aceptó para no contrariar el deseo gubernamental. Pero ante tan alevoso crimen, algunos diarios tuvieron que rectificar sus primeras informaciones. Tan grave era la situación para el régimen estatal, que tuvieron que “fabricar” chivos expiatorios con una pareja de individuos.

Hay que precisar que el *Nuevo Mundo*, a la llegada del gobierno de Esquivel no fue apoyado como antes, pues se consideraba a este medio como el mayor defensor de su antecesor, Braulio Maldonado, con quien el nuevo régimen estaba peleado. Ante las dificultades financieras para sostenerlo, los trabajadores de este diario se convirtieron en una cooperativa encabezada por Concepción Rojo y la propia Dalia Nieto. En su libro no sólo decía cómo se benefició del asesinato de Estrada Sastré, sino cómo era la mecánica del cochupo, tanto en las oficinas públicas como en la propia casa de gobierno:

Podemos decir que salimos con el pie derecho de esta aventura periodística, tanto el comercio como las dependencias federales y estatales nos tendieron la mano y salía para comprar papel, tinta, y la muerte de un periodista acaecida en Tijuana nos ayudó un poco más, pues aunque lo mataron, tuvimos que decir al igual que toda la prensa que se había “suicida-



do” y ello nos valió dieciséis rollos de papel y diversas piezas que necesitábamos para prensa y linotipos. Todo iba viento en popa, pues hasta recibíamos dinero de los casinos chinos que funcionaban en Mexicali. Recuerdo que se acercaban las fiestas navideñas y un comerciante muy conocido y muy rico de Mexicali, Jesús Montaña, que era muy amigo de los periodistas, nos invitó a Conchita Rojo y a mí a que fuéramos a su tienda y escogiéramos una camisa para cada uno de los trabajadores; además, un restaurante chino muy popular —quizás uno de los más viejos de Mexicali—, que se denominaba “El 19”, cooperó con comida y el Chino León aportó las bebidas y los refrescos. Yo no pude disfrutar al lado de mis compañeros como era mi deseo, porque la esposa del gobernador Esquivel Méndez nos mandó llamar a todos los directores de los periódicos para que fuéramos a su casa, donde nos ofrecería un brindis y un sobrecito de rigor.

El famoso “sobrecito de rigor” aparecía no sólo en espacios gubernamentales. Cada periodista lo buscaba en su respectiva fuente, en el área en que trabajaba, ya fueran sociedades deportivas, clubes sociales, cámaras de comercio o empresas del ramo. Todo para tener contentos a los “chicos de la prensa” y que los contubernios entre autoridades y empresarios quedaran fuera de la vista del público, para que en vez de escándalos en sus páginas sólo se mostrara al empresario del año, al político del futuro, al honesto líder sindical. No se trataba de decir la verdad sino de acomodarla al mejor postor. Mientras tanto, Garcilazo siguió con su aventura empresarial de *La Crónica*, para más tarde pasarse a *El Mexicano*, el primer diario regional fundado en Tijuana en 1959 y con oficinas en Mexicali, poniendo en marcha *La Voz de la Frontera*, el primer periódico regional impreso en Mexicali y a todo color. Al fundarse el 20 de septiembre de 1964, *La Voz*

dejó atrás a los periódicos de ambos valles, pues contaba con el más grande edificio y la prensa más moderna de ambos lados de la frontera. Y sobre todo se hacía con la veterana planta de periodistas que acompañaban a don Cristóbal desde el *ABC*, 10 años atrás, y que luego lo siguieron, como un “buen rebaño”, en *La Crónica* y *El Mexicano*. En *La Voz de la Frontera* se conjuntaba un grupo de periodistas bien relacionados política y empresarialmente, además de un sistema de impresión de vanguardia a escala industrial. Con tales fortalezas, otro periodismo daba comienzo en la capital del estado. No mejor que el anterior: sólo distinto en peso noticioso y tiraje regional. Listo para cumplir las expectativas de los inversionistas que lo habían hecho posible, como de la sociedad de consumo fronteriza que en sus páginas se vería reflejada, celebrada, aplaudida, sin salir del moralismo edificante, de la crítica provinciana contra las modas del momento. Era un trabajo de equipo con un capitán al mando. O como los versificara Sansón Flores en *La Crónica* del 3 de noviembre de 1958: “Hundidores de naves, han construido/ un nuevo barco, y el dolor ha sido/ brújula fiel de su candente paso:/ Y con el viejo capitán querido,/ ningún bajel se sentirá vencido/ por el timón azul de Garcilazo”. El rebaño, de nuevo, seguía balando su conformidad, su entusiasmo capitalista, su ideario conservador. A ello se agregaba un desdén por las instituciones públicas mientras se alababan las privadas. Un ejemplo lo ofreció Rafael Martínez Retes en su columna “Al Margen” (*La Crónica*, 8 de noviembre de 1958) bajo el título de “Donativos a la Universidad”, donde aseguraba que personas generosas habían hecho “donativos para la Universidad Autónoma de Baja California”, entre los que destacaba “un taller de imprenta para que en ella hagan sus publicaciones” y a continuación decía que “una imprenta dentro de una universidad es de gran utilidad cuando existen estudios, ensayos literarios y notas de cultura que



deban difundirse en el pueblo”, para luego afirmar que “ignoramos qué obras de difusión cultural haya producido la universidad. Es de creerse que ninguna”. Sus dudas se basaban en que “no sabemos que exista la Universidad, ni edificios en donde pueda funcionar. Tenemos entendido que aún no se sabe dónde estará ubicada, ni quién constituirá el profesorado, ni cuáles son las asignaturas que se impartan”. Martínez Retes terminaba diciendo que: “Habrá que esperar que alguien done profesores, terrenos y edificios”. Lo cierto es que tres años más tarde, ya con todo eso que pedía don Rafael, la Universidad publicaba su primera revista con artículos de historia, literatura y ciencias. Y sí, alguien había hecho tal donación: el pueblo de Baja California.



1964: LA LLEGADA DEL PERIODISMO
MAQUILADOR, EMPRESARIAL



El domingo 20 de septiembre de 1964 salió el primer número de *La Voz de la Frontera*. Constaba de 40 páginas y contaba con 5 secciones, en donde las noticias regionales, nacionales e internacionales, lo mismo que las informaciones deportivas y sociales, acaparaban las páginas del nuevo diario. Se podía comprar por \$1.50 pesos. Y las empresas del momento se anunciaban en sus páginas. Con *La Voz* llegaban nuevos aires al periodismo mexicalense: más dinámicos, más ambiciosos en todos los sentidos. El primer editorial de la nueva publicación se esmeraba en evadir las críticas que sabía, de antemano, iba a recibir por ser un medio creado por los más poderosos empresarios de Mexicali y su valle:

Es regla general que ningún periódico puede ser cien por ciento independiente, porque el criterio de su dirección se ve gobernado, en mayor o menor grado, por los intereses de los propietarios de la empresa editora. No negamos que lo anterior sea cierto. Ni que los dueños de la editora América Latina S. A., propietaria de *La Voz de la Frontera*, en su condición de miembros de una comunidad moderna, estén o dejen de estar relacionados con los intereses creados, a veces ineludibles, y que en sus orígenes son tan antiguos como la humanidad misma. A pesar de ello, queremos dejar constancia escrita, en este número inicial, de que nuestro periódico será la excepción de la regla antes enunciada. Porque este diario fue creado sin fines egoístas, con la única mira —ya lo hemos dicho— de servir a los intereses generales de Baja California... de ver-

dad... con la verdad. Para alcanzar esta meta, necesitamos —y aquí lo estamos solicitando— toda la cooperación que el público pueda darnos en la forma de crítica sana y censura constructiva, cuando a su juicio se haga necesaria. No debemos terminar estas primeras líneas sin agradecer el generoso estímulo que recibimos para hacer realidad nuestro anhelo de darle a Baja California un motivo más de orgullo: poseer el primer diario impreso en *offset* en la República Mexicana y en la América Latina. ¡Muchas gracias también a nuestros amigos que nos abrumaron con publicidad inaugural, que irá saliendo a luz paulatinamente, para su propio beneficio!

Los buenos deseos de Cristóbal Garcilazo en aquel primer editorial de *La Voz de la Frontera* no duraron más que unas pocas semanas. La independencia de los periodistas frente a los intereses de los propietarios del diario chocó de inmediato. Para el 18 de octubre de 1964 se despidió a don Cristóbal “por problemas de salud”, constatando que, aunque se tuviera tecnología de punta para imprimir el periódico, en cuanto a los criterios editoriales seguía siendo una publicación al servicio de los ineludibles intereses creados. El periódico ahora era una puerta abierta al mundo con fotografías para todas las noticias, que podían ser los precios del algodón en el mercado mundial, las opiniones del gobernador Eligio Esquivel (no podía faltar la entrevista adulatoria pero expuesta con la naturalidad de las cifras oficiales, con la voz de mando de quien tiene la sartén por el mango). Era una moderna forma de imponer un ritmo nuevo a las noticias, ya éstas fueran la construcción del boliche Bol-Stic o el desempeño de la selección deportiva de Baja California. Según Salvador García Estrada (*La Voz de la Frontera*, 24 de septiembre de 2021), uno de los más jóvenes fundadores del diario, recordaba que había sido idea del empresario millonario de

Mexicali, Mario Hernández Maytorena, poner en marcha un diario que sirviera a dos propósitos: ser una empresa comercial y servir como plataforma para que el estamento industrial y empresarial de Mexicali tuviera un escudo mediático a su disposición, un arma noticiosa a su servicio:

Mucha agua ha corrido por el Río Colorado desde aquel momento en que un grupo de empresarios cachanillas, encabezado por Mario Hernández Maytorena, conscientes de que nuestra ciudad necesitaba un periódico plenamente identificado con su acontecer político, social y económico, se dieron a la tarea de crearlo. Para ello llamaron a don Cristóbal Garcilazo —maestro de varias generaciones de periodistas— en ese tiempo director local del periódico *El Mexicano*. Al despedirse de su cargo, reunió en su oficina al personal para comentarles “Me están invitando a fundar un periódico en Mexicali, que tendrá como característica que será el primero en América Latina impreso en *offset*. Los invito a que me acompañen en esta aventura periodística”, dijo el experimentado periodista, advirtiendo “habrá cosas muy buenas”. Quienes teníamos varios años colaborando en el diario tijuanaense, aceptamos de buena gana la invitación. Fue así como Ignacio Aguirre Calleja, Roberto Enríquez, Miguel Suárez Orozco, Eduardo Rubio, quien esto escribe y otros cuyos nombres no recordamos, acompañamos a Don Cristóbal en la fundación de *La Voz de la Frontera*. Recuerdo que el primer director fue Fernando Díaz Todd, a quienes le siguieron Fidel Sánchez Moreno, Jorge Davo, Jesús Blancornelas, Rogelio Fontes Gil y Felipe de Jesús López, por mencionar algunos. Por cierto, Díaz Todd me inició como reportero de las fuentes económicas al ordenarme entrevistar a Mario Hernández Maytorena —entonces presidente de Canacindra Mexicali— luego de reunirse con funcionarios federales en Ciudad Juárez, sobre el tema de la zona libre. Gratisima



sorpresa al día siguiente, ver mi nota convertida “en la noticia de ocho columnas”.

La añoranza del viejo periodista sobre sus pininos en *La Voz de la Frontera* lo hizo olvidar que obtuvo las ocho columnas no sólo por su buen trabajo como entrevistador, sino porque Mario Hernández, su entrevistado, era el dueño del periódico en que se publicaba su propia entrevista. Ni Eligio Esquivel, el entonces gobernador, había recibido tanta exposición mediática en el nuevo diario. Claro, por tener el poder que tenían, a los políticos —funcionarios públicos de los tres niveles de gobierno— se les retrataba en sus poses de servidores del estado, se les tomaban sus comentarios en cuenta y se les otorgaba un lugar preponderante en la pasarela mediática de las páginas del diario, pero en realidad el poder ahora estaba del lado de los empresarios —industriales, comerciantes, banqueros— que delineaban el futuro de la entidad y se hablaban de tú a tú con los representantes del sistema político a través de las noticias, los reportajes, las entrevistas y los artículos de opinión. Ya no se podía dar paso seguro en los asuntos públicos sin consultar a los dueños del capital, sin leer las posturas sostenidas desde *La Voz de la Frontera* por quienes eran, a no dudarlo, los líderes del estado, entre quienes destacaban Mario Hernández Maytorena, Francisco Gallego, Alfonso Bustamante e Ignacio Guajardo, la mayor parte descendientes de familias cuyo poder político y económico podía rastrearse hasta la época del coronel Esteban Cantú y del general Abelardo L. Rodríguez, constatando de esta manera que la prensa de 1914 y la prensa de 1964 servían, sin aspavientos, a los sectores del poder económico que, en general, eran también los representantes del poder político en la entidad.

Esto no era nuevo. Décadas atrás, cuando los intereses de la Colorado River Land Company chocaron con las políticas cardenistas de expropiación de las tierras del valle de Mexicali, los intereses de los inversionistas de la Colorado (Harry Chandler, sus socios estadounidenses y sus aliados mexicanos) decidieron tomar cartas en el asunto y mimetizarse en México como compañías nacionales. En *La Opinión* (20 de marzo de 1941), se daba noticia de estos cambios de fachada:

Una trascendente reunión que tuvo lugar poco después del mediodía del viernes último, en el Banco Mercantil, S. A., de esta ciudad, convocada por Gerente, el señor José J. López y a la que asistieron connotadas personas en el mundo de los negocios, y algunos periodistas. En ella el señor López, después de hacer la presentación de don Aníbal Iturbide, Gerente del Banco de Comercio, S. A., con Matriz en la capital de la república, expresó a los circunstantes que la mencionada Institución capitalina tiene fuerte remanente de sus fondos inactivo y que, pretendiendo ampliar su radio de acción para realizar inversiones, se determinó que éstas se hicieran en este Territorio Norte, mejor que en cualesquiera otra parte del país: manifestando también el señor López que los señores Chandler, Haskel y otros, principales accionistas del Mercantil, habían determinado que dicha Institución quedara afiliada al Banco de Comercio, para cuyo efecto le vendió el 50 por ciento de sus acciones. Esta operación, que mucho contribuirá al auge de la economía regional, dio lugar, naturalmente, a la integración de un nuevo Consejo directriz del Mercantil, el que desde luego quedó nombrado con el resultado siguiente: Presidente José J. López; Consejeros, A. D. Haskel, Apoderado General de la Colorado River Land Company: W. Stone. Gerente de la Compañía Industrial Jabonera del Pacífico; Guiller-



mo Swain, Jesús Ibarrola, Ingeniero Ernesto Fournier, Gerente de la Compañía de Luz Eléctrica de Mexicali, S. A., licenciado Edmundo J. Guajardo: Mario Hernández, comerciante: Victoriano V. Sánchez, destacado Agente de Negocios; Eustaquio Escandón, miembro prominente del Banco de Comercio; Armando H. Hernández y Salvador Ugarte, Presidente del mismo citado Banco, fungiendo como Comisario el señor Aníbal Iturbide. En los círculos bursátiles ciudadanos la noticia de la fusión de ambos Bancos y el objeto de ella ha causado la mejor impresión y despertado justificados optimismos, ya que las inversiones que se llevarán a cabo en la región, por fuerza han de “levantarla” económicamente. Por último, se nos informó que el nuevo Banco Mercantil integrará un idóneo y competente Cuerpo Consultivo de entre su membresía, para estudiar y ver la mejor forma de llevar a la práctica todos los proyectos de inversión que le sean presentados.

Entre esos proyectos de inversión, *La Voz de la Frontera* sería, a futuro, uno de ellos. Un proyecto que mantendría la fusión de capital y medios de comunicación como baluartes de su presencia económica en el valle de Mexicali. Ya en *Hombres, hechos y cosas* (1991), Pedro F. Pérez y Ramírez, que publicaba columnas históricas en la empresa de Mario Hernández y asociados, decía que los periodistas pioneros hacían de todo: eran redactores, reporteros, impresores, publicistas y distribuidores de sus propias publicaciones. Pero con *La Voz* surgía una nueva forma empresarial muy a la moda: la de la cadena de producción maquiladora, donde cada miembro era un elemento de la cadena informativa. El dueño del periódico ya no era el propio periodista, sino que éste apenas era un empleado más, una pieza intercambiable cuya obligación primordial consistía no sólo en dar noticias, sino en usar éstas como moneda de uso en las transacciones

políticas de sus patrones, en ese tráfico de influencias que iba y venía de lo privado a lo público y viceversa.

Así, para 1964, el ejercicio periodístico dejaba de ser un oficio de riesgo personal y se convertía en un trabajo administrativo, contable, donde la noticia apenas era una mercancía que podía modificarse al gusto de la clientela. Pero Garcilazo era un periodista de gran experiencia en estas lides, sabía lidiar con las expectativas de sus lectores, con las críticas antes de que éstas aparecieran. Como viejo zorro de la prensa, el marcharse del periódico no fue su último acto en el periodismo mexicalense. Volvería con los años como columnista de fervores moralistas, fustigador de una juventud —la de la generación de 1968— que le parecía negaba todos aquellos valores nacionalistas que él creía, que él representaba. Escribiría para la edición mexicalense de *El Mexicano*, donde sería, con sus artículos, un centinela del conservadurismo social más recalitrante. Para 1968, como acérrimo defensor del orden y la ley al estilo de mano dura del presidente Gustavo Díaz Ordaz, comenzó una campaña contra un catedrático de la preparatoria del Cetys, Rafael Padilla, por haber puesto a leer a sus alumnos la novela *Gazapo* de Gustavo Sainz. En su columna del 7 de noviembre de 1968 amenazó al profesor con estas palabras: “señor licenciado Padilla, si usted hubiese obligado a una de nuestras hijas a leer tales obscenidades ante sus compañeros y compañeras de clase, a estas horas usted estaría muerto”.

En todo caso, de ahí en adelante el periodismo mexicalense ha seguido, con notables excepciones (Jesús Blancornelas, Sergio Haro), esa ruta corporativa, comercial, publicitaria, anodina, técnicamente moderna, ideológicamente conservadora, que impulsa el comedimiento sobre el carisma, la cortesanía sobre la rebeldía, el aplauso sobre la crítica. Pero aun con la más moderna tecnología a su disposición, las filias y fobias de los propietarios de los periódicos conti-



nuaron teniendo un peso considerable a la hora de comentar lo sucedido a otros diarios, especialmente los situados en trincheras opuestas a las suyas. Las campañas negras nunca se extinguieron del todo porque siempre hubo, desde las cámaras empresariales y desde las oficinas de gobierno, quienes las auspiciaban para obtener ventajas económicas o políticas. El nuevo periodismo era tan mañoso como el viejo periodismo.

En cierto modo, desde entonces, poco ha cambiado en las maneras de trabajar la información, de darla a conocer, de interpretarla. Si García Estrada observaba con nostalgia este periodismo corporativo, yo añoro el periodismo pionero, el que hicieron varias generaciones de mexicalenses sin pedirle permiso a nadie, sin morderse la lengua, sin ponerse a pensar las consecuencias de sus actos. Y no niego que en muchas ocasiones erraron en grande, como José Castillo y su campaña racista contra los chinos; como la actitud penden-ciera de Ricardo Covarrubias, que llevó a la muerte a tres policías mexicalenses; o como los periódicos que apostaron —con *Mercurio* de Juan B. Hernández a la cabeza— por la Colorado River Land Company y en contra de los campesinos del valle de Mexicali en sus escritos. Pero junto a estos tropiezos nos queda la actitud valiente de Billy Silver, la defensa del agrarismo de Alfonso Tovar y Peritus, el sacrificio de Fernando Márquez, asesinado a mansalva en 1956, el compromiso con la verdad de Ángel Zaldívar y Guillermo Manzano, los dardos versificados de Facundo y Francisco Bernal, o el trabajo de Armando I. Lelevier, que hizo el primer recuento del periodismo bajacaliforniano en 1943.

En la saga de la prensa mexicalense, especialmente del periodismo hecho entre 1914 y mediados del siglo XX, es necesario relatar su historia, es indispensable recordar que fue elaborado por periodistas boxeadores y ladrones de linotipos; que se escribió en medio de tiroteos, en cárceles de am-

bos lados de la frontera, a pesar de terremotos e incendios, como negocios donde la información y las pasiones políticas valían lo mismo, amasada con infundios y querellas, con sumisiones y bravuconadas. Una historia llena de sacrificios y percances, donde los periodistas mostraban con orgullo sus heridas de combate para poder decir sus verdades y mentiras; para poder externar lo que pensaban o guardar un cómplice silencio ante políticos, empresarios y colegas; para obtener la primicia del día, la noticia esencial para Mexicali y su valle, el pago puntual por su propaganda y publicidad. Esa historia que aquí apenas esbozo, que aquí he intentado contar en sus mínimos detalles, en sus escabrosas realidades, para todos ustedes.



ANEXOS



PRENSA Y PROPAGANDA: LA EDICIÓN ESPECIAL DE LA VANGUARDIA

El 13 de octubre de 1917 se distribuyó el primer número del periódico *La Vanguardia* en Mexicali. Dirigido por el doctor Ignacio Roel, que el *Chronicle* del 18 de diciembre de 1915 llamara “uno de los amigos y consejeros más confiables del gobernador Cantú”, y que ya se había distinguido por ser el único representante del Distrito Norte en el Congreso de Querétaro, donde se promulgó la Constitución de 1917; y por el abogado Héctor González, periodista regiomontano y juez en funciones. *La Vanguardia* era el órgano oficial del gobierno del coronel Esteban Cantú (1915-1920) y, lo más importante, era una empresa noticiosa de la que el propio Cantú era socio principal. Esto es importante señalarlo porque esta publicación no sólo era un medio propagandístico del régimen y sus obras públicas, sino que también era un negocio personal del propio Cantú para dar apoyo público a sus amigos, familiares y asociados en los diversos negocios en que estaba inmiscuido y de los que recibían tanto él como sus familiares políticos, los Dato, sus beneficios monetarios o de influencia comercial y política. En buena medida, este manejo de la prensa mexicalense, dado por Cantú y su círculo de funcionarios e inversionistas, era un intercambio de favores en letra impresa. De todos sus números publicados, la edición especial de *La Vanguardia* del 16 de junio de

1918 es un ejemplo perfecto para entender los tejemanejes del poder en el gobierno cantuista, las corruptelas al uso en su régimen dictatorial y patrimonialista. En su editorial de ese número, escrito por Roel y González, se decía que estaba dedicado a loar la “obra administrativa y constructiva” de Cantú. En su portada aparecía un retrato del propio mandatario y en su interior se mostraba, de página completa, un retrato del mismo Cantú. En el editorial se mencionaban toda clase de elogios a su trabajo como gobernante, la lambisconería editorial que ensalzaba al caudillo, que imponía el culto a su personalidad:

Hasta hoy podemos publicar la edición de *La Vanguardia* que teníamos anunciada para el mes de mayo. Dificultades materiales insuperables, debidas al embargo que tienen decretado los Estados Unidos en contra de los países neutrales, han sido las principales causantes de este retardo. En este número de *La Vanguardia* hacemos un estudio que es una novedad: el de la obra administrativa y constructiva del Coronel Cantú, el Gobernador del Distrito Norte de la Baja California; el creador del Distrito, mejor dicho, hombre entusiasta, soñador y de gran corazón; virtudes antiguas en un luchador moderno. Nadie que sepamos, había emprendido hasta ahora esta tarea, la que por supuesto, es incompleta, porque la obra del Coronel Cantú es vasta y profunda, a pesar de haber sido desarrollada en tres o cuatro años y constituye además un cimiento macizo para una amplísima obra futura. Este estudio es un complemento de la biografía que publicamos en el número 7 de este mismo semanario. Al publicarlo creemos hacer una obra de justicia al Coronel Cantú porque siempre se ha hablado con mucho elogio de su obra de gobierno, pero esa obra se conoce sólo fragmentariamente, nadie ha indicado antes de ahora el plan general de ella; plan que muchos se han atrevido a negar.

La lectura de ese artículo demostrará que el Coronel ha desarrollado su labor conscientemente y conforme a proyectos vastos, que primero sólo existieron en su pensamiento y que ahora empezamos a comprender los que estudiamos su obra de cerca.



Héctor González, periodista y editor de *La Vanguardia*, 1920.



Además de las alabanzas anteriores, la edición especial también procuraba

dar una idea pintoresca de la vida del Distrito Norte de la Baja California; y sólo sentimos que las dificultades de los tiempos que corren no nos hayan permitido extender nuestras informaciones sino a Mexicali, dejando en aparente olvido a los demás lugares del Distrito. Para un futuro próximo esperamos enmendar esta falta, para lo cual nos aprovecharemos de las lecciones que nos ha enseñado esta primera experiencia.

Al leer semejante declaración uno pensaría que *La Vanguardia* se daría a la tarea de mostrar lo que denominaban como vida pintoresca del Mexicali de aquellos tiempos, es decir, la vida de sus cantinas, casinos, burdeles, hoteles y fumaderos de opio, el río de turistas extranjeros que acudían a esta ciudad fronteriza para emborracharse, drogarse, apostar hasta lo que no tenían y conseguir muchachas para pasar la noche. Pero nada de eso se mencionaba.

¿Qué era lo que contenía este número especial en realidad? Podemos dividir a *La Vanguardia* del 16 de junio de 1918 en dos partes principales: la primera, como ya se dijo, consistía en hacer propaganda de la obra, realizada o que pensaba llevar a cabo el coronel Cantú, mientras que en la segunda parte se hacía referencia a los comerciantes, rancheros, funcionarios públicos y empresarios del Distrito Norte, con predominio de los latifundistas estadounidenses y los comerciantes chinos y europeos, a los que se pintaba como los representantes del progreso en esta región fronteriza, aunque tal progreso no fuera equitativo para el resto de la población. En la primera parte, que fue escrita por Héctor González, se afirmaba que: “No puede hacerse en unas cuantas páginas una exposición completa de la obra

amplia de gobierno del Coronel Cantú; por lo que nos referimos en términos generales a sus muchísimas actividades". Entre estas actividades estaban el desarrollo agrícola, las haciendas de remonta, las obras materiales, el municipio libre, el camino nacional, las comunicaciones con México y el futuro desarrollo del puerto de San Felipe, del cual se hacía una entrevista al propio coronel. Lo que se destacaba en todas estas actividades era que se debían al buen gobierno del coronel. Así, del desarrollo agrícola se aseguraba que "el Coronel Cantú ha dedicado atención preferente a la agricultura, dando toda clase de facilidades a la apertura de nuevas tierras para el cultivo" y se afirmaba que

Cuando el Coronel Cantú llegó a la Baja California, con el grado de Mayor del Ejército Nacional, el año de 1911, había en cultivo en la región mexicana del Valle Imperial alrededor de 20.000 acres de tierra, en los que se cultivaban pasturas, principalmente alfalfa y cebada. Ese año empezaron a hacerse ensayos para el cultivo del algodón; y hasta el año de 1914, aunque este cultivo sustituyó casi en su totalidad al de las pasturas, la extensión de terrenos en cultivo permaneció casi estacionaria. Del año de 1914 para acá es cuando esa extensión de terrenos en cultivo ha aumentado considerablemente, habiendo en la actualidad en labor alrededor de 150.000 acres, más de la mitad de las tierras irrigables por medio de los canales del Río Colorado. El sistema de canales existente el año de 1916 se aumentó y completó con otro grande canal, aunque no de tanta capacidad como el Canal del Álamo, que parte de Cerro Prieto con una dirección general al Nor-Oeste, hasta juntarse con otro canal, ramificación del Álamo, que pasa al Sur de Mexicali. La comparación de estos datos arroja un total aproximado de 130.000 acres de tierra abiertos al cultivo durante el gobierno del Coronel Cantú.



Lo que Héctor González olvidaba decir es que el aumento de los canales de riego y, por ende, de las tierras cultivadas del valle de Mexicali no eran obra de Cantú, sino de las compañías de tierras estadounidenses y de los propios rancheros, estadounidenses, chinos y japoneses, que habían abierto nuevas tierras de cultivo gracias al auge algodonerero durante la Primera Guerra Mundial. La bonanza agrícola era obra de empresarios extranjeros y no de las políticas de Cantú, cuya única labor en este rubro era mantener en su lugar a los jornaleros mexicanos, chinos y de otras nacionalidades que, de vez en cuando, se ponían en huelga por la sobreexplotación laboral de que eran objeto y entonces los rancheros le pedían a su gobierno que interviniera a su favor y que, con sus soldados, pusiera en paz a los revoltosos del momento. Don Héctor hablaba también de las haciendas, de los cultivos de garbanzo o de las haciendas de remonta, que sólo había una en el municipio de Mexicali y cuatro en total en todo el Distrito Norte y que servían como granjas modelo, pero no eran ningún dique al latifundismo extranjero. En cuanto a las obras materiales, estaba en Mexicali

Una estación radio telegráfica, que tiene potencia para comunicarse con Santa Rosalía, Guaymas y Mazatlán; un gran edificio escolar, con un costo de más de \$100.000 dólares; un parque (el Héroes de Chapultepec, que queda sobre la línea internacional); un edificio de telégrafos; un edificio para la Aduana; un Cuartel de infantería; un cuartel de caballería; un hospital municipal; un puente sobre el Río Nuevo; el embanquetado de las calles, y otra multitud de obras de menor importancia.

La obra magna de la administración cantuista era el camino nacional entre Mexicali y Tecate, la carretera que unía a la

capital del Distrito Norte con la zona costa. Se podría pensar que era una obra para la comunidad en general, pero como Cantú todo lo cobraba, la carretera fue de paga y le sirvió en lo personal para trasladarse con más facilidad a los poblados de Tijuana y al puerto de San Diego en California, especialmente en verano, cuando los calores de Mexicali lo llevaban, como bien lo dice González, a tomarse unas vacaciones de tres meses:

El Coronel Cantú tiene una costumbre altamente benéfica para el conocimiento de la situación y necesidades de las diferentes regiones del Distrito: la de visitar sus principales poblados periódicamente y recorrer cada vez que se lo permiten sus labores las demás regiones. De modo que ha venido a ser en él casi una costumbre la de pasar poco más o menos las tres cuartas partes del año en Mexicali, y el resto en las demás poblaciones, combinando sus viajes de tal modo que su estancia en las regiones de la costa, que tienen clima templado —uno de los climas más uniformes y agradables del mundo— viene a ser como sus vacaciones de verano; sólo que son vacaciones en las que trabaja tanto o más que en el resto del año.

Del camino nacional se decía que

se empezó a construir el año de 1915, en el que se abrió la brecha bajo la dirección del Ing. A. Robles Linares. El año de 1916 se dio principio a los trabajos formales, bajo la dirección del Ing. Enrique Alduncin, que es todavía el Ingeniero en Jefe de las Obras. Al mismo tiempo que se abría la brecha del Camino Nacional se tiraba una línea telefónica que iba poniendo en comunicación con Mexicali los diferentes campos de ingenieros que se iban estableciendo. Esta línea telefónica y



telegráfica está terminada totalmente y ya ha abierto su servicio al público entre Mexicali, Tecate, Tijuana y Ensenada y los diferentes ranchos y campamentos intermedios.

A esto se agregaba que se buscaba crear un servicio de vapores desde el puerto de San Felipe hasta Mazatlán para el transporte de mercancías y personas. Y se terminaba diciendo que tal era

la obra de gobierno del Coronel Esteban Cantú. Es obra de mucha trascendencia para Baja California y para la República y muy honrosa para este hombre joven y entusiasta, que sin tener experiencia anterior de gobierno ha resultado un gran gobernante, y que ha sabido desarrollarla en poco tiempo y en época muy difícil para la República Mexicana.

De ahí se pasaba a una entrevista hecha al propio coronel Cantú, donde se condensaba su opinión después de haber realizado un viaje a San Felipe:

Los resultados inmediatos del viaje, son tres: primero, el mejor conocimiento de la región recorrida, la que hasta ahora había sido una incógnita; segundo, el establecimiento de las colonias de San Felipe y del Cerro del Borrego; y tercero, la demostración de que el viaje en automóviles de Mexicali, es factible en nueve o diez horas, con un camino únicamente regular. Pasando a consideraciones de otra naturaleza, cree el señor coronel Cantú que la apertura del puerto de San Felipe es benéfica para las poblaciones de la costa de Sonora, y de la Baja California, en el mar de Cortés, porque por la vía San Felipe-Mexicali tendrán una salida fácil para el Sur de California, con el que tanto comercian. Igualmente con la apertura

de San Felipe se consigue relacionar al Distrito Norte de la Baja California con el resto de México, sin tener que pasar por los Estados Unidos. Por esta vía será fácil llevar productos a la parte continental de México o traerlos de allá; estrechar los lazos de amistad de los bajacalifornianos con el resto de la República y recibir auxilios militares en caso de necesidad, lo que ahora es imposible.

El trabajo propagandístico de *La Vanguardia*, en la pluma de Héctor González, terminaba con un panegírico a la figura de Cantú como el supremo gobernante, el padre salvador del pueblo bajacaliforniano:

Por el anterior resumen que hemos hecho de las ideas del señor Coronel Cantú, respecto de la apertura del puerto de San Felipe, se puede comprender cuánta es la amplitud de sus miras y cuánta la nobleza de sus intenciones. Ojalá que pronto veamos que sus propósitos triunfan en toda la línea.

Al seguir el manual de la lambisconería al estilo porfirista-huertista, los periodistas de esta publicación rendían pleitesía a su amo y señor. Lo que ignoraba, en 1918, el redactor de este periódico era que dos años después, por esa vía se intentaría que llegaran auxilios militares, pero para expulsar a Esteban Cantú. Sin embargo, el coronel porfirista-huertista no estaba solo como receptor de semejante labor de propaganda. La segunda parte de la edición especial de *La Vanguardia* era una especie de quién es quién de los poderes reales de Mexicali y su valle. En sus páginas, con fotos incluidas, se hablaba de las principales figuras empresariales, comerciales y dueñas de la tierra que en esta región habían sentado sus reales y que, por contar con el apoyo del gobierno estadounidense si se les presentaban problemas en el



Distrito Norte, eran intocables para las autoridades nacionales, incluyendo entre ellas al propio Cantú, que servía como mayordomo de sus intereses y necesidades. A ellos se sumaban otros empresarios, tanto mexicanos como orientales, así como funcionarios públicos. De esta forma se perfilaba a gente como Casey Abbott, que era a un mismo tiempo hombre de empresa y funcionario público (alcalde de Calexico, California, quien contaba con un rancho de 4500 acres en el valle de Mexicali) y amigo de Cantú; como Ben Hulse, “uno de los agricultores más activos e inteligentes del lado mexicano del Valle Imperial. Vino a Mexicali atraído por las promesas halagadoras del algodón y la alfalfa y tiene uno de los mejores ranchos de las cercanías”; como Federico Dato, “agricultor emprendedor y afortunado”, sobre todo afortunado por ser pariente político (cuñado) del coronel Cantú; como Fernando Villaseñor y sus hermanos, “inteligentes y activos agentes aduanales” al servicio del régimen cantuista, del cual ampliamente se beneficiaban, y para prueba se mostraba su casa en Calexico, de la que se decía era “un verdadero palacete”; como Benigno Barreiro, el “capitalista de Mexicali”, de quien se afirmaba que, “habiendo llegado a la población sin capital alguno es en la actualidad dueño de negociaciones que valen no menos de \$200,000 dólares” y que ahora era “uno de los hombres más prósperos que tienen negocios en Mexicali”, pues entre sus negocios se contaba con una tenería, un expendio de licores, una fábrica de hielo y una talabartería. Otras figuras relevantes, según los editores de *La Vanguardia*, eran Albert R. Helms, empresario de pompas fúnebres; Lodovico Paganelli, propietario del Paganelli Café; y el junior del régimen, Gustavo Dato, otro cuñado de Cantú al que se presentaba como “ingeniero mecánico y líder social” y de él se ofrecía una semblanza favorable a su persona de dandi fronterizo:

Gustavo Dato es joven, pero ha tenido mucha experiencia en la vida, por lo que no hay que admirarse de que sea un triunfador en las lides del mundo. Sus estudios mecánicos y sus años de experiencia en el servicio de ferrocarriles lo prepararon para el puesto de inspector de las líneas férreas que cruzan la parte norte de la Baja California, puesto que ha desempeñado por varios años. Además de desempeñar este puesto, se ha lanzado durante los últimos años a empresas particulares, en las que ha tenido sus éxitos y sus fracasos, afortunadamente más de los primeros que de los segundos. Gusta del automovilismo y ahora se dedica con todo entusiasmo a la refinada y ultra-moderna delicia de pilotear un Packard por los poblados y caminos del valle Imperial y de la Baja California. Como buen *sportsman* es un hombre sociable y amigable y no hay fiesta elegante y culta por estas tierras en la que no sea un invitado indispensable. Generalmente veraneaba antes de ahora en Los Ángeles.

Por supuesto, el retrato que *La Vanguardia* pintaba de Gustavo Dato y de su familia olvidaba algunos datos. Por ejemplo, que cinco días antes se había llevado una redada, por parte de la policía de Venice, en la casa de la familia Cantú en esa población costera cercana a Los Ángeles, California, donde, según *Los Angeles Herald* (12 de junio de 1918) y en palabras de Samuel Reachey, canciller del consulado mexicano en esta población, se creía que los Dato estaban apoyando la causa alemana en el conflicto bélico y ayudando a pasar a los Estados Unidos desde México a espías germanos:

En su declaración ante el consulado mexicano, Cantú declaró que la policía de Venecia había entrado en su casa en busca de espías alemanes. La casa fue registrada desde el sótano hasta el ático, según el Sr. Reachey, con el resultado de que la Sra.



Dato, la madre de la Sra. Cantú, enfermó gravemente a causa del susto y la conmoción. Después de apelar al consulado aquí, la Sra. Cantú renunció a su casa de verano, vino a un hotel de esta ciudad por unos días y luego salió bajo la protección del Sr. Reachey para Tijuana, declarando que no volvería a entrar en los Estados Unidos. Según el jefe Raymond de la policía de Venice, la casa fue registrada a petición de funcionarios de Los Ángeles en la creencia de que Fred Dato, suegro del gobernador Cantú, se encontraba allí. Dato había estado implicado anteriormente en una investigación del gobierno en relación con un supuesto complot para enviar armas a México. Fred Dato no estaba en la casa en el momento de la redada. Según el Sr. Reachey, no había indicios de que los extranjeros hubieran entrado en la casa. En el grupo de los Cantú se encontraban su suegra, la Sra. Dato, la Sra. Gustavo Dato y los dos hijos de esta última. Los Cantú han pasado muchos veranos en Venice, donde han mantenido su casa de verano.

Pero volviendo a la edición especial de *La Vanguardia*, junto con estos personajes a los que se les concedía el estatus de líderes empresariales del Mexicali de 1918, también aparecían ciertas empresas que eran propietarias de buena parte de la región, como era el caso de la “Asociación Ganadera de la Baja California, de la que es presidente Guillermo Dato, recoge más de la mitad de la lana con que cuenta el Distrito”; la Imperial Valley Hardware Company, que le decía a sus clientes mexicanos: “Uds. y nosotros no tenemos frontera”; la Compañía de Terrenos de Mexicali S. A., “fundada el año de 1916” y que contaba con “los mejores terrenos del delta del Río Colorado”; la California-México Land and Cattle Company, mejor conocida como la Colorado River Land Company y cuyo rancho en el valle de Mexicali era el mayor latifundio del Distrito Norte de la Baja California bajo el

nombre de C-M Ranch, que abarcaba más de 600 000 acres de tierras concedidas por el propio presidente Porfirio Díaz en 1904 y bajo la protección del gobierno estadounidense, por lo que el periódico mexicalense aseguraba, *believe it or not*, que los socios de esta empresa (los mismos dueños de *Los Angeles Times*) habían invertido tanto en el valle que aún ahora, en 1918, no “habían recibido, hasta el tiempo presente, dividendos por su inversión”; el Ferrocarril Inter-California, mostrando “diferentes vistas de este ramal del South Pacific que cruza la Baja California” y la Parisian Mining Company, la empresa minera de R. Grivel y E. E. Fuller, que explotaba la extracción de hierro en la costa del Mar de Cortés, entre otras.

A estos negocios se añadían otros parecidos, pero de capital chino, recordando aquí que la comunidad de este país asiático era poblacionalmente mayoritaria en el Mexicali de 1918. De ahí que aparecían como baluartes del progreso económico en *La Vanguardia*, a la par que los comerciantes, rancheros e inversionistas mexicanos y estadounidenses, los empresarios chinos. Así, se presentaba como ejemplos de éxito a personas y negocios y organizaciones orientales, como era el caso de la logia masónica Chee Kung Tong, que era “sucursal de una logia de San Francisco. Sirve mucho a la colonia china mediando en las cuestiones de sus nacionales y ayudándoles en las que tienen con los mexicanos y norteamericanos”, fundada en 1915 con un centenar de miembros, tres años más tarde contaba “con no menos de tres mil”, su edificio fue inaugurado en marzo de 1916 con “una gran fiesta a la que concurrió toda la colonia china y lo mejor de la ciudad de Mexicali, tocando la banda del 25 regimiento” y por todo lo anterior, los redactores la calificaron como “una organización perfecta en su género” y como “la obra maestra de los residentes chinos de Mexicali”. A esta logia se agregaba la Compañía Mercantil Chino-Mexicana, a la que se calificaba como “la casa comercial más rica de Mexi-



cali”, que había sido fundada en 1913 y la dirigía Wong Fock Yee; además de ser propietaria de un rancho de 4000 acres, esta empresa funcionaba como tienda de productos y herramientas para el cultivo de las tierras del valle de Mexicali, vendiendo también herbolaria y medicinas chinas, así como objetos decorativos chinos y estadounidenses. Y no sólo eso: era la dueña del París Café, “donde se sirven los platillos chinos más delicados”. Y luego estaba Ching Tong Chong, “comerciante, comisionista, agricultor, contratista, agente de colocaciones, ingenieros chinos, tenedores de libros, cocineros, peones, herbolario”. Este dechado de habilidades y oficios era ingeniero civil, orador de largo aliento y doctor en medicina, y hacia 1918 fungía como presidente de la Asociación China de Mexicali, cargo en el que llevaba ya cuatro años. Según *La Vanguardia*, Tong Chong era “un hombre experimentadísimo en la vida y tiene mucha experiencia para manejar grandes negocios”, a la vez que durante “los cinco años últimos se ha dedicado en Mexicali a contratista de trabajos” y a “conseguir la inmigración de sus compatriotas, de los que han llegado 150 a Mexicali, gracias a sus esfuerzos”. También se indicaba que “como presidente de la Asociación China es el árbitro de todas las cuestiones que tienen entre sí sus nacionales”, lo que implicaba igualmente que debía mediar entre las autoridades mexicanas y sus compatriotas, dándoles a conocer los decretos y leyes que los incluían, de ahí que “también les comunica los acuerdos del gobierno por medio de los carteles rojos que luego se ven en esta población”.

La Logia "Chi Kung Tong"

UNA INSTITUCION MASONICA DE CHINOS



Es sucursal de una logia de San Francisco. Sirve mucho a la colonia china mediando en las cuestiones de susnacionales

y ayudándolos en las que tienen con los mexicanos y norte-americanos



LA LOGIA masonica "Chee Kung Tong" es la obra maestra de los residentes chinos de Mexicali. Es una organización perfecta en su género y que pone muy de manifiesto lo que puede el carácter ordenado y metódico de los hijos del ayer Celeste Imperio. Bien sabido es que en cualquier lugar en que hay una colonia china, se organiza en el acto en agrupación para ayudarse y defenderse. En Mexicali, desde la colonia es tan numerosa en relación a la población mexicana, no podía falta esta tendencia, siendo el resultado de ella, primeramente una serie de organizaciones pequeñas y defectuosas y finalmente la fundación de esta logia, que es sucursal de la de la igual clase establecida en San Francisco, California.

La logia "Chee Kung Tong" fué fundada á fines del año de 1915 y ha crecido de manera asombrosa, pues habiendo comenzado con un centenar de miembros, tiene en la actualidad, no menos de tres mil, siendo digno de mencionarse el hecho de que primeramente no se contaban entre los asociados sino residentes chinos de Mexicali y de sus alrededores, y de que ahora figuran en ella varios ciudadanos americanos de Calexico y mexicanos de Mexicali.

El edificio de la logia, que aparece en uno de los grabados de esta plana, fué inaugurado en el mes de Marzo de 1916 con una gran fiesta, á la que concurrió toda la colonia china y lo mejor de la ciudad de Mexicali, tocando la banda del 25 Regimiento.

Ese edificio costó 6,000 dólares, está frente al Paris Cafe, por

la calle Juárez y es uno de los buenos edificios con que cuenta Mexicali.

En uno de los demás grabados de esta plana parece el Gran Maestro de la logia: Tan Tang, originario de Canton, China.

En los demás grabados puede verse al mismo Sr. Tang acompañado de los demás dignatarios de la sociedad, que son los siguientes: Wong Poak Yee, que fué el Segundo Gran Maestro, hasta hace unas cuantas semanas, en que fué sustituido por Tam Yack Nam; Yung Lan Sue, Secretario; Wong Ship Ka, Tesorero, y Ramón M. Tam, representante é intérprete oficial de la agrupación.

Ramón M. Tam conoce el español y el inglés y antes de venir á Mexicali fué intérprete oficial en el Palacio Penal en la ciudad de México.

Esta logia ha sido de mucha utilidad á la colonia china de Mexicali y en lo general á la de todo el Distrito Norte de la Baja California, ayudando á solucionar multitud de embrollos judiciales entre los chinos á salvarles dificultades con los hacendados americanos y mexicanos, que emplean peones chinos en sus trabajos de campo.

Además ha hecho muchas obras buenas entre la colonia china, ayudando á todos los necesitados y á repatriar á compatriotas indigentes y enfermos.

La presencia de la comunidad china en Mexicali,
La Vanguardia, 1918.



Otra faceta de la vida fronteriza que apenas se tocaba sin dar detalles precisos eran los negocios del placer, sobre todo tomando en cuenta que, para el condado del Valle Imperial, la ley seca ya existía muchos años antes de que se hiciera ley federal en los Estados Unidos en 1919. De los expendios de licores y otros gozos sólo se mencionaba, sin hacer publicidad de las bebidas que se ofrecían a la clientela de ambos lados de la línea internacional, pues las autoridades estadounidenses podían incautar el periódico por hacer apología del delito. Así, del Climax Bar se decía que era un negocio exitoso que recibía “buenos comentarios y elogios de todas partes” y se afirmaba que “este establecimiento es una de las casas elegantes de estos lugares. Tiene muchos parroquianos”, mientras que de Miguel González, el gran proveedor de licores de la región, a lo más se le anunciaba como “comerciante importador. Ventas por mayor y menor”. Sólo el anuncio del Tecolote (The Owl Theater) era más explícito en los servicios que prestaba a sus clientes: “We never sleep. El lugar de recreo más alegre del Valle Imperial. No war worries. Everybody happy. Your welcome. Cine y baile todas las noches”. Por último, hay que ver a esta edición como una publicidad para las actividades, no necesariamente periodísticas, que llevaban a cabo sus dos principales hacedores: el doctor Ignacio Roel como director de *La Vanguardia* y el abogado Héctor González como el redactor en jefe. Del primero podemos ver una página entera dedicada al Hospital Municipal de Mexicali,

una de las casas de salud mejor equipadas en el valle Imperial. Tiene departamentos amplios y ventilados y un inteligente cuerpo facultativo, según dijo el Dr. Ignacio Roel, director del Hospital Municipal de Mexicali, hace unas cuantas semanas al inaugurarse el cuarto de operaciones y un nuevo departamento de distinción,

siendo que apenas cuatro años antes estaba “instalada en una ramada y es ahora uno de los establecimientos de su género mejor dotados en el Valle Imperial”. En cuanto a Héctor González, contaba con una plana entera de publicidad sobre su obra literaria a publicarse en próximas fechas y donde se presentaba el dibujo de un afroamericano de la Nueva España tocando la guitarra y acompañado de un perro: “Portada que llevará esta obra que pronto pondremos en venta”. El título era: “*El negrito poeta mexicano*. Su vida, anécdotas y versos arreglados y anotados por Héctor González. Precio 60 centavos”.

El número especial de *La Vanguardia* del 16 de junio de 1918 es un microcosmos de la sociedad fronteriza, mexicana, de la segunda década del siglo XX. Una cápsula del tiempo donde se preserva, intacta, una manera de hacer periodismo que no ha pasado ciertamente de moda. Entre sus páginas podemos toparnos con una visión aduladora del poder en turno, una hagiografía del coronel Cantú como un gobernante lleno de virtudes, un informe de obras públicas hechas y por hacer, una pasarela de figuras empresariales y de empresas que controlaban la economía de la región, incluyendo comerciantes e inversionistas estadounidenses, chinos y mexicanos (ligados al régimen cantuista por ser funcionarios públicos, socios comerciales o parientes políticos del propio coronel Cantú). En su presentación, la dirección del periódico (probablemente el doctor Ignacio Roel) terminaba diciendo que esa edición especial esperaba que fuera, “para los residentes del Valle Imperial y del Distrito un buen recuerdo y para los que viven lejos de estas tierras un documento que puedan consultar con placer y con provecho”.

Para los que vivimos tan lejos en el tiempo, a más de un siglo de distancia, leer este periódico pionero nos ofrece la posibilidad de asomarnos a un Mexicali que, en muchas co-



sas, no ha cambiado; una comunidad de frontera donde los valores que importaban eran los del Porfiriato: la paz de la mano dura, el orden a rajatabla y el progreso como negocio para enriquecerse sin importar más que el éxito social. Eran los tiempos del coronel Esteban Cantú y *La Vanguardia* reflejaba, en su desvergonzada propaganda a su régimen y a los apoyos financieros que lo mantenían en el poder, esa cultura del viejo ejército federal, donde los militares estaban sobre los civiles. Aquí el periodismo era una herramienta de propaganda oficial y de publicidad a las empresas que se anunciaban en sus ediciones. Su propósito era hacer negocios con la información, dar reflectores a ciertos personajes sólo porque contaban con dinero o poder, dando voz únicamente a las clases privilegiadas como si el resto de los mexicalenses no fueran importantes, no fueran relevantes para aparecer en las páginas de esta publicación. Por eso este número especial es especial: porque nos muestra que la prensa de 1918 se circunscribía a pregonar la vida y trayectoria de la élite política, económica y militar de Mexicali. Sólo ellos importaban. Sólo ellos eran la opinión pública. Con tal limitación, la gran mayoría de los fronterizos (comerciantes en pequeño, empleados públicos, trabajadores sindicalizados, prostitutas, vendedores de licores, soldados, amas de casa, contrabandistas) quedaban fuera de sus páginas, en el purgatorio de su invisibilidad. Ajenos al desfile de los poderosos. Falta buscarlos en otros periódicos. Dar con ellos. Escuchar lo que tienen que decirnos para armar, en el vocerío de sus tantas opiniones y discursos, de cara a nuestro pasado en común, la historia que habla por todos nosotros. Esa historia que es democracia impresa, ágora en papel.



EL CORONEL SÍ TIENE QUIEN LE ESCRIBA: CANTÚ SEGÚN ACEVES Y GONZÁLEZ

Cuando se menciona a la historiografía bajacaliforniana de principios del siglo XX se habla mucho de informes de gobierno, de apuntes de viaje, pero se dejan de lado las contribuciones de aquellos periodistas —que también eran funcionarios públicos— que pergeñaron breves compendios de historia del Distrito Norte en términos contemporáneos, ofreciendo de esta manera más que un recuento de los hechos vividos, la invención de un pasado cercano que sirviera como escenario del culto a la personalidad del mandatario en turno, que en este caso fue el coronel porfirista-huertista Esteban Cantú, quien gobernara la parte norte de la Baja California de 1915 a 1920. Me refiero al ensayo histórico de Héctor González, titulado “The Northern District of Lower California”, que fue publicado en el libro colectivo *The History of Imperial County California* (Elms and Franks, 1918), que editara F. C. Farr en Berkeley, California, y al folleto histórico-periodístico *La Baja California. Páginas de historia contemporánea* (1918) de Joaquín de la Cueva, publicado por Arts and Crafts Press en San Diego, California. Y sin embargo, estas piezas de crónica histórica, que deben mucho a la labor periodística de Héctor González como al trabajo en la administración pública de Joaquín de la Cueva (nombre de pluma del diplomático y periodista J. Isaac Aceves), son las primeras historias que se publicaron en la región durante las pri-

meras dos décadas del siglo pasado. Es hora de acercarnos a estas obras y ver, en sus mentiras y carencias, la dimensión del trabajo histórico-propagandístico en nuestra entidad, así como aquilatar sus propósitos y limitaciones en el contexto en que se dieron a conocer, es decir, durante el auge del régimen cantuista y desde la perspectiva de una población de frontera, el Mexicali que ya era la capital del Distrito Norte y apenas contaba con algunos millares de habitantes.

Cuando uno lee estas dos obras, eminentemente periodísticas en su estilo, salta a la vista que estamos ante una narrativa oficial del desempeño político del coronel Cantú de cara a la historia. Ambos textos pretenden limpiar la imagen del militar que tanto ascendiera durante los regímenes del dictador Porfirio Díaz como del usurpador Victoriano Huerta y que, ante la lucha de facciones revolucionarias de 1915 (villistas, obregonistas y carrancistas), creara un reino propio, independiente, en la parte norte de la península de Baja California, donde se enquistó por cinco años, estableciendo así el último territorio porfirista-huertista en todo México. Para limpiar su imagen pública tanto al interior de la parte norte peninsular como frente a la opinión pública nacional, creó su propio medio de prensa, el periódico *La Vanguardia* (1917-1920), bajo la tutela de dos sumisos servidores suyos, el médico Ignacio Roel y el abogado y juez Héctor González, donde además contribuía el diplomático porfirista-huertista J. Isaac Aceves, quien para ese tiempo era ya secretario particular de don Esteban. Este diario fue un promotor incansable del régimen del coronel y el órgano oficial de sus políticas públicas. Pero Cantú no se conformó con eso ni sus serviles funcionarios trabajaron para honrar al cacique sólo en el ámbito de la prensa semanal. Tanto Aceves como González querían limpiar la figura de su amo y señor dentro y fuera del país. Y sus mayores intentos los llevaron a cabo, al menos en forma de publicaciones, durante 1918. El primero, Aceves, publicó

un folleto en español y el segundo, González, un capítulo en inglés de un libro estadounidense sobre el Valle Imperial. Ambos textos se editaron en California, pero fueron ampliamente distribuidos entre los políticos e intelectuales del régimen cantuista que residían o trabajaban en ambos lados de la frontera, en los valles de Imperial y de Mexicali. La historia del Distrito Norte de la Baja California había, así, devenido en propaganda política, en discurso laudatorio del paladín Esteban Cantú, héroe impoluto, militar triunfante contra las fuerzas del mal. Una especie de Arcángel san Miguel con mostacho prusiano y fusta en la mano, pero que también era presentado a los lectores potenciales como un laudable constructor de obras públicas. La historia reducida, de este modo, a informe de gobierno, a aplauso estentóreo, a semblanza periodística siempre favorable a su retrato. Estamos, en ambas obras, ante la imagen misma del héroe como lo promoviera el historiador escocés Thomas Carlyle (1795-1881) en el siglo XIX: el ser humano (siempre un hombre, por supuesto) destinado a grandes hazañas, un individuo dominante, fuerte, autoritario, al que el pueblo, sumisamente, debe seguir por su propio bien.

La trayectoria de Isaac Aceves es la de un diplomático porfirista que, además, trabajaba para apoyar la dictadura a través de la prensa. Como muchos funcionarios de la tiranía, sobrevivió a los años democráticos del gobierno de Francisco I. Madero (1911-1913), pero volvió a sentirse seguro con la llegada de la usurpación huertista. Para 1913 fungía como cónsul del huertismo en Caléxico, California, donde conoció e hizo migas con los militares de la plaza de Mexicali, entre ellos Esteban Cantú, el comandante de la plaza. En septiembre de 1913 quedó a disponibilidad del Servicio Exterior Mexicano y marchó a la ciudad de México. Durante los tres años siguientes pasó malos momentos, especialmente cuando las fuerzas villistas lo hicieron prisionero.



nero por varios meses y, aunque fue sentenciado a muerte por su involucramiento en la dictadura huertista, salvó la vida permaneciendo encarcelado primero en la ciudad de Chihuahua y más tarde en Ciudad Juárez, de donde escapó a Estados Unidos, marchando a refugiarse bajo la tutela del coronel Cantú, quien de inmediato, en septiembre de 1916, lo hizo su secretario privado y el promotor de sus políticas públicas, así como de su imagen ante la prensa de Estados Unidos. Para ello colaboró con Hernando Limón Hernández, un oficial huertista que participó en el asesinato del gobernador maderista Abraham González en Chihuahua y era editor del *Hispano-Americano*, periódico de San Diego, California, y con *La Vanguardia*, semanario de Mexicali. Desde su regreso a Mexicali, esta labor fue perceptible a ambos lados de la línea internacional. Ya el *Calexico Chronicle* del 17 de septiembre de 1916, en una entrevista que le hiciera este periódico, afirmaba que el crecimiento de Mexicali —poner aquí redoble de tambor— no era obra de los mexicalenses, ni de los inversionistas extranjeros, ni del impulso laboral de la población china, sino obra de un solo hombre:

Expresó su gran sorpresa por el notable crecimiento de Calexico y Mexicali durante los últimos tres años, un crecimiento que ha sido de al menos 400 por ciento, un crecimiento que es nada menos que notable. El Sr. Aceves, aunque impresionado por este maravilloso desarrollo, también se refirió a una característica del mismo, que el crecimiento de Calexico ha sido un desarrollo causado por toda la gente, mientras que el crecimiento de Mexicali ha sido un desarrollo causado por las actividades de un hombre, Esteban Cantú. Cuando el Sr. Aceves era cónsul mexicano en este lugar, hace unos tres años, Calexico era un mero pueblo, apenas reconocido en los mapas, y Mexicali era una pequeña colección de chozas que

apenas podían merecer el nombre de pueblo. Desde entonces, en cada ciudad han surgido importantes bloques comerciales y estructuras cívicas, y la población ha aumentado en consecuencia.

A principios de 1918, Aceves llevó estas alabanzas al coronel Cantú a una historia del Distrito Norte, publicada bajo el título de *La Baja California. Páginas de historia contemporánea*, que era un folleto para engrandecer la figura de su amo y señor, el coronel Esteban Cantú. Y para hacerlo, dispuso una historia reciente, de 1910 en adelante, donde se enfatizaba que la Revolución sólo era caos mientras que el caudillaje cantuista era, muy al estilo de toda dictadura, un oasis de paz y prosperidad, ignorando flagrantemente los ideales democráticos, de justicia social, de los movimientos revolucionarios, desde Madero a Carranza:

En la República Mexicana, en este rico país que han sido impotentes para aniquilar del todo siete años continuados de guerra civil; en esta Nación donde motines, asonadas y revoluciones han sacrificado millares y millares de vidas humanas; en esta querida tierra que desde las postrimerías de 1910 está siendo teatro de combates diarios, de incendios y de ejecuciones que forman el cortejo obligado de todas las grandes conmociones políticas en los pueblos nuevos e inexpertos, una sola Entidad, la más lejana, la más indigente, la en un tiempo más olvidada, logró salvarse de la obra devastadora de la contienda, y al asomar el iris de paz en el cielo de México, ofrece a los ojos de propios y extraños el lujo de sus flamantes escuelas públicas, la comodidad e importancia de sus nuevas vías de comunicación, la riqueza de sus campos ahora inteligente y ampliamente explotados y, con esas manifestaciones de cultura y de progreso ofrece también una brillante



página en la Historia Patria, en la que se destaca a manera de título la palabra Nacionalismo. La porción mexicana de que hablamos es el Distrito Norte de la Baja California, donde los movimientos revolucionarios que últimamente ensangrentaron la República tuvieron sin duda simpatizadores, pero no caudillos, y en donde si asonadas hubo, no fueron obra de la Revolución, sino del filibusterismo más o menos disfrazado.

Desde un principio, la ideología conservadora, porfirista-huertista, se colaba en su folleto, mintiendo descaradamente sobre el único movimiento revolucionario, el floresmagonista, que intentó imponerse en 1911 a las fuerzas de la tiranía porfirista en el Distrito Norte. Desde un principio, el discurso histórico de Aceves estaba encaminado a la alabanza del salvador de la región, su jefe, el coronel Esteban Cantú, quien le dictó su versión de los hechos agrandando su participación en los mismos o tergiversando los sucesos en que participó a su favor. De los acontecimientos de 1911 quedaba aquí constancia de la versión que más tarde publicaría, bajo su nombre, el propio Cantú como *Apuntes históricos de la Baja California*, escritos en 1920 cuando tuvo que exiliarse a Estados Unidos y sólo publicados en 1957:

En 1911, cuando comenzaba a desarrollarse con éxito la revolución maderista, un reducidísimo grupo de aventureros que reconocían como jefe a Ricardo Flores Magón, asociado a otro grupo también reducido de socialistas de la unión Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo) que pretendían establecer aquí una república con un norteamericano, Dick Ferris, como Presidente; un grupo de filibusteros que no llegaba a centena, se adueñó de casi todo el Distrito Norte asaltando por sorpresa poblaciones indefensas como Mexicali, Tecate y Los Algodones, o débilmente guarnecidas

como Tijuana, cuyos defensores no llegaban a cincuenta. En aquella vez aún la cabecera del Distrito, Ensenada, se vio seriamente amenazada por las bandas de aventureros disfrazados de revolucionarios, y lugares de menor importancia tales como El Carrizo, San Vicente y el Álamo, cayeron también en las garras de los filibusteros. La fuerza del Coronel Celso Vega fue derrotada al intentar el asalto de la plaza de Mexicali, y la del Coronel Miguel Mayol, con su jefe a la cabeza, anduvo a salto de mata sin atreverse a buscar a los filibusteros, escudándose con el pretexto de que había sido enviada únicamente a proteger las obras del Río Colorado, en construcción entonces. Por último, cuando los filibusteros habían engrosado sus filas hasta hacerlas sumar más de quinientos hombres, fue el entonces Mayor Esteban Cantú quien al mando de una fuerza que apenas pasaba de cien soldados del 17o Batallón —refuerzo corto en número pero fuerte en patriotismo y en arrojos— vino al Distrito, lo limpió de filibusteros e impidió así que por obra de aquellos bandoleros disfrazados a última hora de revolucionarios maderistas, quedara amputada del resto de la República la ambicionada Península. Más tarde se repitieron los intentos en contra de la Baja California, pero han sido infructuosos como aquellos: elemento principalísimo para hacerlos fracasar ha sido el Coronel Cantú quien con su inteligente patriotismo ha sabido alejar el peligro en cada vez que se ha presentado y ha hecho más fuerte y más respetable este girón [sic] de nuestra querida patria.

Es relevante comprobar que en estos renglones están sintetizadas las principales mentiras que el coronel porfirista-huertista Esteban Cantú difundió sobre la revolución floresmagonista de 1911 y que pueden exponerse de esta manera: 1.- Dick Ferris no participó con los floresmagonistas: lo suyo fue una escenificación teatral para atraer publi-



cidad a su negocio de variedades. Por lo tanto, nunca hubo intenciones separatistas por parte de los floresmagonistas y mucho menos de parte del propio Partido Liberal Mexicano, cuya sede en el exilio estaba en Los Ángeles, California.

2.- Lo floresmagonistas no eran aventureros: eran hermanos revolucionarios con sentido internacionalista (como hoy serían grupos como Greenpeace o Amnistía Internacional), que peleaban, sin importar su nacionalidad, contra la tiranía donde quiera que ésta hubiera.

3.- Los documentos oficiales hacen ver que a la llegada del entonces mayor Esteban Cantú al frente de más de un centenar de soldados, sus tropas no se enfrentaron a 500 rebeldes floresmagonistas, a los que sometió con la sola fuerza de su “personalidad”. Los 500 “bandoleros” eran no más de 200 maderistas, que ya eran considerados soldados legítimos por el gobierno federal, bajo el mando de Rodolfo Gallego, que no se rindió a Cantú, sino que quedó como subprefecto de Mexicali durante el gobierno de transición de Francisco León de la Barra y hasta 1912, bajo el régimen maderista. Cuando Cantú intentó hacer prisionero a Rodolfo, desde la ciudad de México se le amonestó diciendo que no se metiera en los asuntos civiles del territorio a su cargo. Y lo mismo que los floresmagonistas, Gallego no tuvo nunca intenciones separatistas. La mentira de don Isaac sólo servía para agrandar la figura de Cantú para los lectores despistados.

4.- El “inteligente patriotismo” de Cantú no le hizo mover un dedo contra los intereses extranjeros en Mexicali y su valle: los rancharos, latifundistas y empresarios estadounidenses no fueron tocados durante sus cinco años de gobierno. Por el contrario, cada vez que estos inversionistas requirieron la represión contra sus trabajadores acudieron a Cantú y éste utilizó a sus soldados para reprimir manifestaciones laborales o huelgas de jornaleros. Como buen representante de la mentalidad liberal porfirista, el ejército a su mando estuvo al servicio de los intereses

creados y del gran capital. Pero Aceves prefirió pintar una trayectoria ejemplar de Cantú, aunque a veces se le escapaba el verdadero sentir de la clase militar en el Distrito Norte, como ocurriera en 1914, cuando la situación estaba volviéndose crítica:

La caída del Gobierno del Gral. Victoriano Huerta fue a hacer más aguda la crisis, pues aquellos jefes y algunos de los oficiales creyeron que la desaparición de dicho gobierno y el licenciamiento del Ejército Federal que se estaba llevando a cabo por aquellos días en los Estados de Chiapas y Veracruz con el núcleo de las fuerzas, iba a dejarlos sin empleo y sin elementos, muy lejos de los centros de población donde pudieran haberse buscado mejor la vida.

Uno de esos jefes fue el propio coronel Cantú, que en la lucha de poder que ocurrió en el segundo semestre de 1914 decidió huir a Estados Unidos para esperar a que se clarificara la situación a su favor. Y que sólo cuando vio seguro su regreso volvió por sus fueros y se quedó por cinco años como dueño y señor de la parte norte de la Baja California, como un cacique al que todos rendían pleitesía y que subsistió gracias a los impuestos producto de la industria del vicio. Esto lo vieron muchos lectores del folleto de Aceves. En el periódico *La Prensa* de Los Ángeles, en su número del 30 de marzo de 1918, salió una crítica a esta publicación bajo el título de “Los grandes negocios de los patriarcas de la Baja California”, escrita por el corresponsal de este periódico en el puerto de San Diego y donde se decía:

Joaquín de la Cueva, o sea J. Isaac Aceves, que desempeñó el cargo de Secretario particular del Jefe Político del Distrito



Norte de la Baja California, durante dos años, ha publicado un minúsculo folleto que intitula “La Baja California”, constante de 40 páginas, pretendiendo dar a conocer la tan conocida situación del mencionado Distrito desde el año de 1911, época del filibusterismo hasta los presentes días, y torciendo diametralmente la verdad de los muchos acontecimientos que han pasado, como la invasión del filibusterismo, la cuestión huertista después del cuartelazo y la sublevación de los ex-federales contra su Jefe el ex-general Francisco Vázquez, en la que todos, sin excepción, tomaron parte, ya contribuyendo de obra al éxito del cuartelazo de Ensenada, o ya aprobándolo en todas sus partes. Lo que ha venido persiguiendo el autor de este folletito, es el vindicar a sus Jefes en todo lo posible, para lo cual se le dieron los elementos necesarios, que no fueron escasos. Como la Historia del Distrito Norte (no de la Baja California) sólo puede hacerse en varios volúmenes y no en simples cuadernos, ya que la cantidad de datos existentes sobre los numerosos hechos dictatoriales ocurridos es fabulósima, cabe aquí asegurar que tarde o temprano se dará a conocer por hombres que han seguido de cerca el desarrollo de los acontecimientos; y, cuando tal suceda podrá verse qué distinta es la situación de como nos la cuenta el señor de la Cueva. Yo no sé cómo estos señores que pretenden hacer historia de la Baja California, no se apegan rigurosamente a la verdad de las cosas y la forman de una manera imparcial y provechosa a los intereses procomunales, sino que se limitan a loar a hombres que ya están pesados en la Balanza de la Justicia, y muy de sobra. El pueblo del Distrito no agradece esta clase de trabajos, sino aquellos que se inspiran en la Verdad y el Patriotismo y del que me ocupo está muy lejos de ajustarse a lo uno y a lo otro. Empero, el señor de Aceves, ¿dará a conocer que su biografiado en fuerte consorcio con un grupo de advenedizos, han hecho del Distrito Norte un centro de explotación, teniendo a los hijos de la

región amordazados y casi en calidad de parias? El señor de la Cueva, ¿relatará con todos sus detalles la disolución del Ayuntamiento Constitucional de Ensenada a cuya cabeza se encontraba el señor don David Zárate? El señor de Aceves, ¿asentará en su folleto que todos los que se hallan en torno de Esteban Cantú, son huertistas y felixistas? El señor de la Cueva, ¿dirá en su cuaderno biográfico que como testimonio de lealtad, los ex-federalitos de que habla echan mueras al señor Presidente de la República don Venustiano Carranza y vivas a Félix Díaz, a Peláez y a otros ex-federales? El señor de Aceves dirá en su repetido folletito, ¿cuáles son los muchos negocios mercantiles que regentan los patriarcas del Distrito Norte? Y a la postre, el señor de la Cueva, ¿hará saber las innumerables combinaciones políticas y comerciales del grupo de Sultanes que han escarnecido al poco pueblo del Distrito Norte? No, indudablemente. El señor de Aceves, o de la Cueva, se concretará, como se concreta, a incensar la figura de su aún protector y del grupo que se encuentra en su derredor, pretendiendo cambiar la opinión que se ha formado el verdadero pueblo nativo, de sus actuales opresores, que a ciencia y paciencia de la Revolución triunfante, imperan con peor cesarismo que el que brindaban las Dictaduras de Díaz y de Huerta. Pero este Historiador improvisado, debe saber que no tardará mucho en que aparezca la verdadera Historia del Distrito Norte hasta con sus más insignificantes detalles.

Tan buena labor propagandística hizo don Isaac que, para septiembre de 1918, fue nombrado, por el propio coronel, como director del departamento del trabajo en la Baja California, con residencia en Mexicali, donde la protección de los intereses de los patrones pesó más que la defensa de los derechos de obreros y jornaleros, especialmente si éstos eran



chinos. Al año siguiente, el *Chronicle* del 20 de enero de 1919 daba a conocer que Aceves era el periodista encargado de la edición en español de esta publicación:

Hoy se publica la Edición Internacional de *La Crónica*, conmemorativa de la inauguración de la carretera nacional mexicana, y tiene la forma de un hermoso suplemento de revista de 32 páginas, impreso en excelente papel y muy adornado con numerosos cortes bien ejecutados de Mexicali, de la carretera y del Gobernador Cantú y los ingenieros. En la publicación de esta edición especial *La Crónica* tenía en mente la producción de algo que mostraría los recursos del extremo de la Baja California del Valle y promover, en la medida de lo posible, dando información clara y correcta en cuanto a las posibilidades que yacían en el futuro. El gobierno de la Baja California proporcionó datos oficiales y fotografías tomadas especialmente para esta edición y cooperó en todos los sentidos con los editores para hacer de la edición lo que fue diseñada para ser y lo que realmente es. La sección en español, hábilmente escrita y editada por J. Isaac Aceves, es tan completa como puede serlo algo de ese tipo. Además de ser un caballero erudito, completamente familiarizado con su tema y conocedor de los objetivos y aspiraciones del Gobernador Cantú, y además ser un hombre de periódico entrenado y talentoso, su trabajo ha sido de lo mejor y es de lo más interesante. El *Chronicle* aprecia mucho la ayuda desinteresada y amistosa prestada por el Sr. Aceves. Los suscriptores de *The Chronicle* recibirán hoy el número especial y durante la semana se enviarán cientos de ejemplares a todo el país. La gente de Mexicali ya ha pedido muchos y ahora parece como si fuera necesaria una segunda edición para llenar la demanda. Los que han visto y examinado la edición especial son generosos en sus elogios a su composición tipográfica y general.

Para 1920, nuestro periodista fue el representante del gobernador Cantú en la ciudad de México, donde defendió los intereses políticos del coronel, acusando a Plutarco Elías Calles de ser el principal fomentador de la salida de Esteban Cantú del gobierno del Distrito Norte. Cuando esto ocurrió, don Isaac se dedicó a negocios particulares, llegando a ser el encargado de la sección en español del *Chronicle*. Según esta publicación del 3 de febrero de 1926:

“Un ejemplar de *La Crónica* en cada hogar mexicano de Mexicali y Calexico”. Este es el lema del personal de circulación del nuevo semanario mexicano que se publicará en la oficina del *Chronicle* cada jueves, a partir de mañana. Una encuesta de campo ha revelado el hecho de que hay 3,200 hogares mexicanos en las dos ciudades, incluyendo un área de cinco millas alrededor de Mexicali. Cuatro hombres empleados por *La Crónica* pasarán dos días cubriendo este territorio, para que los mensajes publicitarios que los comerciantes locales llevan en la publicación lleguen a todos los lectores antes del sábado. *La Crónica* ha sido iniciada por el *Chronicle* para satisfacer una necesidad largamente sentida por parte de los anunciantes locales de un medio que proporcione una cobertura completa de la población mexicana en este distrito. Aunque la idea inicial de *La Crónica* era la de servir a los anunciantes, los editores se han dado cuenta de que unas columnas de noticias bien escritas que cubran todas las actividades locales son esenciales para el éxito de cualquier periódico. El *Chronicle* tuvo la suerte de conseguir los servicios de J. Isaac Aceves como editor de la nueva publicación. El Sr. Aceves es un periodista con 35 años de experiencia, que ha desempeñado prácticamente todos los cargos en el negocio de la publicación. Su historial en el periodismo mexicano es envidiable, y con *La Crónica* bajo su dirección



editorial, los lectores mexicanos pueden estar seguros de que tendrán un periódico sumamente interesante.

Este nuevo puesto le traería suerte. En el número del *Calexico Chronicle* del 6 de julio de 1926, se daba a conocer que:

J. Isaac Aceves, miembro del personal jurídico de la Inter-California Railway Co., y editor de *La Crónica*, ha sido nombrado miembro de la junta de conciliación y arbitraje de la junta laboral ferroviaria, por el gobernador Abelardo Rodríguez. El nombramiento para este puesto es un gran honor que el Sr. Aceves valora muy positivamente. Anunció que aceptaría el cargo y le dedicaría su mejor atención.

Su pasado porfirista-huertista-cantuista quedaba atrás. El gatopardo Aceves ya formaba parte del estamento revolucionario en Baja California. Y el *Imperial Valley Press* del 19 de diciembre de 1941 revelaba su muerte con una semblanza suya:

J. Isaac Aceves, periodista y diplomático mexicano que ayudó a crear uno de los capítulos más importantes en la historia de México y del Valle Imperial de México, murió ayer en San Diego a la edad de 64 años. El señor Aceves fue cónsul de México en Calexico y secretario del coronel Esteban Cantú, a quien se le atribuye ser el padre del gobierno civil en Mexicali. En 1914, el coronel Cantú se convirtió en gobernador de Baja California y, con la ayuda de Aceves, llevó a cabo muchas reformas necesarias en Mexicali. Aceves fue secretario de la embajada mexicana en Washington durante la administración de Taft. En el momento de la muerte de Isaac, el viernes, era editor de periódicos en español en Baja California y San Diego.

Por supuesto, en su obituario se colaba una mentira más: Cantú jamás fue “el padre del gobierno civil en Mexicali”. La suya fue una administración militar que conservó el orden represivo, castrense, del Porfiriato en el Distrito Norte hasta 1920. Con su historia de esta región, Isaac Aceves sólo contribuyó a crear una narrativa del engaño, un discurso propagandístico donde Cantú aparecía como un simple administrador y no como el tirano corrupto que siempre fue. Pero Isaac no era el único escribano al servicio del coronel. Como ya lo hemos señalado, Héctor González, como redactor de *La Vanguardia*, también contribuyó a la difusión de un retrato favorable del coronel Cantú, su jefe y protector. En su texto “The Northern District of Lower California”, publicado también en 1918, se refirió a los mismos acontecimientos que ya había contado Aceves: los sacrificios y ordalías de Cantú para obtener el poder en Baja California, su personalidad arrolladora, su valentía, su don de gentes, su marcialidad de oficial prusiano, su sabiduría política, su patriotismo sin igual. Si don Isaac escribió su folleto pensando en la población mexicana de California y Baja California, González, al escribir su texto en inglés, lo hacía para la población anglosajona de esta región fronteriza. Pues se trataba de adoctrinar al mayor número de lectores sobre las bondades del régimen cantuista, sobre la personalidad de Cantú como gran militar.

El propósito, en ambas historias, era el mismo: ofrecer un retrato benévolo de su jefe, dar a conocer sus atributos, su audacia, su colmillo político no para mantenerse en el poder, sino como una conducta desinteresada. González, con más herramientas literarias que Aceves, supo crear una historia personal del coronel, de tal forma que el título de su texto nunca se cumplía: la suya no era la historia de este Distrito sino de su mandamás. Todas sus páginas estaban dedicadas a glorificar a Cantú, a hacer una biografía



laudatoria de su persona y de su obra. La ficción le ganaba a la realidad para poder vender mejor la imagen heroica del militar, para humanizarlo de tal forma que apareciera, de principio a fin, como un hombre providencial, como un soberano immaculado. Valga un ejemplo de este tratamiento literario de una figura pública, de una hazaña ejemplar siguiendo los cánones de la novela romántica, donde el protagonista era un oficial de la dictadura que se imponía a los soldados revolucionarios con su puro valor. Literatura para concitar el fervor mesiánico, para impulsar la fe en su persona. La escena que contaba Héctor González era una imitación de la literatura decimonónica del héroe que pone en la balanza su propia vida para cambiar el destino del mundo:

La información que le dio el ayudante fue que las tropas deseaban rebelarse y matarlo y que los líderes estaban de acuerdo con la gente del bando americano, que eran los que los instigaban y trataban de incitar un movimiento hacia la separación. Por fin un día le dijo que el complot había madurado a tal que durante la noche se produciría un levantamiento y le asesinarían. La señal se daría en Calexico con el disparo de una pistola. Finalmente le dijo exactamente los nombres de un sargento, un cabo y 20 soldados que serían los que darían el golpe. Esto tuvo lugar el 8 de septiembre de 1911. El comandante Cantú tomó una lista de todos sus hombres y marcó en ella los nombres de los conspiradores, enviándola al Capitán Rivera con órdenes de que dirigiera a todos en formación y bajo las armas al mando del sargento. Había llegado el momento de la gran resolución. Decidió jugarse el todo por el todo, perder la vida o salvar la situación. El Capitán Rivera quedó estupefacto con la orden que le pareció irrazonable, pero sin embargo era un hombre disciplinado e hizo lo que se le orde-

nó. Muy pronto los conspiradores llegaron al alojamiento del mayor que era la sala de espera del ferrocarril Inter-California, y en ese momento el único lugar habitable en Mexicali. Los puso en formación y les habló con la llana y elocuente sencillez de un verdadero capitán. Los confrontó con la traición que estaban a punto de cometer contra él y contra su país, que los había enviado a aquel desierto, aislado de toda comunicación, para que cometieran un crimen. “Aquí me tenéis solo, desarmado”, les dijo. “Matadme. Aquí está vuestro líder, asesínadle”. Las tropas permanecieron inmóviles. “Queréis traicionar a vuestro país. Muy bien, mátenme y traiciónenla si son malos mexicanos”. Detrás del Mayor Cantú había una pequeña bandera tricolor, símbolo sagrado que parecía temblar de emoción al oír aquella vibrante llamada. Los rostros empezaron a palidecer. Finalmente uno de los conspiradores habló y dijo que se arrepentía de sus intenciones. Ahora las cosas estaban a su favor, prevalecía el mejor pensamiento, el complot había sido aplastado.

La historia de González equiparaba a Cantú con el Distrito Norte. No se necesitaba hacer la crónica de la región. Bastaba con relatar la vida y milagros de don Esteban para entender la parábola de su valentía, para imbuirlo con la aureola de la santidad cuartelaria y, sobre todo, para entender el progreso de esta parte de México. ¿Para qué contar la historia de Baja California si con el solo relato de la vida de Cantú estaba todo dicho? Al dejar a un lado no solamente a otras autoridades, a otros grupos sociales, políticos y económicos que tanta relevancia tuvieron para el desarrollo de esta región fronteriza, y centrándose en un personaje como el coronel, la historia se presentaba no como un esfuerzo comunitario sino como la voluntad de un solo hombre, como la simple biografía de su mandato. Don Héctor apostaba por crear un



monumento público donde no había actividad que no hubiera sido tocada por la mano prodigiosa de Cantú:

Los acontecimientos políticos del año de 1914, que pusieron al frente del gobierno al coronel Esteban Cantú, coincidieron con la caída de Ensenada y la evidente manifestación del desarrollo de la región de Mexicali. Tal vez la constatación de este hecho fue lo que determinó al Coronel Cantú a establecer la capital del distrito en Mexicali. Esta fue una sabia decisión, porque bajo su constante e inteligente vigilancia esta sección ha sido capaz de desarrollarse en un grado tan grande como podría esperarse, tanto que Mexicali es la caja fuerte del distrito, que contiene los medios por los cuales otras regiones, actualmente menos productivas o menos ricas, son capaces de sobrellevar sus crisis financieras. El Coronel Cantú ha dedicado su atención a la agricultura, proporcionando todas las facilidades para abrir nuevas tierras al cultivo. Estas facilidades han servido hasta el punto de que las tierras cultivadas que antes de 1914 estaban confinadas a las fincas adyacentes a los canales de riego del río Colorado, ahora se extienden a muchas millas de estos canales. Además de prestar toda clase de ayuda a los agricultores ya establecidos, el coronel Cantú tomó medidas para traer nuevos trabajadores y colonos para cultivar la tierra virgen. Ha dado preferencia a los colonos mexicanos, muchos miles de los cuales han llegado a la parte mexicana del Valle Imperial.

Lo que no decía don Héctor era que la “sabia decisión” de cambiar la capital a Mexicali no fue idea de Cantú sino de su antecesor, el coronel Baltasar Avilés, quien creó el municipio de Mexicali y anunció que este poblado sería, por razones estratégicas, la nueva capital del Distrito Norte. Otra mentira: el desarrollo de la agricultura en el valle de Mexicali

no se debió a don Esteban, sino a las empresas latifundistas estadounidenses, como la Colorado River Land Company, a la que don Porfirio Díaz le concesionó más de 600 000 acres, así como a los rancheros americanos que consiguieron tierras para impulsar sus negocios. Y si vamos a los trabajadores, los que realmente abrieron estas tierras al cultivo algodoneero, que a tantos propietarios hizo ricos, fueron los jornaleros chinos. Pero hay una verdad que debe puntualizarse: que Mexicali ciertamente era la “caja fuerte” del Distrito Norte. Lo que se guardaba de decir Héctor González era que el dinero que entraba a la administración pública del régimen cantuista no venía de los impuestos a los latifundistas y empresarios extranjeros, sino a la industria del vicio que se encontraba en su apogeo. En Mexicali pululaban los centros de diversión para los turistas californianos que huían de la ley seca impuesta al otro lado de la frontera. Tal era la fuente mayor de recursos del gobierno del Distrito Norte en la segunda década del siglo XX. Gracias a la prosperidad que proporcionaban garitos, licorerías, casinos, hoteles de paso, fumaderos de opio y cantinas era que Cantú podía gobernar sin excesivos contratiempos, que Aceves recibía un sueldo como secretario particular del coronel y que González lograba sacar su periódico con tanto bombo y platillo. Tan patriotas como los tres se autoproclamaban, cada uno de ellos vivía a expensas de los visitantes extranjeros que venían al lado mexicano de la frontera para emborracharse, drogarse y conseguir prostitutas. Su periodismo histórico vivía a expensas de las ganancias mal habidas.

En el reino nacionalista de Cantú, el dólar era amo y señor. En el Distrito Norte que don Esteban acaudillaba, el inglés era el idioma de los negocios legales e ilegales. En ese Porfiriato pasado de moda, el periodista podía convertirse en historiador del presente, en sumiso cronista del poder, en biógrafo de militares que sólo vivían pensando en su pro-



pia supervivencia. J. Isaac Aceves y Héctor González fueron promotores de su jefe en cuanto oportunidad tuvieron. Trataron de convertir al coronel Cantú en una figura memorable, en un héroe de la historia fronteriza. El tiempo puso a cada uno en su lugar. Del relato faccioso que establecía que los revolucionarios eran los villanos y que los porfiristas-huertistas eran los héroes, hoy podemos entender cómo los intelectuales bajacalifornianos, los que estaban al servicio de la casta militar que se había enquistado en esta parte del país mientras el tornado de la Revolución Mexicana cambiaba el *statu quo* prevaleciente, trataron de mantener una narrativa que favoreciera a los defensores de la tiranía cuartelaria, un discurso de orden y paz y seguridad ante todo. Bien podían estar escribiendo sobre un cementerio. O una fosa común. O una prisión. O quizás, sin darse cuenta, de eso precisamente Aceves escribió en *La Baja California. Páginas de historia contemporánea* y lo mismo hizo González en "The Northern District of Lower California". Cuentos de hadas para complacer a un mandatario con delirio de grandeza. Relatos hagiográficos que remplazaban los aburridos informes de gobierno; que contaban, en tono periodístico, la crónica de un coronel que, al contrario del que inventara el novelista Gabriel García Márquez, tenía indudablemente quien le escribiera.



PRENSA Y PUBLICIDAD: EL GÉNERO INFOMERCIAL FRONTERIZO

En la historia de la literatura es ostensible que, ya sea en forma de prosa o de poesía, se establece un vínculo entre los intereses del escritor y su postura ante las realidades de su entorno. De esta forma, la obra literaria expone la posición de su autor ante el mundo y a la vez impone un comentario personal acerca de lo que sucede en su tiempo, en sus circunstancias de vida. Los ejemplos abundan y más en el siglo XX, centuria que tuvo a representantes de todas las ideologías en la creación de novelas, ensayos y poemas. Pensemos en el fascismo con poetas que suscribieron tal visión brutal de la realidad, como Gabriele D'Annunzio, el poeta italiano que tanto contribuyó a la formación del fascismo como credo ultranacionalista, o el poeta estadounidense Ezra Pound, quien durante la Segunda Guerra Mundial suscribió una ideología antisemita y llevó a cabo propaganda radiofónica fascista. Y no olvidemos otras ideologías, como el comunismo soviético, tal y como lo promocionara el poeta ruso Vladímir Mayakovski, o como el capitalismo como ideal egoístamente individualista, cuyo estandarte lo enarbolara la narradora ruso-americana Ayn Rand.

Visto así y centrándonos en los poetas exclusivamente (aunque hay ejemplos de sobra en los creadores de otros géneros literarios y artísticos), se puede afirmar que hay poetas que suscriben una ideología y hacen propaganda de ella,

con o sin menoscabo de la calidad intrínseca de sus respectivas obras. ¿Ejemplos? Bertolt Brecht, Nazim Hikmet, Miguel Hernández o los ya mencionados Pound y Mayakovski. Pero, ¿qué pasa cuando en vez de propaganda (que siempre está relacionada con propagar ideas políticas, con impulsar partidos en activo, con defender gobiernos o mandatarios), la literatura que se escribe tiene como fin la publicidad? No es algo que los escritores divulguen mucho o que los poetas incluyan en sus obras completas. Y sólo para poner un ejemplo, recordemos el poema publicitario que creara Fernando del Paso, connotado narrador y poeta mexicano, para una marca comercial de productos Del Fuerte: “Estaban los tomatitos/ Muy contentitos,/ Cuando llegó el verdugo/ A hacerlos jugo./ No me importa la muerte/ Gritan a coro,/ Si muero con decoro/ En los productos Del Fuerte”. Este poema fue visto y escuchado por la gran mayoría de los mexicanos en los años setenta del siglo pasado. Pero si queremos buscar antecedentes del trabajo de los poetas en el ámbito publicitario, lo que más se difunde es la labor de Salvador Novo, integrante de los Contemporáneos, que fue fundador en 1944 de una agencia publicitaria, Publicidad Augusto Elías, donde trabajó para firmas como Bacardí, Cervecería Modelo y Habaneros Ripoll (con su eslogan “De los astros el sol. De los habaneros, Ripoll”). Tómese en cuenta que la primera agencia publicitaria en México apenas se había inaugurado en 1928 con Gándara Publicidad. Estas agencias contrataban escritores —tanto literatos como periodistas de prestigio— para inventar estribillos publicitarios (entre los más famosos estuvieron el premio Nobel Gabriel García Márquez y Ricardo López Méndez, autor del famoso poema que tantos recitaron en concursos de oratoria: “México. Creo en ti”). Esta relación de los escritores-periodistas con la publicidad duró hasta finales del siglo pasado, cuando los egresados de las carreras de *marketing* y publicidad los hicieron a un lado.



Facundo Bernal, periodista mexicalense
y publicista fronterizo, 1923.



Pero en sus orígenes a nivel nacional, hay que ir a las fuentes periodísticas como espacios fundamentales para la publicidad en su desarrollo pionero. Y en ese sentido, debemos mencionar a lo llevado a cabo en Baja California, a principios de la década de los años veinte del siglo XX, mucho antes de que se fundaran las compañías publicitarias de la ciudad de México. Hablo, por supuesto, del poeta y periodista Facundo Bernal López (Hermosillo, 1883-Mexicali, 1962). Don Facundo, huyendo de la lucha de facciones de la Revolución Mexicana, llegó desde su natal Sonora a Los Ángeles, California, hacia 1913, y luego se pasó a vivir a la ciudad capital del Distrito Norte de la Baja California, donde su hermano Pedro tenía un negocio, la tienda Bernal Hermanos, fundada en 1916. Como periodista, Bernal fungía como corresponsal en Mexicali del periódico *La Prensa* de Los Ángeles, desde agosto de 1921. Casi siempre, al final de sus noticias varias sobre este pueblo fronterizo, don Facundo anunciaba el negocio familiar. Así, en el número del 13 de noviembre de 1921 y bajo el título de “Grandes baratas”, informaba a los lectores:

Todas las tiendas de ropa de Caléxico abren grandes baratas, anunciando trajes de pacota a bajos precios; pero las personas de buen gusto y que saben patrocinar los negocios establecidos en territorio nacional, ordenan sus TRAJES SOBRE MEDIDA en la casa BERNAL HERMANOS, que se dedica exclusivamente a este ramo desde hace cinco años en el Distrito. Trajes de \$24.75 estrictamente A LA MEDIDA. Especialidad en uniformes para la policía, Bandas de Música, y para el Ejército.

Hasta aquí, todo era una publicidad sin rasgos literarios. Pero el 20 de noviembre, Bernal López comenzó a incursionar en el relato de nota roja que encubría un propósito distinto al de simplemente informar a los lectores:

Dos conocidos jóvenes de la localidad, cuyos nombres callo por ahora, riñeron en el parque “Héroes de Chapultepec”, en momentos en que los concurrentes a la audición que se daba, eran numerosísimos. Uno de los rijosos reclamaba al otro algo, y éste se negaba a las demandas de aquél. Por fin, jadeantes y sudorosos, sin sombrero y despeinados, celebraron un armisticio, viniendo ambos a la conclusión de que un lamentable error había originado la pelea. H reclamaba a X el traje que aquél portaba, confundiéndolo con uno suyo de la misma finísima tela y hechura irreprochable, ambos ordenados en la CASA BERNAL HERMANOS, la más antigua en Mexicali y la única que garantiza la corrección de sus modelos. Trajes SOBRE MEDIDA desde \$15.50. Cortes de casimires: para traje entero: \$10.00; cortes de casimires ingleses: \$15.00.

Como se ve, don Facundo buscaba ir más allá de lo publicitario a secas y buscaba dar algo de intriga a los lectores de *La Prensa*, que pensaran que seguían leyendo las noticias más recientes de Mexicali hasta que se daban cuenta que era todo un ardid publicitario, como pasaba con el artículo titulado “Lo engañaron como a un chino”, publicado el 24 de noviembre de 1921:

Un conocido caballero de esta localidad se queja amargamente del timo de que fue víctima, por parte de un agente desconocido, quien le mostró algo muy atractivo, por el precio y la calidad. El cándido señor, entregó al recién llegado una cantidad de dólares a cuenta del artículo ordenado, el cual debe llegar el día del juicio. Se trata aquí de uno de tantos agentes de trajes que explotan a los cándidos; presentándoles hermosos muestrarios de casas imaginarias, con el fin de estafarles su dinero. No nos cansaremos de recomendar a las personas de buen gusto, la CASA DE BERNAL HERMANOS, como la más



segura y eficaz en el ramo de TRAJES SOBRE MEDIDA. La única que compite con las casas de Caléxico. Trajes sobre medida desde \$8.50.

No sabemos si porque las ventas aumentaron en el negocio familiar por la campaña publicitaria de don Facundo o a éste ya le había gustado recrear historias reales o imaginarias que le sirvieran para llevar agua a su molino comercial, el caso es que continuó desarrollando este género literario que hoy podríamos denominar como periodismo o literatura infomercial, es decir, una obra literaria que funciona como un comercial de carácter informativo sobre un producto o servicio. Para el 27 de noviembre de 1921, nuestro autor continuaba, en las páginas de *La Prensa*, con su faena de crear un género literario que combinaba la imaginación y el mercadeo al mismo tiempo. Bajo el título de “Un divorcio sensacional” informaba:

Por ser el primer caso de divorcio en Mexicali, ha causado vivísimo interés el de que voy a dar cuenta a los lectores de *La Prensa*. Se trata de un matrimonio muy conocido en los círculos sociales de esta población; ambos cónyuges se han hecho notar por su fino trato y refinada educación, y; particularmente por la buena armonía en que siempre han vivido. Lo que más ha llamado la atención en este caso rarísimo, es que la distinguida consorte sea la que ha solicitado el divorcio; sin que hayan podido hacerla desistir de su propósito los ruegos de sus hijos, ni la diplomacia de las amistades. Después de leer lo anterior, figúrense los lectores el asombro que habrá causado en la sociedad mexicalense, el ver a los divorciados esposos, tras de varias semanas de separación, nuevamente reconciliados. Tras de mucho investigar, venimos a saber que la dama en referencia solicitó el divorcio, porque su cónyuge

había dado en comprar trajes de pacota al otro lado; cesando su enojo cuando aquél se presentó a ella vistiendo un correcto TRAJE SOBRE MEDIDA de la CASA BERNAL HERMANOS, única que garantiza la hechura de sus trajes, por su corte irreprochable y acabado perfecto. Trajes desde \$18.50, EN ABONOS Y AL CONTADO. Especialidad en uniformes.

Para el 1 de diciembre, Facundo Bernal decidió hacer de su relato publicitario una crónica social titulada “Para Noche Buena”, donde comentaba que:

En Mexicali y Caléxico se organizan grandes bailes, cenas y conciertos para celebrar la próxima Noche Buena. Los jóvenes se aprestan a hacer sus conquistas. o a reafirmarse en lo dicho, y los viejos, para parecer jóvenes, se preparan a dar a su cuerpo la elegancia de otros tiempos; y unos y otros, para lograr su objeto, ordenan sus TRAJES SOBRE MEDIDA en la acreditada casa BERNAL HERMANOS, única que garantiza la perfección de sus modelos

y que contaba, según lo aseguraba nuestro poeta, con el respaldo de “las mejores sastrerías de Los Ángeles, Chicago y Nueva York, a elección de su numerosa clientela”. Tres días más tarde, el 4 de diciembre de 1921, don Facundo volvía a la carga con un texto de tono tremendista y titulado “Iba a morir de frío”:

Un rico agricultor y ganadero, muy conocido por su caballerosidad y arraigado amor al dinero, fue encontrado antenoche casi agonizante, víctima del frío intenso que se ha venido sintiendo en los últimos días. Después de ingerir una regular dosis de whiskey, el enfermo recobró el sentido; y tiritando



todavía confesó que aquello le pasaba no más por no ordenarse un abrigo en la CASA BERNAL HERMANOS, el cual iba a pedir inmediatamente. Trajes para caballeros y señoras, SOBRE MEDIDA. Al contado y EN ABONOS. Contamos con las mejores sastrerías de Los Ángeles, Chicago, y Nueva York. Trajes y abrigos \$25.00, estrictamente a la medida. BERNAL HERMANOS, Avenida Madero 205.

Lo que ya era obvio, para entonces, era que los precios en la tienda Bernal Hermanos iban en aumento mientras el año iba entrando a la temporada de invierno. Por otra parte, las ambiciones literarias de nuestro poeta iban también en aumento, como era visible en su infomercial del 15 de diciembre de 1921, titulado “Drama de amor, celos y venganza”, que otra vez parecía indicar una nota policiaca y acababa en simple melodrama fílmico:

Mucho ha llamado la atención en esta cabecera, el argumento de una película mexicana que se anuncia con toda profusión, a razón de una cuarteta por cada Episodio como sigue:

Él: un apuesto doncel
de alma grande y sangre ardiente.

Ella: un ángel inocente;
y un abismo entre ella y él.

Son las once de la noche.
Todo duerme... Todo calla,
Una dama se desmaya...
Se oye un grito de reproche...

Un hombre salta ligero,
por la tapia del jardín;

y la dama exclama al fin:
“en el pabellón te espero”.

Una sombra se desliza
por los muros del castillo...
(Un fuerte olor a zorrillo
boga en alas de la brisa).

—¡Huyamos! ¡El triunfo es nuestro!
—¡Mi padre! ¡Suerte fatal!...
Ladra un perro, y un puñal
brilla con fulgor siniestro.

Ya se hunde el arma homicida
en el pecho del doncel.
Un hombre celoso y cruel
va a arrebatarse la vida.

La virgen puesta de hinojos
alza una plegaria al cielo,
y el dolor y el desconsuelo
llenan de llanto sus ojos.

FIN DEL DRAMA

—¿Muere el joven? ¡No! El puñal salta al herir. Se embotó en el paño SIN IGUAL del TRAJE que aquél compró a LOS SEÑORES BERNAL de Mexicali, Baja California, México. La casa más antigua en la Baja California y el Valle Imperial. Única que garantiza el buen corte y correcto acabado de sus trajes. Gran barata de Navidad. Trajes y abrigos a \$25.00 sobre medida. ¡Visítenos o escríbanos. BERNAL HERMANOS. Edificio del “Teatro Edén”. Mexicali, B. C., México. P. O. Box 903 Caléxico, California.



Aquí hay que reconocer que Facundo Bernal López no era el único vate empeñado en una cruzada comercial para beneficio familiar y personal. Si el Teatro Edén era la ubicación de la tienda de los hermanos Bernal, es necesario señalar que su competidor era el edificio del Teatro México, del que el poeta Amado G. Burrola decía en el periódico *El Clarín*, hacia 1922 y en un poema publicitario titulado “Gran salón de billares”, que:

En este nuevo salón,
El mejor y más decente
De toda la población
Encuentra Usted lo siguiente:
Fino trato, precios módicos,
Barbería, Bolería,
Frutas y Refresquerías
Y Revistas y Periódicos
A rodas horas del día.

Pasen al nuevo salón
Que compite con Caléxico.
No olviden la dirección:
Al entrar al Teatro México.

Si hay que rastrear los orígenes de la literatura infomercial, se debe indagar en los relatos y poemas publicados en los periódicos de ambos lados de la línea internacional; la poesía publicitaria tuvo su auge en Mexicali, en el Distrito Norte, ya que fue un instrumento para competir con las tiendas del otro lado. Esto es particularmente indicado si se ve que tanto don Facundo como Amado G. Burrola hacían hincapié de ello en sus versos. En todo caso, el género periodístico

infomercial debe verse, en la era de la globalización virtual, como un género literario que, aunque poco se menciona en la literatura mexicana (con las notables excepciones de Eulalio Ferrer y Gabriel Zaid), siempre ha estado presente en la vida nacional y, sobre todo, en la cultura de frontera, en sus poemas merolicos, en sus ofertas versificadas en las páginas de la prensa. En las publicaciones periodísticas, a lo largo del siglo XX, la publicidad como parte esencial del negocio de difundir noticias siempre estuvo a la vista del público fronterizo. Al seguir los pasos de la sociedad de consumo estadounidense, californiana, la prensa de Mexicali, como empresa que vivía de la publicidad privada y de la propaganda oficial, tuvo las puertas abiertas para toda clase de campañas para vender productos y servicios a sus lectores. Don Facundo fue el precursor de ver el mercadeo de la vida urbana como un tema válido para unir periodismo y poesía, negocios y creación. Facundo y su hermano Francisco Bernal (Hermosillo, 1896-Mexicali, 1978) fueron los promotores incansables, los publicistas de lujo de la tienda Bernal Hermanos, luego Zapatería Bernal y tienda La Cadena. Por ello podemos preguntarnos: ¿hay algo periodísticamente más fronterizo que un traje a la medida en el escaparate de una tienda, en una ciudad colindante con Estados Unidos, donde los sueños se pagan en abonos?



WILHELMY, ZALDÍVAR, CASTANEDO: RETRATO DE UNA GENERACIÓN PERIODÍSTICA

En la década de 1920 a 1930 se dio el despegue periodístico en Mexicali con periódicos de la talla de *Mercurio*, *La Frontera* y *Nuevo Mundo*, así como la revista más longeva de la ciudad: *Minerva*, publicada por primera vez en 1927 y desaparecida en 1974. He llamado a esta generación de periodistas, intelectuales y poetas “la generación de 1923”, año en que la mayoría de ellos llegó a residir a la capital del entonces Distrito Norte de la Baja California y en que comenzó el gobierno (1923-1929) del general Abelardo L. Rodríguez, impulsor del régimen revolucionario en plan de negocios y continuador del proceso modernizador político-empresarial de Baja California durante los seis años que duró en el poder.

José Castanedo, un joven y aguerrido periodista nacido en la última década del siglo XIX en Sonora, llegó a Mexicali en 1924 y después de publicar en *La Frontera*, el periódico de los hermanos Pablo y José Guadalupe Herrera Carrillo, puso en marcha la *Revista Minerva* en 1927. Sin embargo, fue sólo hasta el 24 de febrero de 1931 que Castanedo logró registrar a *Minerva* como publicación mensual con oficinas en la calle Morelos núm. 137, en el centro de la ciudad, donde don José fungía como director y administrador eficaz, ya que en poco tiempo consiguió publicidad de los principales negocios e instituciones de Baja California, Sonora y el Valle Imperial

en California. En las páginas de su revista desfilaron anuncios tanto de la Compañía Harinera del Pacífico como del club nocturno El Tecolote, casas de cambio, boticas, panaderías, asociaciones chinas, tiendas de abarrotes, la Cervecería Mexicali y el Nuevo Cantón, entre muchas otras. Pero *Minerva* cerró sus puertas a la publicidad pecaminosa, a la industria del vicio en todas sus formas (con la excepción de la Cervecería Mexicali), a la difusión de casinos y cantinas (con la excepción de sitios de prestigio social).

Para muchos sectores tradicionalistas o en confrontación directa con el régimen de la Revolución Mexicana, 1929 fue un momento ejemplar en que buscaron acceder al poder por la vía electoral. Frente al régimen revolucionario que los sonorenses habían llevado a su máxima expresión corporativista con Plutarco Elías Calles a la cabeza, un gran número de mexicanos que habían apostado por el movimiento cristero o por las facciones derrotadas de la guerra civil mexicana (villistas, carrancistas, delahuertistas, escobaristas, etcétera) vieron en la candidatura de José Vasconcelos a la presidencia de la República un movimiento que traería más que la democracia a México, la subida de un caudillo que restablecería la convivencia social con su mano firme, honesta. Pero la gesta popular de Vasconcelos se estrelló contra la fraudulenta maquinaria electoral del gobierno y don José tuvo que escoger entre la rebelión armada —como su héroe, Francisco I. Madero— o el exilio voluntario para no acabar siendo otro mártir más de la Revolución Mexicana, otro político asesinado para despejar el camino del progreso, la senda del nacionalismo. Así, José Vasconcelos acabó viviendo por largos años en Estados Unidos, en donde recibía adhesiones múltiples de sus antiguos seguidores y escribía sus memorias, mientras iba deslizándose a una posición de extrema derecha y sumisamente católica, apostólica y romana en su visión del mundo y de la política nacional.

Felicitemos a MEXICALI por sus Bodas de Oro y a la "Revista MINERVA" por sus Bodas de Plata.

La Cerveza de Todos



Feliz Navidad — Prospero Año Nuevo 1953

CERVEZA

"MEXICALI"

No hay Mejor..!

Publicidad de la Revista Minerva, 1952.



A mediados de los años treinta, en una época en que Hitler y Mussolini eran los estadistas de moda, una especie de salvadores providenciales de sus respectivas naciones, muchos mexicanos, indignados por las tropelías y abusos del gobierno mexicano, soñaban en que un día José Vasconcelos fuera como ellos: un líder providencial, carismático, que salvara a México de los revolucionarios en el poder y volviera a darle a los valores tradicionales su sitio en la vida social del país. Alguien que revirtiera el gobierno de los de abajo y restableciera sus fastos católicos, de cruzada armada a la Concilio de Trento. Entre esos mexicanos estaba José Castanedo, un periodista bajacaliforniano antisemita, cristero solapado que publicaba desde noviembre de 1927 la *Revista Minerva*, y quien fue un fiel vasconcelista toda su vida. En el número de su revista de septiembre de 1959, donde se anunciaba la muerte del escritor y político mexicano, daba a conocer su relación personal con Vasconcelos, especialmente en su etapa de exiliado (1929-1938):

Baja California también lo ha llorado y lo recordará siempre con cariño. Entre 1916 y 1918 vivió breves temporadas en Mexicali, y aquí hizo buena amistad con el Sr. Cnel. Don Esteban Cantú, a la sazón Gobernador del Distrito Norte, y con los hermanos Dato, cuñados de aquel. En 1930, a raíz de la campaña presidencial de 1929, el director de *Revista Minerva* lo trajo de Los Ángeles a Brawley, Calif., donde sustentó una conferencia en el Teatro Azteca de la mencionada población del Valle Imperial y en la que se refirió al robo que Portes Gil y Calles le hicieran de la elección a la primera magistratura para imponer al ingeniero Ortiz Rubio, a quien el pueblo motejaba con el sobrenombre de “El Nopalito”. Mucha gente de Baja California fue al Azteca para escucharlo y aplaudirlo... Pocos meses permaneció Vasconcelos en Estados Unidos, y

en unión de su familia y su yerno Ahumada, recién casado con su hija María del Carmen, partió para Europa. Vivió en Gijón, España, y en París editó la revista *La Antorcha*, en cuya publicación trataba temas filosóficos e hispanoamericanos y daba a conocer la desgracia de México bajo la tiranía callista.

Castanedo, por más vigilado que estuviera, dedicó buena parte de su *Revista Minerva* (de 1927 a 1974, año en que murió) a ensalzar no sólo la figura de Vasconcelos sino las ideas propias de un catolicismo a la Pío XII, uno que abjuraba del totalitarismo comunista pero que tenía grandes afinidades con el fascismo y el nazismo, especialmente en su desconfianza y odio ante todo lo judío. José Castanedo aseguraba que Vasconcelos fue “siempre un rebelde contra el mal y la injusticia”, excepto, claro, contra sus propios males y sus propias ideas injustas. Lo mismo puede decirse de Castanedo y su revista, que sirvieron de plataforma, especialmente durante los años treinta y cuarenta del siglo XX, para difundir el pensamiento fascista a la latinoamericana, es decir, el hispanismo arrogante y el antisemitismo más virulento, publicando, de esta manera, una propaganda desquiciante bajo el manto de artículos de opinión muchas veces sin autoría reconocida —para no enfrentar, probablemente, juicios de difamación—, pero que eran escritos por el propio Castanedo, un periodista católico, intolerante, con corazón de inquisidor, que gustaba de la crítica mientras ésta no se aplicara a sus creencias, mientras ésta no tocara sus sacrosantos dogmas.

Por un lado, la *Revista Minerva* aceptaba anuncios del gobierno y daba a conocer los logros del régimen, como el ferrocarril Sonora-Baja California. Los artículos principales hablaban de temas regionales y problemas locales, a la vez que ofrecían comentarios de periodistas extranjeros de



origen estadounidense como Earl Reeves, cuyo artículo “Moscú ha hundido a España en un mar de sangre” (noviembre de 1936) son el prototipo de los textos político-ideológicos que gustaba dar a conocer esta publicación. Así, el gobierno republicano español se convertía en “los agitadores españoles que tienen el mando actual”. Y que no eran otra cosa que títeres del movimiento comunista internacional y no víctimas de una asonada militar a las órdenes del general Franco. Pero el comunismo no era el peor de los demonios para José Castanedo y sus lectores bajacalifornianos. En realidad, el verdadero problema para este periodista católico era “El problema judío en México”, artículo publicado en el número de septiembre de 1941, ya en plena Segunda Guerra Mundial y cuando decir “problema judío” era tomar, literalmente, la frase del dictador Adolfo Hitler con respecto a los judíos europeos. La frase, repito, que llevaría a la destrucción de las comunidades judías a lo largo y ancho del viejo continente y a los campos de exterminio masivo de esta nación. El antisemitismo de Castanedo es el antisemitismo mexicano cobijado en un catolicismo de cruzados medievales. Afortunadamente, su *Revista Minerva* no sólo sirvió para difundir tan racista credo. Buena parte de sus páginas tuvieron un mejor propósito: el de difundir la historia de Mexicali, el reclamar que Baja California se poblara de compatriotas para que todos sus habitantes trabajaran en pro de la prosperidad peninsular.

De carácter intolerante y poco dado a ceder en sus creencias, José Castanedo era un hombre de convicciones firmes pero ciego a las realidades del mundo en que vivía: el nacionalismo revolucionario, la cultura indígena latinoamericana, el liberalismo que separaba para la sana convivencia el Estado de la Iglesia, la democracia como valor cultural frente al ascenso del fascismo y el nazismo. Como buen seguidor de Vasconcelos, Castaneda sólo veía la paja en el ojo aje-

no y nunca se percataba de la viga en el ojo propio. Por eso en 1948 Francisco Bernal, su amigo pero no alguien cercano a su pensamiento conservador, lo describía de esta manera:

Suele ser un “abate” muy “Benigno”
Cuando lo tiene a bien en su *Minerva*
Y con las excepciones de reserva,
Nos parece sincero, honrado y digno.

El lema “Vencerás con este signo...”
Para todas sus críticas conserva
Y es en la periodística caterva
Su testimonio sano y fidedigno.

Es muy franco aunque místico el Abate
Y cuando se entusiasma en un debate,
A nadie, la verdad, le causa daño.

Pero una cosa tiene Castanedo
Sin que jamás a lo contrario ceda:
Que es muy intolerable desde antaño.

Para los años de la Segunda Guerra Mundial, Castanedo, vi-
viendo en la frontera y aceptando los nuevos aires ideológi-
cos, continuó con su propaganda católica, pero dejó pronto
a un lado su antisemitismo. Su labor ensayística se volvió
un trabajo más cercano a la historia o a la crónica que a la
reflexión ideológica o filosófica. Para mediados del siglo XX,
había dejado de ser un agitador de derecha y se había vuelto
un simple periodista cercano al panismo militante, un nos-
tálgico que añoraba la vida decente y ordenada del Méxi-
co anterior a la Revolución Mexicana. Ya no era un escritor
incómodo sino un autor previsible en sus loas a los fastos



eclesiásticos y de aplauso medido al gobierno en turno. Las páginas de su revista se llenaron con la publicidad de instituciones gubernamentales, especialmente de Comunicaciones y Transportes, como el ferrocarril Sonora-Baja California, al que le dedicó innumerables reportajes y notas informativas.

Aunque en muchos textos periodísticos incluyó apuntes personales sobre su trayectoria como periodista, no hay mejor artículo suyo para ofrecer un retrato de su trabajo periodístico y de lo que pensaba de otros colegas de la prensa, que el que publicó en la *Revista Minerva* de septiembre de 1958 y bajo el título de “Wilhelmy y Zaldívar. Recuerdos del Mexicali de antaño”, donde parte de la muerte de este par de periodistas para dibujar un panorama de su actuación en el proceloso mar de la opinión pública y los poderes en turno. Lo cierto es que los fallecimientos, entre mayo y junio de 1958, de Adolfo Wilhelmy (Mazatlán, Sinaloa, 1884-Mexicali, Baja California, 1958) y de Ángel Zaldívar (Hacienda de Jala, Estado de México, 1903-Guadalajara, Jalisco, 1958), lo sacudieron en su fuero interno y lo llevaron a pensar en el legado que dejaría como testigo de su tiempo, como participante de los acontecimientos y percances de la prensa en la frontera norte mexicana. Al primero en mencionar es a Wilhelmy, de quien dijo:

El 26 de mayo falleció en Mexicali el estimado y viejo periodista don Adolfo Wilhelmy, víctima de una antigua dolencia cardiaco-hepática que lo molestó en los dos últimos años de su vida hasta causarle la muerte. Era el Sr. Wilhelmy originario de Mazatlán. Su vida se desarrolló en la política en Sonora, donde desempeñó la Secretaría Municipal del mineral de la Colorada; en el arte teatral, como escritor de sainetes y comedias y como actor en algunas ocasiones, en la milicia, habiendo

sido miembro del Estado Mayor del Gral. Abelardo Rodríguez al que desbrozó de su interpretación para hablar en público, enseñándole elementos de declamación, principios de oratoria y escribiéndole discursos sencillos para ciertas ocasiones en que se veía obligado a tomar la palabra. Esto acontecía en Mexicali por los años de 1920-25. Finalmente, Wilhelmy, después de retirarse del ejército de la Revolución con el grado de teniente, se quedó a vivir en Mexicali al lado de su esposa e hijos, habiéndose dedicado de lleno al periodismo, ya como reportero corresponsal o director de periódico, demostrando mucha habilidad en todo caso. Como gacettillero y cronista era notable, y su trabajo de esta índole pudo ser apreciado ampliamente en los largos años que escribió. En las postrimerías de su vida publicó sus memorias, pintoresco libro editado hace dos años y que resume su vida y da valiosas informaciones sobre hechos de la política, la revolución y de su actividad artística y periodística. Don Adolfo fue también, durante varios años, secretario de la Cámara de Comercio local. Su muerte ha sido hondamente sentida por sus viejos amigos y colegas, así como por tantas personas que lo conocieron como hombre honesto, trabajador e idealista. Contaba al morir 71 años.

Poco más habló Castanedo de don Adolfo, porque el resto del artículo estuvo dedicado a Zaldívar y a sus propios recuerdos como periodista en Mexicali. Pero aquí hay que hacer hincapié en el libro de Wilhelmy al que Castanedo hizo referencia, titulado *Periodismo, teatro y revolución* (1956). En el prólogo al mismo, escrito por el veterano periodista mexicano Juan B. Hernández, éste señalaba que esta obra constituye “el anhelo postrer logrado en la senectud atormentada por los padecimientos del cuerpo, pero vigorosamente renovada en la inagotable fuente de los recuerdos de una vida de despreocupada bohemia”. Y añadía que este libro era:



Unidad armónica y el reflejo de una vida intensamente humana. Psicólogo experimental de las multitudes en el tablado de la comedia trashumante y calderoniana; otras veces secretario anonadado por el vértigo del abismo al seguir en su órbita, muy cerca, quemándose en la llama, a próceres que han escrito su nombre en nuestra historia contemporánea. Participante de múltiples incidentes, que fueron horas trascendentales de México, los refiere ahora con la sencillez de los increíbles cuentos del abuelo ante auditorio infantil y boquiabierto, que escucha sin parpadear. El ambiente en que se nutren sus recuerdos participa de la violencia de las pasiones políticas, de la crueldad de la batalla y del pavor del patíbulo y la misma hazaña de editar su libro en Mexicali, en alguno de cuyos capítulos es esta misma tierra bajacaliforniana la que se ofrenda al paso de sus héroes, dan a su obra mérito indiscutible, suficiente para tomar lugar al lado de las relaciones de Fray Eusebio Kino o la erudita polémica del Ing. F. Antonio Astiazarán, en defensa de la integridad de la tierra bajacaliforniana, porque como ellos, Wilhelmy vive horas dramáticas en los desiertos y pantanos de la desembocadura del Río Colorado. La sencillez con que Wilhelmy describe a grandes hombres y acontecimientos de trascendencia decisiva para la Baja California, hacen de su obra fuente verídica e imparcial para nuestra historia. Su obra es un documento histórico que al correr del tiempo adquirirá inapreciable valor, por el claro desinterés que infunde a su narración. Wilhelmy, de la casta de hombres que inspiran confianza y cordial intimidad al primer cambio de palabras, pudo observar desde muy cerca y como hombre común de la calle a las figuras más destacadas de la Revolución de 1917. Todos los hombres que describe pertenecen, en su mayoría casi absoluta, a una generación que se ha ido, y como él mismo me ha dicho con incierta angustia, quiere ver su libro, pues su pluma se ha estremecido al soplo funeral del adiós inexorable y eterno.

En buena parte de este singular libro de memorias personales destacaba, además de los años mozos de don Adolfo en la farándula, y de su vida dedicada al periodismo en la ciudad de México, Sonora y Baja California, la aventura de la Revolución Mexicana, vista por Wilhelmy como una comedia de enredos y como una narrativa eminentemente picaresca. Ya Hernández recordaba que Wilhelmy “entra a la vida cantando y se hace artista, antes que periodista, militar o secretario”. Artista de vodevil, que veía la vida como broma y carcajada, como chiste y ridículo permanente. De padre alemán y de madre mexicana, Wilhelmy pasó del teatro de revista, con sus falsos decorados, sus chistes picantes y sus muchachas de pocas ropas, al teatro de la guerra civil que fue la Revolución Mexicana.

Su entrada y consagración en estas tareas bélicas se da por su relación con la facción sonorenses (Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón y especialmente Abelardo L. Rodríguez). Por eso Hernández reconoció que Wilhelmy hizo de sus memorias un homenaje entrañable a este último y que sus anécdotas daban un retrato humano del

gobernante más poderoso, militar y políticamente, que ha tenido la Baja California, pues a él corresponde como sometedor de una tierra en rebeldía, haber echado los cimientos, en todos los órdenes, de la grandeza de Baja California, tema del que se olvida Wilhelmy, para presentarlo en su trato íntimo como hombre, aspecto siempre sugerente en enseñanzas y definitivo en un esquema con intentos de fijar la personalidad del divisionario, que llena, de manera indiscutiblemente brillante, un ciclo en la historia bajacaliforniana en el que se refleja el espíritu, positivo y práctico del vigoroso gobernante, su profundo conocimiento de los hombres y su habilidad como estructurador en los singulares aspectos que aún sigue presentando



el ambiente bajacaliforniano, tema que de haberlo abordado Wilhelmy, hubiera dado capítulos fecundos en el interesante y útil proceso comparativo de la historia, sin embargo, la limitación que impuso a su obra, deja la puerta abierta a futuros comentaristas que surgirán con la misma naturalidad, tan sencilla y fácil, como es la copiosa edición de esta obra. Para el bajacaliforniano la obra de Wilhelmy tiene particular interés. Su crónica de la expedición del Gral. Abelardo L. Rodríguez, constituye la ejecutoria del origen y evolución del norte de la Península, con la que coincide la edificación de las ciudades bajacalifornianas y el afianzamiento de nuestra cultura.

Lo importante, para Wilhelmy, el memorista, era mostrarnos no sólo su cercanía con Abelardo L. Rodríguez, sino la manera de vivirla entre periodos de peligro y aburrimiento. En contraste con la narrativa típica de la Revolución Mexicana, aquí la vida de cuartel ganaba sobre la descripción de grandes batallas. Era más la crónica de una nueva burocracia que disfrutaba las mieles del poder con desinhibición e intemperancia. Por ejemplo, cuando el general Rodríguez lo nombró su secretario particular, Wilhelmy intentó darle las gracias al gobernante bajacaliforniano con frases adulatorias, a lo que su jefe le cortó en seco su discurso: “No tiene por qué hacer uso de verborrea. Mejor póngase a trabajar si tiene que hacer, o a leer a Bernal Díaz del Castillo si no lo tiene”. En otras ocasiones, Wilhelmy se presentaba como un Charles Chaplin en apuros por el uso inmoderado de bebidas alcohólicas en plena época de la ley seca, de ahí que su relato fuera el contrapeso ligero —y por ligero, más real— del gobierno de Rodríguez en Baja California (1923-1929). Como una versión socarrona, pero bien intencionada, que desmontaba el edificio impoluto de la *Memoria administrativa 1924-1927* (1928) del propio Abelardo, el libro de Wilhelmy

ofrecía una visión del gobernador del Distrito Norte no para la estatua pública sino para conocer al amigo y confidente de todos los días, al compañero de gustos y sustos:

Por fin llegó Rodríguez acompañado del doctor Enrique Osornio Camarena, el Licenciado Juan Orcí y algunas otras personas.

—¿Hubo novedades durante mi ausencia?

—Ninguna, mi general.

—Bueno, mande con Eufrasio —Eufrasio Santana— por un sifón de agua de seltz y hielo, para tomar un “jaibol”. Sáquese la botellita que tiene por allí.

Sentí que la tierra se hundía bajo mis plantas, pero “haciendo de tripas corazón”, puse en práctica mi “heroica” resolución diciéndole:

—Mi general, ya no hay botella.

—¿Cómo que no —replicó extrañado—; acaso se la robaron?, ¿no le dije que tuviera mucho cuidado con ella?

—No me la robaron, señor.

—Entonces, ¿qué pasó?

—¡Me la bebí! Usted sabe que yo no le miento a usted, aunque al decirle la verdad resulte en mi perjuicio. Me sentía aburrido en la soledad de la oficina y me di a beber desde que usted se fue. Tanto alababa usted la bondad del whiskey, obsequio de su compadre Guajardo, que una madrugada que desperté muy crudo me decidí a abrir la botella y tomarla, pensando reintegrársela, pues supuse que Santana podría conseguirme otra, aunque ello me costara veinticinco o treinta dólares. Desgraciadamente, Eufrasio me dijo ayer que de este whiskey no había en ninguna parte y que sólo lo podría conseguir importándolo. Esa es la verdad desnuda...

—¡Conque se la tomó!

—Sí, mi general.



Y cuando yo creía que la explosión de ira iba a tener lugar, no acerté a creer de pronto lo que oí:

—¡Y qué whiskeyto! ¿Eh? Para empollar la boca de los profanos.

—Excelente, sí señor —respondí algo “reanimado”.

—Bueno; pues ahora, en castigo; ¿tiene con qué pagar?

—Sí, señor; lo que sea.

—Pues en castigo va a ir inmediatamente con Santana y me trae una botella del mejor whiskey que tenga, por su cuenta.

—Al instante, mi general.

Más que de prisa, con un júbilo que no me cabía en el cuerpo, corrí al bar de Santana. Quince dólares —en mi vida he pagado dinero alguno con más regocijo— me costó aquella botella. Regresé contento; el general parecía haber olvidado el incidente. En la tarde, no me acuerdo por qué motivo, tuve que arreglar algo en la oficina telegráfica. Allá me encaminaba, cuando al pasar por la cantina de Santana, éste me llamó:

—Aquí tiene usted sus quince dólares de la botella que compró esta mañana...

—Pero...

—El general la mandó pagar, ordenándome que le devolviera su dinero.

Al término del gobierno del general Rodríguez, Wilhelmy decidió permanecer en Mexicali, donde fue un periodista y promotor cultural bien conocido. Pero José Castanedo le dedicó la mayor parte de su artículo nostálgico a Ángel Zaldívar, con quien había trabajado el periodismo casi desde su llegada a Mexicali. Como bien decía:

En Guadalajara, a donde había ido para internarse en un sanatorio en pos de salud, falleció el sábado 7 de junio el apreciable colega y amigo Ángel Zaldívar, editor de los periódicos

Nuevo Mundo y *El Centinela* que se publican en Mexicali. Una enfermedad cardiaca, que se complicó con los intestinos y el hígado puso fin a la vida del viejo periodista.

En cierta forma, don Ángel fue su mentor en el Mexicali de los años veinte, por eso Castanedo contaba con mayores datos biográficos sobre Zaldívar, de quien dijo que su padre, Juan Zaldívar, había sido “ayudante del intendente del Palacio Nacional durante el régimen del general Díaz” y que el joven Ángel, en 1916, partió hacia el norte en busca de trabajo, arribando a Mexicali en 1917, donde primero trabajó, como empleado de ventanilla, en la Bancaria Peninsular de Baja California (cuyos dueños eran Próspero Sandoval y Arnulfo A. Liera, este último dueño de una compañía naviera del Mar de Cortés), en el edificio que, para 1958, era el del Hotel del Norte, a unos cuantos metros de la línea internacional. El salto al periodismo se dio gracias al famoso

Ricardo Covarrubias, político profesional y periodista, junto con su hermano Alberto y con José Esperón y Cayetano Zepeda, publicaba entonces el trisemanario *El Monitor*. Era asiduo colaborador del periódico el Lic. Carlos Roel, hermano del Dr. Ignacio Roel, quien presentó al Territorio Norte de Baja California, del que era diputado, como constituyente de Querétaro en 1917. (Zepeda publicó posteriormente el semanario *El Eco del Distrito Norte* y en la actualidad pública, en Colima, *El Imparcial*.) Dadas las relaciones de estos periodistas con la Bancaria y la Cía. de Navegación, Zaldívar amistó pronto con todos ellos [y] comenzó a colaborar en el citado periódico. Así se formó en él su espíritu de periodista. Ricardo Covarrubias, que luego fue diputado al Congreso Nacional, y siguió siéndolo por el Distrito de Lagos, Jalisco (los Covarrubias son originarios de Guadalajara), tuvo grande afecto por Zaldívar y



por Alejandro Cisneros, quienes para 1921 trabajaban en *El Monitor* en calidad de reporteros.

Por eso mismo, desde sus pininos periodísticos, Ángel Zaldívar estuvo en el bando de la oposición contra los diferentes gobiernos emanados de la Revolución Mexicana y su ala sonoreense. En los gobiernos de Ibarra y Lugo hizo estragos, ocasionando hondos conflictos que se pagaron con vidas humanas, pero Covarrubias se topó con pared con la llegada del general Rodríguez como gobernante del Distrito Norte de la Baja California. Castanedo, simpatizante de don Ricardo, rememoraba en su artículo de 1958 los acontecimientos que no vivió, ya que llegó a Mexicali a finales de 1924, pero que le tocó escuchar, de viva voz, a los viejos residentes de la ciudad:

Ricardo combatía tenazmente la administración del Gobernador Don José Inocente Lugo, habiéndose hecho célebres aquellos comentarios que se denominaban “Tirones de Oreja” y que aparecían en el trisemanario contra el citado gobernante, a quien sucedió en noviembre de 1923 el Gral. Abelardo L. Rodríguez, bajo cuyo régimen culminó el choque entre el gobierno territorial y los editores de *El Monitor*, cuando habiendo sido llamados, de manera taimada y dolosa para ocultar las intenciones, por el General los periodistas Esperón, Zepeda y Zaldívar al cabaret “El Molino Rojo”, donde el gobernador se encontraba con más de ochenta amigos, ayudantes y policías, dizque con el fin de hacerles unas declaraciones, cuando los dos primeros llegaron, pues Zaldívar no se encontraba en la imprenta cuando se recibió el recado de Rodríguez y por ello no concurrió, mientras que Rodríguez recibió al inválido Esperón y a Zepeda con una tremenda tunda de bofetadas, puntapiés y cachazos de pistola, haciéndolos rodar al suelo

sin sentido. El jefe del estado mayor, el ahora general Ramón Rodríguez Familiar, dispuso fueran conducidos al Hospital Civil, de donde, cuatro días después, medio recobrados regresaron a sus casas. Mexicali se indignó contra el Gral. Rodríguez por su proceder abusivo y contra el grupo de aduladores que lo rodeaban. Zaldívar había escapado milagrosamente y él y Covarrubias atacaron sin piedad al valiente boxeador en las páginas del periódico. Yo arribé al finalizar 1924 a Mexicali. En esos días Covarrubias y otros diputados atacaban con ferocidad desde la Cámara Nacional al Gral. Rodríguez, quien se sostuvo por la decidida ayuda que le prestara el Gral. Obregón y posteriormente Calles. Esto ocasionó la decadencia de *El Monitor*, que al fin desapareció en 1925. Entonces Zaldívar, que ya había hecho amistad conmigo, me invitó para fundar el semanario *El Combate*, que apareció el 5 de mayo de 1925. Él era el Administrador y yo el Director. Seguimos un programa parecido al del trisemanario de Covarrubias, y desaparecimos antes de un año. Para entonces se publicaba el semanario de los hermanos José y Pablo Herrera Carrillo, denominado *La Frontera*, fundado por ellos y por el Dr. Adolfo Torres Lara. Este semanario fustigó también con rudeza al régimen rodriguista, siendo notables los editoriales del Lic. Pablo Herrera. Yo y Zaldívar colaboramos muy poco con ellos, porque yo en 1927 fundé la *Revista Minerva* y Zaldívar se dedicó a la imprenta comercial y a ayudar a Zepeda en *El Eco del Distrito Norte*, que al fin feneció en 1927. En cambio, el Lic. Herrera fue asiduo colaborador de *Minerva* con artículos históricos sobre la Baja California.

Según la crónica memorística de José Castanedo, Ángel Zaldívar fue un periodista con suerte, ya que escapó del destino de los otros dos colegas vapuleados por el general Rodríguez. Por su parte, el propio José Castanedo tuvo también la suerte



a su favor en los años siguientes, pues participó al menos en tres hechos que marcaron la vida fronteriza y de los tres salió relativamente indemne. El primero de ellos fue la rebelión del general Enrique Estrada, que agentes del gobierno estadounidense sofocaron en California cuando las tropas rebeldes (conformadas por elementos huertistas, villistas, delahuertistas, carrancistas y cristeros, es decir, donde se daban cita todas las corrientes contrarias a la facción revolucionaria sonorenses) estaban a punto de pasar a Baja California y comenzar su contrarrevolución. Como el propio don José lo explicó, su cercanía con la rebelión estradista se dio porque varios periodistas eran conservadores a ultranza, como el propio Castañedo, los hermanos Herrera Carrillo y Zaldívar:

Se me pasaba decir, que en 1926 don Pablo Herrera, Zaldívar y yo publicamos *El Campesino* periódico de efímera vida dedicado a hacer la propaganda política de la candidatura para diputado al Congreso Nacional del coronel don Marcelino Magaña y Mejía, en la lucha en que participaron también los candidatos Dr. Bernardo Bátiz y Gral. José María Tapia, habiendo triunfado este último. Yo fui a dar a la cárcel por gestiones del Magistrado Fidel Ruiz, a quien atacara tenazmente el inolvidable amigo y periodista, q. e. p. d., don José S. Castillo. Zaldívar me llevaba buena comida a la prisión, donde “me mamé” casi tres semanas. Al fin, el juez don José Elías Castro me concedió la libertad caucional que otorgara en mi favor el munícipe Benito Gómez, q. e. p. d., Magaña había sido “dorado” de Villa y “dedo chiquito” del Centauro del Norte; inodado con el Gral. Enrique Estrada, en el albazo que pretendió dar sobre Baja California en agosto de 1926, cuyo movimiento era una señal para otro de carácter nacional que debería estallar simultáneamente en la República. Magaña y mi compadre, el Lic. don Rogelio Escalona Gallardo, uno de los directores, hubieron de exiliarse a

Los Ángeles; pero el coronel fue hecho prisionero, procesado en San Diego California, y muy enfermo y anciano fue a morir en el hospital de San José, California. Corrió la versión de que lo habían envenenado. Contaba 73 años de edad, pero era hombre de mucha entereza física y moral. A Zaldívar le habían asignado el grado de Capitán Primero en dicho movimiento, fracasando en la frontera californiana, cuando iba a estallar. Yo no sabía nada del asunto, de suerte que no estaba inodado; pero Zaldívar en esos días con frecuencia me decía: “Compañero Castanedo, ud. va a ser muy pronto Presidente Municipal”. Me tenían inodado. En eso ocurre el fracaso del movimiento estradista y al siguiente día, Zaldívar, con tono de compunción, me dijo: “Ahora sí, compañero, ya no hubo nada, lo que debemos hacer es andar muy alertas, porque no sea que nos friegue Abelardo. Procure no salir de noche ni andar por los suburbios. Ud. estaba asignado para ocupar la Presidencia Municipal”; no se lo dijimos porque quisimos ser cautos en todo; pero no nos valió.

Las remembranzas del director de *Minerva* se ocupan de dar un retrato del amigo y colega Ángel Zaldívar cuando ambos eran participantes de movimientos que ponían en riesgo sus intereses, propiedades y personas. Y aunque separado de don Ángel, Castanedo fundó primero el periódico *La Semana*, “en sociedad con don José María Coronel, suegro del Lic. Antonio Murúa Martínez, que era secretario general de Gobierno, y que imprimíamos en la imprenta de *El Regional* de Castillo. Duró menos de tres meses porque faltaron recursos para pagar la imprenta”. Para finales de 1926 ya estaba empeñado en un nuevo proyecto periodístico con el que tendría mayor fortuna, a pesar de que su número inaugural fue todo menos auspicioso:

Me separé de don José María y en enero de 1927, el día primero, debía aparecer el primer número de la *Revista Minerva*.



Estaba haciéndose la impresión de las últimas páginas en los precisos momentos de la llegada del año nuevo, cuando a los 17 minutos, cuando todo era jolgorio aún, abrazos, felicitaciones, bailes, silbos de trenes y sirenas y gritos ronc y ladinos de “claxons” de automóviles, la naturaleza nos pegó el gran susto con los famosos temblores de 1927. Algunas formas de la revista próxima a nacer cayeron de las mesas de formación deteriorándose el trabajo, lo que imposibilitó su aparición el día primero. Además, la finca donde estaba la imprenta se cuarteó en muchos lugares y la autoridad prohibió se siguiera trabajando porque había peligro de derrumbe. Fue hasta mediados del mes de enero cuando apareció, menguado, el primer número de esta publicación que tiene 31 años de vida. Los estragos que produjeron los temblores fueron grandes: por un corto circuito que quemó la Cervecería de Mexicali, hubo más de 30 casas de adobe antiguas que se derrumbaron, se cuartearon todos los edificios públicos y comerciales, perecieron aplastadas dos personas y hubo varios golpeados. El cauce del Río Nuevo o de Pueblo Nuevo, estaba lleno de grietas y bocas que emanaban gases y agua salada. La madrugada del día primero de enero de 1927 fue trágica. Se sucedieron más de cien temblores en ocho horas, hasta el amanecer. El baile de año nuevo que tenía lugar en la Escuela Cuauhtémoc, terminó con la oscuridad, gritos de espanto y rogativas públicas en la calle implorando la misericordia divina, lo mismo que hacían casi todas las gentes de Mexicali y Calexico, con velas encendidas. Zaldívar y yo estuvimos reportando dos días para *La Frontera*, para *El Grito del Pueblo* de Cisneros, y para *Mercurio* de don Juan B. Hernández, fundador del moderno diario *A. B. C.*, las informaciones sobre los temblores. Posteriormente y en tono jocoso, fueron notables los artículos y gacetas de don Jacobo Isaac Aceves, “El Rápido”, que fuera el último superviviente de las cinco personas que tomaron parte

en la famosa e histórica entrevista Díaz-Taft en 1909, fallecido el 18 de diciembre de 1941 en San Diego, Cal.

El segundo hecho en que participó nuestro autor fue el movimiento vasconcelista, que se dio en 1928, cuando

se inició la campaña política en favor de la candidatura del Lic. don José Vasconcelos para la presidencia de la República, teniendo como oponentes las de Villarreal, Valenzuela y Ortiz Rubio. Mi ferviente simpatía por el Maestro de la Juventud Hispanoamericana me lanzó enseguida a organizar las filas vasconcelistas en Baja California.

Tuvo a la *Revista Minerva* como un órgano de propaganda del vasconcelismo, tanto en el periodo de la campaña electoral de Vasconcelos como candidato para la presidencia de México como más tarde, cuando éste tuvo que exiliarse para no ser eliminado por los agentes represores del callismo. Como lo remoraba Castanedo:

Invité a Zaldívar, pero aunque con frialdad y escéptico, había tomado los rumbos del ortizrubismo, lo que vino a dividirnos políticamente. La *Revista Minerva* la convertí prácticamente en órgano de la campaña pro Vasconcelos, con formidables artículos escritos por el ya difunto y bien querido Lic. Pablo Herrera Carrillo. En México, lo mejor de la juventud y gente de bien, apoyaba a nuestro candidato. El inolvidable Germán del Campo, martirizado por las balas asesinas y traidoras del callismo, y Adolfo López Mateos, ahora Presidente de la República electo, eran conspicuos líderes del estudiantado vasconcelista. Nos enviaban a Baja California propaganda y nos estimulaban con sus elocuentes discursos, que leíamos con avidez en los perió-



dicos. Junto con Germán, López Mateos estuvo a punto de ser muerto cuando dispararon sobre aquel los esbirros que comandaba el coronel Villegas, quien posteriormente fue Delegado del Gobierno en Tijuana, como premio a su crimen. Olachea era gobernador del entonces Territorio Norte de Baja California. En febrero de 1935 fui a Nueva Orleans a recibir a mi compadre Don José Vasconcelos, a su yerno Herminio Ahumada, la esposa de éste, María del Carmen Vasconcelos de Ahumada, y Carmelita Ahumada, de tres años de edad, primer retoño del matrimonio, quienes regresaban del exilio de cinco años por Europa y Sur América, después del robo electoral de 1929. Venían de Buenos Aires. Nos hospedamos en el Hotel de Soto, el mejor de Nueva Orleans. Por la tarde fuimos a un hospital donde se hallaba recluido el Excmo. Sr. Don Jorge Caruana, Delegado Apostólico expulsado de México en 1925 por Calles. Otro día inicié mi viaje de regreso a Mexicali, donde Zaldívar, azorado, me recibió despampanante: “Qué bárbaro, compañero; ¿pero qué diablos anda Ud. haciendo, en qué nuevos líos está metido?... ¡Se comenta de diferentes maneras su viaje a Nueva Orleans que coincide con la llegada de Vasconcelos!... ¡Qué bruto! Como están las cosas... la prensa hablando de una nueva revolución... ¿Ya se le olvidó cuando se nos volvió humo lo del Gral. Estrada y que no fue Ud. Presidente Municipal?... Al Lic. Andrés Pedrero y a otros vasconcelistas los tienen presos en México... Todo mundo comenta sus movimientos sospechosos... Hombre, ¡cuídese!”. En el tren en que iba para Nueva Orleans noté la presencia de una mujer norteamericana, la que me pareció ser del servicio secreto y tomaba, a lápiz, un retrato mío, pues dibujaba sobre una carpeta improvisada y de soslayo me miraba de vez en cuando, aparentando disimulo. Entonces era Gobernador del Territorio Norte el Gral. Agustín Olachea, quien siempre me manifestó animadversión. Sin embargo, nada ocurrió, si bien yo notaba que la policía de Mexicali no me quitaba el ojo de encima, y esto fue durante varios meses.

Castanedo reconocía que, aunque divididos por la política, la amistad entre Zaldívar y él siempre fue de respeto y cuidado por la situación del otro en los mentideros de la prensa y el poder. De ahí que el tercer hecho en que participara don José ocurrió un año más tarde, cuando el general Plutarco Elías Calles, el enemigo de sus creencias, el adversario de su apostolado, acabó en el bando perdedor y fue expulsado del país por el presidente de la República, el general Cárdenas. Este acontecimiento le permitió sentirse más cómodo con el régimen revolucionario a la vez que cumplía con cubrir la noticia, ya que el general Calles decidió vivir en Estados Unidos, en California, su exilio dorado:

En abril de 1936 el Presidente Cárdenas expulsó de México al Gral. Calles mandándolo por avión a Los Ángeles. Tras él, en abril 14, exiliaban también al Gral. Don José María Tapia. Uno y otro hubieron de hacer escala en Mexicali para los trámites de emigración, habiendo ido a nuestro aeropuerto los oficiales norteamericanos de Calexico para requisitarlos y darles paso al vecino país. Era entonces gobernador del Territorio Norte de Baja California el Gral. Gabriel Gavira e inspector general de policía el Gral. Miguel Molinar. El Gral. Tapia merece respeto y admiración. Hombre pundonoroso, leal y fiel al que fuera su jefe, cuando los demás habían vuelto la espalda a Calles en desgracia. Confabularios y mercenarios, llamaba entonces Vasconcelos a los militares mexicanos. Tapia había sido gobernador del Territorio en 1930 y ahora es Senador por nuestro Estado de Baja California. A pesar de encontrarse en campos diferentes, cultivaba amistad con mi compadre el Sr. Lic. Don Rogelio Escalona Gallardo, quien al enterarse de la presencia del Gral. Tapia en el aeropuerto, me pidió fuera en su nombre a saludarlo y ofrecerle sus servicios profesionales, un amparo, por ejemplo. Llegué al aeropuerto y Molinar me dio facilidades para acercarme hasta



Tapia, a quien saludé con un abrazo. Sereno, amable y correcto como siempre, características que lo distinguen, agradeció el ofrecimiento del Lic. Escalona, pero dijo que ya no era necesaria ninguna gestión, porque a pocos minutos saldría el avión para Los Ángeles. Retornó muy cariñosamente el saludo, como persona educada que ha sido siempre, me dirigió algunas palabras llenas de amabilidad y cortesía, y nos despedimos con fuerte apretón de manos. En Los Ángeles se reunió con Calles. Yo nunca simpatiqué con el Comisario de Agua Prieta y siempre me repugnó; pero sí simpatizo con caballeros como el Gral. Don José María Tapia que ponen ejemplo de cómo debe ser el verdadero hombre; leal y agradecido en los momentos de las grandes pruebas. Cuando regresaba a llevar el recado del Gral. Tapia al Lic. Escalona, encuéntrome a Zaldívar que iba a caza de noticias para *Nuevo Mundo*, y como ya sabía que yo había ido al aeropuerto, me dijo en tono de consejo: "No se le quita a Ud., compañero, la maña de andarle buscando tres pies al gato. Hace un año con Vasconcelos en Nueva Orleans, y ahora con los callistas. ¡Cúidese!". Luego me pidió datos para el periódico, y se los proporcioné.

Lo que enseguida contó don José era ya una semblanza de Ángel Zaldívar como un personaje importante del periodismo mexicalense, bajacaliforniano. Hoy en día se le reconoce como el primer fundador de un diario en la capital del Distrito Norte, el famoso *Nuevo Mundo*, que se mantuvo, con grandes altibajos, desde 1930 hasta finales del siglo XX. Lo que mencionaba Castanedo de su amigo era la trayectoria de un periodista que no cejó en dar su versión de los hechos, sin importarle las consecuencias de decir su verdad para él, su familia y su negocio periodístico, incluyendo enfrentamientos con diversos gobernantes, principalmente con Alfonso García González y, al final de su vida, con Braulio Maldonado, el primer

gobernador del estado de Baja California (1953-1959), lo que llevó a la bancarrota a su estimada publicación, el *Centinela*:

En 1929 se disolvió la sociedad periodística editora de *La Frontera*, de los hermanos Herrera y el Dr. Adolfo Torres Lara. Éste invitó entonces a Zaldívar para fundar el *Nuevo Mundo*, diario que apareció en 1930, pero esta sociedad también concluyó muy pronto y entonces Zaldívar se quedó con el periódico, pero convertido en semanario; tuvo intermitencias y algunas veces dejó de publicarse, hasta que en 1937 consolidó su existencia como bisemanario, luego trisemanario y, finalmente, volvió a ser diario. Estimularon el desarrollo de *Nuevo Mundo* el capitán Eduardo Garza Zenande, como Jefe de redacción, con quien Zaldívar tuvo grave incidente, bien conocido del público, y el periodista Guillermo del Manzano que colaboró en *Centinela*, periódico fundado por Zaldívar después que rentó la imprenta de *Nuevo Mundo* a una sociedad periodística. La imprenta la adquirió Zaldívar por una operación comercial que realizó con su antiguo propietario, el Sr. Dr. Don Manuel Monter, y es la misma en la que por muchos años se imprimió *Mercurio* de Don Juan B. Hernández, verdadero fundador del actual *A. B. C.* Ángel Zaldívar Gayoso falleció en Guadalajara el 7 de junio, día en que se celebraba la libertad de prensa, mientras él pasaba a mejor vida a causa de los disgustos, que recrudecieron sus dolencias, ocasionadas por la persecución y la injusticia de que fue objeto en los últimos años de su existencia. Caso simbólico y paradójico... Protesta del muerto contra la farsa, del muerto que en vida luchó siempre por la libertad del pensamiento.

En su parte final, José Castanedo se percató de que su artículo lo tocaba en forma directa, pues afirmaba:



Con estos recuerdos que han aflorado a mi mente con motivo de la muerte del inolvidable colega, cuya vida periodística se entrelazó varias veces con la mía en tiempos ya lejanos, quiero rendir un homenaje a su memoria, y a la del otro estimable colega Don Adolfo Wilhelmy, publicando rasgos biográficos, aquí involucrados, al menos los más salientes, pues quedan muchos otros detalles de sus vidas, que sería prolijo referir, vidas de acción y de lucha en este querido Mexicali, que aumenta a diario y vertiginosamente su población, venida de todos los rumbos de la Patria.

El propósito de nuestro autor es que no se olvidaran las aportaciones que este par de periodistas hicieron para el desarrollo de Mexicali, pero iba más allá: frente a la “vorágine demográfica de caras y nombres nuevos todos los días”, a los viejos periodistas que abrieron camino en la primera mitad del siglo XX sólo les quedaba ser hechos a un lado, ser olvidados por las nuevas generaciones que ignoraban los trabajos que pasaron, los sacrificios que hicieron para decir la verdad, para señalar las injusticias de su tiempo. Castanedo no quería morir como Wilhelmy y Zaldívar, como unos “ilustres desconocidos” en una sociedad que sólo tenía mirada para el presente y el futuro, que no resguardaba la memoria colectiva para aprender de ella y no cometer los mismos errores que ellos. Por eso había pesadumbre en su recuento, la certeza de que, por más que laboraron por el bien común, la ingratitud social de la población fronteriza era algo que dolía y mucho en ese año de 1958:

Cuando murió Wilhelmy, hasta cinco días después dieron la noticia en *A. B. C.*, en una nota lacónica y deshilvanada, de la que apenas se dieron cuenta unos cuantos lectores, lo que comentaba conmigo otro viejo residente de esta ciudad. El cadáver

de Zaldívar fue traído de la “Perla de Occidente” a Mexicali, tierra a la que amó mucho y en la que viviera cuarenta años. Después de la misa de cuerpo presente en la Parroquia de Ntra. Sra. de Guadalupe, el cuerpo fue regresado a la Funeraria Escandón, y por la tarde del martes 10 lo acompañamos hasta su última morada, en el Panteón Jardín, algunos periodistas, viejos amigos, el diputado Ricardo Alzalde, quien a la vez [re]presentaba al Gral. Tapia, y personas que lo estimamos. Un acompañamiento que no llegó a cien concurrentes, pero que sí representaba dignamente al viejo y tradicional Mexicali. En la tarde ardiente y plena de sol de aquel día de junio, Gustavo Llorens y yo dijimos algunas palabras ante el sepulcro abierto, turbados por la emoción que nos embargaba, y depositamos sobre la tumba, que amorosamente recibía sus despojos, un puñado de tierra, mojada con las lágrimas de todos, otro de flores, y el ramillete místico de nuestras oraciones elevadas a Dios por su alma. El sol tramontaba en el poniente. Y en la vaguedad de la tarde luminosa que moría, flotaban mil añoranzas de cosas y tiempos idos de Mexicali, que van olvidándose con el sueño de la muerte y la irrupción constante de gentes nuevas que no saben de nuestro pasado ni de sus hombres. Al regresar a la ciudad, el tropel incesante de nombres nuevos y de caras nuevas, ofuscaba el recuerdo de los muertos... Y la nueva marejada citadina crecía, crecía, crecía... iluminada por la luz amarillenta del crepúsculo...

La escena con que Castanedo concluía su artículo era dan-tesca, un episodio del infierno donde la multitud corría persiguiendo la prosperidad, la riqueza, el porvenir con su egoísmo galopante, sin tiempo para advertir sobre los hombros de qué gigantes estaban parados. En cierto modo, la historia del periodismo mexicalense era, para 1958, una historia olvidada, ignorada, desdeñada. El relato de una tarea



que cada generación inventaba asegurando que ellos eran los pioneros, el origen, la raíz de tal oficio. Don José llamaba la atención sobre esta postura miserable, sin una pizca de generosidad, de la nueva sociedad mexicalense. Los viejos periodistas desaparecían sin dejar rastro, pisoteados por una muchedumbre de recién llegados para los que la vida informativa comenzaba con ellos mismos, con los periodistas del momento, con las noticias del día.

Por eso mismo su texto es reivindicatorio: señala los logros de los pioneros del periodismo mexicalense, sus contribuciones para levantar una ciudad no sólo llena de actividades agrícolas, comerciales e industriales, sino plena de noticias curiosas, de personajes únicos, de hazañas que merecían ser contadas a propios y extraños. Un texto, el de don José, que pone frente a los lectores de 1958 —y por ende, frente a los lectores de nuestros días— la historia de la prensa como un ejercicio de voluntad y desmesura realizado por un pequeño grupo de periodistas que crearon sus propios medios para dar a conocer sus puntos de vista sobre la sociedad en que vivían, para hacer negocio con la información que conseguían, para hacerse indispensables en las esferas económicas, políticas, educativas, sociales y culturales de su tiempo. Para este grupo de reporteros, columnistas y directores de periódicos, Mexicali era el centro del mundo, la tierra de Jauja de la información a compartir. Y así Wilhelmy, Zaldívar, Castanedo y tantos otros periodistas lo demostraron con los escritos que nos dejaron, con los artículos donde pusieron su firma, su honor y su verdad en “aquel viejo y tradicional Mexicali”.



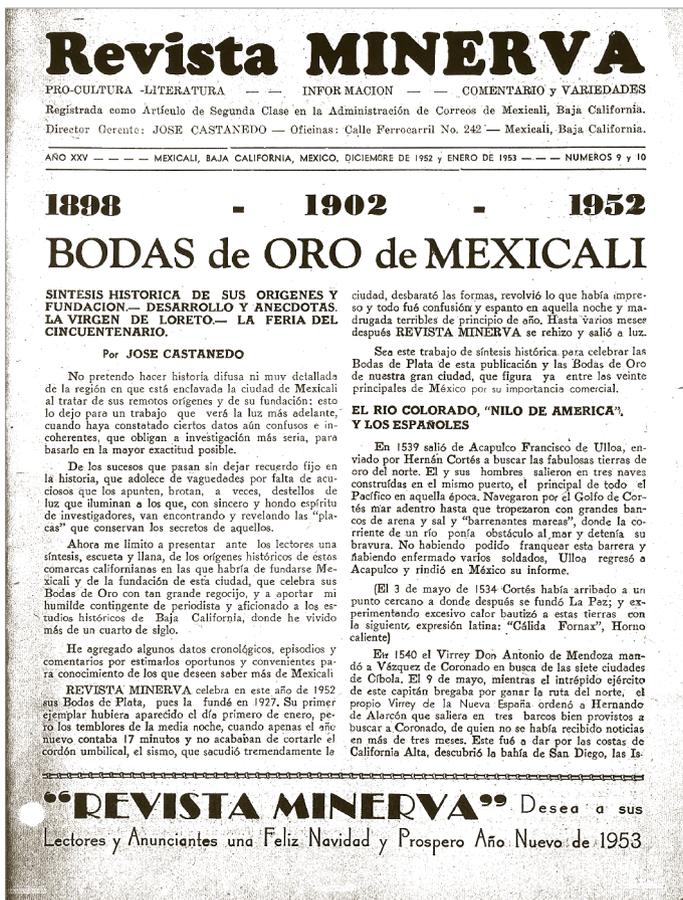
LAS BODAS DE ORO DE MEXICALI: HACER HISTORIA DESDE EL PERIODISMO

U nos años antes de ponerse a recordar su propia trayectoria como periodista y hacer añoranza de las figuras de la prensa mexicalense de su generación, José Castanedo se volvió una figura en los anales de la historiografía mexicalense. A finales de 1952 se festejaron los 50 años de la fundación de Mexicali, 16 años antes del simposio que fijaría la fecha oficial de fundación de la ciudad capital del estado el 14 de marzo de 1903, pues en ese 1952 se celebraba otra fecha: la del 14 de noviembre de 1902 y, por ello, don José se propuso escribir y publicar una crónica de la fundación de esta urbe de frontera, dando a conocer su punto de vista sobre su origen y desarrollo en su *Revista Minerva*. Probablemente el mayor incentivo que Castanedo tuvo para llevar a cabo tal crónica fue que la Feria Agrícola, Comercial e Industrial de Mexicali, promovida por el empresario José Ulloa González y auspiciada por la Cámara de Comercio de la capital del entonces flamante estado de Baja California, contaba entre sus actividades con los Juegos Florales del Centenario en dos categorías: la de poesía y la de crónica histórica. Probablemente don José participó en este concurso en lo relativo a la crónica histórica. En poesía la ganadora fue la poeta Aurora Reyes con su poema “Estancias en el desierto”, mientras que, en crónica histórica, el triunfador fue

Armando I. Lelevier, el periodista mexicalense que nueve años antes, en 1943, publicó una historia del periodismo en la entidad. Lelevier obtuvo el premio de 3 000 pesos y un diploma de honor que recibió de manos de la reina de la Feria, la señorita Cristina Durazo. El título de la crónica ganadora era “Mexicali tradicional”, que una década más tarde el propio Lelevier publicaría, como artículos independientes, en *La Voz de la Frontera* entre 1964 y 1965, en los últimos meses de su existencia.

Una cuestión que debe plantearse aquí es que, al indagar en los cronistas pioneros de la historia de Mexicali, lo que salta a la vista es que la crónica histórica fue practicada, mayoritariamente, por periodistas, como el propio Lelevier, Pablo Herrera Carrillo, quien en los años veinte del siglo XX hizo entrevistas a los primeros pobladores del valle, y José Castanedo, que también tenía pruritos de historiador. Es evidente que a nuestro periodista le interesaba, y mucho, ofrecer su perspectiva sobre la historia de su ciudad adoptiva. El texto que escribió lo publicó en su *Revista Mineroa*, en un número doble correspondiente a diciembre de 1952 y enero de 1953. El título de su magno reportaje era: “Bodas de oro de Mexicali 1898-1902-1952” y abarcaba buena parte de aquel número extraordinario. Castanedo no apreciaba el año de 1902 como una fecha conveniente para la fundación de Mexicali, sino que ubicaba el origen de esta población fronteriza a principios de 1898 y ese es otro motivo que lo llevaba a publicar su número especial, ya que su relato histórico le permitía aportar datos para mantener su tesis frente a la opinión pública de su tiempo. En realidad, son tres los objetivos que buscaba alcanzar con su crónica: escribir una historia personal, memorística, del Mexicali que él conociera; entrevistar a los testigos presenciales de los primeros años de la ciudad para que le contaran la vida y milagros que en esta población sucedieron; y recabar información biblio

y hemerográfica pertinente para enriquecer su trabajo, especialmente en los capítulos dedicados a los habitantes nativos, los conquistadores, misioneros y colonizadores de estas tierras. Todo esto con el propósito de proponer que Mexicali ya existía a fines del siglo XIX, que este poblado fronterizo (que entonces era conocido como la Laguna de Cameron) estaba habitado desde 1898 por mexicanos.



Portada de la *Revista Minerva*, Bodas de oro de Mexicali, 1952.



¿Cuál era el punto de vista histórico de don José con respecto a la fundación y el desarrollo de Mexicali? Indudablemente que el de un historiador aficionado que deseaba imponer su visión del pasado a como diera lugar. En las páginas de su texto vemos su interés por mostrar favorablemente la cultura tradicional, la política conservadora, los fastos eclesíasticos y las bienaventuranzas divinas. Pero si quitamos esta selva nostálgica nos encontramos con un reportaje periodístico lleno de datos curiosos, de anécdotas esclarecedoras, de personajes singulares que forjaron esta ciudad fronteriza con su empeño y trabajo. Por supuesto que no era una visión democrática de la sociedad mexicalense, sino una historia que sólo veía lo mexicano y a los mexicanos como protagonistas de su fundación y evolución. Los demás participantes, como los rancheros estadounidenses, los trabajadores chinos, hindúes, afroamericanos y japoneses, los comerciantes españoles y franceses, quedaban a un lado, marginados por la óptica nacionalista que en su escrito prevalecía. A eso se agregaba que sólo lo decente, lo bien portado, caben en esta memoria sesgada de nuestra comunidad, dejando todo lo que se sale de la norma establecida sólo como objeto de vituperios y críticas, ya sean los revolucionarios floresmagonistas o la industria del vicio y el contrabando, como si tales episodios y hechos no fueran parte de la historia de esta población fronteriza. Por eso se puede decir que este relato era una crónica pía de Mexicali, un sermón periodístico donde sólo había sitio para los justos y no para los pecadores, lo que significa que la mayor parte de los mexicalenses de principios del siglo XX quedaban fuera de esta narración.

¿Cuáles son, entonces, las aportaciones de este texto a la historiografía mexicalense? Habría que empezar diciendo que “Las bodas de oro de Mexicali” es un compendio rico en historias por contar, que pretende proclamar el origen de esta urbe en la etapa misional de los siglos XVII y XVIII

para darle un pedigrí del que pudieran enorgullecerse los mexicalenses, para cubrirlos con la capa dorada del catolicismo colonial español. Uno no puede menos que pensar que, cuando Castanedo señalaba su apuesta por la fecha de la fundación de Mexicali el 6 de enero de 1898, nuestro periodista intentaba ubicar el día de los Santos Reyes como el principio de una ciudad maravillosa. Su versión de los hechos se atenía a que:

La expedición de colonos mexicanos partió de Los Algodones el 3 de enero de 1898, después de que habían celebrado jubilosamente al advenimiento del nuevo año. Fortalecidos por su entusiasmo y por su fe en Dios, y en la Santísima Virgen, los expedicionarios partieron en la fecha indicada. Arribaron al caer la tarde del 5 de enero, y otro día, fiesta de los Santos Reyes, fundaron el pueblo, para lo cual levantaron dos chozas de “cachanilla”, planta de estos desiertos. Por lo tanto, fue el 6 de enero de 1898 el día de la fundación de Mexicali, pero no le dieron este nombre, sino que siguieron llamándolo Laguna de Cameron.

Lo interesante aquí es que la apuesta de Castanedo fue por los primeros colonizadores mexicanos (mestizos) que llegaron al valle de Mexicali en 1898, según él, y que establecieron una especie de campamento provisional en un sitio bautizado ya por los viajeros estadounidenses que cruzaban esta parte Sonora-Baja California como Laguna de Cameron. A la vez, nuestro autor tenía, por fuerza, que celebrar otra fecha: el 14 de noviembre de 1902, que para 1952 era considerado como el día oficial de la fundación de nuestra ciudad y que conmemoraba la visita del coronel Agustín Sanginés, el jefe político del Distrito Norte, al poblado de Cameron, donde la leyenda contaba que entre el coronel y el periodista californ-



niano L. M. Holt bautizaron a las poblaciones colindantes de Calexico, California, y de Mexicali, Baja California, con los nombres que desde aquella fecha se les conoce. Sólo hasta 1968, con el mencionado simposio organizado por el Municipio de Mexicali, la fecha oficial se cambió al 14 de marzo de 1903, basado en un documento oficial en donde se nombraba juez de paz a Manuel Vizcarra. Hoy se entiende que estas fechas, la de 1898, 1902 y 1903, fueron tentativas para fijar la historia en una población muy fronteriza que nunca ha tenido acta de fundación. Como buena parte de la historia que nos narra esta obra periodística, ésta se hizo a partir de entrevistas a los pioneros de Mexicali que Castanedo todavía tuvo oportunidad de entrevistar. Él mismo reconocía que los testimonios recabados no eran totalmente fiables en nombres, fechas y ubicaciones, que la memoria no era un instrumento confiable con el paso del tiempo, que muchas historias no pasaban de invenciones o que sus entrevistados no contaban con suficientes luces para dilucidar lo que era verdad de lo que era simple especulación:

Debe notarse que la mayoría de los fundadores y los que poco después llegaron eran gentes sencillas, de escasa o ninguna cultura, descuidadas de llevar apuntes y menos de escribir, por lo que al interrogar a los supervivientes, después de tantos años transcurridos, incurren en falsedades, invenciones, se contradicen y alteran nombres y fechas y otras fallas semejantes, con lo que desorientan y hacen más compleja la [tarea] del investigador. No debemos ocultar que el propio Daniel Sánchez adolecía de exagerado y tergiversador de la verdad.

Es notorio que el punto ciego de su crónica periodística sobre la historia de la ciudad capital de Baja California es que no contaba con una lectura crítica, por parte de Castanedo, de

los hechos narrados por sus entrevistados. O que los acontecimientos pasaban por el filtro de sus propios prejuicios o amistades: incluía lo que apoyaba su versión de la historia y descartaba aquellos datos que la contradecían. Lo que nuestro periodista dijo de Daniel Sáñez —que adolecía de exagerado y tergiversador— igualmente podía decirse del coronel Esteban Cantú o de los políticos y empresarios que le relataron tal o cual momento de la historia de esta urbe fronteriza. De ahí que buena parte de su crónica mostraba como verdades lo que no pasaba de opiniones personales, de prejuicios ideológicos. Su crónica histórica era una mezcla de narraciones orales y remembranzas borrosas. Nuestro autor entendía las limitaciones de su trabajo y por eso, en diversos momentos, afirmaba que le faltaba precisar tal o cual dato, que necesitaba entrevistar a más personas para ofrecer un panorama más completo y acucioso de la historia mexicalense. Pero como periodista, Castanedo también sabía que era incapaz de mantener detenidas las prensas, que su revista debía salir publicada en la fecha pactada con sus anunciantes. De ahí que dijera a sus lectores que en fecha próxima continuaría indagando en el pasado de su ciudad adoptiva, que en la historia no había punto final, que los huecos de su relato deberían ser llenados en futuros números de su revista.

“Las bodas de oro de Mexicali” fue, por lo anterior y por muchas otras características de su narrativa, un texto controvertido, polémico, que respondía a la historia de la fundación y desarrollo de Mexicali con un relato que, aunque la mayor parte se mantuvo en la exposición de datos básicos (qué, quién, cuándo, dónde, cómo), también gustaba de ofrecer comentarios personales sobre sucesos de actualidad, de perderse en remembranzas. A veces lo histórico prevalecía. A veces lo periodístico ganaba la partida. En algunos momentos, nuestro autor puntualizaba sobre historiadores



y cronistas de los que había tomado ideas y conocimientos, como Herbert Eugene Bolton (1870-1953), quien escribió sobre la etapa colonial de la Antigua o Baja California, o como Pablo Herrera Carrillo (1885-1957), que en los años veinte del siglo XX entrevistó a los pioneros del valle de Mexicali para los periódicos mexicalenses, escribiendo una historia de esta ciudad que quedó inédita a su muerte. La contribución de José Castanedo era la ambición de contar, en una sola publicación periódica, lo que sabía o le habían contado del Mexicali pionero. Como no vivió en la región en aquellos tiempos, entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, su método era esencialmente periodístico: se ponía a contactar y preguntar a los pioneros del valle acerca de lo que recordaban del origen de Mexicali. Esto implicaba, por supuesto, que muchas de sus fuentes de información ya eran ancianos y apenas se acordaban, con detalle y veracidad, de los acontecimientos en que habían participado.

Por otro lado, en su relato cronológico se aprecian muchos encuentros y desencuentros con los protagonistas del pasado mexicalense. Ejemplo: la apreciación de los pueblos nativos que hizo Castanedo fue la de un colonialista para quien los cucapás sólo eran personas a las que “poco les interesa la moral” y que se dedicaban a “la embriaguez y la lujuria”, que se negaban a prosperar al estilo occidental y que carecían del porte de la “gente civilizada”. Prejuicio tras prejuicio, comentario racista tras comentario racista, Castanedo veía con horror a los paganos yumas y cucapás y admiraba, página tras página, el culto mariano a la Virgen de Loreto, como si una mitología pudiera ser mejor que la otra. Y no sólo eso: es curioso que sus entrevistados fueran predominantemente mexicanos mestizos, olvidando entrevistar a los otros pioneros mexicalenses: los residentes chinos, estadounidenses, japoneses, hindúes y cuacapás, que pudieron proporcionarle información distinta sobre lo que fue ser los pioneros de esta

población desde la marginalidad social, desde la discriminación racial.

Es cierto que don José reconocía que su historia no era exacta ni detallada, que apenas era la columna vertebral de una historia mayor que esperaba escribir en el futuro sobre el origen, la fundación y consolidación de Mexicali como una gran urbe de la frontera norte mexicana. Su reportaje-crónica la describía como un destello de luz que iluminaba el pasado, pero no todo el pasado de esta región del país:

Ahora me limito a presentar ante los lectores una síntesis, escueta y llana, de los orígenes históricos de estas comarcas californianas en las que habría de fundarse Mexicali y de la fundación de esta ciudad, que celebra sus bodas de oro con tan grande regocijo, y aportar mi humilde contingente de periodista y aficionado a los estudios históricos de Baja California, donde he vivido más de un cuarto de siglo.

Y añadía: “He agregado algunos datos cronológicos, episodios y comentarios por estimarlos oportunos y convenientes para conocimiento de los que deseen saber más de Mexicali”. Y en otro apartado señalaba, con una honestidad que se le agradece, que su historia sobre las bodas de oro de Mexicali no era completa ni estaba a salvo de errores:

cualquier aclaración o rectificación a este trabajo histórico, las acepto con agrado y anticipadamente las agradezco, con tal que tengan fundamento, de verosimilitud. Así deberemos establecer mejor la verdad histórica. Tal vez no faltarán jactanciosos que pretendan decir que todo lo tienen aclarado y que saben al dedillo la historia de Mexicali: pero tal petulante actitud sería intolerable. Queda mucho por averiguarse y saber-



se, y sólo los amantes sinceros de la verdad, con acuciosidad, perseverancia y sentido lógico del encadenamiento de los sucesos y de la psicología e idiosincrasia de las gentes, podrán servir eficazmente a este noble propósito histórico.

La crónica-reportaje de don José empezaba con los conquistadores españoles del siglo XVI, seguía con los nativos americanos: los yumas y cucapás, continuaba con los exploradores y misioneros franciscanos del siglo XVIII, como el capitán Juan Bautista de Anza y el misionero Pedro Font; proseguía con la fiebre del oro ya cuando esta parte de México se había convertido en frontera hacia mediados del siglo XIX; se abocaba a contar cómo se fundaron los pueblos de Los Algodones, la colonia Lerdo y luego Mexicali, donde la figura de Daniel Sáñez destacaba; y finalmente relataba el bautizo de Calexico y Mexicali como ciudades gemelas, los primeros pobladores y las primeras casas y edificios. Aquí, Castanedo, con toda generosidad, decidió cederle la palabra al profesor Benjamín Pizarro, quien llegó a Mexicali en 1904 y que en 1926 publicó una crónica de Mexicali en la revista *Nuevos Horizontes*, crónica titulada "Mexicali desde 1904 a 1920", que apuntalaba lo dicho en el texto principal del propio director de *Minerva*, que reforzaba la idea de que las familias pioneras mexicanas son todo Mexicali. Después del breve interludio periodístico de Pizarro, Castanedo volvía a la carga con capítulos donde hablaba de las fiestas del centenario en Mexicali (¡Ah, qué tiempos aquellos, señor Dictador!), el reinado del coronel Esteban Cantú, el estirón de la ciudad y su crecimiento poblacional, exponiendo de qué partes del país provenían las familias prominentes de la ciudad, dando prioridad a los políticos, empresarios y profesionistas de la misma. También mencionaba a los oradores, músicos, periodistas, escritores, poetas, profesores y profesoras, banque-

ros, ingenieros, doctores, farmacéuticos y muchos otros que pusieron su grano de arena en estos arenales. A este largo capítulo seguía el de la Colorado River Land Company, donde la lucha de los agraristas se circunscribía a mencionar al general Cárdenas y el ferrocarril Sonora-Baja California, terminando su texto con los festejos por el cincuentenario de Mexicali, incluyendo la Feria Agrícola, Comercial e Industrial, así como los juegos florales.

Hay algunas cuestiones a tomar en cuenta para entender las alabanzas que Castanedo lanzaba a figuras controvertidas de nuestra historia y para comprender la postura ideológica con que filtraba los acontecimientos de Mexicali y de México. Ya hemos visto su visión denigratoria de los pueblos nativos, pero igualmente podemos comprobar sus prejuicios con respecto al tipo de sociedad que anhelaba sin poder lograrlo: cimentada en lo antiindígena, lo antijudío y lo antiliberal. Su idea del mundo, cristera, proespañola, de moralismo exacerbado, de puritanismo radical, le hacía considerar con orgullo que el régimen porfirista y el de la usurpación del general Victoriano Huerta pudieron sobrevivir en el Distrito Norte de la Baja California. En buena medida, el huertismo y el porfirismo continuaron ejerciendo su siniestra tiranía gracias a los empeños del coronel Esteban Cantú. Y Castanedo lo dijo sin tapujos, como si fuera la gran hazaña, que el ejército porfirista sobrevivió en Baja California hasta 1920:

El antiguo ejército federal quedó disuelto en julio de 1914 por el Tratado de Teoloyucan, celebrado por los jefes militares del régimen del Gral. Huerta y el jefe revolucionario Gral. Obregón. Pero, propiamente hablando, los efectos del mismo no alcanzaron al Distrito Norte, donde el 25 Batallón de Infantería y una fracción de regimiento a las órdenes de Cantú y del



coronel Hipólito Barranco, continuaban fieles a sus jefes. Era, por lo tanto, un último reducto del ejército disuelto en Teoloyucan, y no fue sino hasta el 18 de agosto de 1920 que salió de Mexicali el señor Cantú que acabó tal reducto, al ser licenciado el Batallón por el gobernador Luis M. Salazar.

Otro punto que debe precisarse para no caer en el engaño era su afirmación de describir a la revolución floresmagonista de 1911 como un intento filibustero para separar a la Baja California y entregarla al vecino del norte por parte de las fuerzas rebeldes de los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón. Aquí, en este cúmulo de mentiras perversas, podemos constatar la mano del propio coronel Esteban Cantú, amigo y admirado representante de todo cuanto Castanedo admiraba: la mano dura, el ejercicio implacable del poder, la corrupción presentada como una gesta caballeresca:

En 1911 el zarpazo filibustero de Flores Magón llegó hasta Mexicali. El Sr. coronel don Celso Vega, prefecto político con asiento en Ensenada, dispuso la heroica y bizarra defensa de la integridad nacional. Los mexicalenses respondieron dignamente al llamado de la Patria, defendiendo este girón [sic] con bravura y decisión inigualables. Lo mismo aconteció en Los Algodones.

Nada de esto es verdad. No fue la revolución floresmagonista un “zarpazo filibustero”, sino el comienzo de la Revolución Mexicana en nuestra entidad, una lucha libertaria para quitarse el yugo de la dictadura porfirista hecha por revolucionarios mexicanos, indígenas y extranjeros que derramaron su sangre y murieron por la causa de “Tierra, pan y libertad”. Los floresmagonistas fueron gente más honrada que Celso Vega y sus tropas porfiristas. Y la mayoría de

los mexicalenses de 1911, con la excepción de los afectos a la dictadura porfirista, se contentaron con ver la Revolución como un espectáculo gratuito que los distraía de sus jornadas de trabajo.

Otra mentira: el coronel Celso Vega no defendió la integridad nacional; defendió un régimen tiránico que sacrificaba a los mexicanos en el altar de la inversión extranjera. Cuando los revolucionarios floresmagonistas tomaron Mexicali el 29 de enero de 1911, el gobernador y jefe militar de Baja California se lanzó con su tropa (compuesta mayoritariamente con soldados de leva) a reconquistar el poblado de Mexicali, pero los revolucionarios lo derrotaron en la batalla del 15 de febrero en las inmediaciones del Río Nuevo. Herido y humillado, Vega no regresó a esta parte del Distrito Norte y prefirió quedarse en el puerto de Ensenada rumiando su derrota. Una mentira más: los mexicalenses no respondieron a la llegada de los revolucionarios “defendiendo este girón [sic] con bravura y decisión inigualables”. Al contrario, con la excepción de los funcionarios públicos del gobierno de la dictadura, que huyeron a Estados Unidos con todos sus haberes, los mexicalenses apoyaron a los revolucionarios y muchos de ellos se unieron a sus filas. Lo que los mexicalenses, los que sufrían la opresión reinante, sí defendieron fue la posibilidad de ser libres, de poder decir lo que opinaban a viva voz, de exponer los abusos y despojos que sufrían bajo el régimen del general Díaz. Por eso Mexicali fue la sede revolucionaria del Partido Liberal Mexicano por cinco meses.

¿Por qué Castanedo dijo tales mentiras? Porque su historia no iba realmente dirigida a todos los mexicalenses, sino a ese sector privilegiado de empresarios y políticos, cuyas familias provenían de los tiempos de don Porfirio, de la época de Cantú; familias que gracias a las corruptelas de aquellos años habían cimentado sus fortunas, comenzado sus carre-



ras políticas. Pero también hay que considerar un atenuante: don José había llegado a Mexicali en 1924, más de una década después de los acontecimientos revolucionarios de 1911, y de este episodio de la historia de Mexicali había tomado la versión antifloresmagonista de su amigo, el coronel Esteban Cantú. Y, además, muchos de sus colegas que admiraba eran los directores de periódicos que habían sido meros portavoces del poder en turno, que habían lanzado loas a Cantú por su mano dura, por mantener un rincón de México sin que los aires revolucionarios lo tocaran, donde los verdaderos dueños de la tierra eran las compañías extranjeras, donde el orden debía imponerse con la represión permanente, donde la industria del vicio era parte esencial del presupuesto público.

Al final, Castanedo concluía explicando que “podría escribir más de la historia de Mexicali, dando a conocer hechos, personas, circunstancias, anécdotas, etc., que acuden en tropel a mi mente, pero ni tengo ahora tiempo ni quiero propasarme en extensión de lo que debe ser una síntesis, como lo enuncié al comenzar a escribir” sobre “la formación social, política y cultural de Mexicali”. Con esto, el reportaje-crónica de don José reconocía que este texto periodístico buscaba servir a los lectores, “pero especialmente a tanta gente nueva que ha llegado y quiere saber algo de Mexicali”. De ahí que su finalidad era proporcionar una historia breve de esta ciudad para propios y extraños, sin perder de vista que su propósito fue también comercial: servir de vitrina para los negocios principales de la ciudad capital con el pretexto de las fiestas del cincuentenario, que fueron producto de la iniciativa privada. Y ciertamente lo logró. A más de 70 años de distancia, el número doble de la *Revista Minerva*, el de diciembre de 1952-enero de 1953, sigue ofreciendo a sus lectores un testimonio de lo que era Mexicali cuando comenzaba a ser la capital del estado libre y soberano de Baja

California, pero también da una visión del pensamiento de Castanedo, que se quejaba de que los edificios mejores de la ciudad eran de estilo americano y no adoptaban el diseño de los del sur de México. Tal era, como periodista, su limitación cultural frente a la cultura fronteriza que Mexicali y su gente tan bien representaban.

Muchos migrantes, que llegaron a esta población en aquel invierno de 1952-1953, tal vez se fijaron en la *Revista Minerva* y a través de ella conocieron un poco mejor la ciudad en la que formarían su hogar. Pienso en mis padres, Gabriel y Margarita, que recorrieron, por esas mismas fechas, un Mexicali que les parecía extraño y desafiante como sociedad, como cultura. Una urbe que, como aseguraba José Castanedo, era de “vida laboriosa” y cuyo destino era el engrandecimiento general de sus habitantes, fueran éstos nativos, pioneros o recién llegados. El texto de don José sirvió para ser una crónica igualmente pionera de un pasado que en ese momento aún estaba vivo, que aún tenía voz en los asuntos comunitarios. El propio Castanedo, con sus 25 años de estancia en esta ciudad fronteriza, ponderaba las hazañas de esta sociedad fronteriza al mismo tiempo que criticaba su cultura americanizada, sus rasgos urbanos que la colocaban como el otro México, fuera de los cánones establecidos hasta entonces de lo que era ser mexicano, pero que la convertían en la vanguardia de lo que nuestro país habría de convertirse en las décadas siguientes. “Las bodas de oro de Mexicali” es, así, el recuento de una historia reciente, de un Mexicali en pos de la modernidad a toda costa, del arraigo por pura tenacidad, por puro esfuerzo. Retrato histórico donde se glorificaban ciertos hechos (el gobierno cantuista) y se soslayaban otros (el movimiento agrarista, las aportaciones de la comunidad asiática). Recuento de un hombre que conmemoraba el pasado sin perder de vista el futuro con su avalancha de migrantes de todas partes del mundo. Un destino



que, para nuestro periodista, no podía ser posible si se olvidaba de dónde provenía Mexicali, quiénes lo pusieron en pie, cuántos trabajaron para lograrlo.

José Castanedo hizo de *Minerva* no sólo una trinchera de ideas clericales y proconservadoras, sino que impulsó, por décadas, una destacada labor como cronista de Mexicali y promotor del desarrollo de nuestra ciudad. Su mayor aportación al periodismo y a la historiografía de Baja California es que llevó a cabo intensas campañas para que se hicieran obras en beneficio de nuestra entidad en todos los aspectos. Junto con periodistas como Fortino Dávila, Pablo Herrera Carrillo y José Antonio Rivera puso a *Minerva* al servicio de su lema de batalla: “Poblar es gobernar”. Castanedo creía, y en tal sentido fue un promotor incansable, que Baja California necesitaba poblarse con mexicanos para que no hubiera posibilidad de que fuera usurpada por nuestro vecino del norte. Por eso exigía que se construyeran vías de comunicación y de transporte que unieran a nuestra entidad con el resto de la nación mexicana. Lo más curioso es que fue el general Lázaro Cárdenas, un hombre de izquierda a quien nunca don José tuvo aprecio, el que llevó a cabo la construcción del ferrocarril Sonora-Baja California, reconquistó para nuestro país el valle de Mexicali y cerró los casinos de la entidad transformándolos en escuelas. Los anhelos de Castanedo los cumplió, paradoja de paradojas, el cardenismo.

Como buen mexicalense y laborioso periodista, Castanedo siempre pensó en Baja California como un todo. No se limitó a proponer obras beneficiosas sólo para el valle de Mexicali, sino que propugnó por obras para todo el Territorio Norte de nuestra entidad. En otro sentido, al paso de los años don José comenzó a percatarse de que él mismo y los individuos que lo rodeaban habían sido testigos de un acto histórico: la creación y el desarrollo inicial de Mexicali, la única ciudad fronteriza que era a la vez capital de su enti-

dad. Hacia mediados del siglo XX, Castanedo empezó a indagar y escribir sobre la historia de Mexicali y su valle, así como a recabar información de los primeros pobladores de nuestra comunidad. Era una carrera contra la amnesia que iba apoderándose de una generación que envejecía y moría a partir de los años cincuenta; para preservar tales memorias don José se dedicó, en los últimos años de su vida, a realizar una crónica de su propia generación y de los acontecimientos y sucesos en los que todos ellos participaron, dando testimonio de su tiempo y de su circunstancia.

Como lo dijera en 1952, al escribir sobre los orígenes de Mexicali, José Castanedo buscó siempre aportar a los estudios históricos regionales, más allá de vaguedades y retórica, los recuerdos fijos de aquellos que vivieron los hechos relevantes de nuestra sociedad de frontera, los acontecimientos que conformaron nuestra identidad de mexicalenses. Y por ello, los textos que don José publicó en su *Revista Minerva* son un inmenso tesoro que es necesario rescatar para discutir y debatir sus aseveraciones, para apreciar su interés por Baja California en general y por Mexicali en particular. Muchos de sus textos se basan en engaños y leyendas, en mentiras y habladurías, pero también surgen de un sincero amor por esta península encantada que fue su hogar y su destino.

José Castanedo representó, en sus textos para *Minerva*, la historia de Mexicali como mito y promesa, como manifiesto público y alegato espiritual. En las páginas de su publicación podemos ver el transcurso histórico de la ciudad capital de Baja California, desde los tiempos del gobierno de Abelardo L. Rodríguez hasta la crisis del valle de Mexicali en los años setenta, pasando por el cardenismo y sus obra ferrocarrilera, la aparición de los ejidos y la etapa de prosperidad económica de mediados del siglo XX, llegando finalmente a temas más culturales, donde podemos apreciar que José Castanedo fue testigo prominente de los grandes



acontecimientos regionales, que estuvo en el centro de episodios importantes para nuestra metrópoli desde 1924 hasta 1974. Como en aquellos donde, a principios de los años treinta del siglo XX, exigía cerrar cantinas y abrir templos, en una campaña que copiaba mucho del movimiento puritano estadounidense que llevó, al otro lado de la frontera, a la ley seca. Para nuestro periodista-cruzado, los templos servirían como trincheras contra el vicio, los centros de trabajo serían diques contra la disolución social: “¡Cierra tus cantinas, abre tus templos, despide a los jugadores profesionales, y renueva la bienvenida a los obreros y a los trabajadores de casa o a tantos como hay en exilio, no necesitarás siquiera demoler tus cabarets para encontrar lugar para sembrar tus trigos!”. En otros textos, sus dotes de reportero estaban al servicio de aquellas instituciones que trabajaban por vincular a Baja California con el resto del país por vía terrestre. De ahí que una buena parte de sus reportajes se concentraron en el ferrocarril Sonora-Baja California, que fue una labor monumental en la que el gobierno federal puso su empeño entre el sexenio del general Lázaro Cárdenas, donde dieron inicio las obras, y el del licenciado Miguel Alemán, que logró concluirlo. Aquí, en estas páginas que van de sucesos ocurridos entre marzo de 1937 hasta abril de 1948, podemos captar el entusiasmo de don José al ver realizados sus sueños de integrar el Territorio Norte de la Baja California con el macizo continental:

Crear una patria noble, rica y grande fue siempre el anhelo supremo de nuestros héroes y estadistas. Por eso, todas las administraciones públicas que en su afán de progreso construyen algo que sirve tan efectivamente a nuestra Nación como son las comunicaciones, no ejecutan sino un acto creador que viene a robustecer la existencia del país, con lo cual satisfacen

dignamente la noble consigna de los creadores de la nacionalidad, que ofrendaron sus vidas por ella o la han defendido y orientado en los terrenos de la política y la economía. Pero si al suceso en sí agregamos lo que esta nueva vía férrea representa para Baja California en particular y para México en general, tendremos que decir que esta línea es como la arteria que, al quedar terminada en Santa Ana, Sonora, entroncando en ese lugar con el Ferrocarril Sud Pacífico, servirá para traer la sangre renovada del corazón de México, con todo su sabor y estilo de cosas meramente mexicanas, hasta las “venas de este brazo descarnado”, como llamaba a la Península el Nigromante, para inyectarle de una vez por todas el sentido completo, la razón misma de su ser.

Como periodista, Castanedo supo darle realce a la reflexión sobre el destino de Baja California; como comentarista político y social, pudo ofrecer sus puntos de vista sobre el acontecer cívico de nuestra entidad, ponderando tanto los problemas sin resolver como las soluciones pertinentes para desarrollar nuestra región. Es notorio, leyendo sus textos, que Castanedo empezó siendo un intelectual de espíritu vasconcelista, lleno de ideas transformadoras, para luego devenir en un crítico conservador, hispanista, católico, que quería cambios pero sobre todo permanencia, llegando incluso a alabar a los dictadores fascistas y falangistas de su tiempo, y finalmente, como muchos otros periodistas e intelectuales, incluso el propio José Vasconcelos, adaptándose al sistema político del régimen nacido de la Revolución Mexicana y, en el caso de Castanedo, loando sus grandes obras de unión entre la península de Baja California y el macizo central a través del ferrocarril Sonora-Baja California, que enlazó a nuestra entidad con el resto de México y que fue una obra nacida durante el gobierno revolucionario del general



Lázaro Cárdenas. *Minerva*, su revista, no habría sobrevivido tantos años sin el apoyo financiero de entidades federales como Ferrocarriles de México o la Secretaría de Comunicaciones y Transportes. O sin los anuncios de comercios y empresas de Baja California. Al final de cuentas, su crónica para las bodas de oro de Mexicali es un recuento histórico hecho con fervor periodístico. Una revista publicitaria para el empresariado regional.

Leer hoy, en este siglo XXI, a José Castanedo es leer la historia de Mexicali y la vida de los hombres y mujeres que la hicieron posible como retos a encarar, como desafíos a superar. La suya es una hazaña de reportajes y artículos que iluminan cómo se vivieron los grandes acontecimientos de su época. De ahí el valor de sus mejores textos sobre Mexicali y los sucesos trascendentes que le tocó reportear. De ahí su lectura como recordatorio de que la historia también son sus arengas, sus críticas, sus lamentos, sus arrebatos y sus mentiras. La materia de lo humano que choca contra la realidad y la adjetiva para consumo interno, para contarla según los prejuicios de quien la narra, para describirla en sus logros tanto como en sus murmuraciones y calumnias. No hay que olvidar que “Las bodas de oro de Mexicali” es la primera historia de esta ciudad fronteriza que fue publicada ampliamente y, lo más importante, fue leída, comentada y debatida por los propios mexicalenses. De esta forma, fue un acontecimiento periodístico de alcance mayor, una crónica que tuvo impacto social más que académico. Su tesis de que Mexicali se fundó sin papeles oficiales en 1898 todavía hoy es parte de la discusión histórica y sigue vigente como vía alternativa de la versión oficial, la que ubica la fundación de esta población en un tardío 14 de marzo de 1903. Junto con sus contemporáneos, como Pablo Herrera Carrillo y Armando I. Lelevier, nuestro cronista hizo labor de recuento de la historia regional, aportó anécdotas curiosas e iluminó

la vida de personajes esenciales en el devenir de Mexicali. Su historia fue una mezcla de conocimientos propios y ajenos que contribuyeron a crear una imagen mítica de la fundación de la ciudad, de su transcurso y destino gracias a un relato ameno a veces, a veces tendencioso, pero que dio coherencia a la narrativa colectiva de nuestra comunidad, que arraigó como punto de referencia histórico hasta la aparición del *Compendio histórico-biográfico de Mexicali* (1966) de Celso Aguirre, otro periodista que, como don José, unió el trabajo publicitario con la labor de cronista.

Para José Castanedo, la historia mexicalense debía ser relatada a base de carpas improvisadas en pleno desierto, de rieles contruidos a pura fuerza bruta, por medio de semblanzas de militares tiránicos a los que se les cubría con laureles de honor, aunque fueran patrañas propagandísticas. Pero lo trascendente es que, a pesar de sus desbordamientos y falsedades, en sus escritos periodísticos de índole histórica aparecía el retrato de cuerpo entero de una comunidad que no cejaba en su empeño por prosperar, que se mantenía luchando hasta vencer los obstáculos que encontraba en su camino. Esa comunidad mexicalense que marchaba hacia adelante: con la experiencia de los veteranos y el impulso de los recién llegados. Esa sociedad fronteriza que aún ahora, con nuestros mitos y leyendas, con nuestros engaños y olvidos, seguimos siendo de cara al porvenir.



CONCLUSIONES Y LECCIONES



Lo que esta investigación descubre, para propios y extraños, es que los primeros 50 años del periodismo mexicalense fueron un tiempo esencial para dirimir las diversas tendencias sociales, políticas, económicas y culturales de nuestra sociedad de frontera, aquellas cuestiones comunitarias que los periódicos de estas décadas recogieron, promovieron o denostaron según sus respectivos referentes ideológicos y, sobre todo, según sus intereses mercantiles. Lo cierto es que, desde un principio, los periódicos mexicalenses fueron vistos como instrumentos propagandísticos y publicitarios por autoridades y empresarios, incluso por los propios periodistas que los producían. Nacieron bajo intereses de todo tipo: deportivos (*The Rounder*), de promoción del caudillo en turno (*La Vanguardia*), de ariete con fines políticos (*El Monitor*), de manifestación de los prejuicios personales (*El Regional*), de burla a los usos y costumbres de la sociedad fronteriza (*Rey Momo*). Eran modestas publicaciones que luchaban para sobrevivir haciendo mil malabares financieros. Sus directores se consideraban defensores de sus propias, inmaculadas verdades, pero de lo que más se sentían orgullosos era de ser propietarios de sus empresas. Por eso muchos de ellos fueron miembros distinguidos, vociferantes de las cámaras de comercio de la entidad. Para ellos, lo que importaba era que su negocio floreciera, que su periódico llenara las expectativas de sus lectores que eran, a la vez, su clientela.

Si los diarios del otro lado —*Calexico Chronicle*, *Imperial Valley Press* y *La Opinión*, para nombrar a los más asiduos testigos del periodismo mexicalense— se inclinaron por mencionar los escándalos, enfrentamientos y personalidades de los periodistas pioneros, no debemos dejar de apreciar que en sus páginas se coló la vida cotidiana del ejercicio periodístico en una pequeña población de frontera que creció, en forma desmesurada, entre 1914 y 1964. En ese tumulto, la prensa sirvió para ofrecer un espejo de convivencias y desavenencias, de vidas en común y en conflicto, de políticas públicas que repetían el esquema del cacique y el amo brutal, de la democracia en su caos partidista, de la mano dura que no admite discusiones a su poder. Leer esta historia es percatarnos del delicado equilibrio que mantuvieron los chicos de la prensa con gobiernos locales, federales y extranjeros, con su comunidad y con sus colegas. Porque ser periodistas mexicanos, publicando periódicos para el público mexicano, editados en Estados Unidos, es un elemento singular si lo comparamos con el resto de la prensa nacional no fronteriza. Esto dio un sesgo original a su trabajo y también sirvió para entender la fascinación que sentían los periodistas californianos sobre sus colegas mexicalenses. Unos y otros vivían a unos pocos kilómetros, si no es que centenares de metros, y sin embargo cada uno hacía su labor con esquemas distintos. En muchas de las notas de los periódicos del Valle Imperial, reconocían que estos periodistas al sur de la línea divisoria eran hombres de frontera, dicho en el sentido americano: gente de armas tomar a la que le gustaba el riesgo de su oficio, que no rehuían una pelea con tal de poner “los puntos sobre las íes”. Basta con ver los pleitos en los que participaron Juan B. Hernández o José Castillo para comprobarlo. También es importante destacar que, en muchas ocasiones, la frontera fue su tabla de salvación. Así, Ricardo Covarrubias escapaba a Estados Unidos cuando la

persecución sobre su persona era intolerable y así Billy Silver huía a México cuando los tribunales estadounidenses lo acosaban. La frontera era una ventaja cuantiosa entre la hora de sacar una publicación y la hora de recibir las demandas de difamación por lo publicado. Era, como dijera Aurelio Aceves, un oficio de muchos riesgos, pero también de muchas gratificaciones.

Otro aspecto del periodismo mexicalense de esta época es que sus periodistas venían de otras partes del país y para todos ellos la vida fronteriza era una experiencia nueva, sí, pero que inmediatamente aprovecharon para fincar sus empresas informativas. Emprendedores natos, hicieron de sus periódicos fuentes de reconocimiento social, espacios privilegiados para vincularse con políticos, comerciantes, educadores e intelectuales de ambos lados de la frontera, plataformas de ideales comunitarios (desde sus programas de limpieza moral hasta su anhelo de convertirse en estado libre y soberano), sin olvidar que fueron tribunas para ejercer presión desde sus intereses particulares y sus prejuicios personales. Lo vemos en sus campañas en contra de la comunidad china o la industria del vicio, o a favor de la zona libre y la construcción de carreteras y vías férreas para enlazar a Baja California con el macizo continental. Finalmente, también podemos advertir su promoción de ciertos gobernadores, como Esteban Cantú o Abelardo L. Rodríguez, bajo la idea de que recibirían, por ello, recompensas —sobre todo en cargos públicos— por sus alabanzas, por su servilismo. Al repasar estos años queda claro que la prensa local no se guardó sus verdades, pero tampoco sus mentiras. Supo administrar su poder, pero fue consciente de que era la sociedad de la que formaban parte su verdadero juez, su tribunal más severo.

Es notable, igualmente, que los periodistas mexicalenses se dividían entre los reporteros que hacían la chamba



y los directores que daban la cara frente a la opinión pública. Unos y otros trabajaban en ocasiones para el gobierno o para la iniciativa privada y, por lo mismo, contaban con intereses creados que hacían imposible un periodismo independiente de todas las sujeciones sociales, políticas o económicas de su entorno. Lo trascendente aquí es que, junto con informar de las noticias diarias, muchos de estos periodistas tenían ambiciones en otras áreas del saber. Como ciudadanos fronterizos, vemos que se presentaron como literatos, traductores, promotores culturales y deportivos, cronistas de la historia bajacaliforniana, intelectuales de prosapia, publicistas modernos, profesores, guías de turistas y oradores. Se recurría a ellos cada vez que había una ceremonia cívica, un carnaval, un visitante distinguido, un banquete, la inauguración de un edificio público o de un negocio. En Mexicali eran “el ajonjolí de todos los moles” y por eso llevaban a cabo diversas funciones públicas: informadores de los sucesos diarios, embajadores de lo mexicano ante los vecinos del norte, cronistas de la historia regional, profesores que difundían la conciencia nacional, predicadores contra los males de su tiempo, anfitriones de causas benéficas, auditores del gobierno, comparsas de los poderes establecidos, vendedores de servicios propios y ajenos, entrevistadores de celebridades nativas y foráneas, voceros de la voluntad popular, publicistas de comercios y promotores turísticos, entre muchas otras. Por más pleitos que tuvieran con las autoridades, a los chicos de la prensa se les consideraba como piezas necesarias de la vida comunitaria, como elementos de prestigio que se mostraban a las visitas. Constituían un núcleo creativo que podía dar lustre a las tertulias literarias como a los conciertos de música clásica; lo mismo podían ser los oradores de manifestaciones de adhesión a los candidatos políticos del régimen como recitar poemas patrióticos en las fiestas de la Inde-

pendencia nacional o decir sus diatribas en las manifestaciones de protesta.

Fueron, sin duda, los centinelas del nacionalismo en la frontera mientras las páginas de sus publicaciones se llenaban de anuncios de las tiendas del otro lado. Criticaron a los poderosos y fueron sus amigos, a los vecinos del norte y fueron sus aliados. En tales contradicciones fundaron su credo periodístico: su ideología era la de un negocio en marcha, la de una empresa de capital muy variable, la de un servicio social que explotaba la credulidad, el sentimentalismo, la indignación para mantenerse en el ojo de sus lectores. Para entender su ejercicio periodístico se debe entender la clase de sociedad de frontera que conformó al Mexicali de esos años. Una sociedad a la americana: de trabajo a destajo, de meritocracia con grandes ínfulas, de tecnología de punta que apostaba por la eficacia —el *know how*— sobre los saberes humanistas, por la sencillez en tono de franqueza sobre el protocolo cortesano. A la vez, porque muchos de estos periodistas provenían del interior del país, trataron de infundir en su público el orgullo por lo propio, los rasgos típicos de la mexicanidad en usos y costumbres, aunque estos rasgos chocaran con las formas de vivir y convivir de la cultura estadounidense que, entonces como ahora, dominaba en modas, gustos e ideales a Mexicali. En estas fricciones, el periodismo fue un campo de lucha entre lo nuestro y lo extranjero, el norte y el sur, el centro y la periferia, lo público y lo privado.

Aunque el diálogo principal que la prensa estableció fue con los mexicanos residentes en Mexicali y el sur de California, con los periodistas tanto anglosajones como mexicoamericanos, nunca dejó de haber canales de comunicación con México, fuertes lazos de unión con el resto del país. El que la parte norte de Baja California fuera gobernada como territorio federal —con la excepción de 1915



a 1920, en que el coronel Esteban Cantú la mantuvo como territorio más o menos autónomo—, explica que los periodistas locales trataran de convencer a los políticos, esos que llegaban a gobernarla desde la ciudad de México, de que vieran la realidad fronteriza desde la perspectiva de sus propios habitantes y no desde los prejuicios que sostenían que esta región no era mexicana en sus valores y conductas, a la vez que debían reconocer que Mexicali no se sujetaba, en su vida comunitaria, a las formas tradicionales de pensar y hacer que eran comunes al interior de la nación mexicana. En esa dicotomía, llevaban a cabo su oficio, manifestaban su derecho a trabajar frente a los funcionarios recién llegados o frente a los colegas de los medios nacionales y extranjeros que, de vez en cuando, visitaban esta zona para realizar reportajes especiales.

La frontera les daba, a estos periodistas, la oportunidad de dar la noticia sobre personajes famosos que andaban por estos rumbos, como Rodolfo Valentino, Lombardo Tolledano o Cantinflas. Lo mismo iba si llegaban colegas de otras partes y había que agasajarlos. Las conexiones con la prensa nacional estaban al día y, por ejemplo, José Castanedo, en septiembre de 1937, representó a Baja California en el Congreso Periodístico Nacional, que se llevó a cabo en Morelia, Michoacán. Por más distantes que estuvieran de los centros urbanos del interior del país, los periodistas fronterizos contaban con lazos personales con Guanajuato (Peritus), Sinaloa (Wilhelmy), Nuevo León (González), Sonora (los hermanos Bernal), Jalisco (Covarrubias), Tamaulipas (Castillo), Estado de México (Zaldívar) o Colima (Maldonado), entre tantas otras entidades del país en las que habían nacido. Para 1943, por medio de la *Historia del periodismo y la imprenta en el Territorio Norte de la Baja California*, obra de Armando I. Lelevier, sus contribuciones a la prensa mexicana se dieron a conocer nada menos que en

la Segunda Feria del Libro y Exposición Nacional del Periodismo en la ciudad de México. El orgullo de representar el trabajo informativo desde la frontera norte los hizo calibrar la necesidad de unirse, creando en 1953 la Asociación de Periodistas de Mexicali, que funciona hasta la fecha. El periodismo se vio como un oficio, como una escuela. José Luis Mendoza, uno de los fundadores de la Asociación, dijo (*mexicalisport.com*, 1 de junio de 2012) que: “algunos de nosotros nacimos en el aprendizaje del plomo ardiente, la tinta, las cajas tipográficas. Aprendimos sobre la marcha”. Fundada, primordialmente, por los periodistas del *Nuevo Mundo* y del *ABC*, esta asociación, auspiciada entre muchos otros por Amado Treviño Olivares, Fidel Sánchez Moreno, Gustavo Llorenz y Fernando Tafoya, contó con Jesús Quiñonez García, cronista deportivo, como su primer director. Su aparición contribuyó a que los periodistas tuvieran una imagen pública como gremio profesional, como voceros de sus propios intereses, como interlocutores a tener en cuenta ante el resto de los sectores activos del estado, que entonces, como la recién creada entidad política que era, daba sus primeros pasos, establecía sus primeras instituciones.

Si se revisan los periódicos de estos años, salta a la vista que cada periodista y cada medio aportaba sus *truths and fictions*, como las llamaba el *Calexico Chronicle*, aquellos asuntos que les eran tan vitales que los compartían con la sociedad en general, aquellas revelaciones que tenían peso en la vida comunitaria y que se publicaban para que se discutieran entre todos. Tal activismo se mantiene aún hoy en día. Mientras terminaba este libro en un café, un periodista entró con su revista bajo el brazo y me obsequió un ejemplar. La publicación era, como un siglo atrás, una combinación de reportajes con su carga publicitaria y de anuncios con su pasarela de personajes notables de la localidad. Poco, si no es que nada, había cambiado entre lo que realizaban Billy Silver o José



Castillo y lo que el periodista-publicista actual se empeña en seguir haciendo. Esa tradición, la de unir lo noticioso con los anuncios comerciales, lo informativo con el entretenimiento, lo político y lo artístico, lo comunal y lo individual, es lo que marca, define, da identidad al periodismo mexicalense desde principios del siglo XX hasta nuestros días. Mezcolanza fructífera como labor hecha en un entorno desértico, inhóspito, donde cada palabra cuenta, sorprende, divierte, conmociona, causa reacciones de todo tipo. Oficio pasional, por donde quiera que se le mire. Tarea de Sísifo en su interminable cruzada por un Mexicali mejor, por una Baja California hecha a sí misma. En este caso, aquí queda una primera aproximación a la prensa fronteriza, el principio de una ruta a seguir para futuras investigaciones de un tema por demás fascinante: ubicado entre el mito y la historia, el vituperio y la alabanza, la mentira y la verdad.



FUENTES
CONSULTADAS



BIBLIOGRÁFICAS

- ACEVES, J. Isaac, *La Baja California. Páginas de historia contemporánea*, San Diego, Arts and Crafts Press, 1918.
- BERNAL LÓPEZ, Facundo, *Palos de ciego*, s. e., 1923.
- BERNAL LÓPEZ, Facundo y Francisco Bernal López, *Las delicias del norte. Antología poética de los hermanos Facundo y Francisco Bernal López 1904-1964*, selección y notas de Gabriel Trujillo Muñoz, Hermosillo, Instituto Sonorense de Cultura, 2016.
- COTA TORRES, Édgar, José Salvador Ruiz y Gabriel Trujillo Muñoz (coords.), *Twin Cities Chronicles. Mexicali como nota roja desde la prensa californiana 1903-1915*, New Borders, UCCS-UABC-IVP-Artificios, 2023.
- GONZÁLEZ, Héctor, "The Northern District of Lower California", en F. C. Farr (ed.), *The History of Imperial County California*, Berkeley, Elms and Franks, 1918.
- , *Siglo y medio de cultura nuevoleonesa*, Prólogo de Alfonso Rangel Guerra, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1993.
- GÓMEZ CASTELLANOS, Édgar y Gabriel Trujillo Muñoz (coords.), *Mexicali: Escenarios y personajes*, Mexicali, UABC, 1990.
- LELEVIER, Armando I., *Historia del periodismo y la imprenta en el Territorio Norte de la Baja California*, edición de autor, 1943.
- MALDONADO, Braulio, *Baja California. Comentarios políticos*, México, Costa-Amic, 1960.

- MARTÍNEZ ZEPEDA, Jorge y Lourdes Romero Navarrete (eds.), *Mexicali. Una historia*, Mexicali, Instituto de Investigaciones Históricas de la UABC, 1991.
- MONCADA, Carlos, *Periodistas asesinados*, México, Edamex, 1991.
- MONTENEGRO, Martina (coord.), *Mexicali 100 años y más de 100 mujeres*, Mexicali, Ayuntamiento de Mexicali/Gobierno del Estado de Baja California/UABC, 2003.
- NIETO DE LEYVA, Dalia, *Por qué me hice periodista*, edición de autor, 1994.
- ORTIZ MARÍN, Manuel, *Los medios de comunicación en Baja California*, México, UABC/Porrúa, 2006.
- PÉREZ Y RAMÍREZ, Pedro F., *Hombres, hechos y cosas. El periodismo en Mexicali 1915-1959*, s. e., 1991.
- PIÑERA RAMÍREZ, David (coord.), *Panorama histórico de Baja California*, México, Centro de Investigaciones Históricas-UNAM/UABC, 1983.
- RODRÍGUEZ, Abelardo L., *Memoria administrativa del gobierno del Distrito Norte de la Baja California*, Mexicali, SEP/UABC, 1994.
- SARABIA, Leobardo y Gabriel Trujillo Muñoz, *Diccionario enciclopédico de Baja California*, Mexicali, ICBC, 2019.
- TRUJILLO MUÑOZ, Gabriel (coord.), *Tiempo de cambios (La prensa en Baja California)*, INEA, 1990.
- , *La canción del progreso. Vida y milagros del periodismo bajacaliforniano*, Tijuana, IMAC, 2000.
- , *Mexicali centenario. 1903-2003*, Mexicali, UABC, 2003.
- , *Mensajeros de Heliconia. Capítulos sueltos de las letras bajacalifornianas*, Mexicali, UABC, 2004.
- , *Los quimeristas. Textos clásicos de la literatura bajacaliforniana*, Mexicali, ICBC/Pacmyc, 2004.
- , *La otra historia de Baja California*, Mexicali, ICBC, 2008.
- , *Los salvajes de la bandera roja. La revolución floresmagonista de 1911 en Baja California y sus consecuencias*, México, FCE, 2022.
- , *1911. Mexicali y la revolución floresmagonista en la prensa del otro lado*, México, INEHRM, 2022.

- (coord.), *Biblioteca de clásicos cachanillas*, 2 tomos, Tijuana, IMAC, 2009-2010.
- WILHELMY, Adolfo, *Periodismo, teatro y revolución*, Mexicali, Editora de Mexicali, 1956.

HEMEROGRÁFICAS

- Anónimo, "Periodista golpeado por la policía de Mexicali", *La Opinión*, 9 de abril de 1929.
- CASTANEDO, José, "Wilhelmy y Zaldívar. Recuerdos del Mexicali de antaño", *Minerva*, septiembre de 1958.
- GARCÍA ESTRADA, Salvador, "Añoranza", *La Voz de la Frontera*, 24 de septiembre de 2021.
- GARCILAZO, Cristóbal, "Editorial", *La Voz de la Frontera*, 20 de septiembre de 1964.
- , "Editorial", *La Voz de la Frontera*, 18 de octubre de 1964.
- , "Prostituyendo a la juventud", *El Mexicano*, 7 de noviembre de 1968.
- GRUEL, Víctor, "Prensa y nacionalismo en Baja California durante la Segunda Guerra Mundial", *Estudios Fronterizos*, IIS-UABC, enero-junio 2013.
- La Vanguardia*, edición especial, 16 de junio de 1918.
- MANZANO, Guillermo, "Centinela", *El Centinela*, 15 de noviembre de 1976.
- ORTIZ MARÍN, Manuel, "El periodismo en Baja California y la Revolución Mexicana", *Improntas de la Historia y de la Comunicación*, Universidad Nacional de La Plata, número 8, julio 2020.
- PÉREZ RUL, Enrique, "El periodista", *El Clarín*, 14 de febrero de 1922.
- TRUJILLO MUÑOZ, Gabriel, "La Vanguardia, el primer periódico mexicalense", *Calafia*, UABC-Instituto de Investigaciones Históricas, volumen IX, número 3, septiembre de 1999.



Anónimo, "José Luis Mendoza. Reconocimiento", *mexicalisports.com*, 1 de junio de 2012.

ARCHIVOS Y DOCUMENTOS

California Digital Newspaper Collection (*cdnc.ucr.edu*, archivo digital de la Universidad de California en Riverside)

Calexico Chronicle

Imperial Valley Press

La Opinión

La Prensa

Los Angeles Herald

San Diego Union

Ejemplares consultados entre julio de 2022 y septiembre de 2023.

La Voz de la Frontera, archivo impreso *La Voz de la Frontera*, 1999.

Minerva, revista, colección *Minerva 1929-1972*, Centro de Documentación y Archivos Digitales del Instituto de Investigaciones Culturales, Mexicali, UABC, 2022.



CON **MUCHOS RIESGOS**

HISTORIAS DEL PERIODISMO

MEXICALENSE 1914-1964

Gabriel Trujillo Muñoz

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Se terminó en la Ciudad de México en diciembre de 2023.

El tema de este libro: periodistas y periódicos que se hicieron célebres en el Distrito Norte del Territorio de la Baja California entre 1914 y 1964, es la nueva aportación de Gabriel Trujillo Muñoz (Mexicali, Baja California, 1958) al conocimiento de la historia y la cultura de esa región fronteriza. *Con muchos riesgos* permite al lector tener una idea sobre las peripecias del oficio periodístico mexicalense y californiano durante buena parte del siglo xx.

La investigación de Trujillo Muñoz abre la puerta a un coro testimonial de los protagonistas de lo que podríamos llamar epopeya periodística, como Pedro F. Pérez y Ramírez (Peritus), primer cronista oficial de Mexicali, quien vuelve en el tiempo para explicar: “Fue la respuesta a una necesidad o a muchas necesidades, y nada tuvo, por lo mismo, de extraordinario. Surgió dentro de las dimensiones exactas, políticas, económicas y sociales de una comunidad cercana al millar de habitantes y que deseaba, ante la enorme influencia del idioma inglés, contar con órganos periodísticos en español”.

Poeta, narrador, ensayista y desde 2011 miembro correspondiente en Mexicali de la Academia Mexicana de la Lengua, Gabriel Trujillo ha recibido, entre muchos otros, el Premio Binacional Excelencia Frontera 1998 por su trabajo en pro del arte fronterizo, otorgado por el Consejo de Bellas Artes de El Paso/Ciudad Juárez y el Premio Nacional Abigael Bohórquez de ensayo 1998 otorgado por el Centro Cultural Tijuana por su libro *Testigos de cargo*. También ha escrito: *La utopía del norte fronterizo. La revolución anarcosindicalista de 1911* (INEHRM, 2012), *Años de lucha, años de guerra. La identidad bajacaliforniana en tiempos de cambio* (Cecut, 2015), *Los salvajes de la bandera roja. La revolución floresmagonista de 1911 en Baja California y sus consecuencias* (FCE, 2022), *1911. Mexicali y la revolución floresmagonista en la prensa del otro lado* (INEHRM, 2022) y *Un santuario fronterizo. La comunidad china, la Chinesca y Mexicali* (INEHRM, 2022).



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

